

ANUARIO 2011
LUCHA ARMADA EN LA ARGENTINA

- 1 **ELIZABETH JELÍN**
Los abusos sexuales como crímenes de lesa humanidad y el respeto a la intimidad
- 2 **PABLO JACOVKIS**
El Fracaso de las Fuerzas Armadas
- 3 **FEDERICO LORENZ**
El barrio de las viudas
- 4 **RICARDO ARONSKIND**
Los modelos armados y la Argentina de los sesenta
- 5 **HUGO VEZZETTI**
Psicoanálisis y revolución: vieja y nueva izquierda en las Fracturas del psicoanálisis en los setenta
- 6 **DANIEL ORTIZ - JUAN BAUTISTA DUIZEIDE**
Hijos de Brown: los insurgentes del Liceo Naval Militar
- 7 **MARÍA SOLEDAD CATOGGIO**
Mártires y sobrevivientes: Figuras de la violencia política en los años sesenta y setenta
- 8 **SERGIO BUFANO**
Entrevista al Che Pereyra
- 9 **PAULA SOMBRA**
De la teoría a los hechos truncos. Taco Ralo 1968
- 10 **MARTÍN RIBADERO - MARTÍN ALBORNOZ**
Representación histórica, violencia y lenguaje cinematográfico en La Hora de los Hornos.
- 11 **RABINO BARUJ PLAVNIK**
Soy Testigo
- 12 **ALEJANDRO JARAMILLO HENNESSY**
Los 'intelectuales' en la guerra. Las 'purgas' en el Ejército de Liberación Nacional
- 13 **DIEGO CANO**
Lora y el Che en Bolivia: ¿entroncando con las masas?
- 14 **GUSTAVO RODRÍGUEZ OSTRIA**
Luís Stamponi y el PRT boliviano

ISBN 978-987-24295-6-0



9 789872 429560

E I
M e

Ejercitar la memoria editores

Ejercitar la memoria editores

ANUARIO 2011
LUCHA ARMADA EN LA ARGENTINA

POLITICA Y VIOLENCIA

LUCHA ARMADA EN LA ARGENTINA

ELIZABETH JELÍN
PABLO JACOVKIS
FEDERICO LORENZ
RICARDO ARONSKIND
HUGO VEZZETTI
DANIEL ORTIZ - JUAN BAUTISTA DUIZEIDE
MARÍA SOLEDAD CATOGGIO
SERGIO BUFANO
PAULA SOMBRA
MARTÍN RIBADERO - MARTÍN ALBORNOZ
RABINO BARUJ PLAVNIK
ALEJANDRO JARAMILLO HENNESSY
DIEGO CANO
GUSTAVO RODRÍGUEZ OSTRIA

HISTORIA - DEBATES - DOCUMENTOS

ANUARIO 2011

LUCHA ARMADA EN LA ARGENTINA

Dirección

Sergio Bufano - Cacho Lotersztain

Escriben

Martín Alborno

Ricardo Aronskind

Sergio Bufano

Diego Cano

María Soledad Catoggio

Juan Bautista Duizeide

Pablo Jacovkis

Alejandro Jaramillo

Elizabeth Jelin

Federico Lorenz

Daniel Ortiz

Baruj Plavnik

Martín Ribadero

Gustavo Rodríguez Ostría

Paula Sombra

Hugo Vezzetti

Agradecemos la colaboración de

Roberto Baschetti

Diario La República de Montevideo

Diseño

Juan José Olivieri

Imprenta

Nuevo Offset

Viel 1444 - Capital Federal

Editor Responsable:

Ejercitar la memoria editores

ejercitarlamemoria70@yahoo.com.ar

Distribución en kioscos

Librería Sinfin

Rincón 1407 - CABA - 4308-1813

Distribución

Jorge Waldhuter

14 de Julio 58 - CABA - 6091-4786

jwalibros@ciudad.com.ar

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción parcial o total.

ISBN 978-987-24295-6-0

Las colaboraciones firmadas expresan la opinión de sus autores y no reflejan necesariamente la de la revista.

Año 7 - ANUARIO 2011 - Buenos Aires

EDITORIAL

Han pasado siete años desde que –en diciembre de 2004– iniciamos esta aventura editorial. Hoy nos ponemos nuevamente en contacto con nuestros lectores a través del presente **Anuario 2011**. Durante ese lapso hemos publicado once números de la revista Lucha Armada en la Argentina, que equivalen a casi 1.600 páginas dedicadas a la revisión crítica de la violencia de los años setenta, la actuación política y militar de las organizaciones armadas, la realización de entrevistas a los principales protagonistas, y la publicación de numerosos documentos que circularon en aquellas épocas y que eran prácticamente desconocidos. También fotografías que son elocuentes y que ilustraron las decenas de artículos de prestigiosos investigadores y militantes.

Ese importante material fue rápidamente demandado por los lectores y los siete primeros números están agotados. Lamentablemente la Editorial ya no dispone de ejemplares desde el primero –dos ediciones– hasta el número 7 inclusive. Por ese motivo, hemos decidido que el número 1 de Lucha Armada en la Argentina sea publicado íntegramente en nuestra página web para que todos tengan acceso a los artículos que estaban sólo en papel.

En el año 2010 decidimos cambiar de formato y la revista se transformó en anuario. Buscamos que la línea editorial abordara la temática de política y violencia desde una perspectiva más amplia. Así lo hicimos y estamos orgullosos por los nuevos colaboradores que se han incorporado a nuestras páginas. El primero, el **Anuario 2010 de Lucha armada en la Argentina**, tuvo una excelente acogida y hoy ofrecemos el segundo de esta serie.

Recordamos, además, que en el transcurso de estos años editamos el libro **Los judíos bajo el terror**, de Gabriela Lotersztain; la edición facsimilar de la revista realizada en México, **Controversia**; la colección completa de los 25 números de **Evita Montonera**, órgano de la organización Montoneros; **La Marcha**, libro que incluye los cinco fascículos compilados por Julio Nudler, y un DVD que reproduce la música, las versiones radiales y los discursos realizados entre 1946 y 1955.

En estos días publicaremos el libro **Memorias de la piedra**, de Béatrice Fleury y Jacques Walter que reúne ensayos en torno a lugares de detención y masacre. Será la primera edición que se realiza en la Argentina.

Estamos seguros que los artículos que hoy presentamos en este ejemplar del **Anuario de Lucha Armada en la Argentina 2011** mantienen la calidad y rigurosidad que ha caracterizado a esta editorial a lo largo de estos siete años.

Los editores

SUMARIO



4 ELIZABETH JELÍN
LOS ABUSOS SEXUALES COMO CRÍMENES
DE LESA HUMANIDAD Y EL RESPETO A LA
INTIMIDAD

Los abusos sexuales cometidos por los represores a las detenidas en los campos clandestinos de detención son motivo de reflexión por la autora.

16 PABLO JACOVKIS
EL FRACASO DE LAS FUERZAS ARMADAS
La lucha ideológica contra el comunismo y el peronismo, el control de la Universidad “subversiva” y también las ambiciones de poder.

26 FEDERICO LORENZ
EL BARRIO DE LAS VIUDAS
La desaparición de numerosos trabajadores de Astarza dejó en un estado de indefensión a mujeres que no participaban en la militancia sindical de sus maridos y que no obstante sufrieron las consecuencias de la feroz represión de la dictadura.

38 RICARDO ARONSKIND
LOS MODELOS ARMADOS Y LA
ARGENTINA DE LOS SESENTA
¿Cómo era la Argentina económica y socialmente durante la década de 1960, cuando comenzaron a gestarse las ideas que finalmente animarían la práctica de los grupos armados en 1970?

58 HUGO VEZZETTI
PSICOANÁLISIS Y REVOLUCIÓN: VIEJA Y
NUEVA IZQUIERDA EN LAS FRACTURAS
DEL PSICOANÁLISIS EN LOS SETENTA
La radicalización de la izquierda en las décadas de 1960 y 1970 se manifestó en distintos ámbitos profesionales, sociales y culturales. Polémicas y fracturas que se produjeron en asociaciones de psicólogos.

80 DANIEL ORTIZ
JUAN BAUTISTA DUIZEIDE
HIJOS DE BROWN: LOS INSURGENTES DEL
LICEO NAVAL MILITAR

Del prestigioso Liceo Naval Almirante Brown, dependiente de la Armada Argentina, egresaron más de dos decenas de jóvenes que se incorporaron a organizaciones armadas marxistas y peronistas y que cayeron en combate, fueron fusilados o desaparecieron durante la dictadura. ¿Por qué tantos liceanos militaron en la izquierda insurgente?

100 MARÍA SOLEDAD CATOGGIO
MÁRTIRES Y SOBREVIVIENTES: FIGURAS
DE LA VIOLENCIA POLÍTICA

La autora analiza las diferentes miradas frente a la violencia durante la dictadura militar y se detiene en conceptos como la ética sacrificial, el martirio, la víctima “inocente”, la víctima “culpable” y el valor positivo de la muerte como “privilegio” particularmente entre los actores del catolicismo.



112 SERGIO BUFANO
ENTREVISTA AL CHE PEREYRA

Dirigente trotskista, atesora una vida que atraviesa la historia argentina. Obrero metalúrgico, combatiente en Perú, preso durante más de cinco años, disidente del PRT de Santucho y fundador del GOR.

.....

142 PAULA SOMBRA
DE LA TEORÍA A LOS HECHOS
TRUNCOS. TACO RALO 1968

¿Qué fundamentos explican la aparición de las FAP?
¿Cómo leer hoy esa experiencia y tratar de entender algunos de los detalles que incidieron en ese proyecto?



164 MARTÍN RIBADERO
MARTÍN ALBORNOZ
REPRESENTACIÓN HISTÓRICA,
VIOLENCIA Y LENGUAJE
EN LA HORA DE LOS HORNOS.

Dos historiadores abordan el film de Solanas y Getino inmerso en una época en donde parte de un sector de la vanguardia artística intentaba responder a preocupaciones por el arte, la política y la revolución.

.....

176 RABINO BARUJ PLAVNIK
SOY TESTIGO

El Rabino Marshall Meyer fue un hombre comprometido con la lucha por los derechos humanos durante la dictadura militar. El autor manifiesta su admiración y le rinde homenaje.



180 ALEJANDRO JARAMILLO
LOS 'INTELECTUALES' EN LA GUERRA.
LAS 'PURGAS' EN EL EJÉRCITO DE
LIBERACIÓN NACIONAL

El ingreso de jóvenes universitarios en la guerrilla rural del Ejército de Liberación Nacional, en Colombia, dirigido por Fabio Vásquez, produjo conflictos que fueron resueltos mediante la lógica del autoritarismo de su principal líder y de las armas que finalmente apuntaron a sus propios compañeros.

.....

194 DIEGO CANO
LORA Y EL CHE EN BOLIVIA:
¿ENTRONCANDO CON LAS MASAS?

El dirigente obrero Guillermo Lora fue un severo crítico de las acciones desarrolladas en el monte boliviano por el Che Guevara, con el apoyo cubano. Su disidencia con la propuesta del foco armado, al que acusó de ignorar la combatividad de los trabajadores de las minas.

.....

214 GUSTAVO RODRÍGUEZ OSTRIA
LUIS STAMPONI Y EL PRT BOLIVIANO

Si algo caracterizó la vertiginosa vida de Luis Stamponi, un argentino nacido en Bahía Blanca, fue la temeridad. Comprometido con el Partido Obrero de Nahuel Moreno, fue miembro de ELN boliviano, del PRT-B, colaboró con el MIR chileno y recibió instrucción militar en Cuba. El autor relata su existencia impetuosa y su trágico final.



DILEMAS ACTUALES: LOS ABUSOS SEXUALES COMO CRÍMENES DE LESA HUMANIDAD Y EL RESPETO A LA INTIMIDAD

Los abusos sexuales cometidos por los represores a las detenidas en los campos clandestinos de detención son motivo de reflexión por la autora, quien indaga sobre el efecto destructor de la persona como parte de una estrategia política diseñada para destruir al enemigo, al destruir las bases culturales que definen la pertenencia de las mujeres a una comunidad.



ELIZABETH JELIN

CONICET - IDES - Junio 2011

“El sadismo era violar a embarazadas” es el título de un artículo reciente (*Página 12*, 9/2/2011) que informa sobre los testimonios en los juicios en curso. El copete dice “Siete meses estuvo secuestrada, embarazada, padeció el infierno. El responsable directo de su cautiverio, Pedro Durán Sáenz, goza todavía de libertad.”

“Como sucede en cada audiencia, le preguntaron por la violencia sexual. ‘Sí’, dijo. ‘Cuando quedábamos desnudas en los lugares de tortura siempre había un hijo de puta que te metía una mano, que te decía: qué buenas tetas, qué buen culo. Yo no puedo hablar exactamente de violación, pero de manoseo por supuesto, no de todas, puedo hacerlo de mí y nada más.’”

(*Página 12*, 9/9/2010)

Los testimonios que narran violencia sexual en el marco del Terrorismo de Estado se escuchan en los juicios que se están llevando a cabo en Argentina en el filo de la primera década del siglo. ¿Cómo interpretarlos? Muchos/as preguntan, ¿por qué ahora? ¿Es algo que no se sabía y ahora aparece? ¿O los medios le están prestando más atención?

Las violaciones reiteradas, la desnudez forzada, los manoseos —a mujeres, pero también a hombres— han sido y siguen siendo prácticas reiteradas, en los centros clandestinos de detención y fuera de ellos. ¿Qué pasó en dictadura?





¿Cómo han sido tratados por los aparatos judiciales y por la sociedad? ¿Hay patrones comunes en distintos países? ¿Cómo pensar a las víctimas de estas vejaciones? ¿Qué elementos de una teoría de género son una ayuda para interpretar estos tratamientos del tema? En lo que sigue, voy a presentar y reflexionar sobre varios temas interrelacionados: sentidos políticos de la violencia de género, climas culturales de época que impulsan (y llegan a espectacularizar) o públicamente silencian estas vejaciones, cambios en el campo internacional de los derechos humanos, transformaciones en subjetividades. Lo haré tratando de mantener un hilo histórico-temporal, mirando sus desarrollos a lo largo de las décadas recientes. No pretendo una investigación exhaustiva ni cubrir lo que ya se ha hecho en la investigación social sobre este tema, sino contribuir a un debate más amplio sobre los dilemas que el tema plantea para todos y todas. El foco está en Argentina, aunque con muchas notas que vienen de otros lugares –no tanto para comparar sino más bien para tejer relaciones e influencias.

LA VIOLACIÓN COMO PRÁCTICA POLÍTICA

Hay un artículo que leí hace varios años, que ha impactado mucho en mi pensamiento. Se trata de un texto sobre la ex Yugoslavia, en el que Julie Mostov analiza la sexualización de la nación y la desexualización del cuerpo. Parte de ver a la nación y al género como co-constitutivos: la nación está siempre generizada y las mitologías nacionales están ancladas en imágenes y metáforas de los roles de género tradicionales.¹ “La nación –dice la autora– naturaliza las construcciones de masculinidad y feminidad: las mujeres reproducen físicamente a la nación, y los hombres tienen la misión de protegerla y vengarla cuando se la ataca. Al mismo tiempo, esta noción de nación colectiviza y neutraliza la sexualidad de las mujeres (y en parte también de los hombres) miembros de la nación” (Mostov, 2000, p. 89). En la política de la identidad nacional en la ex Yugoslavia, los “etnócratas” intentan establecer fronteras y defenderlas. Lo hacen intentando erotizar el vínculo con la nación –el heroísmo masculino reflejado en la imagen del soldado abrazado a su fusil; la imagen feminizada del territorio idealizado. En este complejo juego simbólico –que no puedo exponer en su totalidad– el cuerpo femenino se convierte en la madre que gesta los hijos de la nación, pero

1. Al respecto, siempre me llamó la atención el hermafroditismo de “la patria”.





también en el lugar por donde puede penetrar el Otro. De ahí la necesidad de proteger y disciplinar a las mujeres, vigi-lándolas y controlándolas.

En el discurso nacionalista y en la política de la identidad nacional, la violación de las mujeres —y el borramiento de las fronteras de la nación que ocurre con los hijos “impuros” producto de relaciones forzadas o erotizadas con ese OTRO amenazador— es antes que nada una violación a la nación. Es una afrenta a los hombres, que no han sido capaces de defender las fronteras... La violación de las mujeres es, en realidad, la violación de la nación, convirtiéndose en una táctica de la guerra. Así, las violaciones masivas reportadas por las mujeres en Bosnia no tienen nada que ver con el placer sexual. Son invasiones de las fronteras del OTRO (la ocupación de su espacio simbólico, de su propiedad y territorio) y la violación de su masculinidad. Por extensión, la violación de la soberanía y

autonomía de la nación (Mostov 2000).

El tema es, en el fondo, una cuestión entre hombres.² Como señala Rita Segato, “Por medio del cuerpo de la mujer agredida sexualmente, se produce una agresión a la moral de los hombres, con quienes esta mujer agredida mantiene una relación de dependencia” (Segato, 2010, p. 39).

2. La violación en grupo (*gang rape*) es una forma de crear hermandad entre los perpetradores; a veces es también un rito de iniciación. Pero además, “cometer actos aberrantes frente a otros no solamente forja lazos entre los perpetradores; también forja sinvergüenzas —gente que pierde la vergüenza y es capaz de brutalidades tremendas.

Perder el sentido de vergüenza —una “emoción reguladora” que implica a otro frente a quien uno se siente avergonzado — crea hombres con mayor capacidad de cometer atrocidades” (Theidon, 2009, p. 45).

Las situaciones en esta parte del mundo son diferentes, aunque hay analogías. Los militares defendían a la nación de las invasiones ideológicas foráneas, de los virus y bacterias que, viniendo de afuera, estaban infectando a la nación. Entre la metáfora de la infección y la del cáncer, era claro que había que llevar adelante una doble estrategia de eliminación de los portadores de la enfermedad. En esto, las mujeres detenidas tenían un sentido doble: como portadoras ellas mismas de esa “subversión internacional”, pero también como compañeras de los “subversivos” a quienes había que destruir y denigrar. Llamaban la atención al respecto los testimonios que muestran cómo mantenían a las mujeres cerca de sus parejas, para que éstas sintieran de cerca los vejámenes que los torturadores les producían a sus mujeres. Los torturadores, con las metáforas animales en sus apodos (“puma”, “tigre”, o similares), tenían que mostrar que cumplían con su papel de salvadores y defensores de la nación.

Aquí y allí, la violación en la tortura no es solamente un acto individual o grupal, para satisfacer el placer del o los torturadores. Las violaciones sexuales no fueron prácticas de desborde de la excitación sádica de quienes estaban llevando a cabo la tortura. Fueron prácticas basadas en el conocimiento casi “científico” del efecto destructor de la persona que tales prácticas conllevan, como parte de una estrategia política para destruir al enemigo, al destruir las bases culturales que definen la pertenencia de las mujeres a una comunidad.





Es difícil si no imposible ponerse en el lugar de una mujer violada en su integridad física, torturada y abusada sexualmente. A través de la invasión dolorosa del cuerpo se pretende destruir a la persona toda, sacándola del ámbito de lo humano y lo social. Se trata de situaciones en las que lo humano está puesto en cuestión; de ahí la expresión “situaciones límite”, como límite de lo imaginable como humano.

En realidad, toda tortura involucra una violación al cuerpo sexuado de la persona. La desnudez desvergonzada, las prácticas de tortura sobre aquellas partes del cuerpo donde la sensibilidad es mayor —especialmente órganos sexuales y zonas erógenas— ya son en sí mismas actos de violencia sexual. La cuestión es que en muchas ocasiones, se traspasó otro límite a través del abuso sexual genital. Y esto parece agregar algo visto como cualitativamente diferente. Sólo la subjetividad recuperada de quienes lo sufrieron puede indicar bajo qué condiciones se vive y se vivió como algo cualitativamente específico, bajo qué condiciones es una continuación de la ya invivible tortura.



¿Y DESPUÉS?

Sabemos que estos actos ocurrieron en la dictadura argentina, y no de manera aislada. En su libro sobre el *Nunca Más* Emilio Crenzel da algunos datos importantes en este tema:

“CONADEP recibió testimonios de violaciones y decidió incluir esos testimonios en el *Nunca Más*. Es el único caso, junto a la mención de menores, en el cual el informe presenta sólo las iniciales de los denunciantes y no sus nombres completos” (Crenzel, 2008, p. 96).

La referencia a las violaciones es el único lugar en que la CONADEP hace una alusión explícita a la especificidad de género de la represión. El dejar sólo las iniciales responde, según Crenzel, a la intención de limitar la exposición de las cuestiones ligadas a la sexualidad, “que considera relativas al *honor privado*” (Crenzel, 2008, p. 110. *Itálicas mías*).

También hubo testimonios de violaciones post mortem, por ejemplo, que la CONADEP decidió no incluir en el *Nunca Más*, al igual que otros casos que juzgó especialmente horribles. “La exclusión no se debió a una subestimación de la vejación sino a la decisión de no ofrecer relatos que, por su extrema crueldad (y esto sí es materia opinable ya que muchos otros que incluyó son de tenores parecidos) podían afectar la credibilidad del informe en la opinión pública”.³

En el juicio a los ex comandantes de 1985 hubo testimonios que relataron cómo la tortura se ejerció especialmente sobre órganos sexuales —no solamente por la sensibilidad y mayor dolor físico sino, sin ninguna duda, por ser partes del cuerpo con cargas simbólicas muy especiales—. También se relataron violaciones y abusos sexuales.

3. Emilio Crenzel, comunicación personal.





¿Cuál era el clima social en 1984-1985?

Son varios los puntos a remarcar:

4. En relación con Chile, pero aplicable de manera más general, Lorena Fries señala: "No hay un modelo de registro que permita a las mujeres identificar lo que vivieron como tortura. Aún nos encontramos con testimonios que dicen: 'no, a mí sólo me violaron. A mí sólo me desnudaron. En cambio al compañero le picaron con la picana, etcétera, etcétera...'. Porque hay una naturalización de la violencia contra las mujeres" (Fries, 2010, p. 30).

5. Esta sección se basa en varios documentos internacionales, y especialmente en la recopilación y análisis de Viseur-Sellers, 2009.

6. Las Convenciones de Ginebra mencionan algo al respecto, y en el Protocolo Adicional de 1977, que se refiere a los conflictos armados no internacionales, menciona las prohibiciones que incluyen "los atentados contra la dignidad personal, en especial los tratos degradantes, la violación, la prostitución forzada y cualquier forma de atentado al pudor" (Viseur-Sellers, 2009, p. 10-11).

■ En el clima cultural de la época, la violación fue subsumida en la tortura. No fue vista como práctica de género específica. Era, si se quiere, una parte más de la vejación del cuerpo en la tortura.

■ La mira estaba puesta en las desapariciones forzadas como epítome del Terrorismo de Estado. La denuncia y la búsqueda de "verdad y justicia" estaba concentrada en quienes habían cometido ese Crimen Supremo, incomparable. Frente a esto, todo lo demás parecía menor, doloroso y lleno de sufrimiento, pero no merecedor de tanta atención.

■ La normativa jurídica de la época y el clima cultural ubicaban a la violación como afrenta al "honor privado". Este marco interpretativo irá a cambiar posteriormente, como veremos más abajo.

■ Hay otra especificidad de las mujeres en la época. El lugar más visible en la esfera pública lo ocuparon en ese primer momento no los y las sobrevivientes (cuyo testimonio fue sin duda fundamental en el juicio de 1985) sino las madres, abuelas y familiares de detenidos/as-desaparecidos/as. Se acercaban a los procesos de investigación a testimoniar sobre lo que les pasó a sus hijos e hijas, parejas y otros parientes. No a ellas (aun cuando ellas mismas hubieran sido víctimas directas también).⁴

LOS CAMBIOS EN LOS MARCOS INTERPRETATIVOS INTERNACIONALES⁵

En la normativa nacional e internacional del derecho, lo que hoy en día damos por supuesto es, en realidad, producto de conquistas recientes. Si bien se encuentran numerosos antecedentes en el Derecho Internacional Humanitario condenando la violación de civiles,⁶ desde comienzos de los años noventa la prohibición de la violencia sexual se fue convirtiendo en parte de lo aceptado consuetudinariamente en el Derecho Internacional Humanitario.

Por su parte, después de la Segunda Guerra Mundial la violación también fue ganando reconocimiento como crimen en el plano internacional, inclusive como crimen contra la humanidad, aunque nunca se logró un tratado internacional específico tal como sucedió con otros crímenes como el genocidio o el apartheid, la desaparición forzosa o la tortura.

En 1993, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, al discutir la



creación del Tribunal para Yugoslavia, incorpora la violación entre sus consideraciones.⁷ En verdad, el cabal reconocimiento de la violación como crimen en el plano internacional se produjo por la manera en que se trató en los tribunales internacionales más recientes (en los casos de la ex Yugoslavia, Sierra Leone, Rwanda) y en la Corte Penal Internacional a partir del final de los años noventa.⁸

Uno de los temas en discusión en estos documentos y en las sentencias es el del “consentimiento”, tema que también ha sido objeto de discusiones en el campo académico y en el artístico.⁹

Por otro lado, el tema fue también planteado en el campo de los derechos de las mujeres. En 1992, una recomendación del Comité CEDAW reconoció como discriminación a la violencia de género, que perjudica o anula el disfrute de sus derechos humanos y libertades fundamentales protegidas por el derecho internacional o los tratados de derechos humanos.

La Plataforma de Acción de Beijing (1995) también abordó la situación de las mujeres y las niñas durante los conflictos armados, señalando que “las violaciones masivas a los derechos humanos, sobre todo cuando toman la forma de genocidio, limpieza étnica como estrategia de guerra y sus consecuencias, y la violación... son prácticas aborrecibles...”. También hay casos importantes que fundan jurisprudencia en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, que ejerce su jurisdicción sobre los derechos protegidos por la Convención Americana de Derechos Humanos, la Convención de Belem do Pará y otros instrumentos regionales de derechos humanos.¹⁰

En muchos de estos documentos y normativas, la violencia sexual es interpretada en términos de atentado al “pudor”, a la “dignidad” o al “honor”. Pero el paradigma está cambiando. En 2008, el Consejo de Seguridad reconoció a la violencia sexual como preocupación en materia de seguridad y aprobó en forma unánime la resolución 1820. La misma señala que las mujeres y las niñas son tomadas como blanco en particular mediante el uso de la violencia sexual, que en algunos casos incluye “una táctica de guerra para humillar, dominar, inspirar temor, dispersar y/o reubicar de manera forzosa a la población civil perteneciente a una determinada comunidad o grupo étnico”. O sea, empezamos a ver en marcha un marco interpretativo que cambia de una concepción ligada a la moral personal a una en que lo político y lo colectivo se tornan centrales.



7. La Resolución 820 del Consejo de Seguridad de abril de 1993 condenó: “...todas las violaciones al derecho internacional humanitario incluyendo, en particular, la práctica de la ‘limpieza étnica’ y las detenciones y violaciones masivas, organizadas y sistemáticas de mujeres...”

8. El Estatuto de Roma de la CPI menciona, en el artículo 7, a la violación, esclavitud sexual, prostitución forzada, embarazo forzado, esterilización forzada o cualquier otra forma de violencia sexual de gravedad comparable como crimen de lesa humanidad.

9. Gradualmente, se está reduciendo o eliminando el requisito de la falta de consentimiento de la víctima para iniciar acciones legales frente a actos de explotación sexual, incorporando referencias al contexto de circunstancias que implican coerción física o psicológica, abuso de poder o la condición de la víctima/sobreviviente. El consentimiento “forzado” se refleja de manera cabal en la novela de William Styron (llevada al cine en 1982) *La elección de Sofía*.

10. El caso *Raquel Martí de Mejía v. Perú* suele citarse por su interpretación de la garantía que ofrece



TESTIMONIOS INSTITUCIONALES. LA VIOLENCIA SEXUAL EN JUICIOS Y COMISIONES

En los años ochenta, hubo testimonios sobre violaciones, hablados e interpretados en el marco y como parte de la constatación de la tortura. No se buscó ni se puso un énfasis especial en preguntar o en instar a hablar. Esto fue cambiando, dada la transformación del clima institucional internacional. Cuando se estableció la Comisión de Verdad y Reconciliación en Perú, que actuó entre 2000 y 2003, no había consideraciones de género en su mandato. Los esfuerzos de las feministas llevaron a incorporar los delitos sexuales y a establecer una Línea de género en el trabajo de la Comisión.

Esta decisión contrasta con las anteriores CONADEP en Argentina o la Comisión Rettig en Chile, que fueron “ciegas” a las cuestiones de género. Aunque en un comien-

la Convención Americana al derecho a vivir libre de violación, que no definió los elementos específicos de la violación sino que la incorporó en la noción de tortura. En ese caso, el Estado fue considerado responsable por la tortura, en la medida en que la violación satisfacía uno de los elementos de la tortura, “un acto intencional mediante el cual se causa dolor y sufrimiento físico y psicológico a una persona”.

En el caso Penal Miguel Castro v. Perú, un caso en el que algunas mujeres que estaban visitando un centro de detención para hombres quedaron atrapadas en un motín de dos días de duración, la Corte sostuvo que la desnudez forzada que se les impuso había constituido una violación a la dignidad personal de las mujeres.

zo no se sabía cómo se iba a incorporar la violencia de género, ya para entonces se contaba con una definición operativa sobre violencia sexual, basada en los instrumentos internacionales y en las jurisprudencias. Como señala Julissa Mantilla, encargada del tema en la Comisión, había un marco internacional que hacía factible una mayor sensibilización o sensibilidad respecto de estos temas (Mantilla, 2010). Esto permitió que el tema fuera una dimensión central del Informe Final de la Comisión, y que se concluyera que “en determinados contextos, como fue la detención arbitraria, la ejecución y las distintas formas de tortura, la violencia sexual se dio de manera generalizada y fue una práctica reiterada y persistente” (Mantilla ...).

El camino que recorrió la Comisión no fue sencillo. Con el objetivo explícito de registrar las voces de mujeres, que fueron 54% de todos/as los/as testimoniantes y 64% de los testimonios obtenidos en Ayacucho (CVR, vol VIII: 64), se rompió con la idea de que “las mujeres no hablan”. Cuando hablan, las mujeres tienden a describir los sufrimientos de sus parientes y las interrupciones de las rutinas cotidianas. A menudo, los detalles de estos sufrimientos se ubican o en el tiempo largo o en el contexto de injusticias más permanentes.

En consecuencia, el interés de la Comisión consistía en que las mujeres hablasen “de sí mismas”. Se elaboraron estrategias específicas para captar las experiencias de violencia de las mujeres, tales como documentos de entrenamiento especial para el personal, audiencias públicas específicas sobre el tema, etc. (Mantilla 2005). La “sensibilidad de género” implicó una preocupación especial por obtener testimonios de violencia sexual y violación, aunque la definición de violencia sexual utilizada fue amplia: “[...] es un tipo de violación de derechos humanos, e incluye la prostitución forzada, las uniones forzadas, la esclavitud sexual, abortos y desnudez forzados”. (CVR, Vol VIII:89)



Está claro que las mujeres hablaron, pero no necesariamente de su propia condición de víctimas o de la violencia sexual.¹¹ Los informes de primera mano son difíciles de encontrar en cualquier lugar; por lo general, lo que se hallan son informes de lo que pasaba o de lo que le pasó a “otras” mujeres, en Perú, en Argentina y en otros lugares. ¿Por qué las mujeres lo mencionan como testigos y no como víctimas?¹² Las explicaciones van desde la vergüenza a la culpa; también al hecho de que la violación nunca es un acto único o aislado —era parte de otras atrocidades, como masacres, y el testimonio sobre éstas puede opacar el del acto de violación (Mantilla 2005).

La característica de las Comisiones de Verdad y de los juicios es que están centradas en la categoría de “víctima”, dentro del marco interpretativo de las “violaciones a los derechos humanos” que pone una atención especial en la integridad física. Esto crea una tensión entre el informe en primera persona de la “víctima individual” y el carácter más totalizador de la memoria de las mujeres. El foco sobre las categorías de victimización para organizar la masa de información que se debe manejar produce narrativas estandarizadas y normalizadas; produce el silencio de otras experiencias que no se ajustan al marco preestablecido. Hay poco espacio para integrar las narrativas (y los silencios) de la violación en el marco más amplio de la acción de las mujeres en la defensa de sus comunidades y sus familias.¹³

CONTEXTOS DIVERSOS, ¿MISMOS DILEMAS?

Las memorias personales de la tortura y la cárcel están fuertemente marcadas por la centralidad del cuerpo. La posibilidad de incorporarlas al campo de las memorias sociales presenta una paradoja: el acto de la represión violó la privacidad y la intimidad, quebrando la división cultural entre el ámbito público y la experiencia privada. Superar el hueco creado por la represión implica la posibilidad de elaborar una memoria narrativa de la experiencia, que necesariamente es pública, en el sentido de que debe ser compartida y comunicada a otros —que no serán los otros que torturaron ni otros anónimos, sino a otros/as que, en principio, pueden comprender y cuidar—. Para poder hablar, se necesita un espacio de confianza, un espacio donde la capacidad de escuchar es central.

Sin embargo, quienes escuchan siguen siendo “otros/as”, una alteridad. La recuperación de la “normalidad” implica la reconstrucción de un sí mismo/a, la reconstrucción de la intimidad y la privacidad. Los silencios en las narrativas personales son, en este punto, fundamentales. A menudo, no son olvidos sino opciones personales como “un modo de gestión de la identidad” (Pollak y Heinich 1986:5), ligado al proceso de “recuperar la vergüenza” (Amati Sas 1991). ¿Cómo combinar la necesidad de construir una narrativa pública que al mismo tiempo permita recuperar la intimidad y la privacidad?

Los modos en que el testimonio es solicitado y producido no son ajenos

11. De 17.000 testimonios, el número de violaciones denunciadas fue relativamente bajo: sólo 538. El 83% de éstas fueron perpetradas por las Fuerzas Armadas.

12. Este análisis de las voces de las mujeres en relación a la violencia sexual se apoya fuertemente en la investigación de Kimberly Theidon (2007 y 2008)

13. En trabajos etnográficos en profundidad —más que en audiencias de comisiones o juicios— es donde aparece esta integración de la experiencia de las mujeres. Theidon muestra casos en que los actos de violación llegaron a implicar un intento, por parte de las mujeres, de proteger a sus familiares (Theidon 2008).



al resultado que se obtiene.¹⁴ Como señala Pollak, los testimonios judiciales, y en menor grado, los realizados frente a comisiones de investigación histórica, están claramente enmarcados por el destinatario. La entrevista de historia oral también implica que el testimonio es solicitado por alguien, pero se da en un entorno de negociación y relación personal entre entrevistador y entrevistado (Schwarzstein, 2002). Finalmente, la escritura autobiográfica refleja una decisión personal de hablar públicamente por parte de quien lo hace. Cada una de estas u otras modalidades de expresión indican diferentes grados de espontaneidad, diferentes relaciones de la persona con su propia identidad, y diferentes funciones sociales del “tomar la palabra” (Pollak, 1990; Bourdieu, 1985).

En el testimonio personal, quienes sufrieron directamente comienzan a hablar y narrar su experiencia y sufrimiento. Es al mismo tiempo una fuente fundamental para recoger información sobre lo sucedido y un ejercicio de memoria personal y social en tanto construcción narrativa que intenta dar algún sentido al pasado. Pero no todas las mujeres quieren o pueden hablar, en cualquier circunstancia o espacio. La gestión y el derecho al silencio son también parte de esta historia. Silencios por temor en muchos lugares y momentos; silencios producto de una larga historia de dominación; silencios por cuidar a los/as otros/as cercanos; silencios como opción y afirmación personales.¹⁵

Pero desde el punto de vista de la sociedad y su sistema institucional, los testimonios en primera persona son fundamentales a la hora de elaborar pruebas judiciales o de intentar saber la “verdad” de lo ocurrido. Con el reconocimiento internacional de la violencia sexual como crimen de lesa humanidad se abre la oportunidad de incorporar de manera sistemática testimonios en los juicios que se llevan a cabo. De hecho, en Argentina hubo varias condenas y juicios en curso donde se están reconociendo judicialmente estos crímenes. Se necesita este tipo de testimonio.

¿Preguntar sobre la violación? Las aguas están divididas. Como en el epígrafe de este texto, hoy en día en los juicios la pregunta está incorporada. Como sostiene Julissa Mantilla (2010) las mujeres no hablan porque no se les pregunta. Esto no pasaba hace veinte años. Y no pasaba en trabajos de campo o entrevistas de historia oral, que normalmente dejan lugar para los silencios.

Pedí a una colega que había hecho un trabajo de investigación con ex presas políticas que me dijera si encontró casos de violación. Su respuesta:

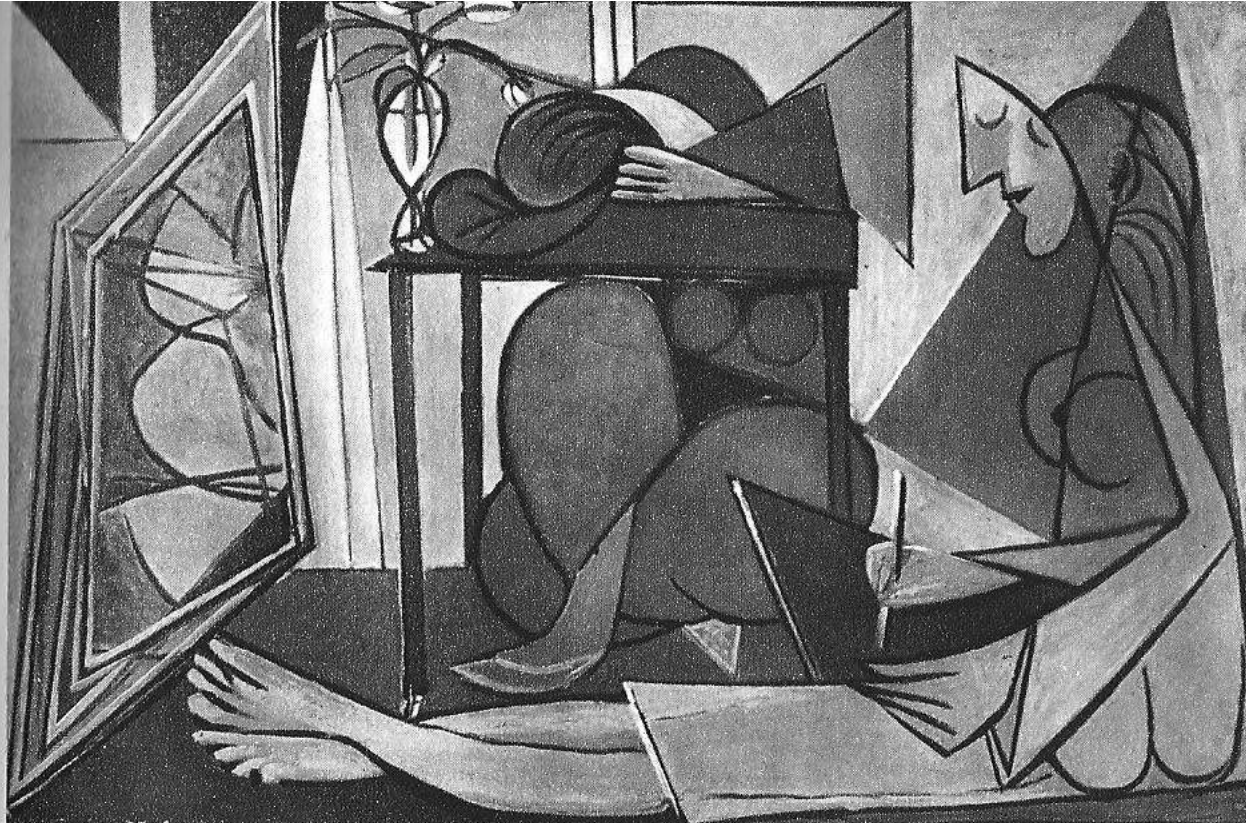
“Las entrevistas las hice entre mediados de 1999 y 2003. Entrevisté a 32 mujeres, en varias ocasiones y circunstancias. Revisando las entrevistas veo que en una sola ocasión, una sola de mis interlocutoras, me contó que la violaron. No me lo cuenta como parte de una denuncia clara y contundente, sino como parte de las cuestiones que enfrentó al salir en libertad y de las razones que la llevaron a retomar su terapia. Tenía que elaborar el tema porque tenía miedo de empezar a sentir culpa, de pensar que en la tortura se había comportado de algún modo particular que pueda haber provocado la violación. En el resto de

14. “Si la experiencia concentracionaria constituye un caso límite de toda experiencia humana, las experiencias testimoniales no lo son menos... La solicitud de hablar de recuerdos humillantes y la dificultad de hacerlo pueden fácilmente crear un sentimiento de obligatoriedad de testimoniar, pero también de tener que justificarse con relación a los hechos evocados y, por consecuencia, de sentirse no testigo sino acusado...” (Pollak, 1990, p. 186).

15. Nuevamente, Perú: como señala Theidon, frente a los equipos de la Comisión de Verdad, que insistían en que “hablar es bueno”, muchas mujeres andinas sentían que “hablar es peligroso, las palabras eran a menudo armas. El silencio era poderoso y protector” (Theidon, 2008, p. 19).

Silvina Merenson, comunicación personal.





las entrevistas las violaciones NUNCA aparecen narradas en primera persona. Sí están referidas: “cuando llegaban las compañeras torturadas, violadas”, “las compañeras que fueron violadas”, etc. Pero no es un tema que desarrollen con profundidad y mucho menos con ejemplos o casos concretos. En el momento en que las entrevisté estaban muy concentradas en el hecho de narrar la experiencia de la cárcel, la resistencia y todo lo que hacían dentro del penal o con los familiares. De hecho te diría que no tengo relatos descriptivos de las sesiones de torturas. Pero como yo nunca pregunté sobre el tema, no podría saber si esas afirmaciones incluyen o no la violación.”

En relación con Chile, Lorena Fries escribe:

“Las mujeres que declararon [violaciones] en principio, que son las mujeres con las que hemos trabajado, no quieren judicializar los casos, por diversas razones. Una de esas razones es que hay identidades de género que son más fuertes para ellas. Me refiero por ejemplo a la identidad militante. En esa lógica, priorizan, y así lo dicen, priorizan una especie de unidad de militancia versus una unidad o solidaridad de género que pueda romper esa unidad de militancia. Otra, es que no confían en la Justicia no sólo porque está todavía muy ligada a la dictadura, sino también porque las mujeres no confían en la Justicia en materia de violencia sexual. Entonces difícilmente puedan pensar que la Justicia es un espacio de reparación (Fries, 2010, p. 29).”

Esta última cita trae al centro de la escena el presente de una continui-





dad temporal de más larga duración, y el optimismo de su ruptura: por un lado, una línea que marca continuidades entre la violencia sexual antes de las dictaduras, la brutalidad de la violencia sexual política durante las dictaduras, y los niveles de violencia hacia las mujeres en la sociedad actual. Por otro, el optimismo que provocan las condenas por violaciones en los juicios actuales, combinadas con la preocupación por la violencia sexual en la vida cotidiana expresada en las iniciativas de la Corte Suprema argentina.

VIOLENCIA SEXUAL, ¿PRIVADA O PÚBLICA?

Queda una cuestión pendiente, que vuelve al tema inicial de este trabajo: ¿por qué se privatiza la violencia sexual? ¿Por qué pensar que la violencia que sufren las mujeres en procesos que son políticos no es un tema público?

Al respecto, Rita Segato sostiene que “una de las razones por las que eso ocurre es porque se piensa que la violación sexual es realmente una violación sexual. Es una de las grandes modificaciones que hay que realizar. ... Entonces, la confusión entre la dimensión moral y la dimensión puramente bélica de la agresión sexual, nos impide actuar” (Segato, 2010, p. 38).

Los cambios históricos en las nociones morales y en la definición de la frontera entre lo privado y lo público son lentos, conflictivos y generadores de nuevas tensiones. En esta época que nos toca vivir, en la cual a través de los medios de comunicación de masas se plantea una “publicización” de la vida privada en los “talk shows” y los “reality shows” que banalizan los sentimientos y la intimidad, se corre el riesgo de que el género testimonial caiga en la exposición (¿excesiva?) y en la espectacularización del horror.

Si el terrorismo de Estado y la represión violaron la intimidad y los cuerpos humanos, la (re)construcción requiere construir también nuevas nociones morales, redefinir los espacios privados, la intimidad y lo público. En este contexto, en el que no contamos con marcos interpretativos y éticos alternativos, la demanda del “hay que hablar y contar” presenta peligros sobre los que hay que alertar.

La cuestión que se plantea no es si ocurrió o no la violencia sexual, sino cómo encarar el testimonio: ¿cuántos testimonios personales se necesitan?, ¿con cuánto detalle?, ¿frente a qué audiencias? Más allá del valor de prueba jurídica en juicios, hay una presión social y judicial para que las mujeres “cuenten”, expongan detalles y circunstancias. Y es en este punto donde el dilema (moral, emocional, político) se plantea con toda su fuerza. Porque la presión por contar se ejerce sobre mujeres cuya subjetividad se debate entre transparentar su cuerpo y su intimidad frente a la mirada social (que puede caer en la espectacularización del terror), y la urgencia de mantener o recuperar una intimidad vejada, guardada para sí misma o para compartir con quienes una elige hacerlo. Fuera de las cámaras, fuera de las miradas públicas de exposición masiva. ■



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Amati Sas, Silvia (1991), "Recuperar la vergüenza", en Puget, Janine y Kaës, René (eds.), *Violencia de Estado y psicoanálisis*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Bourdieu, Pierre (1985), *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid: Akal.

Crenzel, Emilio (2008). *La historia política del NUNCA MÁS. La memoria de los desaparecidos en Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Fries, Lorena (2010), "El caso chileno y la violencia de género". En María Sondereguer y Violeta Correa, eds., *Violencia de género en el terrorismo de Estado: Políticas de memoria, justicia y reparación*. Quilmes y Lanús: UNLA y CeDHEM, UNQUI.

Mantilla, Julissa (2005), "La experiencia de la Comisión de la Verdad y Reconciliación en el Perú: Logros y dificultades de un enfoque de género" en *Memorias de ocupación: Violencia sexual contra mujeres detenidas durante la dictadura*, Santiago: Centro Regional de Derechos Humanos y Justicia de Género.

Mantilla, Julissa (2010), "La experiencia de la Comisión de la Verdad y Reconciliación del Perú". En María Sondereguer y Violeta Correa, eds., *Violencia de género en el terrorismo de Estado: Políticas de memoria, justicia y reparación*. Quilmes y Lanús: UNLA y CeDHEM, UNQUI.

Mostov, Julie (2000), "Sexing the nation / Desexing the body: Politics of national identity in the former Yugoslavia". En Tamar Mayer, ed., *Gender ironies of nationalism. Sexing the nation*. Londres-Nueva York: Routledge.

Pollak, Michael (1990), *L'expérience concentrationnaire. Essai sur le maintien de l'identité sociale*, París: Métailié.

Pollak, Michael y Heinich, Natalie (1986), "Le témoignage", en *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, núm. 62-63, junio.

Segato, Rita (2010), "La violencia sexual y el discurso del derecho". En María Sondereguer y Violeta Correa, eds., *Violencia de género en el terrorismo de Estado: Políticas de memoria, justicia y reparación*. Quilmes y Lanús: UNLA y CeDHEM, UNQUI.

Theidon, Kimberly (2007), "Gender in transition: common sense, women and war", en *Journal of Human Rights*, 6 (4) October-December.

Theidon, Kimberly (2008), "Speaking of silences: common sense, gender and war". *Manuscrito*.

Patricia Viseur-Sellers, *Procesos penales sobre violencia sexual en conflicto: La importancia de los derechos humanos como medio de interpretación*. En www2.ohchr.org/english/issues/women/docs



CONSECUENCIAS INESPERADAS

EL FRACASO DE LAS FUERZAS ARMADAS



La lucha ideológica contra el comunismo y el peronismo, el control de la Universidad “subversiva” y también las ambiciones de poder que caracterizaron a los militares argentinos a lo largo de varias décadas, llevaron a las FF.AA. a una severa derrota, además de producir un altísimo costo al país.



PABLO MIGUEL JACOVKIS

MATEMÁTICO (UBA) PROFESOR EN CIENCIAS EXACTAS

Cualquier licenciado en ciencias políticas y cualquier político profesional con una mínima experiencia saben perfectamente que la planificación total en política no existe. Tomar el poder, de la manera que fuere, no asegura que se está en condiciones de llevar a cabo todo el programa político que la persona, grupo, organización o alianza de fuerzas plantea hacia el futuro. Hay siempre un margen de error (y de fracaso), que puede ser mayor o menor, debido a equivocaciones propias, acciones inteligentes de los adversarios que no se previeron, sobreestimación de fuerzas propias y subestimación de fuerzas enemigas, desconocimiento de la influencia de factores internacionales, incomprensión de las posibilidades de implantar ciertos cambios en una sociedad, sea por factores culturales, económicos o de otro tipo; incluso hasta debido a accidentes naturales.¹ Los políticos más lúcidos se consideran satisfechos con la realización de una parte, si es posible sustancial, de lo que plantearon. Incluso el poder aparentemente más sólido se resquebraja, y las estructuras que estaban atadas y bien atadas (como le gustaba decir a Francisco Franco, que de poder sabía bastante) se terminan desatando antes de lo pensado.

1. Como posible ejemplo de accidentes naturales inesperados, el terremoto del Jueves Santo de 1812 en Caracas puede haber influido en la derrota (provisoria) de los independentistas venezolanos, dado que los realistas difundieron la idea de que el terremoto era un castigo de Dios por la rebelión contra el Rey de España. Este mensaje fue creído por una porción no despreciable de la población.

Sin embargo, es particularmente llamativo el fracaso en ese sentido de las Fuerzas Armadas argentinas o, para ser más precisos, de los grupos que en determinado momento de la historia de nuestro país tenían el control de dichas Fuerzas Armadas, y usando ese control se lanzaron a la toma del poder constituyendo, a lo largo de muchos años, lo que se llamó el Partido Militar.² No estoy subestimando de ninguna manera la profunda influencia –en general muy negativa– que dichas





Fuerzas Armadas ejercieron en nuestro país desde 1930 hasta que su capacidad de presión desapareció prácticamente por completo durante la presidencia de Carlos Menem (como lo descubrieron dolorosamente -para ellos- quienes no se habían percatado suficientemente de esa nueva situación y fueron barridos el 25 de mayo de 2003 por un presidente civil aparentemente muy débil, dado que su poder se basaba en ese entonces exclusivamente en haber obtenido alrededor del veinte por ciento de los votos en las elecciones que lo llevaron al gobierno). Estoy simplemente tratando de hacer un balance al día de hoy, pensando sobre todo desde el punto de vista que debería tener un militar interesado en el prestigio de su institución y no en su interés personal. Si bien me interesa particularmente analizar el período que comenzó con el golpe de estado de 1966 contra el Presidente Illia, estimo que vale la pena hacer antes un pequeño y somero repaso de lo sucedido entre 1930 y esa fecha.

Desde el punto de vista del teniente general José Félix Urriburu, jefe nato del desgraciado golpe de estado del 6 de septiembre de 1930 que inauguró el período de interrupciones militares de la continuidad constitucional en Argentina que no se había alterado desde 1862, no se puede decir que su golpe haya sido el éxito que él deseaba. Pensaba instaurar un régimen pseudofascista y en vez de ello se retomó la legalidad constitucional, con el problema adicional de que las fuerzas conservadoras que asumieron el poder en 1932 querían volver -desde el punto de vista político- a la situación previa a la asunción de Yrigoyen en 1916, para la cual tuvieron que hacer fraude electoral permanentemente y por consiguiente crearon un clima de falta de legitimidad que tuvo sus consecuencias en 1943. De todos modos, se podría aducir que las fuerzas conservadoras “constitucionalistas” (que podemos llamar, para usar terminología habitual, “liberales”) que tomaron el poder en 1932 participaron en el golpe, y por consiguiente desde su punto de vista el golpe no fue un fracaso. Esto es cierto, y por consiguiente es discutible poner el golpe de 1930 como ejemplo de este análisis, salvo -como es mi propósito- para indicar tendencias que se fueron haciendo más definidas con el correr del tiempo.

El golpe de estado del 4 de junio de 1943 es un interesante ejemplo de fracaso fácil de prever (aunque lo que no era fácil de prever fue quién sería

2. Los oficiales de las Fuerzas Armadas se fueron sintiendo a medida que pasaba el tiempo (y los golpes de Estado) más que un Partido una casta aristocrática. Recuérdese a Tato Bores burlándose de este sentimiento cuando decía “soy un civil de la Nación” en contraposición con el sentimiento de superioridad con el que más de un general decía “soy un general de la Nación”.





3. El golpe del 4 de junio de 1943 incluyó una curiosidad: el primer Presidente de facto, el general Arturo Rawson, no llegó a asumir: fue reemplazado por el general Pedro Pablo Ramírez que asumió el 7 de junio. Nunca se había producido tan rápidamente un golpe dentro del golpe... A su vez, el general Ramírez tuvo que ceder el gobierno al general Edelmiro Julián Farrell menos de un año después de haber asumido la Presidencia.



4. Cabe comentar que también este golpe de estado –como todos los exitosos, salvo el de Uriburu y el golpe contra Frondizi, en el cual los militares se resignaron a un Presidente civil (el Dr. José María Guido, que les ganó de mano jurando el 29 de marzo de 1962 ante la Corte Suprema y el cual de todos modos estuvo totalmente sujeto a control militar)- tuvo su golpe dentro del golpe: el jefe del movimiento que derrocó a Perón, el general Eduardo Lonardi, tuvo que renunciar menos de dos meses después de haber asumido el gobierno.

el beneficiario de dicho fracaso): hacer un golpe de estado que se veía en el exterior como pro-nazi después de la batalla de Stalingrado y de la derrota italo-alemana en África del Norte indica una sorprendente falta de conocimientos militares de quienes se supone son profesionales en el tema –o un profundo desinterés por las relaciones internacionales en medio de una guerra mundial.³ El gran triunfador de la etapa 1943-1946 fue, por supuesto, el coronel Juan Domingo Perón, que desde los primeros meses del gobierno militar tenía su agenda propia a partir de su puesto en la Secretaría de Trabajo y Previsión. Los principales actores de esa etapa (salvo Perón, por supuesto) desaparecieron de la vida política argentina, y los partidarios del integrismo religioso que fue una de las características ideológicas del golpe se fueron desencantando cada vez más del nuevo gobierno surgido en 1946.

El golpe de septiembre de 1955 (la “Revolución Libertadora”) contra Perón sumó un ingrediente adicional: los fusilamientos posteriores al abortado conato revolucionario del 9 de junio de 1956.⁴ Si bien la violencia en Argentina había sido una constante a través de toda su historia, y hubo muertos en enfrentamientos militares, en el bombardeo de la Plaza de Mayo del 16 de junio de 1955 y en represiones policiales (y, en este último caso, incluyendo un hecho sin precedentes cercanos como la desaparición del doctor Juan Ingalinella, cuyo cadáver jamás apareció), los fusilamientos posteriores a ese intento de sublevación fueron el primer episodio desde las ejecuciones durante la dictadura de Uriburu que se fusiló a presos políticos, y en forma sumaria. El resultado de estas muertes, más toda la política represiva antiperonista que incluyó la absurda prohibición de mencionar el nombre del “tirano prófugo” fue que las Fuerzas Armadas, durante el gobierno de Frondizi, por un lado desconfiaban profundamente de éste (unos cuantos militares lo suponían criptocomunista) y por otro lado, vía Plan Conintes, se hicieron cargo en cierta medida de la represión. El corolario



de todo este enfoque de las Fuerzas Armadas está a la vista: después de poco más de seis años del golpe que derrocó a Perón, tuvieron que hacer otro golpe porque el peronismo, con un nombre de fantasía, había nuevamente ganado las elecciones en varias provincias (en particular en la provincia de Buenos Aires).

El gobierno de Illia asumió el 12 de octubre de 1963; Illia fue elegido presidente por el Colegio Electoral, pese a haber obtenido menos de la cuarta parte de los votos, en elecciones en las que el peronismo estuvo una vez más prohibido. Para las Fuerzas Armadas, este gobierno fue una de las tantas oportunidades malogradas. En vez de apoyar, o al menos de ser neutrales, ante la política del gobierno (lento proceso de legalización del peronismo, política económica razonablemente “desarrollista”, pese a las discrepancias con Frondizi, amplia libertad de prensa y respeto por la institucionalidad), los jefes militares, alarmados justamente por la posibilidad de legalización del peronismo, por la publicación de literatura “subversiva” merced, justamente, a la libertad de prensa existente, y por lo que interpretaban como dominio comunista de la Universidad, se aliaron con los sectores civiles más derechistas, tanto nacionalistas católicos como liberales y, ante la pasividad (o complicidad) de los dirigentes sindicales (entre los cuales Augusto Timoteo Vandor acudió a la Casa Rosada para la ceremonia de asunción del nuevo Presidente de facto, general Juan Carlos Onganía) derrocaron el 28 de junio de 1966 al Presidente Illia, disolvieron el Congreso, intervinieron todas las provincias, y reemplazaron a los miembros de la Suprema Corte de Justicia instaurando la “Revolución Argentina”. El gobierno de facto, cabe comentar, en vez de considerarse “provisional” para restaurar la democracia y el respeto por la Constitución y las leyes, etc., como en otras oportunidades (justamente habían derrocado a un gobierno que mantenía la democracia y respetaba la Constitución y las leyes) consideró en algún sentido que su administración era “fundacional”, anunció que sus disposiciones se llamarían “leyes” en vez de “decretos-leyes” (las dictaduras militares anteriores habían respetado el concepto de que las leyes las dicta el Congreso, y llamaron a sus disposiciones con ese rango “decretos-leyes”), y anunció que “no tenía plazos sino objetivos”. Por otra parte, sancionó un “Estatuto de la Revolución Argentina” que tenía valor jurídico superior a la Constitución. Es decir, el poder absoluto –al menos desde el punto de vista legal– estaba concentrado en las Fuerzas Armadas.

¿Cuáles eran esos “objetivos”? Por un lado, los sectores nacionalistas católicos apoyaron el golpe de estado (como los otros golpes de estado exitosos en Argentina) y codiciaron, como suele suceder con los sectores ligados a la Iglesia, el control de la educación y de la difusión de las ideas. En ese sentido, tenían todo el apoyo de Onganía y su círculo más íntimo. Por otro lado, esos sectores influyeron desproporcionadamente en el ataque a las libertades públicas (simbolizado, como ejemplo extremo, por la “ley” que prohibía las actividades de los partidos políticos), la censura y el horror ante la revolución sexual que se desataba en Occidente en esa época, a partir de la píldora anticonceptiva y luego a partir del Mayo francés de 1968.⁵ La política económica, dirigida en un primer momento por el Ministro de Economía Jorge Salimei y luego, hasta 1969, por Adalbert Krieger Vasena, fue un esbozo de lo que hoy llamaríamos “neoliberalis-



5. Curiosamente, no toda la legislación sancionada durante este período fue retrógrada: la reforma del Código Civil impuesta por el gobierno de facto bajo la influencia (e incluso el trabajo personal) del Ministro del Interior, Guillermo Borda, estableció el divorcio por mutuo consentimiento. Si bien no llegó a reinstaurar el divorcio vincular, fue aún así un notable paso adelante.



mo” y no era necesariamente del gusto de la línea más nacionalista católica;⁶ a la inversa, es muy poco probable que a Krieger Vasena se le hubiera pasado por la cabeza prohibir la representación de la ópera *Bomarzo* –como sí hizo Onganía en uno de los actos más ridículos de su gobierno– si hubiera tenido el poder para tomar dicha decisión. Esas dos líneas de pensamiento coexistieron (no es claro si de mala gana), y es curioso cómo incluso en momentos de retroceso total de la dictadura, cuando durante el gobierno del general Alejandro Agustín Lanusse, a partir de 1971, se hizo evidente que era necesario disminuir la represión (así fuera para aislar a los movimientos guerrilleros), en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, para dar un ejemplo, el doctor Raúl Zardini, representante del fascismo antisemita más virulento posible, continuara siendo el Decano. Para su proyecto de “modernización católica con orden” era considerada mucho más peligrosa la Universidad que la dirigencia obrera tradicional institucionalizada (de lo cual la ya comentada presencia de Vandor en la asunción de Onganía es un interesante ejemplo). Y por eso en la Universidad la línea oscurantista se mantuvo pese a que la situación política del país estaba cambiando.

6. De hecho, se hablaba siempre –como en otros golpes militares argentinos– de la línea “nacionalista” y de la línea “liberal”. La línea nacionalista ejerce el control ideológico y la línea liberal maneja la economía.

En ese sentido, las Fuerzas Armadas se plantearon una lucha ideológica total contra todo pensamiento “subversivo”, donde la definición de subversivo era por demás laxa (la “ley” anticomunista que sancionaron es un ejemplo significativo). Y uno de sus objetivos fue siempre el control de las Universidades nacionales, a las cuales consideraban fuente de toda intranquilidad social. De hecho, el primer conflicto importante que tuvo la dictadura de Onganía fue con las Universidades, lo cual no es de extrañar, dado la paranoia con la cual las miraba: era obvio después del golpe de estado que las Universidades iban a ser intervenidas y, sin embargo, no está de más, para reducir el peligro comunista a niveles menos exagerados, recordar que, por un lado, cuando la “Revolución Argentina” dejó cesantes a los jueces de la Suprema Corte y los reemplazó por otros afines ideológicamente, uno de los nuevos jueces fue el Decano de la





Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, doctor Marco Aurelio Risolía y, por otro lado, los Rectores de las Universidades Nacionales de Cuyo, del Nordeste y del Sur (Buchbinder [2]) aceptaron quedarse como interventores,⁷ posibilidad prevista en la “ley” 16912 del 29 de julio de 1966 que anulaba la autonomía universitaria.

Al respecto, creo que cabe acotar que hay algo muy enfermo de la Argentina de esa época, que llegó a su paroxismo durante el siguiente y sangriento período militar, el que comenzó diez años después.⁸ Es muy raro encontrar un país de desarrollo intermedio, con una apreciable proporción de la población bien educada, un nivel de sofisticación que en Buenos Aires podría compararse con el de unas pocas capitales europeas o grandes ciudades norteamericanas, y con seguridad muy superior al de la mayoría de las demás capitales del exterior (que en algunos casos parecían provinciales comparadas con Buenos Aires) en el cual hubiera una brecha tan grande entre la ideología de las Fuerzas Armadas y la ideología que debería corresponderles justamente por ese grado de desarrollo y sofisticación.

Recuérdese que durante la dictadura de Onganía se llegó a cortar el pelo a la fuerza a jóvenes que lo usaban demasiado largo (a juicio de la policía, por supuesto) y a entrar a saco a hoteles por hora para detectar y avergonzar (o extorsionar) a parejas no unidas en legítimo matrimonio (como si las parejas unidas en legítimo matrimonio necesitaran en general de hoteles por hora). De hecho, se puede recordar el revuelo que se armó en algunos círculos cuando EUDEBA publicó “*El marxismo*” de Henri Lefebvre, que confirmaba las más horribles suposiciones de la derecha. Y eso en un país que estaba creciendo al 7% anual durante todo el período de Illia, respetuoso de las libertades públicas y que estaba terminando con la proscripción del peronismo. Es como si la ideología –de extrema derecha integrista– no tuviera correlación alguna con el grado de desarrollo y de cultura del país.⁹

7. O sea tres rectores sobre ocho, o tres sobre nueve, si incluimos la Universidad Tecnológica Nacional, que tiene estructura organizativa distinta (ése era el número de Universidades Nacionales en esa época).

8. Pero la situación política del país explica más la represión sanguinaria de 1976 que la patología oscurantista de 1966.

9. Esa “ideologización” exacerbada de la derecha tiene como correlato una igualmente exacerbada ideologización de izquierda: el artículo de Israel Cacho Lotersztejn [3] plantea de forma análoga una falta total de relación entre el desarrollo del país y los planteos insurreccionales.



Naturalmente, el resultado fue que, desde unos cuantos puntos de vista distintos, la “Revolución Argentina” fue un fracaso completo, sobre todo visto desde la extraordinaria soberbia (con “Estatuto de la Revolución Argentina” incluido) con que los golpistas iniciaron su epopeya fundacional. Desde el punto de vista del control de las ideas en la Universidad, los militares afrontaron el enorme costo político internacional de la “Noche de los Bastones Largos”, con sus alrededor de mil trescientos docentes renunciando solamente en la Universidad de Buenos Aires, con detención y agresión a profesor norteamericano (Warren Ambrose) incluida, más el costo político de la represión con asesinato de estudiantes, empezando por Santiago Pampillon¹⁰ (primero de una lamentable lista) pues consideraban que extirpar la “venenosa serpiente” (subversiva) a la cual en alguna oportunidad desdichada se refirió el interventor en Córdoba José Camilo Uriburu (con resultado inmediato poco feliz, al menos desde su punto de vista personal) era una de las prioridades del gobierno. Y sin embargo, la derrota (provisoria) de las Fuerzas Armadas en 1973 encuentra a las Universidades en estado incandescente; en particular, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires brillaban las llamadas “cátedras nacionales”, ejemplo llamativo de un fracaso inesperado: ante la renuncia de muchos docentes (de izquierda) de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (y la posterior no renovación de los contratos de otros docentes, también de izquierda) después de la Noche de los Bastones Largos, las autoridades universitarias tuvieron la idea de cubrir en buena medida esos cargos vacantes (en sociología, disciplina siempre sospechosa para esos militares) con docentes formados ideológicamente en la derecha católica. Parecía una medida muy astuta: era directamente reemplazar la perniciosa (o venenosa, como diría

10. Pampillon, irónicamente, había hecho sus estudios secundarios en la Escuela de Suboficiales de Aeronáutica. En cierta medida, se puede ver esto como un símbolo del fracaso, en muchos casos, de los “anticuerpos” de la educación militar: al volver a la vida civil, poco quedó de la influencia militar.





José Camilo Urriburu) influencia de los izquierdistas por la confortable influencia de cuadros supuestamente católicos de derecha, afines (presuntamente) a las ideas oficialistas. Independientemente de que por supuesto no todos los profesores (alrededor de quince, según indican Barletta y Lenci [1]) de las cátedras nacionales tenían ese origen (lo cual hace más llamativa su designación como profesores) lo cierto es que hubo una confluencia entre los de origen de derecha católica y los que provenían de lo que se podría llamar la “izquierda nacional” en algún sentido análoga a la confluencia de sectores de los mismos orígenes en la creación y consolidación de movimientos guerrilleros peronistas: las cátedras nacionales tuvieron una influencia no despreciable en el enfoque peronista revolucionario profundamente opuesto a la “Revolución Argentina” en todas sus etapas, muy por el contrario de los propósitos de las autoridades universitarias que los llamaron a cubrir los cargos abandonados por la izquierda.

El fenómeno fue mucho más general que el de las cátedras nacionales de la Universidad de Buenos Aires. Como indica Buchbinder [2], “las organizaciones guerrilleras contaron con nutridos contingentes de estudiantes y profesionales entre sus militantes y algunas facultades conformaron también ámbitos de reclutamiento para dichas agrupaciones”. Es decir, pocos años después del golpe en el cual la Universidad (o la ideología que, según las Fuerzas Armadas, la Universidad transmitía a sus estudiantes) era uno de los enemigos principales a extirpar por el nuevo gobierno, la Revolución Argentina había logrado convertir –o había contribuido en forma muy significativa para convertir– las Universidades en campos vírgenes para generar militantes y posteriormente guerrilleros, que representaban una amenaza física (por el hecho de ser guerrilleros y pretender





11. Probablemente, como muestra del ridículo (si no fuera tan trágico para nuestros países) en que incurrieron las Fuerzas Armadas latinoamericanas, el único caso que supera en simbología a éste es el del Perú: los militares que en 1968, al mando del general Velasco Alvarado derrocaron al Presidente constitucional, arquitecto Fernando Belaúnde Terry, entregaron el gobierno en 1980, ya al mando del general Francisco Morales Bermúdez... al arquitecto Fernando Belaúnde Terry.



12. En las Universidades también se nota esa inestabilidad; la de Buenos Aires, por ejemplo, tuvo cinco Rectores.

13. En realidad, uno de los problemas que muestra esta inestabilidad –más los ejemplos ya mencionados de inestabilidad de los otros golpes de estado en nuestro país– es el profundo fracaso de las Fuerzas Armadas, en tanto que Partido Militar, para instaurar algún tipo de institucionalidad “propia”: no pudieron nunca crear un mecanismo que permitiera algún tipo de método “interno” para dirimir sus diferencias de acuerdo a algún tipo de

suplantar a las Fuerzas Armadas en el monopolio del ejercicio de la fuerza si llegaban a tomar el poder) mucho mayor que la que los intelectuales marxistas, socialdemócratas o radicales habían constituido nunca anteriormente.

Políticamente el fracaso de la Revolución Argentina fue también llamativo. El “orden” que querían establecer los militares se transformó en dos golpes de estado adicionales dentro del golpe (los dirigidos contra Onganía y contra su sucesor el general Rodolfo Marcelo Levingston). El segundo golpe provocó que finalmente Lanusse asumiera la presidencia... y nombrara Ministro del Interior a Arturo Mor Roig, Presidente de la Cámara de Diputados durante la Presidencia de Illia (casi un símbolo de circularidad¹¹) y finalmente tuviera que entregar el gobierno al doctor Héctor Cámpora, candidato incondicional de Juan Domingo Perón –menos de siete años después de haber derrocado a un Presidente por, entre otras cosas, intentar permitir al peronismo proscripto. En cuanto a la estabilidad que pretendidamente traería el gobierno militar, basta ver la sucesión de “gobernadores” de unas cuantas provincias: por ejemplo, la provincia de Buenos Aires tuvo cinco “gobernadores” entre 1966 y 1973, y la de Córdoba 10.¹² Pero ni siquiera es necesario ir a tanto detalle: como ya se mencionó, el primer Presidente de facto de la “Revolución Argentina” fue echado por sus pares ignominiosamente en 1970, poco antes de cumplir cuatro años de gobierno; el segundo duró menos de un año, y el tercero y último dedicó todos sus esfuerzos a conseguir la retirada militar menos indigna posible.¹³

Concretamente, las Fuerzas Armadas, que habían derrocado a un Presidente en un país razonablemente pacífico (pese a la proscripción del peronismo y al fracasado intento guerrillero del Ejército Guerrillero del Pueblo) tuvieron que devolver el gobierno casi siete años después a un presidente peronista, con una guerrilla en actividad, una polarización política impresionante y un costo en exilios (en algunos casos permanentes) considerable.

Obviamente, la experiencia 1976-83 fue más grave para las Fuerzas Ar-





madras: los crímenes cometidos les hicieron perder todo prestigio en amplios sectores de la sociedad; la guerra perdida con Gran Bretaña les hizo perder toda confianza que le quedaba tanto al sector empresario como a las grandes potencias en cuanto a que podían ser “garantes del orden y de los negocios” y a lo largo de más de una década su poder se fue reduciendo hasta llegar a ser probablemente las menos influyentes e importantes de un país mediano como el nuestro. En ese sentido, surge una duda: desde el punto de vista de un militar que anteponga su orgullo de pertenencia a su interés personal, el período 1930-1983 (o tal vez el período 1930-2003, para tener en cuenta el momento que señaló más claramente que ningún otro su pérdida de influencia) fue un espantoso fracaso, que dejó a las Fuerzas Armadas sin poder ni prestigio. Pero individualmente, los militares (y civiles) que usufructuaron del poder respaldándose en las Fuerzas Armadas no necesariamente piensen lo mismo: desde el punto de vista de muchos de ellos, el resultado fue muy bueno: mientras pudieron, disfrutaron del poder, se enriquecieron...¹⁴ El interrogante que surge, para toda persona ajena ideológicamente al integrismo ultramontano, es que a pesar de todo, de que han perdido la batalla ideológica, de que un nuevo golpe de estado (salvo que cambien mucho las condiciones en nuestro país) es extraordinariamente difícil, el costo para la Argentina ha sido demasiado caro, y se pagó a lo largo de demasiado tiempo.

REFERENCIAS

- [1] Ana M. Barletta y María Laura Lenci, Politización de las ciencias sociales en Argentina. El caso de la revista ‘Antropología 3er. Mundo’. *Sociohistórica. Cuadernos del CIHS*. Nro. 8, La Plata: primer semestre de 2000.
- [2] Pablo Buchbinder, *Historia de las Universidades Argentinas*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005.
- [3] Cacho Lotersztejn, Morir por los “cambios de fondo”, en: *Anuario Lucha Armada en Argentina*, 2010, 64-69.

“legalidad” (pese a que pensaron que habían logrado establecer ese mecanismo durante la dictadura de Jorge Rafael Videla para dirimir su sucesión) ni pudieron elegir –sobre todo a partir de la “Revolución Libertadora” – sus sucesores civiles.

14. El mismo comentario cabría hacerse respecto del comunismo en la Unión Soviética: desde el punto de vista de un comunista con ideales, la evolución de la Unión Soviética (y el prestigio y poder del comunismo) indican un fracaso tremendo que culmina con la disolución de la URSS en 1991; desde el punto de vista de la “nomenklatura” que se benefició durante su existencia (y en muchos casos después de su desaparición) el resultado individual fue muy bueno.





EL BARRIO DE LAS VIUDAS.

LA REPRESIÓN SOBRE LAS MUJERES DE LA CLASE TRABAJADORA

La desaparición de numerosos trabajadores de Astarsa dejó en un estado de indefensión a mujeres que no participaban en la militancia sindical de sus maridos y que no obstante sufrieron las consecuencias de la feroz represión de la dictadura. Estas historias de vida ilustran la tragedia de ellas y de hijos que esperaron el regreso de sus padres durante muchos años.

FEDERICO LORENZ

(IDES – CONICET)

*Podían haberlo reclamado para hacer una revolución.
Fue más grande el recogimiento del pueblo, agachado en las casas de los suburbios.*

Raúl González Tuñón

Durante la última dictadura militar, y desde los meses previos, la represión avanzó en círculos concéntricos sobre los distintos espacios de sociabilidad de sus víctimas, principales objetivos dentro de un golpe que, más ampliamente, buscaba la reestructuración social y económica de la Argentina. El análisis de este proceso está aún poco transitado, oscurecido por la impactante figura de las víctimas de los campos clandestinos, los desaparecidos y los sobrevivientes. Las esposas y compañeras de los presos, secuestrados y asesinados, sobre todo, permanecen aún invisibilizadas, más aun si no compartían la militancia política de sus compañeros.

Proponemos aquí detenernos en el caso de la historia de la Agrupación Naval Peronista “José María Alesia”, integrante de la Juventud Trabajadora Peronista, frente de masas de Montoneros, como una forma de elaborar un recorrido de posibles preguntas acerca de la vida cotidiana de la clase trabajadora durante la represión ilegal, pero, también, sobre el lugar de las compañeras, esposas e hijos de los militantes en los proyectos políticos revolucionarios.





Ana Rivas sentada en las ruinas de su casa. De niña, en ese mismo lugar, vió marchar a su padre al frente de sus compañeros. (Archivo del autor)

La historia de los militantes sindicales de la JTP fue breve, intensa y dramática. El 24 de mayo de 1973 un trabajador naval de los astilleros Astarsa, ubicados en Tigre tuvo un accidente de trabajo que le costó la vida. El accidente, en vísperas de la asunción de Héctor Cámpora, motivó la toma del astillero por parte de un grupo de militantes sindicales de orientación clasista que un año antes había organizado una agrupación que disputaba la conducción del sindicato naval zonal, el SOIN (Sindicato de Obreros de la Industria Naval). Unos días después, el Ministerio de Trabajo obligó a la empresa a reconocer todas las demandas de los huelguistas. La toma del astillero tuvo un importante peso simbólico en las luchas políticas de los años setenta.

La agrupación se formó a partir de un grupo de obreros jóvenes que hacia 1970, como parte del proceso de radicalización de las bases sindicales y sus comisiones internas se organizaron políticamente. La toma de 1973 los colocó en el centro de los conflictos de la zona como actores y referentes, lugar que no abandonaron hasta su aniquilamiento por parte de la represión paraestatal de 1974 - 1975 y de la dictadura militar de 1976. En ese proceso se enfrentaron con los sectores de la derecha peronista, la Triple A y los esfuerzos de la patronal por frenar sus avances. Entre mayo de 1973 y el golpe del 24 de marzo de 1976, algo menos de tres años, los integrantes de la Agrupación Naval Peronista José María Alesia vivieron probablemente la experiencia más intensa de sus vidas, y su proyecto fue derrotado. Veintiocho trabajadores y militantes sindicales, algunos de sus familiares, sus esposas y sus conocidos, fueron secuestrados, asesinados y desaparecidos.¹

1. Para mayores detalles, remito a Federico Lorenz, *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del 70*, Buenos Aires, Norma, 2007, y Federico Lorenz, "Algo parecido a felicidad." *Una historia de la lucha y represión de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*, tesis doctoral inédita.





Las mujeres de los trabajadores navales tuvieron, a partir de las concepciones sociales vigentes en su grupo sobre la diferencia sexual, un espacio claramente delimitado en las actividades de la Agrupación. Este lugar estaba marcado por la cultura de los trabajadores, que las ubicaba como esposas, amas de casa y madres. Casadas con trabajadores bien pagos, su “tarea” era cuidar a los hijos y ocuparse de la casa. Muchas vivían en una pieza o casa construida en una parte del terreno de la casa paterna. Participaban de algunos de los eventos sociales de la vida de la Agrupación, pero no en calidad de militantes, sino de esposas de los trabajadores: casamientos, cumpleaños, asados de fin de semana y salidas de pareja.

Dentro de este grupo, hubo algunas mujeres que comenzaron a organizarse como esposas de los trabajadores de astilleros Mestrina. La mayoría de ellas vivían en Rincón de Milberg, frente a los astilleros. Allí, la militancia barrial peronista tenía un importante grado de inserción, combinando a militantes sindicales, villeros y de la Juventud Peronista. Por este hecho, entre 1973 y 1975, la zona era conocida como “el barrio de los navales”, indicio además del peso simbólico del activismo sindical de la JTP naval. Muchas familias comenzaron a participar incipientemente en actividades políticas, o prestaron sus casas como escondites o refugios para los militantes, sus publicaciones o sus armas.

A partir de 1976, luego de la llegada del Ejército a los astilleros y a medida que aumentaron las desapariciones, Rincón de Milberg fue conocido por los trabajadores de la zona como “el barrio de las viudas”.² Pese a que por preservarlas, por machismo, por clandestinidad o por oposición de las mujeres a la militancia de sus esposos, estas quedaron fuera de las actividades de los hombres; con el recrudecimiento de la represión y sobre todo a partir del golpe de Estado ellas resultaron doblemente víctimas: en su condición de integrantes de la clase trabajadora, y en tanto mujeres. Asimismo, el lugar que habían tenido en las prácticas de los jóvenes trabajadores de los años previos fue determinante para la forma en que la represión impactó después sobre ellas.

Proponemos analizar las consecuencias de la represión entre las mujeres de los trabajadores navales a partir de dos historias de vida, como una forma de iluminar algunas de las características específicas que tuvo la represión sobre el movimiento obrero cuando más allá de las fábricas, buscó a las víctimas en sus calles y sus casas. Casas que muchas familias navales habían decidido, en años menos peligrosos, “dejar fuera” de sus luchas sindicales.

RUFI: LA MILITANCIA COMO OPCIÓN

María Rufina Gastón (*Rufi*) nació en la zona Norte. Militante cristiana, conoció a su compañero, Aldo Ramírez, por correspondencia. Le empezó a escribir cuando este, con menos de veinte años, estaba preso tras participar en el Operativo Cóndor, cuando un grupo de militantes nacionalistas secuestró un avión y lo desvió a las islas Malvinas (1966). Cuando Ramírez salió en libertad junto con sus compañeros, *Rufi* fue con un grupo a recibirlos, y al tiempo se pusieron de novios y se casaron. La

2. Jorge Paolini, entrevista 2010.





Hugo y Olga con sus mellizas, durante el casamiento de Martín Mastinú, el combativo dirigente sindical de la Zona Norte. (Archivo del autor)

militancia de *Rufi* se concentró en el trabajo territorial entre las mujeres vecinas a los asilleros de Rincón. A medida que las condiciones de seguridad fueron empeorando, y como su esposo era un “jetón” (un militante muy conocido) y tenía mayor nivel de militancia que ella, sus jefes les plantearon que deberían separarse.³ Ramírez definió la discusión apelando al lugar tradicional de la mujer en la pareja. Para ese momento tenían una hija recién nacida, y le dijo a *Rufi* que “es más importante la vida de Paula que lo que vos le podés aportar a la militancia, así que vos quedate piola...” Y él se iba a recluir. Lejos de la pareja, de la familia, pero activamente en la militancia”.⁴

Es importante tener presente que en ese momento, más allá de la estructura organizativa clandestina de Montoneros, para la que *La Fabiana* era un combatiente al que había que ocultar y proteger, el nivel de exposición en pleno auge de la Triple A era por lo menos igual de riesgoso para militantes de base como *Rufi*, mucho más conocidos por su trabajo territorial. Justamente por eso, “por razones de seguridad decidieron mantenerme siete meses encerrada en una casa”.⁵

La principal contradicción con esta decisión que marca *Rufi* es la de que la privaron de realizar un corte “normal” con su pareja, como el que hacían todos, y sobre todo, que ella, que tenía responsabilidades como militante, no había podido decidir “políticamente”. Esto, que es una marca frecuente en los testimonios de la época, en el caso de una mujer militante adquiere mayor peso. Su imposibilidad de decidir no se debía sólo a su nivel político inferior, sino a que era mujer y tenía un rol en la pareja: “Decidieron por mí. Porque mi compañero definió todo. Él fue el que dijo me toca a mí definir cómo va a ser esto. Cuando las parejas se separan hay dolor, bronca, odio, todo eso que es normal. Yo eso no lo viví”.⁶

En ese papel, *Rufi* hizo de “viuda” de la organización Montoneros, mientras esperaba que las condiciones de clandestinidad le permitieran acudir a citas

3. El testimonio de *Rufi* en Noemí Ciollaro, *Pájaros sin Luz*, Planeta, 2000, p. 124. El testimonio fue obtenido en 1997.

4. *Ibidem*.

5. *Idem*, p. 127.

6. *Idem*, p. 125.





Hugo y Olga el día de su compromiso. (Gentileza de Ana Rivas)

“horizontales” con su esposo. Mientras tanto, desempeñó un nuevo rol, también acorde con el que las costumbres asignaban a su género:

La cosa se puso muy fea y debimos dejar de vernos por completo. Así que ahí me tenían guardada. Yo día a día iba anotando en un cuadernito los nombres de los compañeros que se llevaban. Y me traían a los hijos de los compañeros desaparecidos para que los cuidara. Así tuve mi guardería.⁷

Durante su confinamiento, Rufi se enteró de que el Gordo tenía una relación con otra militante. La organización Montoneros, por su parte, “le asignó” un compañero para que viviera con ella, como parte de su “minuto” (coartada). En 1977 tuvo noticias de que Ramírez estaba desaparecido; los rumores hablaban de un enfrentamiento pero lo cierto (se enteró más de una década después) es que Aldo Ramírez fue llevado con vida a Campo de Mayo y exhibido como trofeo por sus captores. Al tiempo, Rufi y su compañero comenzaron una relación. Quedó embarazada pero perdió su bebé, y luego pasaron al exilio en Paraguay, aunque por poco tiempo.

A principios de la década del ochenta, Rufi decidió volver al Tigre, al barrio donde había militado. No fue una buena experiencia: *empecé a aparecer por las casas de los compañeros. Algunos no querían verme. Las mujeres. Algunas me reputaban.*⁸ El impacto sobre las vidas de las familias navales, y en particular de las mujeres sobrevivientes, había sido muy fuerte. El contraste con la época previa era muy grande:

Cuando uno ha vivido algo muy fuerte, cuando piensa que ha hecho cosas donde cree que ha sido protagonista de algo distinto, cuando una ha trascendido la cocina... por decirlo de alguna manera, desde lavarle la ropa al marido o llevar los chicos al colegio. Y comienza a ocuparse de lo que le pasa al vecino. Porque ese grupo de mujeres del Rincón de Milberg, fue lo más lindo que me pasó en mi militancia [...] Mujeres de trabajadores que juntaban los pesitos que iba ganando su compañero para poder hacer su casa, ampliarla, mejorarla, ponerla linda [...] Vivimos cosas muy lindas con ellas, habían desaparecido las diferencias de clases sociales, y eso a las mujeres les parecía que era importante [...] En esa etapa [se refiere al período 1973 - 1975] nos juntamos todas, las que venían de las universidades, las que venían de los movimientos cristianos, las que estábamos en la militancia, ellas que estaban en el barrio [...] Ellas brindaban sus casas, todas las comodidades que habían logrado tener, nos ofrecieron todo. Todo.⁹

7. Idem, p. 127.

8. Idem, p. 130.

9. Idem, p. 130 - 131.

¿Pero por qué no recordaban positivamente una época en la que “habían trascendido la cocina”, en la que se habían borrado las diferencias de clase y mujeres de distinta procedencia habían confluido en la militancia barrial? Para Rufi, la respuesta se encuentra en la forma en la que la represión había alterado sus vidas. No sólo por la pérdida de sus esposos, sino porque las había obligado

a salir de sus costumbres, de un nivel que habían alcanzado y que era parte de su cultura y de su tranquilidad:

Cuando ellas hablaban de miedo, nosotras les decíamos que si teníamos miedo nunca íbamos a poder hacer nada. Cuando ellas decían: “Bueno, pero si le pasa algo a mi marido, ¿qué va a ser de mí, de mis hijos?”, porque nunca habían trabajado fuera de sus casas. Les respondíamos que había que salir adelante, que las cosas tenían que cambiar.

Y bueno. Para ellas nada cambió para mejor, todo lo contrario. Algunas, cuando cayeron a sus casas a buscar a sus compañeros, se quedaron hasta sin su casa a medio terminar. Las que la tenían terminada vieron cómo destruían todo. Las que nunca habían trabajado tuvieron que salir a trabajar. Y las que se habían sentido contentas porque eran amigas de las que habían estudiado, de las universitarias, de las que sabían más, tuvieron que ir a limpiar casas de gente de esa clase social. A laburar de sirvientas.¹⁰

La dictadura militar no solamente les había quitado sus parejas, sino que en muchos casos había arrasado sus proyectos de vida, sus bienes y su lugar en la sociedad: de ser esposas de obreros bien pagados, lo que les permitía proyectar construirse su casa, pasaron a “laburar de sirvientas”. Y para *Rufi*, en el impacto sumado del dolor de la pérdida y la destrucción de sus vidas nacía una de las principales consecuencias políticas de la represión. Las mujeres sobrevivientes negaron la historia de sus compañeros, al resistirse a hablar de ella:

Lo que nunca pudieron sobrellevar es el dolor. A los chicos, a los hijos, les negaron la historia. Cuando yo iba a visitarlos quería hablar de sus padres con los más grandes, contarles quiénes habían sido, pero no estaba permitido.¹¹

En lo que hace a su propia historia, *Rufi* encontró también negado su lugar como militante. No pudo transmitir la historia de sus compañeros a sus hijos, pero además, dentro de las organizaciones de derechos humanos su lugar tampoco estaba claro. Los organismos más emblemáticos se conformaron por madres y padres, no por esposas o compañeras. Era una doble desaparición: *Siempre andamos a la sombra del protagonismo de los demás. Esto es así. O levantamos la figura de nuestros compañeros, o la de las Madres o las Abuelas.¹²*

ANA Y OLGA: LA AUSENCIA DEL HOMBRE

Una de las que no quiso saludar a *Rufi* fue Olga, esposa de Hugo Rivas, secuestrado en junio de 1976 y uno de los principales dirigentes de los trabajadores navales.

La historia de Olga y sus hijas cubre varios de los aspectos comunes a la experiencia de las esposas de muchos de los trabajadores desaparecidos. Hugo fue su primer novio, esposo y el padre de sus hijas. El testimonio de una de ellas, Ana, es el que nos permite reconstruir sus historias.

La desaparición de quien las “cuidaba” y era sostén de hogar, de quien las había preservado de los riesgos de la militancia, las expuso a un mundo represivo en el que se hallaban particularmente indefensas, por su juventud, su inexperiencia en muchos

10. *Idem*, p. 131.

11. *Idem*, p. 133.

12. *Idem*, p. 133.



13. Memoria Abierta, *Testimonio de Gloria Beatriz Enríquez*, Buenos Aires, 2003. Memoria Abierta, *Testimonio de Carlos Morelli*, Buenos Aires, 2003. Carlos Morelli, entrevista 2004.

14. Es interesante destacar, por oposición, que en otros casos, las esposas de algunos de los trabajadores se movilizaron y organizaron para reclamar.

En la causa 26.144, de la que nos hemos valido para la reconstrucción del proceso represivo en los primeros días del golpe militar, figuran varias de ellas presentando habeas corpus para obtener datos sobre sus maridos. Estas mujeres se presentaron juntas, lo que implica, por ejemplo, que las redes en las que estaban incluidas hasta el momento del secuestro les permitieron llegar a un abogado.

15. Da la pauta del nivel de compartimentación de la vida de los militantes hacia sus familias que Olga, esposa de Hugo, desconocía este dato hasta que lo conoció por mí, a través de su hija.

16. Ana Rivas, entrevista 2008. Todas las citas que siguen corresponden a este testimonio hasta que se indique lo contrario.

casos, y su soledad. Era también un mundo fundamentalmente masculino. Algunas de las mujeres de los navales fueron ellas mismas víctimas de secuestros y vejaciones, mientras que otras sufrieron distintas humillaciones por parte de las autoridades a las que acudían en busca de información sobre sus maridos, fueran estatales o personal jerárquico de las empresas. En algunos casos, recibieron ayuda a cambio de sobornos por algunos policías de la Comisaría de Tigre; en otros, según testimonios, fueron agredidas sexualmente por las autoridades militares.¹³

Muchas de las mujeres de los trabajadores navales desaparecidos no compartían la militancia de sus esposos, como la esposa de Martín Mastinu, principal dirigente de la Agrupación Naval. En muchos casos, nunca habían trabajado formalmente: se habían casado jóvenes, habían tenido sus hijos, eran amas de casa. La desaparición de sus esposos las estigmatizó en el barrio y hacia sus familias, y muchas veces debieron enfrentar todo ese nuevo escenario solas.¹⁴

Ana Rivas tenía cinco años cuando secuestraron a su papá, Hugo. Desde hacía meses su familia vivía junto a otros militantes en casas operativas de Montoneros. Habían tenido que abandonar la casa de la familia paterna en Virreyes, donde vivían hasta que fue demasiado riesgoso. Hugo iba a ser el primer militante en alquilar una casa con dinero de la organización, y fue precisamente el día de la mudanza cuando lo secuestraron,¹⁵ el 12 de junio de 1976:

Era un día que hacía mucho frío, un sábado me dijo el otro día mi mamá. Me acuerdo que hacía mucho frío, era ya tarde. Cuando él se iba, mi mamá tenía que esperarlo hasta las 2 de la tarde, si no volvía a las 2 de la tarde, ella se tenía que ir. Agarrarnos a nosotras dos, sacar lo que podía de la casa y no dejar datos, e irse. Ese día eran las 2 de la tarde y no venía, no venía, no venía, y se quedó mi mamá, sin problema. Ella sentada en el aljibe, me la acuerdo siempre con este movimiento a mi mamá, se hamacaba, y nosotras dos jugando en la quinta, en el nogal, cerca de la pileta sin acercarnos para no caernos, jugando, mi hermana y yo me acuerdo jugando. Y estaba como gris el día, así que sería tarde. Sí, hasta las 7 me dijo que lo esperó. Y nos dijo "bueno, vamos". Entramos a la casa, nos fuimos para la parte de atrás, caminábamos, caminábamos. De ahí salimos de la casa, llegamos a la tranquera, y no me acuerdo si mi mamá se detuvo a hablar con alguien, porque sé que nos paramos un rato ahí, salimos a la derecha, caminando, caminando, caminando, hasta la estación de Del Viso. En la estación de Del Viso estuvimos un montón de tiempo más, sentadas las tres, hacía muchísimo frío. Mi mamá tenía esperanza de que bajara del tren, pero no bajó. Así que nos tuvimos que tomar un tren, nos fuimos.¹⁶

La esposa de Hugo Rivas, Olga, no respetó las medidas de seguridad, que indicaban que debía huir, y se quedó a la espera de su esposo. No tenía forma de localizarlo. Esa primera noche apeló a su familia política. Allí comenzaron los problemas:

Al día siguiente me parece que nos fueron a buscar mi abuela y mi tía, la hermana de mi mamá, porque la hermana de él estaba nerviosa, tenía miedo por lo que le podía pasar a ella y a los hijos, tenía dos hijas en ese momento. Estaba nerviosa de tenernos ahí. Entonces a primera hora habló con mi abuela para



pedimos que nos sacara de la casa de ella. Así que vino mi abuela [materna] con mi tía en un taxi.

El secuestro tenía distintas consecuencias. El miedo aisló a una mujer y sus hijas golpeadas por la represión y estigmatizadas por la propaganda (pues eran familiares de un “desaparecido”). Pero también se produjeron rupturas en las familias:

Mi abuela paterna estaba bien económicamente, si bien no tenía plata, pero ella siempre tenía su casita arreglada, su comida, su fruta porque le gustaba la fruta... nunca le faltó absolutamente nada, vivía sencillo pero bien, muy bien. Mi mamá sabiendo eso, fue a decirle si le prestaba plata para sacar del taller la máquina [...] Fue a pedirle plata a mi abuela, la mamá de mi papá, para sacarla del taller, y le dijo que no le iba a dar plata, que si nosotras necesitábamos algo nos tenía que llevar a la casa, y que ella quería que nosotras tres nos quedáramos con ella, porque ella obviamente creía que el hijo iba a volver, siempre lo esperó también, muchos años esperó. Que ella nos iba a pagar un colegio, que íbamos a ir a un colegio privado, que nos iba a dar de comer, que no nos iba a faltar nada, pero nos teníamos que ir a vivir con ella. Mi mamá dijo “pero yo tengo que salir a trabajar para darles de comer a las nenas, no puedo venir a vivir acá con usted. Tengo que hacer mi vida, y aparte tengo que salir a buscar a su hijo”. La prioridad era esa, salir a buscar a mi papá, ni siquiera pensar en trabajar. Y le dijo que no, que entonces ella iba a cuidar la casa para nosotras, para cuando volviera mi papá y para nosotras en el futuro. Entonces mi mamá le dijo que nosotras no íbamos a comer ladrillo.

El testimonio muestra la situación que enfrentaron muchas mujeres: la desaparición del marido, que era el que llevaba el dinero a la casa, las obligó a salir a trabajar. La mamá de Ana, hasta ese momento, no lo había hecho nunca. Tuvo que comenzar en las peores circunstancias, porque al impacto de la pérdida, a la angustia por tener que sostener a sus hijas, y a la inexperiencia, se agregaba el estigma. El testimonio de Ana muestra también un enojo con las visiones acerca de los desaparecidos contemporáneas a la fecha en la que dio testimonio. Pero en su vida de niña no hubo esa aureola romántica que en ocasiones tiene en el presente, sino que consistió en privaciones y heridas cotidianas a la dignidad materna:

Mi mamá nos llevó varias veces, ya faltando mi papá, nos llevó varias veces a la casa de Virreyes. La primera vez que fue a la casa de mi abuela paterna, una vez que faltaba mi papá, fue a pedirle plata a mi abuela, porque no tenía para darnos de comer a nosotras dos. Mi mamá no trabajaba, el que trabajaba era mi papá. Entonces con 25 años se quedó sola, con dos hijas en el mundo, y no conseguía trabajo, porque a ella todo el mundo le decía que el marido estaba desaparecido. Y en esa época no era como hoy que lo puedes decir abiertamente porque para algunas personas hoy es un orgullo decirlo.



Ana lleva la bandera argentina durante los festejos del mundial 78. Su padre ya estaba secuestrado. (Gentileza de Ana Rivas)



El principal recuerdo de niña es el de una madre que tuvo que ocupar el lugar que antes tenía el padre, una ruptura familiar traducida en carencias afectivas y familiares y pelea en una familia que antes transmitía una idea de armonía. Les faltó *de todo, desde comida hasta cariño y contención por parte de algunas personas que hubiésemos necesitado tener cerca*. La desaparición del padre rompió una situación idílica en sus recuerdos, las de una familia unida.

Si para Olga casarse con Hugo había sido “crecer”, la desaparición presentaba consecuencias ambiguas: por un lado, el “retroceso” de volver a vivir con los padres. Pero por el otro, la salida al mercado laboral. En el plano familiar, la desaparición también tuvo consecuencias. La espera nunca resuelta del padre se traducían en afecciones físicas o en la demanda por explicaciones que nunca eran entendidas del todo, una de las consecuencias psicológicas más perversas del mecanismo de la desaparición forzada de personas. La madre, tras consultar con un pediatra, decidió explicarle a sus hijas lo que había sucedido:

Nos encerró en el baño de la casa de mi abuela, nos sentó en el inodoro, una para un lado, la otra para el otro, y ahí nos dijo que no lo íbamos a volver a ver a mi papá, las palabras textuales no me las acuerdo. Nos dijo que se lo habían llevado. No dijo que no lo íbamos a ver nunca más, dijo que no lo íbamos a ver [...] Nosotras igual a pesar de esa explicación de mi mamá, nosotras lo seguimos esperando por mucho tiempo. Y nos pusimos a llorar las tres.

En los primeros tiempos, la incertidumbre estaba alimentada por la esperanza del regreso, pero además porque llegaban noticias que hacían suponer que el padre estaba vivo. Nuevamente, la cercanía entre los represores y sus víctimas, potenciadas a escala local pues muchos se conocían, rompía las fronteras entre el mundo legal e ilegal, entre el limbo donde estaban los desaparecidos y la vida cotidiana de sus seres queridos. Supieron que Hugo estaba en la comisaría, pero no podían hacer nada. Olga *sabía que no tenía que ir a reclamar al lugar porque él estaba ahí, ya sabía que no tenía que moverse*. Alguien que había compartido cautiverio con su esposo se lo había advertido, al mismo tiempo que le transmitió un mensaje de Hugo: *Daniel, una persona que estuvo con tu papá detenido. No se cómo fue, si el salió de la comisaría y se acercó, no sé si mi papá lo conocía, si él le dijo “Andá hasta tal lugar, buscá a tal persona, y decile que festejen el cumpleaños de las nenas, que yo estoy bien, y que el 27 festejen el cumpleaños”*.

La vida de Olga se organizó en torno a dos actividades: por la mañana temprano, la búsqueda de su esposo, por la tarde, trabajar. Según su hija, sufrió abusos por parte no sólo de los funcionarios, sino de empleados de los astilleros:

Y después de eso, mi mamá se iba temprano con Graciela a hacer las colas, para los números. Aparte pobre la manipuleaban, la manosearon por todos lados, entonces temprano no estaba mi papá ni estaba ella, entonces mi hermana le vantaba 40 grados de temperatura, no sabían que hacer con ella, y la abuela se desesperaba. Y si, fue ahí, en el baño de la casa de Tigre. Y nosotros igual salíamos, íbamos hasta la esquina [...] y mirábamos, y cada vez que alguien doblaba la esquina teníamos la esperanza que fuera, pero no, nunca fue.





Olga se movía en un contexto hostil, estigmatizada por la desaparición de su marido, y en un mundo donde los hombres ejercieron su poder sobre ella:

A mi me da un poco de miedo hablar con mi mamá; el otro día me dijo que ella cuando faltó mi papá, en uno de los trámites que tuvo que hacer tenía que ir a Astarsa, y no podía entrar, no se bien cómo fue. Entonces tuvo que ir a hablar con un tal Sánchez, y le permitieron entrar a los archivos, y había un gendarme, y el tipo, no se cómo fue la historia, la encerró y la quiso violar. Recién ahora me lo contó eso, zafó, no se cómo hizo para zafar, y salió corriendo y se sentó en el muelle, y pensó “qué hago? Lo denunció?”. Pero con todo este tema de mi papá, agregarle un problema más a ella, a toda la situación... y se quedó ahí... yo creo que pasó situaciones extremas mi mamá, muy extremas eh. Porque tuvo que andar por todos lados, en todos lados la hacían pasar, la revisaban.



Hugo Rivas y sus hijas.
(Gentileza de Ana Rivas)

La desaparición, también, suspendía el “status” de mujeres casadas. ¿Cómo volver a tener una pareja, cómo procesarlo? ¿Cuándo hacer el corte con una persona que no estaba muerta, a la que se esperaba, pero que pasaban los años y no regresaba?:

Cinco o seis años después a mi mamá le dijeron: “vos ya sos viuda” porque después de 5 años de no saber de una persona, tenés un estado civil. Mi mamá así y todo no había hecho ningún trámite, ella siempre decía “yo no soy nada, no soy viuda, no soy casada”, aunque ella estaba casada con mi papá por civil y por Iglesia, pero después cambió su estado civil y no sabía qué era. No era divorciada, no era viuda, no tenía estado civil, siempre nos decía eso.

Olga armó una nueva pareja pero también el ser esposa de un desaparecido tuvo un costo para ambos: *Lo que si fue duro fue cuando al año decidieron ir a vivir juntos... a Juan creo que le debe haber costado, porque es muy religioso, y le gustan las cosas bien hechas, y mi mamá no tenía ningún estado civil, o sea casarse no podía, se tuvieron que ir a vivir juntos y fue bastante cuestionado eso por la familia de Juan, porque mamá era la esposa de un desaparecido.*

El hecho de ser “hija de desaparecidos”, por otra parte, también señalaba a Ana como distinta, a veces en contra de su voluntad, pues le hacía “perderse” cosas. La “fiesta de todos” del Mundial 1978, por ejemplo, no podía ser para ella. La marca de ser familiar de desaparecido se evidenciaba en un hecho público concebido, justamente, para dar la idea de una comunidad, a la que de un modo brutal se le había cerrado el acceso. Era un modo más de marcar la diferencia, o directamente del aislamiento, esta vez a partir de una prohibición materna:

El día que ganó Argentina, pasaban todos con la banderita, gritaban todos, se iban a la plaza. Por el barrio mi mamá estaba “estos son unos hijos de





puta! No se dan cuenta lo que están haciendo con la gente, hay gente que están torturando”, rezongaba. Y mi hermana y yo la mirábamos, y estábamos con mi abuela en la cama [...] una de cada lado, mi tía sentada en el piso de la habitación, la casa toda oscura, la única luz que había era la pantalla de la TV, mirando que Argentina había salido campeón, y mi mamá rezongando, y se asomaba por la ventana [...] y decía “hay gente que no conozco, pero la gente que sí sabe, cómo puede salir y pasar delante de la casa con las banderas? Se están equivocando” decía mi mamá.

El aislamiento se evidenciaba en episodios de la vida cotidiana que como niña no podía entender por completo. Hay una fotografía de Ana, llevando la bandera argentina, el día del acto para festejar que Argentina había salido campeona del mundo. A la maestra:

Se le ocurrió hacer la Marcha del Mundial. Mi mamá se puso loca: “vos no vas a actuar”, y para colmo yo tenía que llevar la bandera de Argentina, porque era una de las más chiquitas y tenía que ir adelante. “Vos no vas a actuar, qué marcha ni marcha. Justo el mundial”. Y yo es como que entendía y no entendía. Y bueno, al final me dijo que sí. Y para conseguir esa ropa, no sabés, porque mi mamá no tenía un mango, y me tuvo que comprar zapatillas, que no tenía zapatillas blancas, el pantalón me lo prestó el sobrino de Miguel, que era todo azul, y mamá le tuvo que coser la linitas, porque eran los Adidas. Y el pelo lo usábamos suelto, pero tuve que hacerme dos colitas, porque la maestra nos había dicho que teníamos que ir con moños.

Una de las marcas más fuertes que aparece en las evocaciones de la niñez de Ana durante la dictadura es la de una seguridad perdida, sobre todo por comparación con el mundo de la niñez anterior al secuestro y pérdida del padre: *Yo siempre me sentí segura, estando con mi papá y mi mamá... no me acuerdo de haber sentido miedo. Tampoco me lo demostraban en ningún momento. Ya te digo, éramos felices, nos reíamos.*

En su reemplazo, la sensación más fuerte que emerge en la época, además de la soledad, es la del miedo. Las familias de muchos de los secuestrados eran vigiladas. Olga, como tenía que salir todo el día, les había hecho una serie de recomendaciones y “las había llenado de cuiqui”:

Siempre nosotras nos parábamos con mi hermana en la esquina, esperando que mi papá iba a doblar. Siempre esperábamos que doblara alguien. Y una vez estando paradas en esa esquina vimos que en la puerta de la casa frenaba un Falcon, que lo estacionó ahí, no se si te lo conté eso. Estacionó acá, nosotras estábamos allá, abrieron las puertas y nos mostraban caramelos a mi hermana y a mí. Y nos decían “Vengan!”. Y mi mamá nos había dicho “no levanten nada del suelo, no hablen con nadie, no se acerquen a nadie que no conozcan”, nos había llenado de cuiqui, y así nos metimos para adentro. Después de un par de días se lo contamos a mi mamá y casi se muere, porque evidentemente nos estaban buscando. Fue recién cuando había faltado mi papá.





La fuerza de la represión también se tradujo espacialmente. La casa en la que vivió con su madre, su hermana y sus abuelos, está a ocho cuadras del astillero donde trabajaba Hugo. Sin embargo, *la primera vez que estuve en la puerta [...] fue cuando se cumplieron 30 años que me reencontré con sus compañeros [...] Porque con mi mamá siempre pasábamos con el auto, pero nunca bajábamos, nunca íbamos hasta la puerta, lo mirábamos de lejos.*

El dolor y el miedo producidos por el secuestro de Hugo Rivas, las consecuentes estrecheces que debieron vivir, tuvieron consecuencias en la transmisión de la experiencia de su lucha y la historiad de esa familia. Cuando Ana y su hermana iban a empezar sus estudios universitarios, la antigua imagen de las universidades como reductos subversivos hizo aflorar la historia:

Entonces mi mamá nos dijo “por qué no le preguntan cómo es, porque a mi me da un poco de miedo si van a la UBA con el tema de tu papá.” Y mi mamá siempre tuvo más miedo por mi hermana, “porque tu hermana con el carácter que tiene va a querer hacer justicia”, “se va a enganchar, yo no quiero volver a pasar por eso” me decía, “ya fue mucho, ahora que ustedes terminen en algo así, me da miedo, no me gustaría”. Y nosotras le decíamos “pero nosotras queremos ir a la UBA, todos van a la UBA”.

Como vemos a partir de esta última cita, las consecuencias de la represión sobre las familias de los trabajadores se prolongan en el tiempo: son una marca en su vida a través de decisiones condicionadas por la pérdida, y de ese modo el terror administrado por el Estado puede seguir tan presente como la figura fantasmática del ausente. En ese recorrido, lo que debido a los procesos de constitución de las memorias y la misma dinámica de las luchas de los organismos permanece ausente, es la historia de las mujeres de los trabajadores y sus familias. El lugar secundario que muchas de ellas tenían por acción u omisión las encontró desventajosamente ubicadas para enfrentar la pérdida de sus esposos. En el caso de Martín Mastinu, el máximo emblema de la Agrupación, han sido su hermana y su madre (una militante histórica de Madres de Plaza de Mayo) quienes llevaron el grueso de los reclamos, mientras que su mujer, Rosa, sólo declaró en los primeros años de la democracia, en 1985.¹⁷

Esto tiene que ver con situaciones generadas en el momento mismo de la desaparición (Rosa fue secuestrada y torturada en numerosas oportunidades por las fuerzas represivas que buscaban a su marido) y que a la vez generaron marcas que impidieron la toma de una posición pública de denuncia o reclamo. Olga, la esposa de Hugo Rivas, realizó todos los reclamos posibles, pero no contó muchas cosas, porque tenían que ver con situaciones de pudor, o simplemente dolor.

Un día, recuerda Ana, le entregó una cantidad de papeles: comprobantes de recepción de cartas, boletos de tren y colectivo fechados, diciendo *Esto es todo lo que hice por su papá.*¹⁸ ¿Frente a qué memorias dominantes acerca de las actitudes de los familiares de desaparecidos, además de querer responder a los posibles reclamos o preguntas de su hija, reaccionó Olga? ■

17. Rosa Zatorre murió de cáncer en 2008.

18. Ana Rivas, entrevista 2008.





LOS MODELOS ARMADOS Y LA ARGENTINA DE LOS SESENTA

¿Cómo era la Argentina económica y socialmente durante la década de 1960, cuando comenzaron a gestarse las ideas que finalmente animarían la práctica de los grupos armados en 1970? El autor analiza los estándares educativos y culturales de la época, las tasas de pobreza, la inserción del país en el mundo y la lectura realizada por las organizaciones de izquierda.

RICARDO ARONSKIND

(UNGS-UBA)

INTRODUCCIÓN

No es fácil para ninguna sociedad procesar sus momentos más dramáticos. Si es que esa elaboración alguna vez se produce, toma un largo período en el que se van desatando de a poco una serie de nudos que van develando e iluminando los momentos más oscuros del pasado.

En el caso de la sociedad argentina, la reflexión en torno al largo período marcado por el militarismo, los enfrentamientos sociales y políticos y la lucha armada, ha avanzado significativamente, sobre todo si se la relaciona con otras experiencias regionales que muestran un estadio mucho más limitado de elaboración.

Este artículo pretende aportar a este recorrido colectivo, agregando algunas preguntas sobre los aspectos sociales estructurales en los que se desarrolló la lucha armada, y sobre la adecuación de las ideas sobre la sociedad argentina que los grupos involucrados en esas prácticas tenían en los años sesenta.

Mucho del material publicado sobre dicho período trabaja sobre las características de los grupos armados, el comienzo de sus acciones, su evolución, y los factores que contribuyeron a su ocaso. Es inevitable que, a pesar de que se ha aportado numerosa información sobre todos esos aspectos, la emotividad que impregna toda la cuestión haya mantenido la discusión alejada de ciertos enfoques conceptuales que animaron la práctica de los grupos armados.

Nos proponemos, en ese sentido, aprovechar la distancia temporal, y los cambios enormes en el contexto mundial y local, para ensayar una mirada no tan transitada sobre los aspectos económico-sociales de aquella época.





No pretendemos cuestionar el impulso revolucionario, transformador o emancipador existente en una época excepcional de nuestra historia, sino reflexionar en torno a la efectividad y pertinencia histórica de las formas que se eligieron para conducir ese impulso de cambio social, que no pueden desvincularse de los rasgos específicos de nuestro país en aquel tiempo.

LOS MODELOS EXITOSOS DE LUCHA ARMADA

En la década del sesenta, en Argentina, los grupos políticos que se consideraban revolucionarios, que rechazaban las actividades parlamentarias por inconducentes y que apostaban a un cambio político radical mediante la acción directa y la violencia armada, fueron elaborando un conjunto de estrategias que se inspiraban tanto en cuanto a orientación política como de estrategia militar en experiencias de “toma del poder”¹ exitosas, que habían ocurrido en otras épocas y regiones.

Nos referimos, en especial, al período previo al lanzamiento de las acciones concretas, cuando los diversos espacios proto-revolucionarios fueron elaborando las concepciones que luego guiarían al accionar de estos grupos.

Circulaban en aquella época, en parte también promovidos por los respectivos estados, un conjunto de “paquetes político-ideológicos”, más o menos cerrados para cada una de las corrientes que intervenían en el período. Estos paquetes incluían desde caracterizaciones sobre la etapa del capitalismo, posicionamientos sobre la realidad política mundial, clasificaciones de amigos y enemigos, pasando por jergas específicas surgidas de la propia experiencia histórica, hasta las lecciones encarnadas en la “línea justa” que se había seguido para poder concretar la revolución. El maoísmo tenía su faro en las estrategias que llevaron al Partido Comunista Chino (PCCH) a concretar la toma del poder en 1949. El guevarismo en general abrevaba en el ejemplo de la Revolución Cubana, de 1958.² Grupos armados específicos tomaron como referencia a

1. No debatiremos el tema de la “toma del poder”, pero dejamos constancia de la existencia de sólidos cuestionamientos a ese concepto, en tanto gesto único y fundacional, a partir del cual se quiebra la historia y se entra en un futuro venturoso.

2. En general, el guevarismo producía una doble omisión: ignoraba las características democráticas de la lucha contra el régimen de Batista, su no vinculación ni adscripción temprana con el comunismo ni con la URSS —la revolución la hace el Movimiento 26 de Julio—, y trataba de no reparar en su posterior estrecha vinculación con los soviéticos y sus métodos políticos y económicos.





otras experiencias revolucionarias exitosas: el combate del Frente de Liberación Nacional de Argelia, que logró la retirada francesa en 1962 o la revolución vietnamita, lograda a través de un prolongado conflicto militar, que se concretó finalmente en la caída de Saigón en 1975.

Hoy nos parece obvio que en la historia no hay fórmulas para transformar sociedades, que no existen dos realidades nacionales iguales, que ni siquiera una sociedad es igual a si misma a lo largo del tiempo. Más importante aún: la historia es abierta, y nadie sabe hacia dónde va.

También sabemos que la frase de Marx “todo lo sólido se desvanece en el aire” es tan cierta que hasta la construcción económico-social-militar más poderosa de la historia hecha en nombre del marxismo, el bloque soviético, se disolvió en forma pasmosa en un breve período a fines del siglo XX. Las revoluciones paradigmáticas, más allá de los logros parciales que puedan haber tenido, no han dado paso al tipo de nuevas sociedades que se soñaban en aquella época. Argelia es un país “normal” del norte de África, sumido en fuerte choque contra el fundamentalismo islámico interno. Cuba está en plena revisión de sus prácticas económicas históricas, criticadas duramente por la propia dirección revolucionaria. China ha realizado un viraje asombroso hacia formas capitalistas y el capital multinacional y Vietnam vive hoy su etapa “desarrollista”.

Por supuesto no eran estos los vientos en los años sesenta: parecía haber fórmulas probadas para tomar el poder, esas fórmulas eran trasladables -con adaptaciones- a otras realidades “afines”. La historia marchaba ineluctablemente hacia el socialismo... lo que transformaba a toda derrota en transitoria, y a todo sacrificio en útil, porque constituía un empujón más en la dirección hacia dónde marchaban las cosas.



Pero ¿podían ésas experiencias históricas concretas, las de China, Cuba, Argelia o Vietnam tomarse como ejemplos a seguir –o imitar–, de los cuales sacar las orientaciones fundamentales para la acción revolucionaria en la Argentina de esos años? ¿Era razonable sostener que esas experiencias históricas –hechas en formaciones sociales concretas, con sus estructuras económicas, sus formas de producir, sus tradiciones políticas, sus valores, idiosincrasias, sensibilidades y hábitos particulares– tenían suficientes afinidades con la sociedad argentina? ¿Qué imágenes, que lecturas de nuestro país en los sesenta permitían pensar su similitud con las experiencias revolucionarias “exitosas”?

DISTORSIONES PERCEPTIVAS Y PROBLEMAS DE IDENTIDAD

La imagen de la sociedad argentina que surge de la literatura de izquierda partidaria de los años sesenta es la de un país de extremos sociales, de pobreza extendida, de brutal acción militar en defensa de minorías locales y extranjeras asentadas en el subdesarrollo y la expoliación nacional. La clase trabajadora es explotada hasta extremos inhumanos, y el salario sufre permanentemente el ataque de las patronales y el estado. ¿Era así? En varios momentos, ciertos datos parecieron avalar la contundencia de esas afirmaciones. ¿Pero contenían esos trazos fuertes sobre la Argentina la descripción fundamental de los que estaba ocurriendo?

Toda la información histórica disponible sobre esos años apunta a un período extremadamente conflictivo en lo político, pero de claro progreso económico y social.

Si el mundo político estaba marcado por el auge del militarismo, la bajísima convicción democrática de la mayoría de las agrupaciones políticas “democráticas”, el antiperonismo cerril de parte de las fuerzas armadas y los intentos fundacionales para salir del impasse abierto por el golpe de 1955, la sociedad vivía procesos de transformación considerables, de la mano de la industrialización, de las mejoras en las condiciones de vida de los trabajadores y el consumo de las capas medias, del incremento del salario real, de la presencia de un Estado que expandía sus actividades y sostenía una red de protección social creciente. Esa mejora progresiva en los estándares de vida, fundamentalmente de los sectores urbanos que representaban la amplia mayoría de la población, no implica que no hubiera pobreza e indigencia, aunque en niveles muy inferiores a los que conocimos en los últimos 30 años. La tasa de desempleo normal en aquel período se situaba entre el 3 y el 4%. Y por otra parte, la pobreza se concentraba geográficamente en el norte del país, y en los alrededores de las grandes urbes, que estaban viviendo un proceso de expansión y modernización considerables.

La violencia política había crecido desde la década de 1950 a partir de la confrontación antiperonismo-peronismo. Luego del derrocamiento de Perón ese conflicto se fue solapando progresivamente con otro eje igualmente dicotómico: comunismo-anticomunismo, fundamentalmente a partir de una lectura totalmente ficticia y distorsionada que realizaron las Fuerzas Armadas argentinas, crecientemente influidas por las preocupaciones estratégicas de los norteamericanos,³ en cuanto al

3. La “guerra fría” entre Estados Unidos y la URSS se libró en casi todas las regiones del planeta, y en numerosas oportunidades deformó y desnaturalizó los problemas internos, redefiniéndolos en forma tal que sirvieran finalmente a la continuación del “statu quo” tanto en occidente como en la esfera de influencia soviética.



“peligro” de la expansión comunista en Argentina. Desde la izquierda y el peronismo de la resistencia, también se buscaron formas de interpretación de los niveles de confrontación social violenta que existían a fines de los años cincuenta, de un golpismo persistente e impune, de la obsesión maccartista y antiperonista de las fracciones más reaccionarias y conservadoras de las Fuerzas Armadas que habían conseguido un fuerte protagonismo desde 1955. Tenía que existir una causa lo suficientemente importante que explicara lo que ocurría: el militantismo armado de la derecha autóctona ¿Acaso en Argentina no se estaba desarrollando el mismo proceso que en el resto del tercer mundo, la lucha por la descolonización, por la liberación nacional, por el socialismo?

En ese contexto ideológico difuso, las irrupciones militares reiteradas y basadas en justificaciones extremadamente precarias,⁴ contribuyeron a poner en el centro de la escena a la fuerza de las armas. Así, grupos que tenían una percepción limitada de la sociedad argentina –en tanto espacio político similar al extenso “tercer mundo”– fueron asumiendo la necesidad de la vía armada para resolver los problemas nacionales.

¿DETERMINISMO O AUTONOMÍA ABSOLUTA?

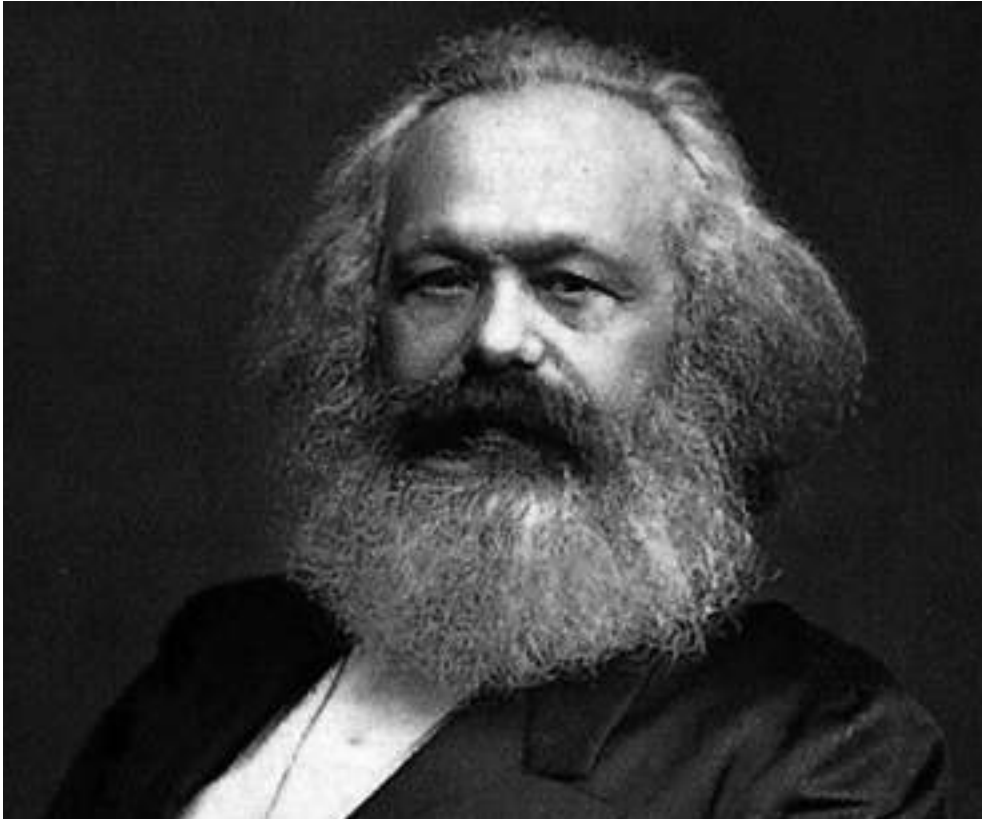
4. Cuesta creer que a Arturo Frondizi se lo tildara de “comunista” y que Arturo Illia fuera desplazado, según se dijo “por el estado de agitación social existente”. Sobrevolaba, por supuesto, el antiperonismo furioso, a cuya radicalización se estimulaba marginándolo de la escena. Era el comportamiento militar el que parecía confirmar la frase de John William Cooke: “el peronismo es el hecho maldito del país burgués”. Sus enemigos militares parecían creerlo, a pesar de las señales existentes en cuanto a la voluntad de ese movimiento de integrarse a la vida política “normal” de la Argentina.

Para pensar la pertinencia de la utilización de modelos armados “exitosos” para establecer estrategias de cambio social en el caso argentino, es necesario dilucidar algunas cuestiones teóricas, cómo por ejemplo ¿cuál debería ser la relación entre las prácticas políticas radicales y las estructuras socio-económicas concretas? ¿Cualquier lucha es igualmente eficaz en cualquier sociedad? Aclaremos que esto es independiente de la validez del pensamiento utópico y emancipador: en cualquier tiempo y sociedad es legítimo trabajar por “un mundo mejor”. Pero lo que aquí estamos tratando de pensar es en política: en la capacidad de la acción conciente de militantes organizados para hacer avanzar la realidad social en la dirección deseada.

Por ejemplo: la banda Baader-Meinhoff en la Alemania próspera, desarrollada, burguesa de la década del setenta, o las Brigadas Rojas en la Italia que había ya integrado a su sistema político al enorme Partido Comunista Italiano, fueron intentos de aplicar formas de guerrilla urbana en países altamente industrializados, con sociedades complejas, mayoritariamente “satisfechas” y con estructuras sociales fuertemente consolidadas. ¿Tuvo el contexto socio-político algo que ver en la derrota de estos grupos, en su imposibilidad de interpelar a sectores sociales decisivos, o fueron cuestiones de táctica militar?

Es claro que Argentina no era en 1960 un país desarrollado, ni tenía una economía altamente industrializada, ni estaba ubicada geográficamente en el centro del sistema mundial capitalista. Pero: ¿alcanzaba con esos elementos para establecer una relación de equivalencia política con los países donde se habían desarrollado, o continuaban haciéndolo, experiencias revolucionarias profundas, como para buscar en esas metodologías de transformación social la clave para la acción política local?





La relación entre una formación social y las prácticas políticas que se realizan en su seno ¿puede ser cualquiera, a elección?

¿Qué papel juegan la formación económico social, las características productivas, ocupacionales, educativas, culturales, en la selección y definición de los tipos de acción política que se dan en cada contexto histórico determinado?

Sólo quienes establecen una separación absoluta entre lo económico-social y lo político –tradicionalmente los que adhieren al pensamiento liberal– pueden pensar desvinculadamente las dinámicas de estos dos aspectos inseparables de la realidad.

Y sólo un marxismo mecanicista puede sostener que hay una correspondencia biunívoca entre “base” y “superestructura”.

Pero entonces ¿cuál es esa relación?

No pretendemos dar respuesta a tamaña pregunta, pero sí sostener que tal relación existe, que no es una relación determinante, pero sí condicionante. Que la realidad socioeconómica pone “límites” a la imaginación política, condenando ciertas prácticas a la ineficacia, y favoreciendo la viabilidad de otras. Y también estableciendo la magnitud y la urgencia de los cambios que una sociedad dada está dispuesta a protagonizar. Los grupos y sectores sociales subordinados mostrarán inevitablemente mayor o menor disposición a la movilización y al involucramiento político de acuerdo a una serie de circunstancias, dentro de las cuales





la situación material –opciones de subsistencia y oportunidades de progreso– y el grado de opresión política vigente parecen ser relevantes.

5. El problema de “clasificar” a la Argentina no es nuevo, ni es patrimonio local. Esa dificultad caracterizó también a la derecha liberal-conservadora argentina, al tratar de pensar a Argentina como una “Europa del Sur”. La dificultad en los países centrales para comprender las especificidades argentinas, se expresan, por ejemplo, en una superficial y desacertada asimilación del peronismo con el “fascismo”.

6. Son muy ilustrativas, en ese sentido, las experiencias y reflexiones del Che Guevara en su periplo por África.

LA DIFUSIÓN DE LOS CONCEPTOS DIFUSOS

Nos preguntamos, en la Argentina de la década de 1960, en la que se estaba cocinando el caldo ideológico de las concepciones que llevarían a la adopción de la lucha armada por diversos grupos, cómo se pensaba al país, cómo se lo percibía, y por qué razón no se observaba que existían un conjunto de diferencias suficientemente relevante entre las características de nuestra sociedad y los modelos *armados* adoptados como referencia revolucionaria, como para evaluar estrategias políticas alternativas.

Sin duda, uno de los aspectos dominantes en aquel período fue el uso masivo e indiscriminado de la categoría “tercer mundo” y en general de las apresuradas clasificaciones de la Argentina⁵ en categorías que nos ubicaran en la familia de los “modelos” revolucionarios ya “probados”. Tercer mundo fue, sin duda alguna, una categoría internacional de países construida a partir de la exclusión de otros colectivos más precisos, el occidente industrial y el campo comunista. Pero las divergencias estructurales eran enormes entre sus protagonistas, y por lo tanto tendía a confundir más que a iluminar si se trataba de entender a sociedades nacionales específicas.⁶ Una categoría tan laxa como “tercer mundo” facilitó la convergencia entre los paquetes ideológicos ya armados –cuya solidez estaba garantizada por ser la doctrina oficial de algún país concreto– con los rasgos que se subrayaban de nuestro país para asemejarlo a otras realidades que habían desembocado en revoluciones.



Otro de los problemas teóricos que contribuyó a la confusión sobre las características de nuestro país fue el problema denominado genéricamente “dependencia”.

Todos los países periféricos tienen grados importantes de dependencia económica, tecnológica, financiera en relación a los países centrales. En realidad, varios de los países centrales también eran –y son– parcialmente dependientes de Estados Unidos.

El fenómeno de la dependencia no se agotaba en los lazos económicos asimétricos con los países principales, sino que abarcaba también lazos políticos, sociales, diplomáticos, militares, que configuraban relaciones muy complejas de dominación. Sin embargo, había importantes diferencias entre naciones con reducidísima autonomía nacional,⁷ y el caso de los países de desarrollo intermedio, como Brasil, México y Argentina, en América latina, que formulaban políticas nacionales con un alto grado de autonomía. En nuestro caso, en perspectiva histórica, se puede decir que la intromisión imperial profunda en los asuntos internos –tal como se suponía que existía en esos años– apareció de la mano del endeudamiento externo y la postración a los dictados de los organismos financieros internacionales, a partir de la dictadura cívico-militar de 1976.

Sin negar la dependencia que caracterizaba al conjunto de la periferia capitalista mundial, sostenemos que el no haber establecido sub-categorías y gradaciones más precisas, permitió clasificar al país en un inmenso conjunto de naciones periféricas que realmente estaban sometidas a relaciones coloniales o semicoloniales. No era ese nuestro caso, incluso durante los gobiernos de la Revolución Libertadora y la Revolución Argentina. En dichas dictaduras, las relaciones de fuerzas adentro y afuera de las Fuerzas Armadas –la presencia de vigorosas fuerzas sociales y políticas con una lógica política “nacionalista” – impedían las instauraciones de políticas antinacionales extremas, como las que conoceríamos durante el Proceso de Reorganización Nacional.

CARACTERIZACIONES TRÁGICAS

Una de las caracterizaciones que circularon frecuentemente entre 1960 y 1970 fue que el Ejército Argentino –el ejército oficial, el ejército histórico del Estado argentino– era un “ejército de ocupación”. Se justificaba tal afirmación diciendo que era un ejército enfrentado con el pueblo argentino, que era el instrumento de los intereses antinacionales y que su única función era sostener por la fuerza a regímenes serviles al imperialismo.

Esa caracterización favorecía la convergencia del “caso argentino” con la imagen de otros países ocupados donde se desarrollaban revoluciones exitosas. Sin embargo había una diferencia fundamental: Argentina no estaba ocupada militarmente por ninguna potencia extranjera.

El Ejército Argentino era, como en cualquier otro lugar del mundo capi-

7. Típicamente los que se denominaban “países bananeros”, donde unas pocas empresas extranjeras, la embajada norteamericana y el dictador de turno, manejaban los destinos de países pequeños, empobrecidos y sin capacidades mínimas de autodeterminación.



talista, anticomunista y defensor del orden establecido. Y como cualquier ejército latinoamericano de ese momento, sometido a una intensa influencia ideológica norteamericana (y también francesa en el caso local, de donde se originaron las tácticas contrarrevolucionarias aplicadas durante el “proceso”). Pero distaba de ser homogéneo política y socialmente, no era una casta pretoriana totalmente aislada de la población y circulaban en su seno ideas diversas (nacionalistas, liberales, fascistas, desarrollistas). Existía en el generalato una proporción mayor de oficiales que tenían importantes vínculos familiares, políticos o de negocios con fracciones de poder locales. No era un ejército “telecomandado” desde afuera, sino vinculado a la sociedad nacional, y a las fracciones locales dominantes. Ni la “Revolución Libertadora” ni la “Revolución Argentina” –que eran las referencias fundamentales para los análisis de aquellos años– fueron producto de golpes urdidos y promovidos abiertamente por Estados Unidos –más allá de afinidades y simpatías–, sino regímenes surgidos de las confrontaciones, las visiones y los intereses de sectores nacionales y de fracciones militares con ambiciones propias. Que algunos de esos sectores convergieran con los intereses económicos norteamericanos, o que representaran directamente a los norteamericanos, no los hacía menos argentinos. El pro-americanismo no era menos fuerte en estos sectores civiles que en sectores de la oficialidad militar. Si hubiera sido un “ejército de ocupación” en serio, hubiera sido visualizado con facilidad como un injerto foráneo, ofensivo y odioso para toda la población, como lo era el ejército japonés en China entre 1930 y 1940, el ejército francés y luego el norteamericano en Vietnam, o el ejército colonial francés en Argelia. Un ejército de ocupación es un cuerpo separado de la sociedad, ajeno y fácilmente identificable. Si se dañan sus vínculos políticos-culturales con la sociedad colonial ocupada, producto de la fuerza del movimiento descolonizador, su aislamiento se vuelve irremediable y la persistencia de la dominación militar se vuelve insostenible en el tiempo.

No era el caso de las Fuerzas Armadas argentinas, compuestas y dirigidas por argentinos, y en cuyo seno anidaban diversas orientaciones y extracciones sociales, aunque hacia la cúpula crecieran los consensos más reaccionarios. Sin considerar esa diversidad no se pueden explicar las disputas y forcejeos en su seno, ni tampoco su arraigo en sectores sociales que excedían largamente a las minorías económicas privilegiadas.

Oswaldo Bayer ha relatado en más de una oportunidad un encuentro con el Che Guevara en La Habana, a mediados de los sesenta, en el cual el Che propugnaba la lucha armada para Argentina y desarrollaba una propuesta foquista similar a la que había tenido éxito en Cuba. Bayer, en esa reunión, se atrevió a plantearle la dificultad que representaría enfrentar a las Fuerzas Armadas argentinas con unos miles de jóvenes: *(Van a salir la gendarmería, los tanques, la fuerza aérea, y a lo último de todo sueltan a los llamados gorilas, a los infantes de marina, preparados para la represión. Iban a mandar a los cuerpos más fanáticos de todos, la infantería, el cuerpo militar)*. Recuerda Bayer la breve y contundente respuesta de Guevara: *El Che (no me voy a olvidar nunca más de esa mirada de inmensa tristeza) me respondió con sólo tres palabras: “Son todos mercenarios”*.

Si se deja por un momento de lado la figura impresionante de Gue-





vara, y se analiza esa definición como lo que es, una caracterización política imprescindible de las Fuerzas Armadas argentinas para poder trazar una estrategia revolucionaria viable, surgen varias cuestiones críticas. “Mercenarios” alude a personajes que sólo pelean por una paga, carentes de convicciones, absolutamente pragmáticos y esencialmente corruptos. Y “todos” alude, salvando la generalización, a una amplia mayoría de los uniformados. Esa definición guevarista permitía emparentar y asimilar al Ejército argentino con el corrupto y desmoralizado ejército cubano que el Che enfrentó en su experiencia revolucionaria, y por lo tanto sugerir una perspectiva de victoria factible.

Lanzarse a la lucha armada requería, sin duda, de una dosis importante de convicciones, de voluntad y de optimismo. Pero para que esa lucha pudiera tener alguna posibilidad de alcanzar la meta revolucionaria –o sea, viabilidad política–, se requería también de un conocimiento ajustado del escenario “a revolucionar”, y rigor en el análisis de las fuerzas propias y ajenas. Presentar a las FFAA argentinas como si fueran el ejército de Fulgencio Batista, carecía de razonabilidad y sensatez. Que un ejército intervenga en la vida política, y lo haga a favor de los peores intereses, no lo hace ni un ejército de ocupación, ni un ejército mercenario. Es parte de lo que puede pasar con un ejército en cualquier sociedad con conflictos severos.⁸

No se estaba discutiendo la orientación ideológica de las cúpulas militares argentinas o la índole de sus irrupciones políticas, sino la consistencia profesional, el grado de identificación grupal con una serie de valores más allá de

8. ¿Acaso alguien diría hoy que el ejército sirio es un ejército de ocupación, aunque use tanques, helicópteros y ametralladoras contra la población civil?





la paga, elementos que posteriormente se pudieron observar en la época de los enfrentamientos militares entre la guerrilla y el ejército profesional.⁹ Probablemente las caracterizaciones denegatorias de “ejército de ocupación” o de “mercenarios” sirvieran para la propaganda política y para lanzarse a la acción con una perspectiva imaginaria de triunfo,¹⁰ pero estas extrapolaciones no hacían más que contribuir a la enorme distorsión que se estaba generando entre la imagen de uno de los actores principales de la sociedad argentina y lo que este actor realmente era.

Las intervenciones militares en la vida política argentina no pueden ser simplificadas y descontextualizadas como se hizo en la película “La República Perdida”. Si bien todos los golpes tuvieron un telón de fondo anticomunista/antiperonista, las diferencias entre estas experiencias militares fueron ostensibles, y respondieron a disputas propias de la sociedad argentina. Haber analizado el fenómeno militar desvinculado de las relaciones políticas y sociales de la Argentina en cada momento histórico, contribuyó a construir a los militares como una “clase” con “intereses” propios. Un cuerpo burocrático, una corporación, no es una clase social. Si bien no es un mero títere, y tiene apetencias específicas –de ingresos, de poder, de prestigio–, de la lógica del actor militar no se desprende un modelo económico-social acabado. Finalmente, el militarismo guerrillero terminó transfiriendo hacia los militares el eje de la confrontación social, desplazando la lucha de fondo.

9. Por enfrentamientos militares entendemos los combates con técnicas militares tradicionales que se dieron en el país, y no el exterminio planificado de combatientes desarmados.

10. Las referencias a experiencias históricas concretas, con resultados conocidos -en un tiempo con urgencia de “resultados” revolucionarios- parecen haber sido mucho más eficaces políticamente que propuestas inciertas, que enfatizaran la exploración de las características específicas de la sociedad argentina.

DATOS DUROS, DIFERENCIAS SUSTANCIALES:

Pero ¿cómo era la Argentina en los años sesenta? Para empezar, debemos decir que dentro de lo que se llamaba “tercer mundo” (África, Asia y América latina), esta última era la región menos pobre, con mayor industrialización y mejores indicadores sociales, además de una conexión cultural más estrecha con la de los países centrales.

Especialmente el cono sur del subcontinente (Argentina, Chile y Uruguay) era reconocido por tener sociedades relativamente igualitarias, con buenos niveles educativos y sanitarios. Entre ellas, Argentina era un país que había sido un centro de irradiación cultural para todo el mundo de habla hispana, y un ámbito universitario de muy buen nivel con impacto e influencia en toda la región.

La época era de crecimiento económico universal, tanto en el mundo desarrollado como en la periferia, y en las economías centralmente planificadas. El proteccionismo generalizado, y un muy reducido mercado financiero internacional, daban un marco favorable a la expansión productiva con bajo desempleo como tendencia general. No se cuestionaba la intervención del Estado en la economía, y los propios manuales económicos provenientes de Estados Unidos, hablaban de la “economía mixta” (estado y mercado actuando complementariamente) frente a la “economía colectivista”.



En las clasificaciones internacionales, Argentina era –y es– evaluada como un país de ingresos medios altos. Más arriba están los países realmente desarrollados, y más abajo están los países pobres y muy pobres.

Argentina se estaba industrializando con relativa continuidad desde la década de 1930, y la producción industrial triplicaba a la producción agropecuaria. El país era considerado de acuerdo a los estándares internacionales como semiindustrializado: había recorrido un tramo significativo del proceso industrial, pero debía aún avanzar en las actividades manufactureras más complejas de ese recorrido (sectores de la industria pesada y de la producción de bienes de capital). El Estado nacional estaba impulsando, más allá de los vaivenes políticos, la profundización de la industrialización, con ambiciosos planes de desarrollo nacional tanto en infraestructura como en el apoyo a la implantación de grandes proyectos fabriles. Los documentos emanados de los organismos estatales sobre estrategias de inversión y producción públicas en 1960 nos hablan de una expectativa difundida en los espacios políticos predominantes en cuanto al cercano logro de niveles superiores de progreso económico-social.

La estructura de la propiedad agraria, altamente concentrada en la zona de la pampa húmeda, no había permitido la creación de una masa numerosa de campesinos, aunque existieran zonas con campesinado pobre sobre todo en el noreste y noroeste del país. Estas zonas, con graves problemas sociales, no eran sin embargo, emblemáticas de la realidad argentina.

Sociedad de ascenso social, Argentina mostraba estándares educativos y culturales considerablemente altos en relación con los estándares “tercermundistas”. Algunos de esos indicadores superaban a los de los países del sur de Europa.

Amplios sectores medios habían crecido vinculados al modelo sustitutivo de importaciones y a las medidas proteccionistas de las sucesivas administraciones. La redistribución parcial de la renta agraria a través del gasto público, que continuó luego del primer peronismo, permitía sostener un nivel impensado de consumo popular en comparación con otras regiones





periféricas. La dotación de recursos naturales facilitaba el acceso a una alimentación variada y de buena calidad para la mayoría de la población. El país atraía en aquella época un importante flujo de capitales multinacionales que venían a instalar establecimientos productivos cuyo objetivo era producir para vender en el mercado local, debido al poder adquisitivo de importantes estratos de la población.

Las tasas de pobreza e indigencia eran mucho más reducidas que las actuales,¹¹ más allá de los fuertes matices regionales que existían en el período, lo que permitía descubrir imágenes de zonas realmente pobres y degradadas.

Los indicadores socio-demográficos estaban “a mitad de camino” entre los estándares prototípicos de los países desarrollados y los de los subdesarrollados.

Argentina estaba fuertemente influenciada por la tradición cultural “occidental” (España, Francia-Inglaterra, Estados Unidos) tanto en religión, como en costumbres y estilos de vida. País fuertemente abierto en materia cultural, absorbía rápidamente las oleadas ideológicas y estéticas provenientes de diversas capitales del mundo.

Para sintetizarlo con las palabras de Susana Torrado,¹² una de las autoridades de la sociología argentina contemporánea: *La Argentina del ajuste* (aquella que se conformó a partir de 1976. Nota del autor) *perdió algunos preciosos atributos: una amplia clase media que ayudaba a metabolizar el conflicto social; vastos sectores obreros con inserción laboral estable y niveles de vida modestos pero dignos; altísimos flujos de movilidad social ascendente que permitían transitar la vida en términos de un proyecto; niveles de cohesión social superiores a los de muchos países periféricos e incluso a los de algunos países centrales.*

11. La tasa de pobreza apenas superaba al 10% de la población a comienzos de los años '70, y la de indigencia no llegaba al 3%.

12. Torrado, Susana. *Ajuste y cohesión social. Argentina: el modelo para no seguir*. En libro: *Revista Tareas*, Nro. 117, mayo-agosto. CELA, Centro de Estudios Latinoamericanos, Justo Arosemena, Panamá, R. de Panamá. 2004. pp. 15-24. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/tar117/torrado.rtf>

Hasta aquí la presentación de un conjunto de parámetros que no son reconocibles en los relatos políticos de los grupos revolucionarios de la época, que veían una realidad, o una parte de ella, que era más compatible con sus proyectos políticos y con las condiciones necesarias para que los mismos fueran viables.

LOS PAÍSES REVOLUCIONARIOS Y LA ARGENTINA

¿Cómo eran esas sociedades oprimidas que inspiraban a los revolucionarios armados argentinos? Exploremos algunos rasgos que nos parecen fundamentales para entender esos procesos y pensar qué relación había con el caso argentino.

Detengámonos en la dimensión política de los procesos revolucionarios.

Ésta es la **situación estructural en el sistema capitalista mundial** en la que se encontraba cada uno de esos países en los años en los que se desataron los procesos revolucionarios:





Argelia: ocupación colonial francesa

Cuba: régimen dictatorial corrupto desprestigiado internacionalmente

China: ocupación parcial japonesa y guerra civil

Vietnam: régimen títere sostenido por intervención norteamericana; guerra civil y de liberación nacional.

Como se puede observar, se trata de situaciones históricas extremas, muy estrechamente asociadas a enfrentamientos en los que el elemento nacional está muy presente. En el caso de China y Vietnam de sociedades que habían pasado por enormes descalabros producto de la lucha militar generalizada y la ocupación extranjera.

Argelia formó parte de la emergencia de los nuevos estados africanos, al compás de la descomposición del imperio colonial francés. Cuba se deshizo de un régimen impopular, repudiado incluso por sectores de la opinión pública norteamericana.

La violencia en Argentina tenía otro origen político -interno- y dimensiones drásticamente diferentes a las experiencias mencionadas. Los enfrentamientos de los años de 1950 y comienzos de 1960 no eran protagonizados, en ningún sentido, por fuerzas políticas antisistema. La inestabilidad política no alcanzó a impedir la continuidad del desarrollo económico y el mejoramiento de las condiciones de vida de buena parte de la población.

El **contexto internacional** en el que se desarrollaron las revoluciones tomadas como paradigma, también era sustancialmente distinto al local:

Argelia: existía fuerte simpatía de parte de la opinión pública francesa y mundial por la lucha de liberación argelina. Desde la posguerra, había manifiesto apoyo soviético y norteamericano a la retirada de los viejos imperios coloniales.

Cuba: existió una actitud inicialmente benevolente de Estados Unidos hacia los “jóvenes revolucionarios”. La revolución cubana fue visualizada como “democrática” hasta que se lanzaron las primeras reformas internas.

China: el ejército revolucionario chino contó con la cercanía y la colaboración activa de la URSS, que proveyó apoyo material y asesoramiento militar.

Vietnam: cercanía de varios países que proveyeron apoyo material o refugio a Vietnam del Norte y el Vietcong.

Conjuntamente con las situaciones políticas de extrema opresión y violencia, estos países contaron con un contexto externo favorable a la viabilidad de la lucha armada, tanto en relación al abastecimiento de armamento, apoyo logístico y recursos materiales, proporcionado por diversos países, como al apoyo propagandístico y a la simpatía por la causa defendida por los combatientes por parte de sectores democráticos en los países centrales.





En cuanto a la **dimensión socio-económica**, hemos querido aportar una serie de datos tomando como punto de referencia al año 1962, en cifras comparables para los países seleccionados.¹³

PBI PER CÁPITA (1962) EN DÓLARES DE 2000

Argelia	1.433
Argentina	5.677
Cuba	2.046
China	550
Vietnam	885

Estas cifras, presentadas en valores homogéneos, nos muestran la enorme distancia en materia de recursos per cápita de las diversas economías. Si bien la distribución del ingreso era más igualitaria en Cuba y China (Vietnam estaba dividido en dos estados, por la cual es difícil la comparación), es evidente la distancia en materia de riqueza disponible por habitante.

13. Dada la carencia de información disponible y comparable para estos países en los años '40 y '50, hemos optado por elegir el año 1962, para el cual existen algunos datos. Es el año del triunfo de la Revolución Argentina, la experiencia cubana tiene 4 años, y la Revolución China cumple 13. Vietnam aún debería enfrentar más de una década de guerra encarnizada. La fuente es la base de datos que ha compilado el Banco Mundial.

El acceso a alimentación razonable, vivienda y otros bienes de consumo característicos de las sociedades modernas por parte de la mayoría de la población argentina marcaban una fuerte distancia con estas otras sociedades típicamente tercermundistas.

EXPECTATIVA DE VIDA AL NACER

Argelia:	48
Argentina:	65
Cuba:	65
China:	49
Vietnam:	45

En los casos cubano y chino debe considerarse que ya en 1962 hay un impacto considerable de la revolución, en sentido positivo. En todo caso, Argentina presenta una expectativa muy superior a Argelia, China y Vietnam. La igualdad de los datos argentinos y cubanos merece una doble lectura. Los logros sanitarios de la revolución cubana, que habían permitido llegar a estándares de un país con mayor ingreso per cápita, y el hecho de que Argentina no había tenido que pasar por un proceso revolucionario para lograr esa expectativa



de vida al nacer. Por su parte, China podía mostrar este logro luego de más de una década de revolución. Los indicadores pre-revolucionarios eran, seguramente, peores.

POBLACIÓN URBANA COMO % TOTAL

Argelia	33
Argentina	75
Cuba	59
China	17
Vietnam	15



Este es otro rasgo distintivo de la Argentina en relación a las otras sociedades, mucho más campesinas que la nuestra. Un modelo de “revolución campesina” en Argentina, implicaba que se hiciera al margen de la enorme mayoría de la población.

POBLACIÓN EN AGLOMERADOS URBANOS DE MÁS DE UN MILLÓN DE PERSONAS (EN % DEL TOTAL)

Argelia	8,5
Argentina	38,5
Cuba	20,1
China	8,1
Vietnam	7,0

Otro dato que refuerza la característica urbana de la argentina de ese momento: la fuerte concentración en algunas grandes urbes. Lejanamente se acerca Cuba, y luego el panorama es radicalmente distinto en el resto de los países. La alta urbanización favorecía procesos positivos de alfabetización, acceso a servicios básicos y de salud, y a los valores de la modernización económica y las aspiraciones de participación en los estándares de consumo característicos de este espacio social.

TASA DE NATALIDAD (POR CADA 100 PERSONAS)

Argelia	5,0
Argentina	2,3
Cuba	3,4
China	3,7
Vietnam	4,6



Nuevamente aparece aquí un rasgo característico de la sociedad argentina durante buena parte del siglo XX: la baja tasa de natalidad relativa, asociada a comportamientos típicos de clase media urbana, que la distinguen, precisamente de sociedades de alta natalidad de base campesina.

No aparece, por lo tanto, el fenómeno de grandes masas pauperizadas, desplazadas por la guerra civil, en alta disponibilidad para colaborar con fuerzas revolucionarias o aceptar directamente su conducción. La baja tasa de natalidad, en el capitalismo contemporáneo, está vinculada al nivel de desarrollo económico y a las pautas de consumo y de vida que adoptan las sociedades a medida que acceden a nuevos estándares socio-culturales.

TASA DE MORTALIDAD INFANTIL: POR CADA MIL NIÑOS NACIDOS

Argelia	150
Argentina	59,9
Cuba	40,2
China	---
Vietnam	---

No se cuenta con información sobre China y Vietnam. Puede señalarse el notable logro de la Revolución Cubana en el combate a las enfermedades socialmente evitables, a pocos años de haber conquistado el poder. Se observa,



también la disparidad entre los dos países latinoamericanos y la realidad de Argelia, al momento de concretarse la liberación.

HIPÓTESIS EXPLICATIVAS

La “urgencia revolucionaria” característica de la época, no era propicia para el estudio detenido del contexto nacional. El ímpetu revolucionario llegaba en ocasiones a la denuncia de la reflexión política como “diletantismo”.

Entre los varios factores que convergieron para construir una distancia significativa entre las representaciones que los grupos revolucionarios hicieron sobre la realidad nacional y los rasgos concretos de ese país, aparecen un conjunto de hipótesis.

Éstas surgen de indagaciones, reflexiones y testimonios orales y escritos de diversos protagonistas de aquellas experiencias.

El orden en que están presentadas no establece una jerarquía en cuanto a su poder explicativo.

Una de las observaciones que se suele realizar es que parece haber existido un cierto divorcio entre la producción de las ciencias sociales de la época –encargadas de estudiar y comprender una determinada sociedad, sus características y lógicas de funcionamiento– y el accionar de los grupos revolucionarios, en cuanto a las caracterizaciones con las que se contaba para encarar la “acción” sobre la realidad que se pensaba transformar.

Aunque también es posible preguntarse si el conocimiento que se generaba desde las ciencias sociales era el tipo de información que requerían los grupos armados para poder realizar eficazmente un diagnóstico.

También es válido indagar sobre si los científicos sociales –o parte de ellos–, no estaban impregnados por un discurso “comprometido” que privilegiaba enfatizar en ciertos elementos de la realidad que confirmaban una caracterización previamente hecha (y que provenía de otra esfera: la política), mientras se descartaba el reconocimiento de elementos de la realidad que pudieran “desalentar” o poner en cuestión las lecturas de la realidad y las estrategias preconcebidas. Si ese fuera el caso, se habría construido un sistema “cerrado” entre un polo político y uno académico, que realimentan “saberes” a partir de conclusiones establecidas previamente por el *modelo armado* elegido.

No es descartable la hipótesis –verificada en otras circunstancias históricas– que las agrupaciones revolucionarias “desconfiaran” del conocimiento surgido de las universidades, debido a su carácter “cientificista” o “pequeño-burgués”.¹⁴ Algunas disciplinas, incluida la sociología, merecían la sospecha de quienes contaban con el marxismo-leninismo como llave interpretativa universal.

14. En ese aspecto, no se diferenciaban demasiado de los “socialismos realmente existentes”, países que no se caracterizaban precisamente por el desarrollo intelectual y la investigación rigurosa en torno a un pensamiento socialmente crítico, ya que todos los conceptos relevantes ya habían sido establecidos por los “padres fundadores”. El marxismo fosilizado era funcional a las necesidades de orden interno de esos estados.



Diversos testimonios enfatizan que el modelo organizativo de las agrupaciones revolucionarias –el centralismo democrático–, agravado por las situaciones de clandestinidad, impedía el surgimiento de debates internos en los que se generara auténtico intercambio. A su vez, la inercia de la acción revolucionaria, una vez lanzada, impedía revisar los supuestos sobre los cuales se había edificado un conjunto de prácticas y compromisos vitales de muy costosa revisión.

Lo que parece claro es que determinados momentos histórico-político-culturales no requieren de mayores análisis ni dependen de la solidez de las argumentaciones para impulsar la movilización de sectores radicalizados. Será luego, en la hora de la acción, en dónde se probarán las concepciones en las que se apoya la estrategia de los revolucionarios.

CONCLUSIONES

Este trabajo busca intervenir sobre el presente, rechazando los hábitos políticos que hoy continúan presentes en vastos sectores de la izquierda que desvinculan el conocimiento de la sociedad de las prácticas políticas que buscan su transformación. Es un llamado a conocer y tratar de ver los actores, a ver las estructuras económicas y políticas, a ver la cultura y los comportamientos individuales, a ver el contexto global. Es a ver, pero también a revisar lo que se cree.

Las épocas de retroceso civilizatorio –como lo ocurrido en nuestro país desde 1976–, en las que crecen la barbarie y la imbecilidad, son especialmente fértiles para la reflexión crítica. Si esa reflexión no se produce, es imposible pensar que se puedan evitar repeticiones rituales de errores pasados.

Si la voluntad transformadora desdeña el conocimiento crítico de la realidad, es probable que se vuelvan a despilfarrar las aspiraciones de emancipación en apuestas políticas estériles.

A pesar de todos los retrocesos, el pensamiento social transformador ha evolucionado y se ha enriquecido con aportes de numerosas disciplinas y vertientes del conocimiento, y la lectura histórica tiene hoy la posibilidad de ser mucha más fina y compleja. Esa mirada, expurgada de la mayor cantidad posible de discursos auto referenciales, “fidelidades a tradiciones” y modelos revolucionarios “llave en mano”, abre un campo de acción desconocido, incierto, que tiene la enorme ventaja de no garantizar el fracaso.

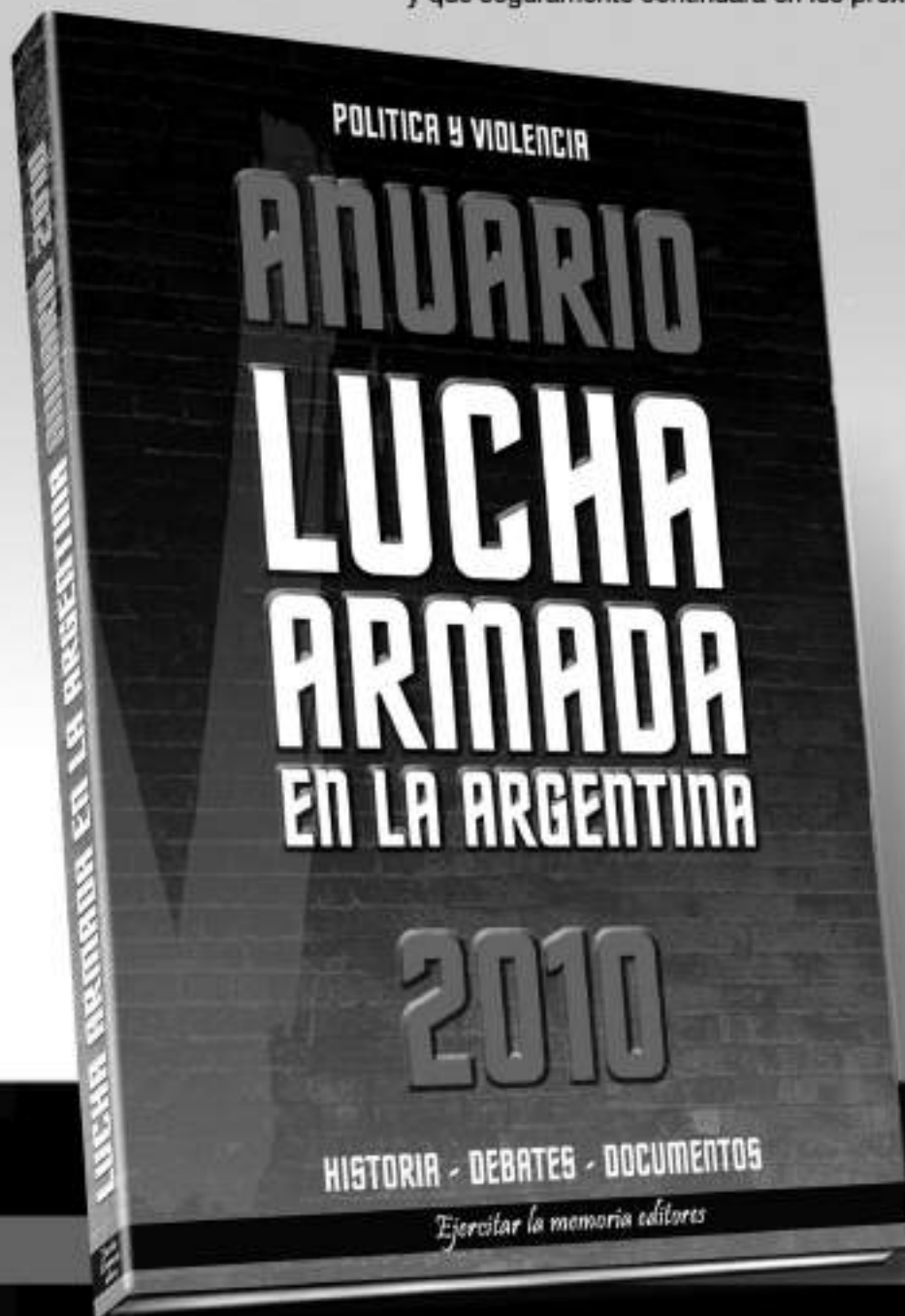
El avance en la comprensión de las características específicas de la sociedad argentina para su transformación requiere de la articulación entre la investigación rigurosa y la reflexión colectiva, sin que los resultados estén previamente determinados. Es esta una época propicia, dado el actual proceso de desestructuración del orden de dominación global, para recrear las ideas libertarias, aquí y en el mundo. ■



ANUARIO 2010

Una publicación fundamental

La apuesta a una revisión crítica del pasado sigue tan vigente como cuando iniciamos esta aventura editorial, en diciembre de 2004. Aspiramos a contribuir a una polémica que no se ha cerrado y que seguramente continuará en los próximos años.



Escriben en este número

JUAN EDUARDO BONNIN
SERGIO BUFANO
ESTEBAN CAMPOS
DIEGO CANO
MARÍA SOLEDAD CATOGGIO
HUMBERTO CUCCHETTI
LUIS MIGUEL DONATELLO
SEBASTIÁN ETCHEMENDY
DIEGO GALANTE
PABLO M. JACOVKIS
ELIZABETH JELÍN
CACHO LOTERSZTAIN
MARÍA INÉS MUDROVIC
DANIEL MUNDO
ALEJANDRO A. PEYROU
MARÍA OLGA RUIZ
ALICIA SERVETTO
PAULA SOMBRA
CLAUDIO SUASNÁBAR
HORACIO TARCUS
PABLO YANKELEVICH

Ejercitar la memoria editores

HISTORIA - DEBATES - DOCUMENTOS



PSICOANÁLISIS Y REVOLUCIÓN: VIEJA Y NUEVA IZQUIERDA EN LAS FRACTURAS DEL PSICOANÁLISIS EN LOS SETENTA



La radicalización de la izquierda en las décadas de 1960 y 1970 se manifestó en distintos ámbitos profesionales, sociales y culturales. Las polémicas y las fracturas que se produjeron en asociaciones de psicólogos es narrada por el autor, quien brinda datos de una historia hasta ahora prácticamente desconocida.

HUGO VEZZETTI

(UBA - CONICET)

1. Versión reducida de: "Psicanálise e marxismo: a fratura da Associação Psicanalítica Argentina em 1971", traducción de Fernando Antonio Pinheiro Filho, Tempo Social, Revista del Departamento de Sociologia da Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, Universidade de São Paulo, vol.21 n°2, nov. de 2009.

2. O. Terán, "Entre la filosofía y la historia: un recorrido" (1994), entrevista realizada por Javier Trímboli y Roy Hora, en O. Terán, *De utopías, catástrofes y esperanzas*, op. cit, pp.17-18.

En 1971 se producía una crisis inédita en la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) con las renuncias de dos grupos, Plataforma, primero, y Documento después.¹ Las razones políticas y la voluntad de una denuncia ideológica dirigida al espacio público, por fuera de la organización profesional, quedaba expresada en el título de la obra compilada por Marie Langer que se publicó ese mismo año: *Cuestionamos*. Las condiciones más generales de la fractura radicaban en la acelerada radicalización política de la sociedad, sobre todo de las capas intelectuales y profesionales. Además, sus contenidos y sus estilos mostraban la imbricación de zonas del discurso psicoanalítico con una cultura intelectual de izquierda que se encontraba en un momento de aguda transformación en el plano de las ideas y de las organizaciones.

La vieja izquierda (ligada al grupo psiquiátrico del PC, que había sido muy influyente desde los cincuenta) cedía, y en ocasiones buscaba acomodarse, al clima dominado por una nueva izquierda que impregnaba el campo intelectual y universitario. Era la configuración política y cultural de la que da cuenta Oscar Terán cuando recuerda su adhesión, antes que a una organización definida, a un "partido cubano" que sostenía la certeza de la vía revolucionaria.²

Marie Langer testimoniaba el encuentro del psicoanálisis con la política en ese escenario de radicalización: "a nosotros, como institución, nos despertó el



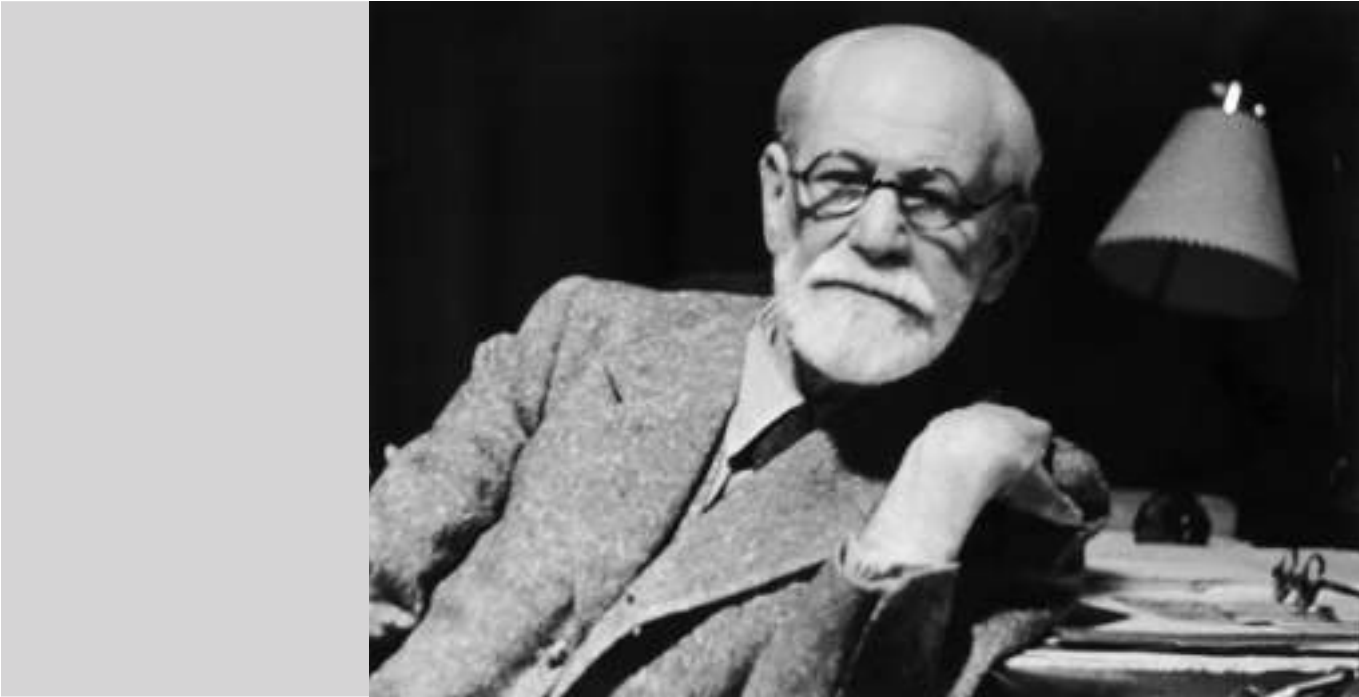


Cordobazo”.³ ¿Cómo presentar la trama de relaciones que enlazan una revuelta obrera y estudiantil con la crisis en la organización oficial del psicoanálisis? En principio, para despejar algunos equívocos, la radicalización de los psicoanalistas no comenzó ni en el espacio recoleto de la institución ni en las revueltas callejeras. La imagen de un súbito descubrimiento de la política en las imágenes de las luchas en Córdoba no se corresponde con un proceso que había comenzado antes y que tuvo actores, espacios y tópicos precisos. Pero, ciertamente, esa irrupción cruda del poder alteraba una de las bases sobre las que la entidad de los psicoanalistas había asentado su funcionamiento institucional: la “neutralidad” (una categoría propia de la cura) entendida como abstinencia política y trasladada a las relaciones con los problemas de la esfera pública. La APA había nacido como una entidad que se proponía, siguiendo el modelo de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) y el mandato de Freud, nuclear y a la vez autorizar a los practicantes de la disciplina. Había alcanzado cierta consolidación y un moderado crecimiento durante el primer peronismo a partir, sobre todo, de las relaciones con el dispositivo médico y psiquiátrico. Un primer mercado de pacientes se había desarrollado por la propia dinámica de la formación (que obligaba a los candidatos a comenzar un análisis) y por las recomendaciones de los iniciados en esa experiencia. Un rasgo dominante, quizá una condición, de esa primera implantación, hasta los años sesenta, había sido la omisión de cualquier pronunciamiento sobre la escena política y los problemas en la sociedad.

En verdad, el ideal de un movimiento apolítico tenía una tradición larga en la corporación freudiana y se había puesto de manifiesto en Alemania desde el período de ascenso del nazismo. La Sociedad Psicoanalítica Alemana había tratado de evitar su clausura mediante una serie de concesiones a las autoridades. Ernest Jones, desde Londres, estaba a cargo de esa negociación. A pesar de todos los esfuerzos hechos para distanciarse de los estereotipos de la “ciencia judía”, incluso de los intentos de algunos de los psicoanalistas alemanes por mostrar que los descubrimientos freudianos (sobre todo en la psicoterapia y la clínica) eran compatibles con los dogmas del hitlerismo, la Sociedad Psicoanalítica Alemana fue clausurada en 1938. Sin embargo, el molde ideológico de la abstención frente

3. M. Langer (comp.),
Cuestionamos, Buenos
Aires, Granica, 1971, p. 17.





4. Véase Bernd Nitzschke, "Psychoanalysis and National Socialism. Banned or Brought into Conformity? Break or Continuity?", *International Forum of Psychoanalysis*, 12, 2003, p. 98-108. En: <http://www.werklatt.at/nitzschke/text/nationalsocialism.html>

5. M.Langer, "El mito del 'niño asado'", *Revista de Psicoanálisis*, 1950, VII, n°3. También en *Maternidad y sexo*, Buenos Aires, Nova, 1951. Reedición ampliada: "El niño asado y otros mitos sobre Eva Perón", en *Fantasías eternas a la luz del psicoanálisis*, Buenos Aires, Nova, 1957. Para una lectura más detenida del texto véase H. Vezzetti, "Isabel I, Lady Macbeth, Eva Perón", *Punto de Vista*, n. 52, agosto 1995.

a los tópicos de la política pública permaneció inalterado. Lo expresaba triunfalmente el mismo Jones en 1949, después de la guerra:

"Hay una tentación muy comprensible que busca agregar los factores sociopolíticos a los factores que nos conciernen directamente y releer nuestros descubrimientos en términos sociológicos; es posible observar con orgullo que tal tentación, con escasas excepciones, ha sido resistida con determinación."⁴

En la Argentina, bajo el primer peronismo, la APA se ajustaba al modelo y se configuraba como una burbuja separada y ajena al campo político. La mayoría de las primeras figuras del psicoanálisis compartía una opinión opositora, que era la de las clases medias intelectuales, pero la institución no se pronunciaba sobre programas o medidas de gobierno. Marie Langer ofrece un buen ejemplo de esa autocensura con la discusión y la publicación de su trabajo sobre "el mito del niño asado". El texto abordaba una historia siniestra, que circulaba en Buenos Aires en esos años, sobre una sirvienta que asesinaba y asaba a un niño pequeño y se lo ofrecía a sus padres. Se había publicado primero como artículo en la *Revista de Psicoanálisis*, en 1950 y con algunas pocas modificaciones se integró en *Maternidad y sexo*, el primer libro de Langer, en 1951. En esas versiones, lo publicado giraba en torno de las categorías kleinianas de la "madre mala". En una reedición ampliada, en 1957, después de la caída de Perón, el texto agregaba algo que había sido omitido en la primera versión: la interpretación de los mitos maternos y la imago de la madre devoradora llegaba hasta la figura de Eva Perón. Esa ampliación del análisis hacia una dimensión política había estado presente en la discusión realizada en la APA pero terminó censurada por la propia autora en las publicaciones realizadas, hasta la caída del peronismo.⁵ El episodio es representativo de la po-





sición opositora al peronismo del primer grupo psicoanalítico y al mismo tiempo, muestra una regla general del silencio en las expresiones políticas públicas, aun en los casos en que podrían haber aparecido atenuadas, sobreentendidas o revestidas de un lenguaje técnico o un distanciamiento de especialistas. Nada cambió en la institución después de 1955 y hasta avanzados los años sesenta. La versión final del artículo de M. Langer, que incluía las referencias polémicas sobre Eva Perón, no se publicó en la revista de la APA sino en una de las editoriales nacidas en esos años. Lo mismo sucedía con los trabajos de psicoanalistas como Enrique Pichon Rivière o José Bleger en cuanto excedían el repertorio restringido de los temas de la disciplina. Todavía en 1966 el golpe del General Onganía es mencionado en la revista de la APA como la “circunstancia cambiante” que obligaba a cambiar la sede de un congreso convocado con anterioridad.⁶

En pocos años, de 1966 a finales de la década, cedía esa denegación de la política, al menos para algunos, y dejaba lugar a una escalada de radicalización que llegaba hasta la ruptura y extendía sus efectos sobre ese círculo psicoanalítico cada vez más comunicado con la agitación contestataria que recorría la sociedad. Emilio Rodríguez, presidente de la APA en 1966 y uno de los renunciantes, llamó retrospectivamente “jaula dorada” a ese previo encierro defensivo en los rituales, las jerarquías y las prerrogativas de la organización.⁷ La jaula no se abrió de golpe y en el acontecimiento crítico, dramático, recortado en el tiempo, se condensaban procesos más largos y se superponían diversas crisis.

El acontecimiento. La ruptura había sido preparado antes de las renuncias: el prólogo de Langer en *Cuestionamos*, datado en octubre (las renuncias se hicieron efectivas en noviembre de 1971), ya la anticipaba. En efecto, la fractura pública era el desenlace de un proceso previo de conflictos. Plataforma, el agrupamiento más politizado y el que abrió el camino, había nacido como parte de Plataforma Internacional, un núcleo disidente dentro de la IPA, nacido en 1969, en ocasión del XX Congreso reunido en Roma. En sus declaraciones, Plataforma se vanagloriaba de haber sido el “primero en el mundo que se desgaja de una asociación psicoanalítica por razones político-ideológicas.”⁸ En efecto, por el número y la calidad de los renunciantes (que incluía a una de las fundadoras, Marie Langer, a un ex presidente, E. Rodríguez y a cuatro didactas: Diego y Gilou García Reinoso además de Langer y Rodríguez) y por los motivos esgrimidos, no había antecedentes de una ruptura semejante en la historia del movimiento psicoanalítico internacional.

Las razones ponían el acento en la justificación política:

“Como científicos y profesionales tenemos el propósito de poner nuestros conocimientos al servicio de las ideologías que cuestionan sin pactos al sistema que en nuestro país se caracteriza por favorecer la explotación de las clases oprimidas, por entregar las riquezas nacionales a los grandes monopolios y por reprimir toda manifestación política que tienda a rebelarse contra él. Nos pronunciamos, por el contrario, comprometiéndonos con todos



6. Enrique Carpintero; Alejandro Vainer, *Las huellas de la memoria, Psicoanálisis y salud mental en la Argentina de los 60 y 70*, Buenos Aires, Topía, 2004, I, p.317.

7. E. Rodríguez, *El libro de las separaciones*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, p.164.

8. “Información del Grupo Plataforma”, *Los Libros*, 25, marzo 1972, p.8.





Frantz Fanon

los sectores combativos de la población que, en el proceso de liberación nacional, luchan por el advenimiento de una patria socialista.”

El otro grupo, Documento, planteaba una disidencia más apegada a la crítica de la institución, al menos inicialmente. Fernando Ulloa, una de las figuras destacadas del grupo, era director del Centro Racker (de “extension” y asistencia externa de la institución) y había intentado cambios que fueron bloqueados por la dirección. Las diferencias internas

se agudizaron y circularon en documentos que se intercambiaban con la Comisión Directiva, hasta llegar al de la renuncia pública, en parte precipitada por la ruptura previa de Plataforma.

En su declaración pública, Documento impugnaba a la APA como “una empresa que lucha por la posesión monopólica del Psicoanálisis” y que participa de un “sistema de privilegios”. Inicialmente, entonces, la crítica se focalizaba en la “estructura interna, en que un reducido número de personas detenta, formalmente y de hecho, la totalidad del poder político”; y continuaba con la denuncia de “la instrumentación ideológica del Psicoanálisis al servicio de la clases dominantes de nuestra sociedad.” Finalmente, terminaba también, como Plataforma, situando la decisión en el horizonte político de un cambio en la sociedad:

“.. nuestra ruptura con la APA apunta al fortalecimiento del amplio movimiento integrado por individuos y grupos que, más allá de las diferencias tácticas circunstanciales, tiendan al rescate del Psicoanálisis poniéndolo al servicio de una meta compartida: el advenimiento de una Sociedad Socialista.”⁹

El grupo Documento aparecía como más moderado, sobre todo para la visión radicalizada de Plataforma, que se asumía como una vanguardia destinada a acelerar y profundizar los conflictos y que no sólo no hizo nada para incorporar a los otros sino que precipitó la ruptura para ser los primeros.

En ambos grupos se encarnaban críticas y búsquedas nacidas en los años anteriores, fuera de la APA, y que habían forjado una tradición innovadora a través, sobre todo, de las obras de Pichon Rivière y Bleger. Con la ruptura también se ponía en juego la dimensión teórica y las modalidades de formación en psicoanálisis. En la APA se denunciaba una concepción burocrática, cerrada a la relación del psicoanálisis con otras disciplinas, en especial con las ciencias sociales, y a las innovaciones en las prácticas, por fuera del dispositivo establecido

9. “Declaración del Grupo Documento”, Los Libros, 25, op. cit., p.6.





en torno del diván. Y la proyección del discurso psicoanalítico fuera de la organización corporativa se ligaba a una actitud radicalmente abierta de extensión y enseñanza. En la medida en que una de las impugnaciones rechazaba la pretensión del monopolio formativo por parte de la APA, un eje de la acción de los renunciantes debía dirigirse a la construcción de centros de enseñanza proyectados como una alternativa integral (teórica, política, institucional y pedagógica) al que dejaban: tal fue el objetivo del Centro de Docencia e Investigación, que se convirtió en objeto de una lucha entre los dos grupos, finalmente zanjada en favor de Documento.



Plataforma se proponía permanecer como un grupo sostenido en acuerdos políticos (aunque las contradicciones internas estallaron inmediatamente) mientras que Documento no tenía un proyecto más allá de la decisión de separarse de la institución oficial. Finalmente, las declaraciones de ruptura de ambos grupos coincidían en proyectar su acción más allá de la institución y en el propósito de una verdadera refundación del psicoanálisis en el camino de una revolución socialista. Los términos son prácticamente idénticos: Plataforma se pronuncia por una “inscripción cualitativa y cuantitativamente distinta dentro del proceso social, económico y político nacional y latinoamericano”, y por el compromiso con la lucha “por el advenimiento de una patria socialista”. Documento propone una “reinscripción del psicoanálisis en condiciones diferentes” y del “servicio.. al advenimiento de una sociedad socialista”.¹⁰ En ese sentido, la suerte de la entidad psicoanalítica pasaba a ser secundaria frente al compromiso político. En la medida en que la dirección fundamental del movimiento se orientaba hacia fuera, hacia un escenario de luchas en la sociedad, los pronunciamientos no se planteaban la necesidad de un debate sobre las funciones más específicas de una institución psicoanalítica, a partir, no de las características de la organización que venían de abandonar, sino de los términos en los cuales el propio Freud había establecido el problema.

En el caso de Plataforma, la voluntad del compromiso político terminó siendo la mayor fuente de conflictos, en la medida en que, desde 1972, la escena pública estuvo dominada por el proceso que culminó con las elecciones de 1973 y el triunfo del peronismo: las contradicciones y alineamientos diversos entre la afiliación al peronismo revolucionario y las diversas opciones de las izquierdas terminó llevando al grupo a la disolución. Pero los conflictos estaban presentes desde el momento de la ruptura. En diciembre, a un mes de la crisis, se conoció la renuncia de Raúl Sciarretta al grupo. Sciarretta era un intelectual de izquierda, ligado al PC hasta mediado de los sesenta e introductor de la renovación althusseriana del marxismo; varios de los renunciantes habían pasado por sus grupos de estudio.¹¹ En su renuncia denunciaba

10. Los Libros, cit., pp. 5 y 6-7.

11. Sobre la trayectoria de Sciarretta ver Horacio Tarcus (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2007, pp.616-617.





a un sector de Plataforma, que habría pretendido imponer un programa de actividades sin una discusión previa. El marco de la disputa era la creación de un centro de docencia, abierto a psiquiatras y psicólogos, en el marco del proyecto de una Coordinadora de Trabajadores de Salud Mental: el objeto de la disputa eran los lineamientos políticos y la dirección de ese emprendimiento, en un frente que terminó nucleando a miles de jóvenes profesionales, sobre todo psicólogos. Plataforma había hecho conocer un programa muy exhaustivo (“programa omnipotente” lo llamaba Sciarretta) y era acusada de buscar una posición hegemónica y sectaria. Sciarretta no ahorra calificaciones para referirse al grupo: “círculo de autodeclarados revolucionarios”, decía, que pretendía imponer “relaciones de intolerancia y superioridad” respecto del otro grupo, y que permanecía indiferente a las luchas de candidatos que continuaban en la APA bregando por los mismos objetivos que precipitaron la ruptura. “Sectarismo” y “populismo” son términos que, para Sciarretta, se sintetizan en una “ideología infantil de izquierda”.¹²

Genealogías. En el tiempo corto de la ruptura actúan procesos más largos, en dos planos. Por un lado, en Buenos Aires, la creciente implantación del psicoanálisis en la cultura intelectual, en la universidad y en las instituciones de la salud mental; por otro, en el plano internacional, un movimiento de contestación inédito que nace en Europa (entre Ginebra y Milán) y emerge en el citado congreso internacional de la IPA, en 1969.

En Buenos Aires, hacia mediados de los sesenta, el psicoanálisis había hecho ya su camino de implantación en la universidad y en la cultura intelectual. El freudismo ha tenido, en su despliegue global, dos vías de implantación: médica, por un lado, intelectual y literaria, por otro, y ha mostrado la capacidad de apelar a dos públicos. En la cultura porteña, una primera condición de la crisis de 1971 había nacido con esa ampliación que ponía en cuestión la recepción puramente médica. Es cierto que el psicoanálisis se redefinía en dirección a los problemas de la salud mental pública, en las nuevas experiencias de inserción hospitalaria; pero sobre todo lo hacía en la interacción con los discursos que renovaban la filosofía y las ciencias sociales en el espacio universitario y el campo intelectual: sartrismo, marxismos, sociología y antropología, semiologías aplicada a diversos objetos.

El desplazamiento del psicoanálisis a la esfera pública, fuera del encierro en la organización, se produjo en dos ámbitos interconectados: la universidad (la

12. R. Sciarretta, carta pública del 14 de diciembre de 1971, mi archivo. Agradezco a Mariano Plotkin que me facilitó este material.





Facultad de Filosofía y Letras de la UBA) y el dispositivo de la salud mental, sobre todo el Servicio de Psicopatología del Hospital de Lanús, creado y dirigido en esos años por Mauricio Goldenberg. En esos dos espacios se procesaba una reorientación de la disciplina psicoanalítica. Directa o indirectamente, las ideas de Pichon Rivière y de Bleger inspiraban los proyectos de reforma y modernización de un campo “psi” que interconectaba psiquiatría, psicología y psicoanálisis.

Bleger había ocupado, en los sesenta, la posición de un intelectual faro de un psicoanálisis crítico, abierto a las tradiciones intelectuales de izquierda, en busca de un horizonte social para el despliegue de la disciplina freudiana. Era un psicoanalista de la segunda generación, formado con Pichon Rivière. También era, desde muy joven, miembro del PC y había planteado, sin mucho éxito en la institución oficial, el debate sobre el encuentro posible del psicoanálisis con el marxismo. En 1958 había publicado *Psicoanálisis y dialéctica materialista*, una obra que se proponía intervenir críticamente a la vez en el psicoanálisis y en la cultura intelectual marxista y que se inspiraba en la obra temprana de Georges Politzer y en autores franceses que ya habían explorado esa aproximación. El libro tuvo su impacto en el ámbito del PC: fue discutido por los psiquiatras comunistas y por los popes intelectuales del partido y como consecuencia, Bleger fue separado de la organización hacia 1962; pero no tuvo casi repercusión en la institución psicoanalítica, que lo ignoró.¹³

Respetado por todos los renunciantes, Bleger había sido el maestro de varios de ellos. Dos figuras muy activas del grupo Plataforma, que mantenían el nexo principal con el movimiento internacional, Armando Bauleo y Hernán Kesselman, eran discípulos de Pichon y de Bleger y trabajaban con él en la Carrera de Psicología de la UBA. Bauleo era un médico psiquiatra que hacía su formación en la APA: era miembro del PC como Bleger. Kesselman, también psiquiatra y candidato en la APA, fue uno de los participantes más activos en la experiencia de transformación psiquiátrica y psicoterapéutica que se desplegó en el Servicio de Goldenberg en Lanús. En ellos, puede decirse, se muestra ese cruce de figuras y de espacios públicos que estuvieron entre las condiciones menos inmediatas de la crisis de 1971.¹⁴

Bleger se había propuesto, en los sesenta, en el clima de ideas y la sensibilidad reformista del posperonismo, una acción renovadora que tuviera efectos simultáneos pero diferenciados sobre el universo doctrinario del comunismo y

13. J. Bleger, *Psicoanálisis y dialéctica materialista*, Buenos Aires, Paidós, 1958. Ver, H. Vezzetti, “Psicoanálisis y cultura comunista: la querrela de Jose Bleger”, *La Ciudad Futura*, nº 27, febrero-marzo 1991. Ver también Alejandro Dagfal, *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942-1966)*, Buenos Aires, Paidós, 2009, cap.6.

14. Bauleo tuvo además una participación muy importante en la experiencia de comunidad terapéutica desarrollada, a fines de 1968, en un servicio del Hospital Alejandro Korn de Melchor Romero, el asilo psiquiátrico cercano a La Plata. Ver Mauricio S. Chama, “La expansión de los límites de lo posible. El itinerario de una experiencia innovadora en la salud mental a fines de los 60”, en Alfredo Puciarelli (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, p. 29.





sobre la disciplina freudiana. No apuntaba a una integración “freudomarxista” sino a una suerte de fermento recíproco que respetara la autonomía de dos dominios, el sujeto psíquico y la formación económicosocial. Pero hacia 1971 el clima de ideas había cambiado: a la expansión de la disciplina freudiana fuera de la APA se agregaba el fermento de una radicalización ideológica movilizadora del campo intelectual y universitario. Los tiempos eran otros y Marie Langer lo expresaba en el texto que se convirtió en el paradigma de la ruptura: el psicoanálisis mismo debía reconvertirse en herramienta de la transformación revolucionaria de la sociedad.¹⁵

Freud y Marx. Uno de los problemas principales, si no el mayor, de la exploración de ese encuentro del psicoanálisis contestatario con la política se produce a la luz de la integración o de la relación complementaria de Freud y Marx. En principio, el debate con Freud era necesario si se trataba de recuperar para el psicoanálisis una función científica transformadora. Pero había más de un Freud implicado en ese momento de conmoción de las tradiciones teóricas y de lectura de su obra. Marie Langer, por ejemplo, distinguía entre el “Freud científico” y el “Freud ideológico”. Pero cuando especificaba lo científico en Freud (“nos muestra cómo la ideología dominante se transmite, a través del superyó, de generación en generación y vuelve lerdo al hombre en su capacidad de cambio”) parece que es Marx (leído a través de Althusser) el autor de referencia¹⁶ Es en el marxismo, entonces, donde anidaban las certidumbres desde las cuales el psicoanálisis debía ser recreado. Y el artículo citado de Langer, “Psicoanálisis y/o revolución social”, llevado al Congreso de Viena en 1971, muestra que la decisión de no “renunciar” al marxismo implicaba la recuperación de una identidad ideológica antes que una herramienta teórica.

Si la lucha ideológica, de clases, imponía su lógica implacable en el espacio psicoanalítico, en esa impugnación, el lugar de Freud no dejaba de ser ambiguo. Por una parte, era claro (ya lo había dicho Bleger), que había que rechazar su ideología, propia de un burgués ilustrado; pero en cuanto a la obra misma y los conceptos, cuando Langer buscaba las marcas revolucionarias del psicoanálisis las referencias no salían del marco freudiano sino del marxista, o bien de Althusser, o del freudomarxismo reichiano, aun cuando confesaba que leyó a Reich recién en el tiempo de la ruptura.¹⁷ Ni Wilhelm Reich ni, mucho menos, la *sexpol* estuvieron presentes en el psicoanálisis renovado de los sesenta y esa mención efímera parece ser más un efecto que una fuente de la ruptura. En todo caso, el autor de *Psicología de masas del fascismo* venía a reemplazar a Politzer como una figura que podía cumplir a la vez con el imperativo político y con la reivindicación del psicoanálisis como disciplina asociada al impulso de la revolución.

Los problemas teóricos, intelectuales y políticos de la relación entre marxismo y psicoanálisis habían sido planteados de un modo muy diferente por José Bleger en un artículo de 1962, que se reproduce en *Cuestionamos*.¹⁸ El planteo episte-

15. M.Langer, “Psicoanálisis y/o revolución social”, *Cuestionamos*, op. cit., p.268.

16. M. Langer, “Prólogo”, *Cuestionamos*, op. cit., pp.14-15.

17. M. Langer, “Prólogo”, cit. pp.15-17.

18. J.Bleger, “Psicoanálisis y marxismo”, *Cuestiones de Filosofía*, Buenos Aires, 1962, 1, nº 2, pp. 60-73. Reproducido en M.Langer (comp.) *Cuestionamos*, cit.

mológico blegeriano se anticipaba a refutar la perspectiva de una integración de marxismo y psicoanálisis como “ciencias complementarias”, al mantener una distinción entre el psicoanálisis como un campo científico particular y el marxismo como “una concepción unitaria del mundo”, por lo que denunciaba como un error la comparación en pie de igualdad. Con ello no hacía sino mantener una postura consistente con la que había adoptado en su obra de 1958 y con los argumentos que expuso a lo largo de la polémica previa a su separación del PC. Bleger fue notablemente coherente en su pensamiento sobre este punto a lo largo de quince años, tal como lo demuestran sus intervenciones en una mesa redonda, en 1965, en la que polemiza con León Rozitchner y Antonio Caparrós.¹⁹

En el pasaje de los sesenta a los setenta algo permanecía y algo cambiaba profundamente en la trama de relaciones del psicoanálisis con el campo intelectual. Persistía el proyecto de transformación del legado freudiano con miras al cambio social, sintetizada en la obra de Bleger de comienzos de los sesenta. Pero cambiaba la agenda en la medida en que el motivo mayor de la revolución imponía otra configuración imaginaria y discursiva. El conflicto había irrumpido en el espacio mismo que Bleger había contribuido a construir, fuera de la APA, en la Carrera de Psicología. Allí, en la nueva izquierda universitaria, se combinaban diversos componentes: el impacto ideológico de la revolución cubana y una renovación del marxismo que avanzaba incontenible por fuera de la ortodoxia del PC. Bleger, que había sufrido tempranamente la censura del Partido en nombre de los dogmas del stalinismo va a ser querrellado en la Universidad, desde mediados de los sesenta, por la nueva configuración ideológica revolucionaria.²⁰

Ni Bleger ni Pichon Rivière acompañaron a los renunciantes de la APA, aunque de algún modo fueron incluidos por Langer, quien los mencionaba en el prólogo de *Cuestionamos*. Pichon estaba enfermo y no había participado del proceso previo; en cuanto a Bleger, la anécdota es conocida: la noche de la renuncia esperaron en vano, hasta la madrugada, que se sumara a los renunciantes. Si Bleger eligió quedarse en la APA, a partir del artículo de 1962 es posible entender las razones. Y el hecho de ser incluido en *Cuestionamos*, además de mostrar que el reconocimiento intelectual e ideológico hacia él superaba la separación que venía a ser impuesta por la ruptura, hacía emerger un problema que estaba, en general, ausente en el conjunto de las intervenciones: lo que se arriesgaba perder de Freud con una adscripción demasiado compacta al marxismo como sistema de pensamiento y de creencias. De cualquier manera, queda pendiente una investigación en profundidad de la posición de Bleger, las discusiones con las que acompañó la fractura, y la estrecha relación posterior que mantuvo con muchos de los que se fueron.²¹ M. Langer había anunciado, en su trabajo en Viena, que ahora no iba a renunciar ni al psicoanálisis ni al marxismo; en una intervención póstuma Bleger parece responderle, sin nombrarla, cuando señala que, en la separación entre el psicoanálisis y el marxismo, “se ha dado una polarización hacia el otro extremo: un retorno al marxismo o a la izquierda coincide con un abandono y una renuncia al psicoanálisis”.²²

La universidad y la militancia. Varios de los renunciantes habían acompaña-

19. Véase VVAA, “Ideología y Psicología concreta”, *Cuadernos de Psicología Concreta*, n°1, 1969. H. Vezzetti, “Los comienzos de la psicología como disciplina universitaria y profesional: debates, herencias, proyecciones sobre la sociedad”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (eds.), *Intelectuales y Expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

20. Sobre Bleger y la Carrera de Psicología de la UBA, ver A. Dagfal, *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942-1966)*, op.cit.

21. Bleger murió en 1972. En un trabajo póstumo, se refiere muy críticamente a la ruptura. Ver J. Bleger, “La APA, el psicoanálisis y los psicoanalistas”, *Revista de Psicoanálisis*, XXX, 2, 1973.

22. J. Bleger, “La APA, el psicoanálisis y los psicoanalistas”, op. cit., p.526.



do a Bleger en la carrera de Psicología, entre 1960 y 1966. Allí, en la Universidad de Buenos Aires, se había desarrollado el mayor experimento de desinstitucionalización del psicoanálisis y Bleger había sido su promotor más destacado. Desde su ingreso como profesor, con apoyo estudiantil, había establecido las coordenadas de un proyecto de extensión (y al mismo tiempo de revisión) del psicoanálisis que buscaba una doble legitimación: por un lado, la legitimidad de una inscripción académica, en la Facultad de Filosofía y Letras; por otro, una nueva legitimidad social para un psicoanálisis orientado a abordar los problemas de la salud mental pública en estrecho contacto con las ciencias sociales, afincadas en la misma sede académica. La Facultad y sus adyacencias habían sido el espacio de esa configuración discursiva y sus transformaciones. También fue el espacio de un encuentro de Freud y Marx que estuvo a cargo de Leon Rozitchner, una iniciativa de estudio y formación autónoma y diferente de la de Bleger.²³ Emilio de Ipola testimonia los encuentros y desencuentros que se producían en el ambiente de Filosofía y Letras entre Rozitchner, Oscar Masotta y Raúl Sciarretta: entre ellos se cruzan diversas recepciones (Sartre, Merleau-Ponty, Marx y, pronto, Lévi-Strauss y Althusser) y los tres van a cumplir un papel decisivo en la fisonomía del nuevo psicoanálisis en las siguientes dos décadas.²⁴ Me detengo en el panorama de la Facultad de Filosofía y Letras porque de allí, y de sus prolongaciones en los grupos de estudio que se consolidaron fuera de ella después de 1966, van emerger los nuevos maestros formadores de los psicoanalistas disidentes. Y el ascenso de las enseñanzas respectivas de Rozitchner, Masotta y Sciarretta se produce en paralelo a la declinación de la estrella de Bleger.

La Facultad fue, también, el espacio de encuentro de la nueva sensibilidad de izquierda con las visiones de un peronismo reconvertido, a través del ejemplo cubano, a la causa de la revolución. Kesselman da cuenta de un itinerario ilustrativo del camino que hicieron otros: discípulo directo de Bleger (al igual que Bauleo), con quien se formó en la APA, analizado por Marie Langer, se había incorporado muy tempranamente a la experiencia de Goldengerg en el Hospital de Lanús y a la Carrera de Psicología, en un curso dictado por el mismo Goldenberg. Durante varios años estudió simultáneamente con Bleger y con Rozitchner, hasta que tomó contacto con William Cooke, los pensadores nacionales (Juan José Hernández Arregui, Arturo Jauretche, etc.), se comprometió con la CGT de los Argentinos y con una militancia barrial que terminó en la incorporación a la Juventud Peronista.²⁵

El golpe de 1966 y la intervención violenta sobre la universidad, conocida como la “noche de los bastones largos”, puso un abrupto final al proyecto de una nueva reconfiguración del psicoanálisis, a partir del espacio universitario y hacia la sociedad. Parecía el cierre de las salidas reformistas y, en los hechos, marcó el comienzo del ocaso de Bleger, que ya venía siendo cuestionado por los psicólogos que se habían formado con él. Los nuevos aires que barrían el campo intelectual y el discurso de la filosofía y las ciencias sociales, englobados un poco abusivamente bajo el rótulo del estructuralismo, implantaban nuevas ortodoxias, distanciadas del pluralismo que había caracterizado la enseñanza de Pichon Rivière y la obra de Bleger. Y atacaban esa empresa en los dos terrenos que Bleger había puesto

23. Rozitchner dictó un seminario “Freud y Marx”, entre 1964 y 1966; también empezó en esos años con grupos de estudio privados que se incrementaron después de la intervención a la Universidad.

24. Ver Emilio de Ipola, “Mi amigo Leon”, Lote, 46, abril de 2001, en <http://www.fernandopeirone.com.ar/Lote/nro046/miamigo.htm>

25. H. Kesselman, entrevista personal, 29 de junio de 2009.





Enrique Pichón Riviere

en relación, el marxismo y el psicoanálisis: Althusser y Lacan eran los emblemas de lo nuevo que pretendía liquidar las corrientes humanistas y los abordajes fenomenológicos que habían dominado esa trama de lecturas y relaciones, entre la filosofía, el psicoanálisis y las ciencias sociales.

Para una historia, que aquí sólo puedo esbozar, de la radicalización izquierdista de los psicoanalistas, no alcanza con señalar las condiciones más generales en la sociedad ni las transformaciones ideológicas que se produjeron en las figuras más conocidas, sobre todo Langer y Rodrigué. Por un lado, se hace necesaria una mirada más apegada a las vicisitudes de ese círculo nucleado en torno de Bleger. Con él se habían formado en psicoanálisis y se habían iniciado en el marxismo (en una actividad paralela al currículo de la APA) y con él habían participado de la experiencia docente desplegada en la universidad. Además, en la formación del complejo discursivo que habilitaba las relaciones con la política y con la cultura intelectual de la nueva izquierda hay que considerar el papel cumplido por Rozitchner y Sciarretta, que tuvieron en sus grupos de estudio a varios de los renunciados de 1971.²⁶ El golpe de 1966 parecía dinamitar las ilusiones de quienes pensaban, a partir del trabajo en la universidad, que era posible una vía gradual, reformista, de compromiso con el cambio social y la agenda política de la izquierda. Para muchos, la irrupción de la dictadura era la confirmación de una verdad que ya estaba instalada en el discurso de los núcleos revolucionarios: clausurado el programa de un cambio social y político pacífico, lo que se instalaba, después de Cuba, era el imaginario de la revolución y la opción por la lucha armada. Esa reorientación en la sensibilidad de las izquierdas, que incluía al peronismo universitario, se iba a consolidar y extender en el clima abierto con el Cordobazo y la crisis del régimen que desembocó en la destitución de Onganía.

La primera renuncia pública, que involucró a varios de los psicoanalistas

26. M. Langer menciona sólo a Sciarretta en el "Prólogo", *Cuestionamos*, op. cit., p.14.



Ernest Jones



27. Rafael Paz, entrevista personal, 2 de junio de 2009.

28. Sobre la presencia de Olmedo como "asesor epistemológico" del equipo de Psiquiatría Comunitaria en Lanús ver E. Carpintero; A. Vainer, *Las huellas de la memoria*, op. cit., I, p.106 y nota 45, p. 110.

Las biografías de Olmedo y de Quieto en Horacio Tarcus (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, emecé, 2007, pp.466-468 y 539-541. Las FAR iniciaron sus operaciones en junio de 1969, con el incendio de trece supermercados Minimax en Buenos Aires, en repudio a la visita de Nelson Rockefeller. Esa acción no fue firmada por la organización que se dio a conocer públicamente con el copamiento de Garín en julio de 1970. Olmedo murió en un enfrentamiento el 3 de noviembre de 1971, la misma noche en que se decidía y firmaba la renuncia colectiva a la APA que fue presentada al día siguiente.

críticos, se produjo, entonces, en 1966, en la Facultad de Filosofía y Letras. Sin embargo, para Bleger, no desaparecía el objetivo de mantener un programa de formación e investigación abierto a los estudiantes y los graduados jóvenes. Hacia 1968, ya fuera de la universidad, reunió a varios de los psicoanalistas que iban a formar un núcleo activo de los renunciantes (Bauleo, Kesselman, Rafael Paz, Gregorio Baremlitt, Miguel Matraj, Eduardo Pavlovsky y otros) en un grupo de estudios sobre psicoanálisis y marxismo; de allí surgió la iniciativa, finalmente frustrada, de formar un Instituto de Psicología Social.²⁷ Pero, como se dijo, los tiempos eran otros. Hacia el fin de los sesenta se profundizaba una radicalización que adoptaba una forma precisa: una "militantización" que se cumplía diversa pero convergentemente

en varios de los protagonistas y que progresivamente iba a hacer prevalecer la razón política sobre la lógica específica de la disciplina. Bleger quedaba desplazado en ese curso de acción. En poco tiempo, varios (como ya se expuso en el caso de Kesselman) se volcaron a un compromiso militante con las organizaciones de la nueva izquierda. Traigo un ejemplo de la superposición de prácticas y de espacios, entre la salud mental y la militancia: Carlos Olmedo, uno de los fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), casado con Isabel Goldenberg, hija de Mauricio, participaba del equipo del Programa de Psiquiatría Comunitaria que dirigía Kesselman en el Hospital de Lanús. Olmedo, Antonio Caparrós (ex psiquiatra del PC y profesor en la Carrera de Psicología), Roberto Quieto y otros formaron, en la Facultad de Filosofía y Letras, en 1966 y antes del golpe de Onganía, un grupo de apoyo a la guerrilla del Che en Bolivia. A fines de ese año viajaron a Cuba a recibir instrucción militar pero el proyecto se frustró tras la muerte del Che y el grupo decidió organizarse como una guerrilla urbana, las FAR, que comenzó a actuar en 1969.²⁸

En el grupo Plataforma sobre todo, aunque no todos tenían una relación directa con las organizaciones revolucionarias, existía esa voluntad de una definición militante del compromiso político. Allí residía el fundamento de una lucha que no podía reducirse ni a la crítica de las ideas ni a la búsqueda de reformas dentro de la institución. El horizonte era la transformación revolucionaria de la sociedad y el núcleo duro del compromiso se ponía a prueba en la posición general favorable a la vía armada. Esa es la configuración ideológica e imaginaria que se precipitaba en esos años: la eficacia directa de la acción, encarnada en las organizaciones armadas, fascinaba a muchos que, aunque no estaban dispuestos a tomar las armas, reconocían la superioridad heroica del combatiente, a partir del modelo del Che. En grupos



intelectuales y profesionales, en general ajenos a las rutinas de una acción política más convencional, se imponía la atracción por lo que aparecía como la eficacia inmediata de los operativos, el daño producido al enemigo y el apoyo de sectores populares, al menos hasta el llamado a elecciones, hacia 1972. Se consolidaba el patrón de un curso revolucionario impuesto por una vanguardia decidida, una suerte de “foquismo desarmado”, para tomar una expresión que Rubén Caletti acuñó para esa configuración militante.²⁹

Claramente, cambiaba la idea misma del *compromiso* respecto de los parámetros del primer Sartre. Es lo que puede verse en una entrevista publicada en *Nuevo Hombre*, la revista del peronismo revolucionario, en agosto de 1971: el viejo faro de la intelectualidad crítica ya no es el que ingresaba en las revistas literarias de los sesenta o en los análisis de Masotta sobre Roberto Arlt. Sartre se reunía con Fanon, anunciaba una situación revolucionaria y se disculpaba porque, a los 65 años, la opción por las armas ya no estaba a su alcance.³⁰ Paradojicamente, en esa reconfiguración del sartrismo hacia los motivos de la revolución en el Tercer Mundo dominaba un fuerte componente antiintelectual que terminó imponiendo un sello a la radicalización de la nueva izquierda.



Marie Langer

Psicoanalistas y psiquiatras. La recuperación del acontecimiento de 1971 ha quedado en gran medida fijada por el testimonio de sus protagonistas más destacados, sobre todo Marie Langer y Emilio Rodríguez. Y en esa recuperación lo que se reitera es la experiencia de un verdadero descubrimiento de la política a partir del impacto de la lucha popular de 1969. El Cordobazo habría operado como un despertador de una conciencia social y política que permanecía, en la percepción de sus propios actores, aletargada. Es fácil remitir esa correspondencia a los cambios en el clima político colectivo: 1969 aparecía como el hito de un nuevo ciclo que terminaba de cerrar el período abierto desde fines de los cincuenta. En él se conjugaban el impacto conmocionante de la conflictividad social de masas con la función imaginaria de las luchas, sobre todo estudiantiles, que se extendían por el mundo. En verdad, si se toma en cuenta que el impulso que llevó a la creación del primer grupo disidente argentino nace en Roma, en ese mismo año, con el movimiento Plataforma internacional, se advierte que la rebelión de los psicoanalistas puede ser considerada tanto hija de las luchas sociales cordobesas como de los ecos europeos del mayo francés.

En el plano local, para que las luchas sociales se introduzcan en el mundo reservado de los psicoanalistas fue necesaria la experiencia de participación en la Federación Argentina de Psiquiatras (FAP), en Buenos Aires, que ha sido destaca-

29. Me ocupo del tema en H. Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2009, caps. 2 y 3.

30. “Sartre habla” entrevista de John Gerassi, *Nuevo Hombre*, nº 4, 11-17 de agosto de 1971.



Jean Paul Sartre



da por los mismos protagonistas como una verdadera práctica de pasaje desde el interior cerrado de la asociación al espacio político público:

“Allí pudimos adquirir, nosotros, psicoanalistas de alta categoría, ‘calle’ en un sentido político”... “Estábamos juntos futuros miembros de Plataforma y Documento con psiquiatras comunistas y otros, pertenecientes a pequeños grupos izquierdistas, y psicoanalistas ‘por la libre’”.³¹

31. M.Langer, “Prólogo”, *Cuestionamos*, op. cit., p.18.

32. E. Carpintero; A. Vainer, *Las huellas de la memoria*, op. cit., II, p.35.

33. E. Rodríguez, *El libro de las separaciones*, op. cit., p.115.

34. La novela es de 1969 y fue un best seller; en 1972 se hizo la película dirigida por Raúl de la Torre, con guión de Rodríguez y de de la Torre. Rodríguez actuaba en el film junto con Graciela Borges, Eduardo Pavlovsky y Lautaro Murúa.

La voluntad de acción de algunos de los protagonistas de la ruptura habría encontrado un espacio de realización en la FAP, una entidad que había surgido en 1959 en el período de reformas de la asistencia y de la organización profesional posterior a la caída del peronismo. Nucleaba psiquiatras de muy diversa orientación, no sólo los profesores de las cátedras y los responsables de los hospitales psiquiátricos sino también algunos psicoanalistas, como Pichon y Bleger, que participaban de los congresos periódicos realizados por la organización. Un núcleo de psiquiatras comunistas constituía un polo activo de la institución y hacia fines de los sesenta varios psicoanalistas comenzaron a actuar en la sección de la Capital: Bauleo y Kesselman fueron vocales desde 1968 y Rodríguez fue elegido presidente en 1969.³² Este último llegaba a ese cargo de un modo inesperado, sin haber actuado previamente en la entidad. Gervasio Paz, un psiquiatra que era miembro del grupo comunista, entonces presidente de FAP a nivel nacional, le ofreció el cargo e hizo los arreglos para que fuera elegido. Rodríguez admite que no sabía muy bien qué era esa institución y agrega que allí su vida empezó a tomar un “rumbo ideológico determinado por otros”.³³ Rodríguez había comenzado a convertirse en una figura pública, presente en los medios y con perfil de escritor, a partir de su novela *Heroína*, un best seller publicado ese mismo año.³⁴ Marie Langer iba a ser Presidenta de FAP Nacional en 1972. De modo que los psicoanalistas mayores del



grupo disidente, Langer y Rodríguez, llegaron a la FAP, el medio externo que les habría permitido salir del encierro en la APA, de la mano del PC. En los compromisos que asumieron no hubo, entonces, mucha “calle”, si por tal se entiende una militancia asociada a prácticas políticas en frentes de masas. Esa experiencia (y esa visión de la política) parece haber sido aportada por los miembros más jóvenes. Al indagar más cercanamente la escena, lo que se advierte en los mayores es que el desplazamiento a la política es menos un efecto de descubrimiento que de arrastre y de cooptación: un “rumbo ideológico determinado por los otros”, para reiterar la expresión usada por Rodríguez.

Cabe una primera observación respecto de las posiciones de los comunistas argentinos. En menos de diez años, desde los tiempos de la expulsión de Bleger, habían cambiado su juicio sobre el psicoanálisis o, al menos, sobre los psicoanalistas, ahora considerados como aliados en el trabajo que venían desarrollando en el campo de la salud mental. Ese trabajo político-gremial se va poner de manifiesto con la invitación a visitar la URSS que se cursa en 1971 a una delegación de psicoanalistas que se han incorporado a la FAP. Entre otros, viajan Langer, Rodríguez (que dejó testimonios escritos de ese viaje), Bauleo, Pavlovsky, Ulloa, Diego y Gilou García Reinoso.³⁵

El abismo doctrinario que había llevado a la denuncia encendida del psicoanálisis como una peste burguesa parecía atenuado. Por otra parte, el viejo partido stalinista venía perdiendo presencia y prestigio en la relación con el mundo intelectual: en 1963 se había separado el grupo que editaba *Pasado y Presente*, en Córdoba; en 1968, perdía la mayor parte de la juventud que pasó a formar el Partido Comunista Revolucionario (PCR): algunos psiquiatras jóvenes de la nueva organización formaron una agrupación para militar en la FAP Capital. En el campo psiquiátrico y en las relaciones con el mundo “psi” habían quedado relegadas

35. Rodríguez se refiere al viaje en dos de sus obras autobiográficas. E. Rodríguez; Martha Berlin, *El antiyo-yo*, Madrid, Fundamentos, 1977; E. Rodríguez, *El libro de las separaciones*, op. cit. Una breve crónica de la visita, que incluía psiquiatras, psicoanalistas y psicólogos argentinos y uruguayos, se encuentra en Mario Golder y Alejandro González, *Freud en Vigotsky. Inconsciente y lenguaje*, Fundación de Investigaciones sociales y políticas, Ateneo Vigotskyano de la Argentinas, Buenos Aires, 2006, pp.124-126.



En el centro,
Oscar Masotta



36. Sobre la decisión de Paz de entrar a la APA, ver E. Carpintero; A. Vainer, *Las huellas de la memoria*, op. cit., II, p.47. De acuerdo con el testimonio de Juan Carlos Volnovich, Paz se analizaba con M. Langer y Antonio Caparrós con Ulloa; ver idem, I, p.175.

37. El episodio, entre patético y desopilante, es narrado dos veces. Ver E. Rodríguez, *El antiyo yo*, op. cit., p.12-15, y *El libro de las separaciones*, op. cit., pp.149-142.

38. Ver el testimonio de M. Langer en *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*, México, Folios, 1981, p.102.

Una desgrabación con Bassin se encuentra en M. Golder y A. González, op. cit. *Agradezco a Luciano García que me acercó esta fuente.*

39. M. Langer, "Prólogo", en F.V. Bassin, *El problema del inconsciente*, Buenos Aires, Granica, 1972. En M. Golder y A. González, op. cit., pp.143-146.

las figuras que dominaron la década anterior: Jorge Thénon, Adolfo Lértora y César Cabral. En esos años, algunos psiquiatras del PC entraron en análisis. El pavlovismo estaba en retirada y parecía posible, para algunos al menos, una relación más abierta con el psicoanálisis. Pero el cambio era tardío; el desencuentro con los nuevos tiempos queda en evidencia en el testimonio de Gervasio Paz, que había estado estrechamente ligado a la corriente pavloviana dirigida por Thénon: la ruptura de los psicoanalistas con la organización no sólo lo tomó por sorpresa sino que por entonces él, que había entrado en análisis con M. Langer, había decidido ingresar a la APA.³⁶

El activismo del viejo partido soviético en la relación con los psicoanalistas, que se intensifica en esos años, fue no sólo tardío sino ineficaz, si se ven los resultados del viaje a la URSS y los países del socialismo real: la experiencia no llevó a incrementar la influencia del partido. Si, como dice alguno de los invitados, esperaban afiliarlos, sólo consiguieron la adhesión efímera de E. Rodríguez, que inmediatamente se arrepintió.³⁷ La visita fue programada con todo esmero: hubo encuentros en la Facultad de Psicología de la Universidad de Moscú, escucharon clases de Alexander Luria y Alexis Leontiev y, a pedido del grupo visitante, tuvieron un encuentro con Filipp Bassin, quien había publicado un libro sobre el problema del inconsciente.³⁸ Marie Langer aparece como la más comprometida en ese encuentro posible del psicoanálisis con la psicología soviética. Fue ella quien buscó la reunión con Bassin y luego hizo traducir y publicó su libro sobre el inconsciente, para el cual escribió un prólogo. Pero las preguntas que formulaba, en 1972, no eran sólo teóricas o doctrinarias; también se interrogaba sobre el lugar del psicoanálisis en un régimen socialista que consideraba inminente en la Argentina y que no concebía que pudiera ser distinto de lo que mostraba el modelo soviético.³⁹



Langer, en una evocación retrospectiva cuestiona que los científicos y los psiquiatras soviéticos no admitieran el psicoanálisis pero elogia el servicio de socioterapia en el hospital psiquiátrico de Moscú.⁴⁰ En 1968 los tanques soviéticos habían entrado en Praga; hacia 1971 se conocían las primeras denuncias sobre la utilización del dispositivo psiquiátrico en la represión de los disidentes y el conflicto chino-soviético estaba en su punto máximo. José Bleger había protagonizado, casi diez años antes, una visita muy diferente y sumamente crítica: preocupado por la situación de los judíos, había denunciado el antisemitismo en la patria de Lenin y de Stalin.⁴¹ Ninguno de esos problemas parece haber estado entre las preocupaciones de Langer ni en las de los psicoanalistas de izquierda que visitaron la URSS. En esos años, en la Argentina (como en Europa), las entonaciones dominantes en la configuración de la nueva izquierda rompían con la hegemonía soviética. Como se dijo, el PC había perdido su liderazgo intelectual y político y su programa reformista recibía los cuestionamientos cruzados de las nuevas tendencias revolucionarias en la izquierda y el peronismo. Ese proceso se había acentuado para la época en que Langer ofrece su testimonio, hacia 1980. Sin embargo, en la evocación retrospectiva de la visita, así como en sus expresiones públicas, se mantiene fiel a la línea soviética (alineada con las posiciones cubanas): ni las denuncias sobre el “socialismo real”, ni la crisis del modelo soviético en la nueva izquierda, ni el antisemitismo en la URSS figuraron como problemas.

Rodrigué evoca el viaje en el registro de la parodia. Es evidente que no tenía ninguna simpatía por el experimento soviético en la era Brézhnev. Pero el modo más desafiante que encontró para demostrarlo fue llevar marihuana y fumarse un porro ante las murallas del Kremlin. La otra anécdota destacada del viaje es el episodio de su afiliación, en la visita a una bodega en Bulgaria, en el que, dice, un “guacho del PC argentino” se aprovechó de su estado de embriaguez para hacerle firmar la adhesión.⁴² Por otra parte, no hay en sus muchos escritos de memorialista interrogantes o juicios retrospectivos acerca de los problemas conceptuales o políticos de la relación del psicoanálisis con el marxismo, o con las posiciones políticas de la izquierda. En su derrotero, que siempre aparece determinado por las acciones de otros, aceptó después afiliarse al peronismo, convencido por la insistencia de Kesselman; y dejó el testimonio de una insólita columna psicoanalítica que, en 1973, marchó a Ezeiza a recibir al General Perón.⁴³ Durante el breve gobierno de Cámpora, Langer y varios de los renunciados se incorporaron a la universidad, en manos del peronismo montonero, en la cátedra de Psicología Médica, a cargo de Kesselman.

Final. En las reconstrucciones o en los testimonios sobre la ruptura y sus consecuencias casi siempre se ha puesto el foco en las primeras figuras del elenco psicoanalítico, notoriamente Langer y Rodrigué. Pero de lo expuesto hasta aquí se desprenden las características y los límites de la politización que los involucraba. La política casi siempre viene de afuera: el Cordobazo, las invitaciones de militantes del PC o el peronismo, la FAP, Plataforma internacional, etc. Rodrigué ofrece una versión extrema y paródica de esa relación externa con la política. Pero también Gilou García Reinoso dice que la decisión de la ruptura “fue impuesta por algunos dentro de Plataforma”: probablemente se trataba del núcleo radicalizado que encabezaban Kesselman y Bauleo.⁴⁴ La disposición antiinstitucional

40. M. Langer, *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*, op. cit., p.102.

41. J.Bleger, “Los judíos en la Unión Soviética” (1963), en VVAA, *Nacionalidad oprimida. La minoría judía en la URSS*, Montevideo, Ediciones Mordejai Anilevich, 1968. Publicado en *Nueva Sión*, Buenos Aires, en 1963. Para algunos esa crítica de Bleger fue el motivo determinante de su separación del PC. Ver A. Dagfal, op. cit., p.345.

42. Ver E. Rodrigué, *El Antiyo-yo*, op. cit., pp.40 y p.14.

43. También este evento está contado dos veces. Ver E. Rodrigué, *El Antiyo-yo*, op. cit., pp.16-17; *El libro de las separaciones*, op. cit., pp.149 y 152-154. M. Langer iba al frente de la pequeña columna de la FAP.

44. E. Carpintero; A. Vainer, *Las huellas de la memoria*, op. cit., II, p.43.





estaba en la sensibilidad de la época, pero no necesariamente debía conducir al cisma: Pichon Rivière o Bleger habían mostrado que era posible trabajar fuera de la APA, hacia la sociedad, sin necesidad de romper con la organización. Para que se instale el ánimo rupturista será necesario que la razón política, bajo la forma dominante de una voluntad revolucionaria, imponga la lógica de la guerra sobre los conflictos del sector. El referente mayor de ese relieve épico de la política como transformación violenta, que penetra y altera el sistema de relaciones en las instituciones, fue el Cordobazo. La revuelta en Córdoba se erigió simultáneamente en emblema y marca unificante en el discurso y las acciones de la nueva izquierda. Como consecuencia, en el mismo movimiento en el que el núcleo psicoanalítico disidente buscaba afiliarse al movimiento político de masas se enfrentaba con el problema de redefinir el objeto y la razón de su disciplina. El fantasma de la lucha total imponía su lógica por encima de las diferencias en la naturaleza de los conflictos (teóricos, políticos, institucionales, de formación) que convergían sobre el campo psicoanalítico y se encarnaba en el significativo princeps que apuntaría a la restitución de una identidad político-social: *trabajadores* de la salud mental. César Cabral, viejo militante del PC, en una carta a Rodrigué, señalaba la incongruencia de ese desclasamiento imaginario. En ella se refería al proyecto de creación de la Coordinadora de Trabajadores de Salud Mental y señalaba la ausencia de los verdaderos trabajadores, el personal de enfermería. En verdad, cuestionaba el ultraizquierdismo del emprendimiento. Por un lado, señalaba que encarar una coordinación “de las luchas de psiquiatras, psicólogos, visitantes sociales, psicopedagogos, enfermeros, no supone necesariamente agruparlos a todos en una organización única”. Exponía el riesgo de marginar a los que no estuvieran a la altura del “grado de conciencia revolucionaria de los promotores de la nueva organización”. Y terminaba expresando el temor de que “la Federación no se convierta en un juguete rabioso que agote en teorizaciones revolucionarias abstractas el gran deseo de lucha que a todos nos anima”.⁴⁵

Una historia algo diferente de la radicalización psicoanalítica, que apenas empieza a contarse, se hace posible cuando se enfocan la posición y las acciones de los protagonistas más jóvenes, comprometidos con una práctica militante. Allí se destacan los cruces entre la actividad profesional, la Facultad de Filosofía y Letras, los nuevos espacios de intervención pública en el campo de la salud mental y las primeras formas y redes de la militancia revolucionaria. Eso empezó antes del Cordobazo. Ya se hizo referencia al antecedente de la mesa sobre “Ideología y Psicología Concreta”, en 1965. En octubre de 1968, en el Tercer Congreso Nacional de Psicología, en Rosario, había emergido por primera vez una división por motivos ideológicos, que llevó a la reunión del “Primer Encuentro Paralelo para la Revisión Crítica de la Psicología”.⁴⁶ Armando Bauleo integraba la comisión formada a partir de ese encuentro. Él y Kesselman escribían en los *Cuadernos de Psicología Concreta*. Discípulos de Bleger, compartieron la experiencia universitaria hasta 1966 y siguieron trayectorias diversas pero convergentes en el proceso de radicalización política. Bauleo había dejado el PC, pero conservaba una identidad de izquierda marxista y militaba en la villa miseria de Retiro. Kesselman, militaba en la juventud peronista, en Berisso y Ensenada, y formó parte de la redacción de *Nuevo Hombre* desde su creación en julio de 1971, junto con figuras conocidas

45. C. Cabral, carta a E. Rodrigué, del 14 de enero de 1972. Mi archivo personal. Agradezco a Roberto Harari, quien me la proporcionó hace unos años, como parte del material que conservaba de su gestión en la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires.

46. Ver *Cuadernos de Psicología Concreta*, 1, 1969, p. 43.



del peronismo revolucionario, como Dardo Cabo, Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde.⁴⁷ En esa red de pertenencias y de acciones se revela la nueva sensibilidad y de las formas de la politización en el espacio universitario y en las organizaciones de la izquierda y el peronismo.

Con la exploración inicial de las trayectorias de Bauleo y Kesselman, que no excluye el papel de otros integrantes de los grupos disidentes, he querido ilustrar el papel cumplido por esa trama menos visible en el sacudimiento ideológico que recaía sobre el círculo del psicoanálisis. Ambos, como se dijo, participaron de las primeras reuniones de *Plataforma Internacional*, un agrupamiento integrado sobre todo por psiquiatras y psicoanalistas suizos e italianos. En los pronunciamientos del núcleo internacional los problemas destacados giraban en torno de la formación y las relaciones en el interior de las asociaciones psicoanalíticas: el rechazo del autoritarismo, como en el primer impulso del mayo francés, aparecía como el disparador de la contestación. Plataforma Internacional dejó de existir en los ochenta. La consecuencia más importante de su impulso crítico y disidente ha sido la pérdida del monopolio de la IPA sobre la administración de la formación psicoanalítica. En las palabras de dos de sus fundadores, Berthold Rothschild y Marianna Bolko: “no hay ninguna necesidad de un training psicoanalítico formalizado”.⁴⁸ En síntesis, lo que ha quedado es una impugnación doble: del artefacto de poder disfrazado de programa de formación y aprendizaje y de la ilusión de una pertenencia que refuerza a la vez el reflejo de obediencia y el encierro autosuficiente.

Otro era el destino soñado para el movimiento contestatario argentino en 1971. En ese año, poco antes de la renuncia colectiva, Hernán Kesselman publicaba en *Nuevo Hombre*, un artículo sobre Plataforma Internacional. El contracongreso de Roma quedaba situado en la estela de las grandes luchas europeas de 1968 pero también, en una asociación algo forzada, de las rebeliones sociales de 1969 en la Argentina.⁴⁹ Reivindicaba el papel de los sudamericanos (los argentinos en particular) en la orientación política que había llevado a Plataforma Internacional al segundo encuentro en Viena, en 1971, que planteaba el papel de “la teoría y la práctica psicoanalítica a la luz de los diferentes caminos hacia el socialismo”. Lo que se acentuaba, en un todo de acuerdo con la orientación de la revista, era la necesidad de incluir las rebeldías de los psicoanalistas críticos en las luchas anticapitalistas y antiimperialistas de los pueblos del Tercer Mundo. El horizonte proyectado, entonces, no era el de la reforma institucional sino un compromiso que llegaba hasta “la posibilidad de participar en la creación colectiva del hombre nuevo”. Un nuevo psicoanálisis requería



47. Sobre el trabajo de Bauleo en la villa de Retiro ver A. Bauleo (comp.), *Los síntomas de la salud. Psiquiatría social y psicohigiene*, Buenos Aires, Editorial Cuarto Mundo, 1974, p.2. Bauleo era, en 1965 y 1966, JTP de la cátedra de “Psicohigiene”, a cargo de Bleger: Volnovich, uno de los miembros de Plataforma, cursó con él y recuerda que algunos trabajos se realizaban en esa villa; ver J.C. Volnovich, “Bleger: la desgarrada soledad de un analista”, *Diarios clínicos*, nº5, 1992, p.121. Sobre la militancia de Kesselman, ver E. Carpintero; A. Vainer, *Las huellas de la memoria*, op. cit., I, p.106.

48. Marianna Bolko, Berthold Rothschild, “Una ‘pulce nell’ orecchio’. Cronaca del controcongreso dell’International Psychoanalytic Association di Roma del 1969”, *Psicoterapia e Scienze Umane*, n.6, XL, 3, 2008, p.717.

49. H. Kesselman, “Plataforma internacional: psicoanálisis y antiimperialismo”, *Nuevo Hombre*, año 1, nº6, 25-31 de agosto de 1971; incluido en VVAA, *Cuestionamos*, op. cit.



del hombre nuevo en la nueva sociedad y sólo podía edificarse en el proceso de una revolución que debía cumplirse en el interior de los sujetos.⁵⁰ El obstáculo mayor, para Kesselman, radicaba en el “intelectualismo”, sólo superable con la inclusión concreta del psicoanalista (del intelectual en general) en las luchas de los explotados. El artículo anunciaba el fin de una época: contrastaba el dinamismo y la agitación del congreso con el silencio y la inmovilidad de la reunión oficial, en el lujo y los faustos del palacio Hofburg, y profetizaba “el final definitivo, no ya de un congreso internacional, ni del viejo psicoanálisis, sino de lo viejo, lo caduco y lo enfermo de todo un sistema”.

En conclusión, situar la condiciones de la fractura exige tomar en cuenta la trama de cambios que se despliega a lo largo del período e indagar en un conjunto variado de espacios, motivos y actores. Obviamente, no alcanza con la reconstrucción testimonial de sus protagonistas. El sello político que la marcó, al ponerla bajo el manto del marxismo y de la izquierda política, ha sobrecargado la recuperación de lo acontecido con la historia posterior, abierta con la represión y el terrorismo de Estado desatados sobre el sector. Se trata de un capítulo esencial de la historia reciente del psicoanálisis tanto como de la historia de la cultura de izquierda en la Argentina. El déficit historiográfico traduce sin duda las dificultades para establecer un balance de ese pasado desde la situación actual de crisis de esa franja intelectual y política. Finalmente, hay más de una memoria de izquierda, y en la medida en que ese pasado tiende a ser puesto en línea con las identidades y las alineaciones del presente, como toda historia, conlleva algo de lucha por el sentido de lo sucedido, en un momento, por otra parte, en el cual las convicciones y tradiciones que alimentaban una identidad de izquierda perviven desarticuladas y en proceso de revisión. ■

REFERENCIAS

C. Cabral, carta a E. Rodríguez, del 14 de enero de 1972. Mi archivo personal. Agradezco a Roberto Harari, quien me la proporcionó hace unos años, como parte del material que conservaba de su gestión en la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires

Ver *Cuadernos de Psicología Concreta*, 1, 1969, p. 43.

Sobre el trabajo de Bauleo en la villa de Retiro ver A. Bauleo (comp.), *Los síntomas de la salud. Psiquiatría social y psicohigiene*, Buenos Aires, Editorial Cuarto Mundo, 1974, p.2. Bauleo era, en 1965 y 1966, JTP de la cátedra de “Psicohigiene”, a cargo de Bleger. Volnovich, uno de los miembros de Plataforma, cursó con él y recuerda que algunos trabajos se realizaban en esa villa; ver J.C. Volnovich, “Bleger: la desgarrada soledad de un analista”, *Diarios clínicos*, n°5, 1992, p.121. Sobre la militancia de Kesselman, ver E. Carpintero; A. Vainer, *Las huellas de la memoria*, op. cit., I, p.106.

Marianna Bolko, Berthold Rothschild, “Una ‘pulce nell’orecchio’. Cronaca del controcongreso dell’ *International Psychoanalytic Association* di Roma del 1969”, *Psicoterapia e Scienze Umane*, n.6, XL, 3, 2008, p.717.

H. Kesselman, “Plataforma internacional: psicoanálisis y antiimperialismo”, *Nuevo Hombre*, año 1, n°6, 25-31 de agosto de 1971; incluido en VVAA, *Cuestionamos*, op. cit.

Sobre el “hombre nuevo” ver H. Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, op. cit., cap.4.

50. Sobre el “hombre nuevo” ver H. Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, op. cit., cap.4.



SERIE DE COLECCIÓN



Una publicación irrepetible

Un suceso editorial que ya es un clásico para todos aquellos que pretenden conocer e informarse sobre los hechos acontecidos en este período de la historia argentina.

Ante los innumerables pedidos, informamos a nuestros lectores que el Número 1 se encuentra disponible, en su versión digital, en

www.ejercitarlamemoria.com.ar

Ejercitar la memoria editores



HIJOS DE BROWN

LOS INSURGENTES DEL LICEO NAVAL MILITAR

Del prestigioso Liceo Naval Almirante Brown, dependiente de la Armada Argentina, egresaron más de dos decenas de jóvenes que se incorporaron a organizaciones armadas marxistas y peronistas y que cayeron en combate, fueron fusilados o desaparecieron durante la dictadura. Los autores, egresados de la institución, estudian el proceso y se preguntan: ¿por qué tantos liceanos militaron en la izquierda insurgente?

DANIEL ORTIZ* Y JUAN BAUTISTA DUIZEIDE**

*Egresó como guardiamarina de la Reserva Naval del Liceo Naval Almirante Brown en 1982 (promoción XXXI).
ABOGADO, ESCRITOR.

**Egresó como guardiamarina de la Reserva Naval del Liceo Naval Almirante Brown, promoción XXXI.
PILOTO DE ULTRAMAR DE LA ESCUELA NACIONAL DE NÁUTICA. PERIODISTA, ESCRITOR.

*Adelante cadetes del Liceo,
adelante marchemos sin cesar.
Que la Patria y el cielo nos prefieren
herederos del genio de Brown.*

Canción del cadete

Es preferible irse a pique antes que rendir el pabellón.

Coronel de Marina William Brown

*La verdadera felicidad empieza cuando
se deja de buscar la alegría personal para hallar la de todos.*

*Claudio Logares, guardiamarina de la Reserva Naval Principal, secuestrado el 18 de mayo de 1978
en Montevideo, carta fechada en esa ciudad el 26 de mayo de 1977*

En 1947, durante el primer peronismo, se fundó el Liceo Naval Almirante Brown, un instituto de enseñanza secundaria dependiente de la Armada Argentina. Ocupaba las instalaciones que anteriormente pertenecieran a la Escuela Naval Militar en Río Santiago, a unos sesenta kilómetros de la Capital.





Junio de 1971 en Salta, varios compañeros de la promoción XXII posan simulando marcialidad. De izquierda a derecha, Mario Noriega, Dardo Benavides (ambos ya pertenecían en ese momento a las FAR), Eduardo Hernández y José María Donda. Los cuatro pasarían, luego, a militar en Montoneros.

A las materias habituales de un colegio se les sumaban allí instrucción militar y náutica. Los egresados, además de recibir el título de bachiller o perito mercantil, se incorporaban a la Reserva Naval con el grado de guardiamarinas. Pese a su excelente nivel académico, el Liceo fue durante mucho tiempo una especie de entenado para la Armada. Algunos altos mandos, en privado, no tenían ambages en referirse a él como a un “hijo bobo”. Pero a unos quince años de su creación, cuando ya se había convertido en un enclave de antiperonismo y anticomunismo, los sectores con mayor visión política de la oficialidad comenzaron a darse cuenta de que podía resultar muy funcional.

Con sus uniformes, con la prestancia lograda a costa de intensa actividad física y orden cerrado, los liceanos resultaban *vistosos*. La mezcla entre la frescura propia de la adolescencia y lo adusto de la postura militar caía simpática en amplios sectores de clase media y alta proclives a apreciar a la Armada por su barniz *chic*, liberal y filobritánico, y por su rol en el derrocamiento de Perón. Resulta significativo, más allá de que se tratara de una decisión editorial o una operación de prensa de la Armada, que al cumplir 25 años el Liceo la revista *Siete Días* –muy consumida por la clase media– le haya dedicado un extenso artículo. Ese ámbito educativo, tan particular y tan distinto a las instituciones de enseñanza que más directamente se asocian a la aparición de la insurgencia en Argentina, no fue ajeno a los impulsos revolucionarios que conmovieron a la sociedad a partir de la década de 1960.





Edificio de Oficiales,
1923. (Versailles)



I

El 12 de noviembre de 1975 fue muy agitado en La Plata. Además del calor y la humedad, típicos de su clima por esa época del año, en las calles reinaba una atmósfera de tensión y de inminencia. Poco debía al suspenso del campeonato Nacional de fútbol, cuyo máximo animador era el River dirigido por Omar Labruna –ganador reciente del Metropolitano tras 18 años de sequía–, con el Estudiantes de Carlos Salvador Bilardo como rival más serio.

La violencia latente era notable incluso para una ciudad que desde 1974 se venía acostumbrando a los enfrentamientos cada vez más duros entre la izquierda y la derecha peronistas, a los autos sin identificación que pasaban haciendo sonar sirenas mientras sus ocupantes ostentaban a través de las ventanillas escopetas a repetición, al estruendo de las bombas por las noches, a los allanamientos en pensiones de universitarios, a los departamentos que por las mañanas aparecían vacíos y revueltos. El gobernador de la provincia, Victorio Calabró, alineado con la derecha sindical más virulenta, había llamado ese día a movilizar a sus partidarios. A los movimientos de columnas civiles amenazantes, se sumó luego la presencia de patrulleros y camiones celulares por todo el casco urbano.

Tales circunstancias habían pasado desapercibidas para un grupo de montoneros abocados desde temprano a una reunión de ámbito en una vivienda de la periferia. Cuando finalizaran estaba previsto que uno de los militantes fuera a *mover un auto*. Si bien la organización contaba con garajes, incluso en zonas céntricas, solían no alcanzar y habían comenzado a no ser tan seguros. Por tales razones se había vuelto una práctica común dejar en la calle autos *levantados* para usar en operaciones, e ir cambiándolos de lugar para evitar las





Panorámica de la isla Monte Santiago que ocupaba el Liceo Naval y las instalaciones específicas del Liceo (Plaza de Armas, dormitorio de cadetes y comedor, edificio de oficiales y casa del Director).

sospechas que pudiera suscitar un vehículo varios días al aire libre. Sabedora de que estaba pendiente una tarea de ese tipo, al ver la cantidad de efectivos policiales que patrullaban la ciudad, una compañera que había debido retirarse antes descendió del micro en el que viajaba y retornó al lugar de la reunión para advertirle a los demás lo que estaba sucediendo. Llegó demasiado tarde.

Un oficial montonero ya había partido a cambiar de estacionamiento el auto en cuestión. Al aproximarse a él, caminando en contramano por el medio de la vereda, cumplió cuidadosamente con el protocolo establecido para determinar que no estuviera *fichado* o *cantado*. Al no advertir nada anormal por los alrededores, ingresó abriendo la puerta con una ganzúa y disimuladamente accionó el puente eléctrico que le habían instalado para hacerlo arrancar. Sabía precisamente dónde estacionarlo. El lugar estaba *chequeado*, libre de policías o vecinos sospechosos y con buenas vías de escape. La distancia era la suficiente para que dejara de ser visto por los vecinos del anterior estacionamiento y que a su vez el trayecto entre los dos puntos se extendiera lo mínimo para reducir la posibilidad de complicaciones. Ninguna medida de seguridad resultaba excesiva. Lo que pocos años o meses antes podía significar una *entrada* a la policía, en el peor de los casos un *garrón* que llegara a incluir torturas por algunos días y luego el *blanqueo* en una cárcel a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, podía valer ahora una sentencia de muerte sumaria.

Las primeras cuadras pasaron sin incidentes. El espejo retrovisor no alcanzaba ninguna imagen que pudiera alarmarlo. Por delante, las bocacalles se veían libres. En minutos podría concluir con la tarea. Hasta aquí, nada que se alejara de las prácticas habituales para aquel grupo combatiente en aquellos días durante los cuales vivir una vida peligrosa no era una consigna exaltada sino la pura y tensa cotidianeidad. Lo que sigue, se debe al relato de testigos ocasio-





Arriba. 1970.
Rodolfo Crespo

nales, a filtraciones de la policía, a la insistencia de los rumores a lo largo de años, a un mito incipiente.

Cuando le faltaba muy poco para alcanzar su objetivo, el joven oficial montonero a cargo de mover el auto avisó una pinza policial. Intentó dar marcha atrás con naturalidad como si lo suyo no fuera más que la equivocación de un conductor distraído. Inmediatamente recibió la voz de alto. Arrancó en contramano a la máxima velocidad. El disimulo ya era inútil. Le disparaban y él respondía disparando con una mano. Cuadras después, detuvo de golpe la marcha, a su pistola *Colt* calibre 45 le sumó una ametralladora y abandonó corriendo el auto. Para cubrir sus espaldas mientras intentaba retirarse, arrojó una granada de mano que sorprendió y contuvo al personal de la policía bonaerense que lo perseguía. Imposibilitado de hacerse con otro auto o escapar a la carrera, decidió ocultarse. Rápidamente se trepó al techo de una casa tratando de ganar tiempo y ver cómo evolucionaba el cerco. La poli-

cía pasó por esa cuadra sin detectarlo y continuó rastrillando la zona. Los sintió dar vueltas y vueltas, cada vez más lejos. Quizás haya alcanzado a pensar cómo le contaría a sus compañeros una zafada tan milagrosa, quizás haya recordado que no le tocaba a él esa tarea pero a último momento se ofreció para cumplir con ella. Y de golpe tenía a sus perseguidores de nuevo encima. Luego se sabría que al escuchar ruidos en el techo, la mujer que estaba en la casa telefoneó muy asustada a la policía. Habían vuelto con refuerzos, rodeaban su posición y lo conminaban a rendirse.

El periódico *Evita Montonera* de diciembre de 1975, en su sección *Crónica de la Resistencia*, narra el desenlace del combate que sobrevino. En páginas que dan cuenta de las andanzas de la represión paraestatal por Mendoza, Tucumán y Neuquén, incluyen un escueto parte de la ejecución a manos de Montoneros del general Jorge Cáceres Monié y otro del catastrófico intento de copar el regimiento de Infantería de Monte 29 de Formosa, bajo el subtítulo *Los mártires del pueblo*, refiere: *...se resistió durante dos horas, causando una baja al enemigo, pero luego fue cercado, reducido y rematado por la policía (...) sabemos que aprovechó todas las oportunidades que tuvo para no entregarse sin combatir.*

La primera persona de la familia del montonero muerto en enterarse fue su tía, ella avisó a los padres, que estaban pasando unos días en su casa del



barrio norte de Villa Gesell. A la otra mañana, apenas llegado de la costa, el padre quiso ir sin ninguna compañía a realizar la identificación. Si es que alguna esperanza restaba, la visión del cadáver la borró. Pese a los estragos causados por los disparos y a las profundas quemaduras en las manos, ocasionadas por una fogata que habría encendido en sus últimos instantes de vida para eliminar documentación que pudiera incriminar a compañeros, no cabían dudas. Era su hijo: *El Pato* Mario Luis Noriega. El comisario que atendió al padre, con una voz en la que luchaban el desprecio y la admiración, le dijo: “Por supuesto que no estoy de acuerdo en nada con él, pero reconozco que combatió hasta el final con unos huevos tremendos”.

En La Plata, por esos días, la muerte de jóvenes militantes de izquierda, armada o no, era un lugar común. No resultaba excepcional que aparecieran en el camino a Punta Lara cadáveres con marcas de tortura. Pero esta muerte causó especial conmoción. Se había tratado de un tiroteo en pleno día, a pocas cuadras de la Municipalidad, la Legislatura Provincial, la Casa de Gobierno, el Rectorado de la Universidad. Y el muerto era un muy carismático dirigente local de Montoneros. Además, integrante de una familia platense distinguida. Hijo del capitán de navío Mario *Pepe* Noriega, *El Pato* había cursado sus estudios hasta la jura de la bandera, durante cuarto año, en el Liceo Naval Militar Almirante Brown. Allí, a causa de los mareos sufridos durante los embarcos de instrucción a bordo de los *patachos* A.R.A. *King* y A.R.A. *Murature*, llegado a tercer año eligió la especialidad infantería de marina. Como infante realizó campañas de combate en tercer y cuarto año. Reintegrado a la vida civil, cursó quinto año en un colegio platense adonde van a parar todos los repetidores popularmente conocido como *La Legión Extranjera*.

Los deudos recibieron el cadáver a cajón cerrado. Desde una de las ventanas del piso donde residían –en la calle diez, al costado del Teatro Argentino, por una de las zonas residenciales más elegantes del centro platense– se pudo ver durante días, estacionado frente a la Comisaría Primera, el auto que había tratado de mover *El Pato*. Lucía acribillado.

No hubo velatorio. En el sepelio, provocativamente *custodiado* por hombres de uniforme y de civil, coincidieron extremos sociales inauditos incluso



Arriba. Junio de 1971 en Salta. Eduardo Hernandez (con la gorra en la mano, cabello claro); a su lado, descubierto, Mario Noriega; abajo, con la gorra puesta, Dardo Benavides. Los tres de Montoneros.



Arriba. Antigua foto de los dormitorios.

vez de cinturón usaba un trozo de soga y escrupulosamente olvidaba las eses finales de cada palabra, además de insertar a cada frase el vocativo *hermano*.

Estuvieron presentes varios de sus compañeros del Liceo Naval, donde fuera muy querido no sólo por éstos sino también por cadetes *más antiguos* y *más modernos*, y recordado como muy curioso, lúcido, participativo y ocurrente por los profesores.¹ Algunos de los liceanos que concurren a despedirlo serían luego castigados por eso: apenas establecido el Proceso de Reorganización Nacional, fueron degradados de su condición de oficiales de la Reserva Naval y sobre sus documentos se estampó, en rojo, la comprometedor inscripción *dado de baja por conducta impropia*. Hubo también trabajadores del Astillero Río Santiago, donde *El Pato* trabajaba desde hacía unos meses; y corriendo riesgos tremendos, se acercaron varios compañeros de ámbito y militantes que lo trataban desde la fundación del Movimiento de Acción Secundaria de La Plata, organismo de superficie de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) que luego, fusión con Montoneros mediante, devendría Unión de Estudiantes Secundarios. Días después, al regreso de un viaje, se acercaría Corina, la mucama de la familia, una exiliada republicana proveniente de Galicia que lo adoraba. Desde chico él la llamaba *Coronita*; cuando él era ya militante, si por las noches se oían bombas, ella solía comentar con una sonrisa *parece que los muchachos están activos*. Lo que Corina dijo ante la tumba del *Pato*, algo quizás aprendido duramente en la Guerra Civil Española, vale como síntesis de lo que muchos hubieran querido hacer y pocos lograron durante el sepelio: “A un valiente no se lo llora”.

1. *No hay nada como la muerte para mejorar a la gente*, escribió con ironía Borges. No creemos que el caso Noriega ilustre esa sentencia. Muchos testimoniantes, que no vacilaron en descalificar algunas conductas de otros muertos o desaparecidos del mismo grupo acerca del cual indagamos, destacan sus cualidades. En todo caso, su *lado oscuro* se vincula a concepciones y prácticas políticas que exceden lo personal.

Los restos de Mario Luis Noriega Beltrame, muerto a los veinte años, están en la bóveda que su familia posee en el cementerio de La Plata. La presencia en la misma de su tío, el capitán de navío Carlos Noriega, comandante de una de las escuadriñas aeronavales que bombardearon en junio de 1955 la Plaza de Mayo, ocasionando alrededor de cuatrocientos muertos civiles, entre ellos muchos niños, da cuenta de las fuerzas históricas en pugna que atraviesan a la familia.





El policía muerto en el enfrentamiento del 12 de noviembre –la *baja al enemigo* según el parte de *Evita Montonera*– fue un simple agente. De apellido Orona, figura en algunas fuentes como Bernardo y en otras como Rubén G. *El Pato Noriega* suele aparecer –creemos que erróneamente– como desaparecido en las listas de Astilleros Río Santiago y de la Universidad Nacional de La Plata, pese a que no llegó a cursar materia alguna en la Facultad de Ciencias Naturales, donde se había inscripto para poder militar en el ámbito universitario. Las páginas web que reivindican el Proceso de Reorganización Nacional refieren el episodio –*copy & paste* mediante– de manera simple pero no desideologizada: *Un Policía y un terrorista muertos* (sic).

Tal vez a causa de sus necesidades propagandísticas y aleccionadoras, así como a cierto afán mitificador, en su intento de hacer la apología del combatiente muerto la prensa montonera resultó injusta con su núcleo familiar más cercano. ¿O acaso se trató de un intento de preservar a la familia Noriega al saberla en la mira de la Armada? El parte ya citado de *Evita Montonera* destacaba: *Por su origen, una familia de marinos oligarcas, él podría haber elegido pertenecer a la raza de los explotadores. Pero su muerte es coherente con la forma en que vivió. Abandonó la carrera militar para militar* (sic) *primero en la UES y luego en una Villa de Emergencia. Luego ingresó como obrero en los Astilleros Río Santiago y allí compartió las luchas de sus compañeros. La combatividad del Pato durante el enfrentamiento es consecuente con la combatividad demostrada durante su vida militante.*

“La casa de los Noriega era de las pocas a disposición nuestra al principio de la militancia. Allí se limpiaban armas, se practicaba desarmarlas y volverlas a armar, se hacían kits de sanidad y bombas molotov. Y los Noriega sabían”, recuerda una militante, fundadora de FAR en La Plata. Ese piso, así como el chalet en el barrio norte de Gesell, fueron además los lugares “donde buena parte de las chicas de la agrupación tuvieron su primer sexo”.

Precisamente en el piso de los Noriega funcionó la primera imprenta de Montoneros en La Plata. En una oportunidad, el capitán *Pepe* regresó de manera imprevista y la encontró en funcionamiento, salpicando tinta por piso, techo y paredes. Solamente les dijo a los *muchachos* “vuelvo en diez minutos y quiero que esté todo bien”.

El capitán *Pepe* es una rara avis en la Armada. Fue compañero de promoción de Rubén Jacinto Chamorro, e incluso amigo de él en su primera juventud. Y cuando cursaba la Escuela Naval, un cadete *más antiguo* pero como él proveniente de La Plata, lo tuteaba quizás en uno de los primeros atisbos del arribismo social que lo caracterizaría: se trataba de Emilio *El Negro* Massera. Pese a todas estas fatalidades generacionales, Noriega es más cercano a la tradición de los Bouchard y de los Piedrabuena que a la de los Astiz. Para comenzar, su propia especialidad, buzo de rescate, es toda una rareza. A diferencia de la mayor parte de los marinos de guerra, que se pasan la vida en bases terrestres, sin navegar, desarrolló la mayor parte de su carrera en la flota de mar. Entrañable narrador oral, con gran facilidad para relacionarse y cierta campechanía, no faltaban oficiales que lo vieran a



Vista panorámica de la isla Monte Santiago que ocupaba el Liceo donde se pueden ver, además, las instalaciones del Liceo, las de la Base Naval de Río Santiago. Las mismas estaban prácticamente abandonadas a partir de los dos tanques de agua que se ven hacia la mitad. Era como un pueblo fantasma e inhabitado.



Noriega como “un demagogo” por los vínculos que establecía con suboficiales y marinería. En 1973, a un alto oficial que se le acercó exaltado para darle la *buena noticia* del golpe contra Salvador Allende en Chile, le contestó: “No es algo para festejar, Allende era alguien elegido por el pueblo”.

El capitán no le objetaba al *Pato* que militara por el socialismo ni que viera en el peronismo –mala palabra para la Armada– la vía hacia él. Lo que el marino de guerra le discutía al hijo, que a los dieciséis años había pedido la baja del Liceo Naval por incompatibilidad ideológica, era el uso de la violencia. Durante un almuerzo llegaron a discutir acerca de esto de manera muy áspera. *El Pato* le puso fin al intercambio de palabras arrojando un plato de tallarines con tuco que fue a estallar contra la pared y se retiró a su cuarto. A las pocas horas padre e hijo se unían en un abrazo con lágrimas en los ojos.

Aún sin compartir su opción por la vía armada, una diferencia imposible de superar, Noriega padre apoyó a su hijo. Se cuenta que alguna vez acudió prestamente para ayudarlo a zafar con un auto *levantado*. En 1974, a un grupo de liceanos compañeros de militancia del *Pato* se los convocó al mismísimo *elefante blanco* –el edificio Libertad, donde funciona el Comando en Jefe de la Armada– para ser expulsados de la Reserva Naval. Fue entonces el mismo capitán Noriega quien logró a través de sus vinculaciones que los diesen de baja sin acudir a tan perturbadora cita. Incluso fue él quien le consiguió al *Pato* su trabajo en Astilleros Río Santiago cuando *el mamotreto*, un documento de la Conducción Nacional de Montoneros, urgió a los militantes a insertarse en la clase trabajadora.

En 1975, la incipiente (y precaria) Marina Montonera atentó contra la fragata misilística Santísima Trinidad, amarrada en los muelles de Astilleros Río Santiago, justo frente a la Escuela Naval Militar, en territorio rigurosamente



1972. El director del Liceo, Capitán Ojanguren, le entrega a Claudio Logares (promoción XXII) su despacho de "Brigadier encargado de año". Logares estaba entre los cuatro más antiguos (mejores alumnos) de su promoción y tenía a cargo suyo a 5to. año. Logares perteneció a Montoneros.

vigilado por efectivos de la Armada. Motivo de alta alarma para el capitán *Pepe*, quien para interceder por su hijo se había reunido con el director del establecimiento, un capitán en retiro efectivo con el que habían jugado juntos al fútbol. Le preguntó a su hijo si él tenía algo que ver, a lo que *El Pato* respondió "a los que estamos acá ni siquiera nos quisieron avisar, para preservarnos".

Por sus inquietudes sociales y culturales, la madre del *Pato*, Clyde Beltrame de Noriega, es también una *rara avis* en el mundillo de las mujeres de los marinos de guerra. Había *adoptado* a los militantes liceanos que entraban y salían todo el tiempo de su casa: Eduardo *El Guacho* Hernández, Dardo *La Negra* Benavides, Roberto *Junior* Gamonet y Jorge *El Negro* Giacobone. Pese a lo difíciles que se fueron poniendo las cosas, pese a la proletarización que los alejó del centro y a la posterior clandestinidad, seguían frecuentando el piso de calle 10 en busca de charla, de afecto y de las milanesas que Clyde freía para todos. Las chicas militantes tenían para con Clyde sentimientos contradictorios: la querían tanto como sus compañeros y sentían con ella un nivel de confianza del que en muchos casos no habían disfrutado en su propio hogar, pero al mismo tiempo la veían como el modelo de mujer opuesto al ascetismo revolucionario, siempre muy arreglada y vestida con cara ropa exclusiva. Esas características fueron usadas en provecho de la organización: valiéndose de su aspecto de señora *bien* que jamás podría despertar sospechas, Clyde compraba resmas y resmas de hojas para imprimir documentos y hasta componentes químicos para armar molotov.

No resulta sorprendente que la carrera naval de *Pepe* Noriega se estancara. Pocos años antes de la instauración del Proceso, la Armada había introducido un nuevo elemento a evaluar en las fojas del personal superior: los antecedentes familiares. Por supuesto, el capitán *Pepe* no tenía acceso a esa información confiden-



1973. Rodolfo Crespo (prom. XXIII) sobre la cubierta de un barco de la Armada, rumbo a su campaña de infantería final –como egresado- vestido con el uniforme diario de Guardiamarina.

El distintivo que lleva en el pecho indica que pertenecía a la Infantería de Marina. Crespo perteneció al Partido Comunista Marxista Leninista (PCML).



2. Una crítica de la palabra *victima*: además de ser por completo ajena a la perspectiva que tenían estos militantes y soslayar su disposición voluntaria al sacrificio de la propia vida, resulta excesivamente difusa y por lo tanto tiende a diluir las circunstancias concretas de cada una de las caídas. Tampoco nos resulta aplicable en todos los casos el rótulo *desaparecido*, ya que bajo éste se suele agrupar, creemos que en general irreflexivamente, tanto a quienes fueron en efecto blanco de la metodología de desaparición forzada como a otros que cayeron combatiendo en circunstancias conocidas y cuyo cuerpo fue entregado a sus familiares, o a quienes se ejecutó sumariamente aunque eran presos políticos legales.

cial, pero algunos suboficiales con los que mantenía muy buena relación le filtraron datos que habían logrado ver. Así llegó a enterarse de algunas anotaciones comprometedoras en su legajo: allí figuraba que su mujer –quien recientemente había comenzado a cursar la carrera de antropología en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata– mantenía reuniones subversivas con gente de la Universidad. Para la Armada el enemigo estaba en casa de los Noriega. Y cuando el consejo de evaluación decidió su destino, se le desechó el ascenso no por algún desmedro profesional, sino por *desconfianza ideológica*.

Después de la muerte del Pato, una presa política cuyo nombre de guerra era *La Negra Silvia*, desde la Unidad 9 de La Plata le hizo llegar a Clyde Beltrame de Noriega un dibujo hecho con betún. Representa a un grupo de mujeres que caminan llevando grandes bultos sobre sus hombros. Al dorso, dice: *Ayúdense unos a otros con sus cargas. Con todo mi corazón, y unas pocas palabras, quiero que les llegue mi cariño y ser una más en tu mesa querida, con el mismo amor con el que están en la mía.*

II

Aunque las particularidades de su caída –sumadas a su extracción social y las tensiones políticas y cruces históricos que implica, a una militancia muy activa y una personalidad carismática– hicieron que el caso de Mario Luis *El Pato* Noriega se convirtiese en emblema, no se trató del único liceano muerto en las filas de la insurgencia. Tampoco fue el primero dentro de un universo de veintidós militantes que egresaron del Liceo Naval Militar Almirante Brown o pasaron por él y cayeron en distintas circunstancias.² En noviembre de 1974, casi un año antes, un grupo no identificado secuestró de un bar en avenida La Plata, Buenos Aires, a Alberto Munárriz. En el estado actual de la investigación no podemos confirmar si la Triple A fue ejecutora del secuestro del *Capitán* Munárriz del Ejército Revolucionario del Pueblo, e integrante de la promoción XIII del Liceo Naval, que había ingresado en 1959 y egresó en 1963. También antes de Noriega, en julio de 1975, había sido asesinado en La Plata, en la vía pública, Mario Marcelo Cédola, de la promoción XX (1966-1970). En este caso sabemos

que fue responsable de tal muerte la Concentración Nacional Universitaria (CNU), grupo de extrema derecha que tuvo gran influencia en La Plata y Mar del Plata, vinculado con la CGT, la Unión Obrera Metalúrgica y el gobernador justicialista de la provincia de Buenos Aires Victorio Calabró. No se conoce militancia alguna de Cédola, aunque dadas la clandestinidad y la compartimentación de las organizaciones armadas de la época no se pueda ser taxativo al respecto. Los motivos de su asesinato –haber tomado fotografías del local de la Unión Obrera Metalúrgica en La Plata– pueden parecer de lo más fútiles, sin embargo son reveladores de una lógica epocal: esa sede era una base operativa de la derecha sindical peronista en su combate contra la tendencia revolucionaria del peronismo. Si alguien que no era *tropa propia* había tomado fotos del lugar, resultaba factible que se tratara de un *enemigo* realizando tareas de inteligencia, y por lo tanto debía ser *escarmentado*.³ Durante años se rumoreó en La Plata que el mismísimo Oso Fromigué, uno de los máximos dirigentes de CNU, bajó de una moto y disparó su pistola contra Cédola.



Alfredo Astiz, expulsado por robo a un compañero.

En septiembre de 1975 fue detenido un compañero del *Pato*, de la promoción XXII del Liceo Naval: Eduardo *El Guacho* Hernández. Puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, fue torturado de manera tan violenta que perdió un ojo. El 17 de mayo de 1976 –justamente el Día de la Armada– fue sacado de la Unidad Penitenciaria 1 de Córdoba junto con otros presos políticos y fusilado en aplicación de la *ley de fugas*. Luciano Benjamín Menéndez ha sido condenado por esa muerte.

Diversas fuerzas policiales y parapoliciales operantes durante la democracia isabelina eliminaron a Munárriz, Cédola y Noriega. Tras el golpe de 1976, la represión pareció ensañarse con los liceanos. En el transcurso de 1976 fue asesinado el radical Sergio Karakachoff (promoción VII, 1953-1957), y fue secuestrado Daniel Antokoletz (promoción IV, 1950-1954), ambos abogados defensores de presos políticos. Se trata de los liceanos de mayor edad que fueran blanco del genocidio.⁴ Luego fueron secuestrados Luis Lucero (promoción XXII) –hasta pocos días antes preceptor civil de la Escuela de Mecánica de la Armada, adonde fuera citado con el pretexto de corregir una liquidación de haberes–, Horacio Benavides y Daniel Mariani, ambos de la promoción XXI (1967-1971). Aún no conocemos exactamente las circunstancias del secuestro de este último. Casi al mismo tiempo de la muerte de Hernández en el penal de Córdoba, cayó defendiendo un departamento de la calle Sarmiento, justo detrás del Centro Cultural General San

3. Poco antes, a fines de junio, había estallado una bomba en el local del sindicato de la construcción (U.O.C.R.A.) donde funcionaba la C.G.T. La Plata y se la había atribuido a Montoneros.

4. A diferencia de quienes piensan que caracterizar lo sucedido en Argentina como genocidio lo despolitiza, coincidimos en líneas generales con lo sostenido por Daniel Feierstein en libros como *Cinco estudios sobre genocidio* (1997) y sobre todo *El genocidio como práctica social* (2007). Creemos que pensar de tal modo la experiencia argentina la politiza de manera novedosa y productiva. Si bien Feierstein sugiere que no es necesario previamente admitir que hubo una guerra civil en Argentina para pensar en un genocidio, deja abierta esa posibilidad. Por lo tanto no es incoherente con lo antes sostenido referimos, como hace en sus trabajos Inés Izaguirre, a un tipo de guerra civil o contrainsurgente de baja intensidad.



Martín, Roberto *Junior* Gamonet, de la promoción XXII. Su cuerpo fue llevado como un trofeo por el grupo de tareas interviniente.⁵ En similares circunstancias, pero en La Plata, encontró su fin Maximiliano Monges, de la promoción XIX (1965-1969): rodeado su departamento por fuerzas muy superiores en fecha que aún desconocemos, decidió no caer vivo. Sin armas de fuego o acabadas sus municiones, se clavó un cuchillo.

En mayo de 1977 cayeron dos oficiales Montoneros: Dardo Benavides –por su habilidad para *fabricar* documentos perfectos tuvo importantes responsabilidades en el área documentación y luego llegó a ser jefe de la columna La Plata, Berisso y Ensenada– y José María Donda, ambos de la promoción XXII. De ninguno de ellos se conocen con exactitud la fecha ni el sitio de su captura. Se cree que Benavides pudo haber sido secuestrado tanto en Vicente López como en Berazategui. De Donda, que no llegó a conocer a su hija Victoria –nacida en cautiverio, apropiada y luego recuperada– sólo se sabe que fue *chupado* en la zona oeste del conurbano. El mismo año fue secuestrado el oficial montonero Adrián Bogliano, de la promoción XVI (1962, pidió la baja en 1965 tras la jura de la bandera). Casi treinta años después sus restos fueron identificados por el Equipo Argentino de Antropología Forense y entregados a sus hijas Laura y Verónica.

Paralelamente, hacia fines de 1976 había comenzado la caída en cadena del Partido Comunista Marxista Leninista (PCML) incluidos cuatro liceanos militantes de esa organización de orígenes maoístas caracterizada por el secreto y la inexistencia de expresiones de superficie: primero cayeron Ricardo Moya y Gustavo Fraire, amigos y compañeros de la promoción XIX (1965-1969). A comienzos de 1978 cayó el cuñado de Moya, Rodolfo Crespo, de la promoción XXIII (1969-1973), y en abril Carlos Yunk, de la misma promoción. En mayo fue secuestrado en Montevideo Claudio Logares, de la XXII, doblemente perseguido ya que se encontraría en proceso de distanciamiento de Montoneros. Estaba junto a su esposa Mónica Grinspon –desaparecida– y su hija Paula, que tras años de vivir apropiada fue la primera nieta recuperada mediante pruebas genéticas. Al mes siguiente fue secuestrado en Mar del Plata Marcos Chueque, militante de Vanguardia Comunista (VC), de la promoción XX (1966-1970). El último liceano secuestrado –según el estado actual de nuestras indagaciones– fue Mario Eduardo Lerchundi, de la promoción XXI, el 31 de julio de 1978, cuando salía del cine *Ópera*. Aunque de aceptar el planteo de Claudia Hilb⁶ y considerar el copamiento del cuartel de Ejército de La Tablada como último acto de la guerrilla setentista, debemos hacer un salto de once años hacia adelante, corregirnos y finalizar la cuenta con el ex militante del Ejército Revolucionario del Pueblo Francisco *Pancho* Provenzano, de la promoción XIX. Provenzano, tras deponer las armas y entregarse junto con sus compañeros del Movimiento Todos por La Patria, apareció desfigurado entre los cadáveres, lo cual constituye una pista más que potente para considerar la aplicación de torturas y la ejecución sumaria al más puro estilo procesista.

También pasaron represores por el Liceo Naval. El más notorio de todos ellos tuvo una estadía breve en él. Desde el mismo reclutamiento no consiguió congeniar con el grueso de sus compañeros de la promoción XVIII. En 2do. año

5. El término *patota* nos incomoda. Connota cierta afinidad con la teoría de las *bandas fuera de control* y estamos convencidos de que lo que hubo fue un plan político-militar ejecutado de acuerdo al principio de la doctrina contrainsurgente francesa: centralización estratégica y comando único, y cuadrícula táctica del territorio.

6. *La Tablada: el último acto de la guerrilla setentista*, Claudia Hilb, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, U.B.A.





(1965) tuvo un traspie que seguramente marcó sus días como toda experiencia fuerte de juventud: ante una formación general del cuerpo de cadetes se procedió a degradarlo y dar lectura a la resolución del Consejo de Disciplina que ponía fin a sus días en el Liceo Naval. Se lo dio de baja por robar a un compañero. El botín había consistido en unos sellos postales de su colección. En la siguiente lancha estaba abandonando para siempre el Liceo, mas no la vida naval: pese a tan pésimo antecedente –quizás por la condición de oficial de la Armada de su padre– consiguió ingresar a la Escuela Naval y comenzar una carrera mucho más conocida que aquel pecado de juventud. Se trataba de Alfredo Astiz.

Arriba. Cadetes de 1er. año (chicos de 12 o 13 años) haciendo ejercicios de orden cerrado en la plaza de armas, a las órdenes de un oficial.

III

Egresar del Liceo Naval tras la debacle de Malvinas y la retirada de los militares del gobierno, fue un sacudón para nuestras subjetividades sólo comparable al que habrán experimentado quienes dejaron la isla para incorporarse a la agitación de la primavera camporista. Si bien habíamos vivido muchas cosas de la Armada que objetábamos, ir conociendo la gravedad de los hechos en los que estaba implicada fue una sorpresa que desacomodó todos los valores en los que creíamos haber sido formados. La hipocresía y la participación entusiasta en crímenes de lesa humanidad contaminaban todo. Saber que existían liceanos que estuvieron *del otro lado* nos hizo reconsiderar la propia experiencia. Por años, nos limitamos a preguntas aisladas y comentarios esporádicos. Pero el interés quedó latente. Hizo eclosión un año atrás. La tarea que emprendimos en un principio era similar a múltiples iniciativas de mediados de 1990, cuando de modo paralelo al surgimiento de H.I.J.O.S., en distintas localidades, centros de estudio y de trabajo se fueron haciendo relevamientos que en lugar de centrarse en el carácter de víctimas ponían el acento en la militancia. Intentábamos, de manera nada ambiciosa, la construcción de una lista completa de los caídos. La investigación comenzó con cuatro o cinco nombres. Los más conocidos, ya sea





por las apropiaciones de sus hijas (Donda y Logares), por la relevancia pública de su madre como fundadora de Madres de Plaza de Mayo (Antokoletz), o por las circunstancias de su caída (Noriega), a lo que se sumó la referencia tangencial en *La Voluntad*, de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, al paso liceano de Karakachoff. Cinco casos ya nos parecían mucho para el Liceo Naval.

A medida que fuimos avanzando, no sólo creció drásticamente la lista, sino que complejizamos el universo abordado y además cayeron algunas hipótesis de trabajo rayanas en el prejuicio. Por ejemplo, aquella según la cual los compañeros de estudios de los liceanos caídos serían refractarios a dar su testimonio. Nos sucedió todo lo contrario. Y aunque también recurrimos a fuentes escritas –publicaciones de la Armada, documentos de inteligencia, prensa de la época, publicaciones de las organizaciones armadas– las entrevistas revelaron una potencialidad inmensa para que se generasen cada vez más ramificaciones en el camino emprendido. Muy pocos de quienes nos brindaron su testimonio lo habían hecho con anterioridad, ya sea en instancias periodísticas, académicas o judiciales. Y los que sí habían testimoniado, lo habían hecho en juicios donde no se tuvo en cuenta la militancia de las personas acerca de quienes se inquiría ni se profundizó en su condición de liceanos.

Como consecuencia, diferimos con lo sostenido por Beatriz Sarlo en *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo* (2005). Creemos que no hay un exceso de testimonios que los convierta en modo de representación dominante que obture otros acercamientos posibles al tema. Lo que hay es una sobre representación de ciertos testimonios. Y en parte debido a la judicialización de la memoria en Argentina –y al intrincado derrotero judicial



que determinaron las leyes de impunidad y los indultos- una repetición de ciertas preguntas.

Fuimos incorporando a la investigación, abarcadora de la diversidad de militancias revolucionarias, otros tantos liceanos: los que sobrevivieron. Así incluimos en nuestras pesquisas la experiencia en las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL) de Carlos Malter Terrada, de la promoción XII (1958-1962). En otra columna de la misma organización revistó Jorge Bracco, de la promoción VIII (1954-1958). Roberto Kalauz, de la promoción XVI (1962-1966), militó en el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y tuvo un rol activo en la huelga de Villa Constitución, acerca de la cual escribió un libro: *Sentencia para un complot. 1975, Villa Constitución*. Hay también varios egresados de las promociones XIX y XXI que pasaron por la Federación Juvenil Comunista y un militante de la Juventud Universitaria Peronista de Capital, Enrique Corteletti, de la promoción XXII, que fue secuestrado en 1976. Permaneció unos días en la Escuela de Mecánica de la Armada, de donde pudo rescatarlo la intervención de un alto oficial de la Armada conocido por su padre, oficial de Gendarmería. En la ESMA lo torturaron con especial énfasis durante los interrogatorios en su carácter de oficial de la Reserva Naval y en la posible existencia de otros *liceanos subversivos*. Corteletti fue puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional y recuperó su libertad -bien que vigilada- el año posterior. Suerte similar a la corrida por Víctor Cédola, de la promoción XVI (1962-1966), liberado luego de estar ilegalmente detenido. Un caso especialísimo es el de Jorge Omar Giacobone, oficial montonero integrante de la golpeada promoción XXII. Hallándose en la clandestinidad, consiguió escapar varias veces. Pasó posteriormente a militar, durante la llamada contraofensiva, en la zona sur del conurbano. Como integrante de las Tropas Especiales de Agitación, que interferían emisiones radiales y televisivas con proclamas montoneras, formó parte de la organización hasta 1982 y luego se integró a Intransigencia y Movilización Peronista. La lista de quienes tuvieron una militancia de izquierda antes y durante la dictadura no se cierra aquí y totaliza -hasta el momento- dieciocho militantes liceanos sobrevivientes a la represión.

Hemos comprobado que quince tenían militancia en partidos marxistas. A esto se le suma la peculiaridad de que varios de los jóvenes de la promoción XXII que se sumaron a Montoneros no lo hicieron directamente sino a partir de la fusión de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, donde habían comenzado a militar, lo cual aumenta la influencia marxista de la militancia hasta cubrir a la mitad. Esto marca una fuerte impronta de abierto antiperonismo o al menos desconfianza hacia él que parece un sello dejado por la Armada en la militancia insurgente formada en las aulas del Liceo. La geografía de los secuestros y muertes de liceanos distingue particularmente a la ciudad de La Plata, seguida de la de Buenos Aires. Si bien no eran mayoría, una minoría consistente de liceanos residía en la capital de la provincia en razón de su proximidad con Río Santiago.

De los veintidós liceanos muertos o desaparecidos, cinco tenían padres, tíos o hermanos marinos (Noriega, Crespo -cuyo padre fue intendente de facto



de Ensenada durante la dictadura del general Onganía-, Yunk, Donda y Cédola). Otro de ellos era hijo de un profesor del Liceo (Jorge Bogliano), fallecido con anterioridad.

El trabajo emprendido se fue convirtiendo en una historia crítica de un colectivo insurgente: los militantes revolucionarios que pasaron por el Liceo Naval Almirante Brown. Crítica porque tenemos la intención de revisar categorías naturalizadas al abordar estos temas. Y también porque intentamos apartarnos de dos perspectivas opuestas y simétricas que nos parecen igualmente, aunque por diversas razones, improductivas. Por un lado la de los trabajos que, con distintos matices, asimilan la experiencia insurgente con el mero fanatismo, el impulso tanático, la locura, el mesianismo (Giussani, Lutzky, Hilb, Vezzetti, Novaro, Palermo y, en su libro *Política o violencia*, Pilar Calveiro). Por otro, aquellas aproximaciones que convierten a los militantes de la insurgencia setentista en héroes sin mácula cuyas prácticas y concepciones políticas están exentas de toda discusión. Fundamentalmente nos parece que el dato de que estuvieran dispuestos a dar sus vidas no debe dejar en sombras el dato, igualmente concreto, del ejercicio de la violencia que asumieron y de su disposición a quitarle la vida a quienes habían caracterizado como *el enemigo*.

Hablando en términos estrictos, sólo aquellos que comenzaron a militar mientras cursaban sus estudios en el Liceo, donde conformaron una célula clandestina, fueron un colectivo. Pero sostenemos un concepto ampliado, que incluye a militantes de distintas promociones y encuadrados en distintas organizaciones, ya que los une un cúmulo de experiencias comunes muy fuertes durante su paso de la niñez a la adolescencia y de ésta a la juventud, así como el haberse formado en ciertas prácticas cotidianas y valores que los marcaron y, creemos, distinguieron su opción militante, su forma de vivir la militancia y su caída.

IV

La promoción XXII es la que más caídos suma: siete -todos de Montoneros previo paso por FAR- sobre veintidós. Es la promoción que egresó en 1972 y salió del encierro en la isla de Río Santiago, donde tenía su sede el Liceo, con la vuelta de Perón y el advenimiento de Cámpora. Entre las promociones egresadas entre los años 1969 y 1973, hay dieciocho caídos: cuatro de la XIX (egresada en 1969), dos de la XX (1970), tres de la XXI (1971), siete de la XXII (1972) y dos de la XXIII (1973).

La XXII también es la promoción en cuyo seno se dieron ciertos episodios muy particulares durante su paso por el Liceo. Por un lado, el fenómeno extraordinario de albergar a una célula de las FAR a partir de 1971, mientras estaban en 4to. año. Roberto *Junior* Gamonet, que se había ido de baja el año anterior, organizó en La Plata el frente de los secundarios de las FAR: el Movimiento de Acción Secundaria (MAS). Entre los cinco fundadores, además de Gamonet, se contaban *El Pato* Noriega y Dardo *La Negra* Benavides, mientras ambos eran aún cadetes del Liceo. El fenómeno no pasó desapercibido para el Servicio de Informaciones Navales. La pau-





7. Es interesante destacar que la delación de un par era considerada como una falta cuyo altísimo nivel de gravedad excedía lo disciplinario, era una mancha ética para un cadete delatar a un compañero de promoción. Este mecanismo, opuesto al que tuvo la delación en el nazismo o en el Proceso (ver *El genocidio como práctica social*, de Daniel Feierstein, pág. 129 y siguientes), tenía como función reforzar los vínculos al interior de cada promoción. Lo cual por su parte acentuaba la estratificación entre promociones, con las *más antiguas* habilitadas para mandar y sancionar a las *más modernas*. Las sanciones colectivas ante una falta por la que nadie se hubiera presentado voluntariamente como responsable cumplían un doble rol: reforzar los vínculos intrapromoción y propender a que las promociones se autorregularan.

latina intervención de varios jóvenes de la promoción XXII en debates políticos –al calor de lo que venía ocurriendo del otro lado del Río Santiago– fue definiendo a dos grupos bien diferenciados alrededor de una mayoría que podía calificarse *de centro*: los que poseían ideas de cambio y veían en el peronismo el cauce para llevarlas a cabo, si bien desconfiaban o directamente abjuraban del viejo líder, y otro grupo que siendo antiperonista no alcanzaba a definirse ni a actuar políticamente, pero se caracterizaba por al menos uno de dos rasgos *sociales* más que directamente políticos: jugar al rugby en el Centro de Graduados del Liceo Naval y ser hijos o sobrinos de marinos.

Esta división se manifestó una madrugada de septiembre de 1972, con la promoción XXII en 5to. año y por lo tanto encargada de la conducción del cuerpo de cadetes (un rasgo de la vida interna que es *naturalizado* por quienes pasamos por el Liceo es la notable delegación del mando por parte de la oficialidad en jóvenes de 17 / 18 años: los cadetes de quinto año). Se trató de un hecho gravísimo no sólo para la disciplina militar, sino para las férreas normas no escritas que regulaban la vida hacia el interior de cada promoción: José María *El Cabo* Donda había sido feroz y arteramente golpeado mientras dormía tras ser tapada su cara con una frazada en una especie de parodia y adelanto de lo que sería la actuación de los grupos de tareas cuando aún estaban tibios los cadáveres de Trelew. A Donda le prestaron ayuda sus compañeros mientras otros comenzaron a indagar por los responsables. Se descubrió que cinco integrantes de la promoción XXII, de *los de rugby*, habían sido los agresores. Al toque de diana –06.00, cuando el cuerpo de cadetes iniciaba sus actividades siempre y cuando no hubiera un alistamiento y *manijazo* previos– se difundió la noticia. Donda, con el rostro notoriamente golpeado, siguió las reglas no escritas y pretendió evitar que la oficialidad se enterase de lo sucedido.⁷ Pero la mayoría de la promoción increpó a los agresores, que significativamente se refugiaron en el edificio de oficiales –*Versailles* en la jerga–, un espacio al que los cadetes no tenían acceso salvo cuando se les realizaba un consejo disciplinario en el que se dirimía su permanencia en el instituto o su baja.





La oficialidad interceptó el paso a la mayoría de 5to. año y le ordenó retomar sus actividades. Nadie obedeció, insultaron a la plana mayor y anunciaron que no irían a clases mientras no se aclarase el episodio y se sancionara a los responsables, lo que constituyó un caso flagrante de insubordinación, para el que se prevé como castigo la baja inmediata. Al perder la conducción concreta del establecimiento, los oficiales –sin ponerlos al tanto de las verdaderas causas– decidieron enviar de vuelta a sus casas a los profesores (cabe mencionar que éstos tenían un trayecto de un cuarto de hora en tren desde La Plata más otro tanto en lancha hasta la isla, donde las clases comenzaban a las 08.00). Inmediatamente se inició una investigación. Pero las preguntas de los oficiales no se orientaban a encontrar a los culpables –ya estaban identificados– sino a reca-

bar por las ideas políticas de los cadetes más radicalizados. Estas preguntas y la sospecha de que el Subdirector –capitán Stortini– había alentado la golpiza, llevaron a que la rebelión se intensificara. Ante su inutilidad, los interrogatorios se suspendieron y para descomprimir la situación y ganar tiempo, aprovechando que era viernes se mandó a todo el cuerpo de cadetes a sus casas, incluidos aquellos que debieran haber permanecido parte del fin de semana o el fin de semana completo en la isla por estar *encanados*. Más adelante, con el pretexto de que intentaron copiarse durante los últimos exámenes trimestrales del año, se terminó castigando al agredido Donda y a Jorge Jacobone –que sobreviviría como militante de la contraofensiva montonera–: al egreso no se les otorgó el grado de guardiamarinas de la Reserva Naval, sino el de suboficiales mayores.

V

Una pregunta que se nos impuso fue: ¿por qué hubo tantos liceanos que militaron en la izquierda insurgente? “La Armada es la fuerza más gorila y por eso nuestros hijos se están haciendo todos peronistas”, le espetó una vez el capitán Noriega a los asombrados comensales de un almuerzo en el edificio Libertad. Sin embargo, estamos convencidos de que si bien intervienen causas como la acción y reacción –muy mecanicista– y el filicidio simbólico –muy psicologista–, lo efectúan en concurrencia con otras. Entre ellas, no nos parece menor la incidencia del impulso patriótico y emancipatorio, con un desplazamiento de la patria a la que se juraba fidelidad cada mañana, cuando se forma-



ba para saludar al pabellón, hacia la patria socialista. Y, aunque se trate de un elemento soslayado casi unánimemente por los distintos abordajes históricos de la militancia, del deseo de aventura. Nos parece sumamente significativo que las razones que nos llevaron a nosotros mismos a elegir el Liceo Naval, en las que pesaron mucho más Salgari, Verne y Stevenson que el almirante Rojas, se repitieran en cantidad de liceanos de las más diversas edades más allá de cuáles fueran las razones de sus mayores para apoyarlos en esa decisión o para inducir-la. En el caso de los insurgentes, se pasó del deseo de la aventura más o menos romántica en el mar a la aventura de cambiar la sociedad. Una y otra opción comparten como horizonte la vida intensa y peligrosa.

En entrevistas realizadas durante la investigación, Carlos Malter Terrada, egresado de la promoción XII que formó parte de las FAL nos confió sus reflexiones al respecto. Para él hay un ambiguo valor que une a la ortodoxia más plena de la formación liceana con el imaginario de la insurgencia: el elitismo. Durante las mismas entrevistas, Malter Terrada pasó revista a una cantidad de pautas de vida del Liceo Naval que considera le facilitaron la supervivencia como militante: la práctica durante cinco años de diversas formas de clandestinidad (tan riguroso era el reglamento naval que la única forma de morigerar los castigos era *clandestinizarse*), el riguroso entrenamiento físico, la instrucción en tiro -Malter Terrada fue subcampeón de tiro con fusil en el torneo interno-, el cumplimiento estricto de horarios y medidas de seguridad, y -lo más importante de todo- lo que llamó “una ideología del esfuerzo”.

Si esto es así, ¿por qué hay entonces semejante cantidad de muertos en combate, fusilados y desaparecidos entre los liceanos que militaron? La hipótesis que mantenemos provisoriamente es que las fuerzas represivas se ensañaron especialmente con los egresados del Liceo Naval, a quienes los servicios de inteligencia del arma siempre mantuvieron en foco.

Hasta ahora sobran los episodios que lo corroboran: la mencionada insistencia en torno a los liceanos en los interrogatorios a los que se sometió a Enrique Corteletti; la lista de liceanos *subversivos* que un suboficial le *filtró* al capitán Noriega; el nivel de sadismo con el que se torturó a Eduardo *El Guacho* Hernández en Córdoba. A éstos debemos sumarle el testimonio de una detenida desaparecida sobreviviente del centro de detención El Banco. Activista gremial de las docentes privadas en la ciudad de La Plata, militaba en el Partido Comunista Marxista Leninista y respondió nuestras preguntas bajo la condición de mantener el anonimato. En ese centro de detención se convirtió en una práctica sistemática atar al liceano Ricardo Moya y golpearlo a trompadas entre varios represores a la vista de su mujer, Laura Crespo, hermana de otro liceano del PCML desaparecido: Rodolfo *Rofi* Crespo. “Moya se mantuvo todo el tiempo muy digno y trataba de consolar a su mujer y sus compañeros”, relató. A tales golpizas sólo les puso fin el *traslado*.

De lo que se trataba era de castigar con la máxima violencia a quienes eran considerados *traidores*. ■



MÁRTIRES Y SOBREVIVIENTES: FIGURAS DE LA VIOLENCIA POLÍTICA EN LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA

La autora analiza las diferentes miradas frente a la violencia durante la dictadura militar y se detiene en conceptos como la ética sacrificial, el martirio, la víctima “inocente”, la víctima “culpable” y el valor positivo de la muerte como “privilegio” particularmente entre los actores del catolicismo.

MARÍA SOLEDAD CATOGGIO*
(UBA/CONICET)

* A Julia va dedicado este artículo, por acompañarme con su calor de hija, en sus primeros meses de vida. Quiero agradecer también a Juan E. Bonnin cuya lectura y sugerencias han enriquecido mi perspectiva.

El relato bíblico de Judas Iscariote inaugura una tradición donde la figura del traidor deviene en un lugar común y recurrente para explicar los fracasos colectivos (cfr. Schmucler, 1996). La fuerza de esta figura para exorcizar las derrotas y salvaguardar la integración social ha opacado largamente otras figuras contemporáneas y de igual trascendencia que ofrecen otros caminos alternativos a la traición. En ese sentido, la figura del discípulo, Pedro, aquel que niega a Cristo tres veces antes de que cante el gallo, encarna la negación al martirio, pero no por ello se convierte en un traidor. En cambio, tras el relato de la muerte y resurrección de Cristo, dedica su vida a la propagación del mensaje, funda la Iglesia y pasa a la historia como el primer Papa. En este hiato, entre quien trai-



ciona para matar y quien se niega a morir, se encuentra la problemática que abordaremos en este artículo.

MIRADAS FRENTE A LA MUERTE VIOLENTA: ÉTICA SACRIFICIAL Y MARTIRIO

La apelación a la figura del mártir por quienes fueron víctimas de la represión estatal y/o por sus compañeros de militancia es una forma recurrente de dar sentido a las experiencias límite experimentadas en los preludios y durante la última dictadura militar.

Los testimonios dejados por las víctimas, por su parte, dan muestras claras de su autopercepción y de una construcción identitaria de abnegación en este mismo sentido:



“Para que comprenda que su hijo no eligió la muerte, sino que lo mataron porque eligió una forma de vida. Para que comprenda que en eso no estuvo ni estará solo, sino que muchos revolucionarios *lamentablemente daremos la vida para afirmar la vida*” (Testimonio de Leila Sade El Juri, militante del ERP citado en Longoni, 2007b: 174)

“Posiblemente ya sabía que alguna vez tendría que escribir esta carta, y ustedes que la recibirían. Bueno, Caito está muerto, no ha podido sustraerse a un destino que no le correspondía pero que *sabía que le podía tocar*. No ha podido vivir más pero nos ha dejado, acá, una lección de vida” (Carta de Enrique Sapag enviada a su familia el 3 de julio de 1977 para comunicar la muerte de su hermano Ricardo, militante de Montoneros, citado en Longoni, 2007b: 178)

En esa clave, estudios recientes en la Argentina han asociado fenómenos de este tipo a la conformación de una *ética sacrificial*. En general, son trabajos fundamentalmente abocados al culto al heroísmo, el sacrificio y la abnegación en las prácticas y escritos de militantes de organizaciones políticas que adoptaron la lucha armada en los años setenta (cfr. Ollier 1998, Carnovale, 2005; Longoni, 2007). La utilización del concepto se orienta fundamentalmente a comprender el sentido de las elecciones tomadas por parte de los sujetos que pasaron a integrar organizaciones armadas en los años 1960 y 1970. En términos de Longoni (2007a),

Se trata de una forma de entender la política que se instala en el registro de lo sacrificial: la pasión política parece incluir un sentido de la ética que no permite regresar tras los propios pasos ni resguardarse ni abandonar, sin ser considerado un traidor (2007:15).

A la izquierda, Uberfil Monzón, sacerdote secuestrado y torturado (Gentileza del diario La República, de Montevideo.



Así enunciado, el concepto de *ética sacrificial* permitió comprender las representaciones surgidas en torno a la lucha armada y la militancia política y el sentido imputado por los propios actores a las consecuencias últimas de la adopción de esta opción política.¹ A su vez, distintos analistas del fenómeno tienden a filiar este *mandato sacrificial* con una matriz religiosa a partir de la postulación de una homología existente entre la “secta política” y la “secta religiosa” (cfr. Tarcus, 1998/99; Longoni, 2007b).²

Sin embargo, el concepto de “ética sacrificial” presenta ciertos límites a la hora de comprender otras formas de militancia político-religiosa experimentadas en los años sesenta y setenta. Concretamente, estas limitaciones emergen a la hora de comprender el sentido de la acción puesto en juego por sacerdotes, religiosos/as, seminaristas –e incluso obispos– del catolicismo víctimas de la represión estatal, colectivo que ha sido el foco privilegiado de nuestras investigaciones (cfr. Catoggio, 2010). La importancia de este grupo para el período deriva, no tanto del número (cuantitativamente poco significativo entre el conjunto de víctimas del terrorismo de Estado), sino de una cualidad que se pone de manifiesto: concretamente los roles y las funciones desempeñadas por estos actores en los años sesenta y setenta como referentes sociales e identitarios de un espectro más amplio de actores, muchos de ellos jóvenes militantes de organizaciones armadas, no por ello identificados con el catolicismo (cfr. Donatello, 2000).

1. Esta clave de sentido para comprender el fenómeno de la lucha armada también está presente en análisis dedicados a otros casos de la región. Cfr. Ruiz, 2010.

2. En este sentido, las afinidades entre la ética católica y las disposiciones para la lucha armada han sido extensamente trabajadas en grupos como Montoneros (cfr. Gillespie, 1987; Donatello, 2010) y Cristianismo y Revolución (cfr. Morello, 2003; Campos, 2010). Han sido también trabajadas, aunque en menor medida, las relaciones entre el catolicismo y las organizaciones de izquierda no peronista. En esta dirección, son un aporte las reconstrucciones en torno a la apropiación “perretista” de la “imagería católica”. Cfr. Carnovale, 2005.

En este marco, la dependencia –epistemológicamente necesaria– entre el concepto teórico (ética sacrificial) y el contexto empírico que le dio origen (la lucha armada), hace que no sea pertinente transferirlo sin más a nuestro campo de estudio. Por una parte, porque ni todos ni la mayoría de los actores estudiados se encontraban vinculados con tanta cercanía con las organizaciones armadas. Por otro lado, porque el modo de conceptualizar su propia acción social y/o política a partir de la figura del “mártir” tiene otro significado.

De manera predominante, los agentes del catolicismo construyen un horizonte utópico donde el martirio se contempla como una posibilidad cierta, como consecuencia no buscada –pero previsible y no resistida– de la acción. Este horizonte se convierte en una dimensión central de la construcción identitaria que hace propia una exaltación –que hemos llamado “ascético-altruista”– desplegada por los mismos actores que, más tarde, experimentarían la represión estatal.

Este imaginario local se construye en articulación con un contexto regional más amplio: en América latina, las víctimas de la represión estatal, bajo dictaduras o democracias, inauguran un nuevo modelo ejemplar. Los casos conocidos, como el del sacerdote colombiano Camilo Torres, unido al Ejército de Liberación Nacional y muerto en combate (1966), el del sacerdote Enrique Pereira Neto, estrecho colaborador de Hélder Cámara, asesinado (1969) durante el régimen militar en Brasil, el del sacerdote uruguayo Uberfil Monzón, residente en Paraguay, secuestrado, torturado y deportado durante la dictadura de Stroessner (1971), el del “cura obrero” Juan Alsina (1973), víctima de la dictadura de Pinochet en Chile, el del sacerdote argentino Carlos Mugica, asesinado por la Triple A (1974) entre otros, se convierten en íconos





CAMILO TORRES

Obras del cura revolucionario

Ediciones
**Cristianismo
y Revolución**

de época reivindicados como mártires religiosos por razones políticas, víctimas sacrificadas por regímenes injustos.

FIGURAS ENTRE LA REVOLUCIÓN Y LA REPRESIÓN: EL HÉROE, EL MÁRTIR Y LA VÍCTIMA

Durante los años sesenta y setenta la euforia triunfalista de la Revolución Cubana en la región dio lugar a la convergencia de las figuras del héroe y el mártir, la cual funcionó como horizonte de sentido para diversos actores tanto del mundo político como del religioso. En este marco, encontramos a sacerdotes como Hernán Benítez invistiendo mártires políticos como “el Che” Guevara, a la vez que a militantes políticos invocando la figura del sacerdote colombiano Camilo Torres como ícono de la revolución. En ese marco, la figura del “mártir” ocupa el centro de dos procesos simultáneos y complementarios. Por una parte, permite “secularizar” figuras ejemplares de origen religioso a partir del énfasis puesto en la dimensión *política* de su acción. Por otra parte, integra en un imaginario religioso (católico) a individuos que provienen de otros campos de actividad.

El contexto represivo, instalado con fuerza desde mediados de los años setenta, pone en jaque el imaginario triunfalista de la revolución y redefine las relaciones de asociación entre las figuras del héroe y el mártir. En efecto, mientras que la figura del héroe, definida por su anclaje bélico, es indiscutiblemente asociada a la lucha armada; la ambivalencia de la idea-fuerza del mártir, una categoría religiosa que adquiere sentido en el mundo político, se convierte en un lugar de disputa para definir tanto la “inocencia” como la “culpabilidad” de las víctimas.





A juzgar por las fuentes, algunas organizaciones de derechos humanos, como Amnesty International, no intervenían en todos los casos de violaciones de los derechos humanos sino sólo en aquellos en los cuales los afectados eran considerados “inocentes”. ¿Qué significa, en este caso, “inocente” o “culpable”? Participar o no de la lucha armada.

En esta disputa por el sentido, tempranamente encontramos actores de la sociedad civil que se apropian de la figura religiosa del “mártir” para reforzar la condición de “inocencia” en el terreno político:

“mi amiga (nueva) con la que trabajo está en contacto con la sede de la Amnesty Internacional. Según ella, yo no puedo creerlo, la Amnesty metió violín en bolsa, porque considera que lo que ocurre en la Argentina es una “lógica” consecuencia y muy justificable. Y que sólo la Amnesty ayuda a los presos políticos “mártires”. Los que no tienen ninguna culpa -cuando en la Argentina TODOS tienen culpa (???)” (Carta enviada a Emilio Mignone, fechada el 03/04/1978, disponible en Archivo de Correspondencia Emilio Mignone-CELS)

Esta apropiación e imputación de sentido a la figura del “mártir” convive con otras significaciones en disputa sostenidas por diversos actores sociales, políticos y religiosos. Así como en el caso de la opinión referida por la anónima corresponsal de E. Mignone el mártir es aquel que sufre violaciones a los derechos humanos sin merecerlo -es decir, la “víctima inocente”, el sujeto que no tiene participación en la lucha armada-, en otros casos, el “verdadero mártir” es aquel que muere -que, incluso, va al encuentro con la muerte, aún sin buscarla, pero previéndola- realizando la voluntad divina e, incluso, en algunos casos, por medios violentos.

EL MARTIRIO, UN “SALTO” HACIA DELANTE

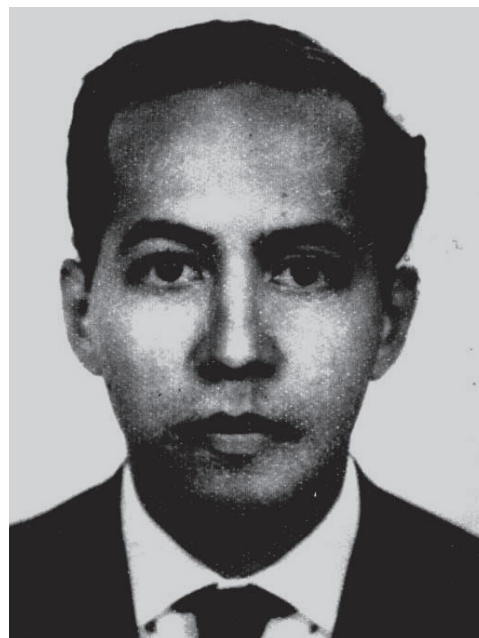
Inocentes o culpables, la figura del mártir hará posible realzar la condición de víctima. Y, aún más, remontándose a una larga tradición del cristianismo, esta figura permitirá reelaborar esta condición de víctima como una forma de heroísmo. Talal Asad ha hecho notar esta condición en su trabajo sobre la agencia y el sufrimiento.³ Allí señala que desde los tiempos de los primeros mártires cristianos la imagen modélica del Cristo crucificado impulsa una forma de agencia y empoderamiento: el modelo a imitar, devenido en mandato para los mártires, es la muerte aceptada de Cristo como símbolo de la victoria sobre el poder imperial (Asad, 2003: 85-86).

3. Hablamos de “agencia” cuando nos referimos a la capacidad y la destreza que despliegan los actores cuando producen acciones con significado (cfr. Giddens, 1967).

Esta doble potencialidad del modelo del mártir, que da lugar a la batalla por el sentido para dirimir la “culpabilidad” o la “inocencia” de las víctimas y, a la vez, hace posible concebir una forma heroica de la víctima, por fuera de los tópicos de la guerra típicos del modelo tradicional del héroe moderno, permite codificar otras formas de militancia político-religiosa de la época. La



adopción de un sentido *político* de la acción entre sacerdotes, religiosos/as, seminaristas –e incluso obispos– del catolicismo admitió un vasto repertorio de opciones prácticas. Los caminos a seguir cubrieron un amplio arco de posibilidades, uno de cuyos extremos era cierto tipo de *destinatario* (los jóvenes, los indígenas, los obreros, los trabajadores rurales, entre otros) y el otro era un tipo de *lugar social* (el barrio marginal, la villa, la comunidad, la fábrica, la cooperativa rural). En el límite, algunos pocos consideraron que la “liberación de los pobres” exigía el camino de la lucha armada. En la mayoría de los casos esto no significó resignar su condición religiosa sino profundizarla. En este esquema, el martirio –como consecuencia posible, pero no buscada de la acción– es vivido como un “salto” hacia delante, un “privilegio” que cobra sentido, justamente porque se resignaron las condiciones en las cuales era posible y legítimo “regresar sobre los propios pasos”.



Sacerdote Pereyra Nieto

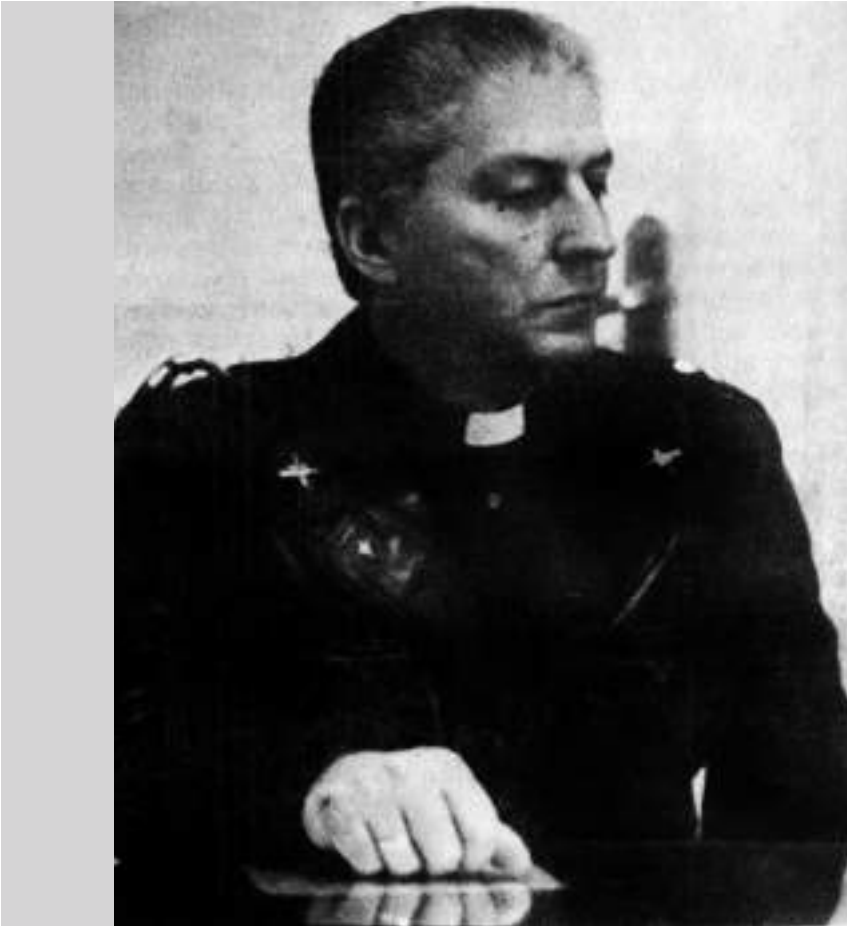
El discurso público del sacerdote Carlos Mugica, asesinado el 11 de mayo de 1974 por el accionar represivo, se convirtió en un emblema compartido por muchos de los actores de la época. El 2 de julio de de 1971 como respuesta al estallido de una bomba colocada en el domicilio del sacerdote, Mugica expresó en un reportaje una frase que más tarde pasó a la historia:

“Nada ni nadie me impedirá servir a Jesucristo y a su Iglesia, luchando junto a los pobres por su Liberación. Si el Señor me concede *el privilegio*, que no merezco, de perder la vida en esta empresa, estoy a su disposición” (El énfasis es nuestro).

En esta construcción utópica, el martirio, antes que como una derrota, es vivido como un triunfo: es el privilegio de unos pocos “elegidos” a los ojos de Dios y “reconocidos” entre los hombres.

Este tipo de elaboraciones –que hemos llamado ascético-altruistas– reúne tanto a las víctimas como a los sobrevivientes de aquella experiencia. Estos últimos acuden a estos mismos significados a la hora de hacer memoria de aquella experiencia:

“Jon Sobrino dice que están los mártires que están en la cruz de Jesús, como el padre obispo Angelelli, de La Rioja, como el padre obispo de San Nicolás, Ponce de León, como murieron los padres palotinos. Hablando de los curas villeros, como tal podemos recordar a ‘Carlitos Bustos’, padre capuchino, podemos recordar al padre Pablo Gazarri, de los cuales nunca se supo más nada...A otros dos compañeros míos, Jesuitas,...el padre Orlando Yorio y Francisco Jalics que estuvieron desaparecidos meses
Creo que no vamos a tener *el privilegio* de morir, como lo tuvo Carlos



Sacerdote Jorge Adur.
(Gentileza de Roberto
Baschetti)

sobrevivimos afuera lo vivimos como (...) era un tema constante del que nunca te apartabas y *te dominaba la vida en muchas cosas*, tanto que creo que la mayoría, creo que en algún momento mencioné, *yo iba a París, pero nunca hacía turismo*, uno sentía como un peso esto” (Entrevista con ex sacerdote de la congregación de los Hermanitos del Evangelio, 2008-2009. El énfasis es nuestro)

Esta expresión “hacer turismo” muestra cómo los propios actores establecían un tipo de víctima legítima: aquella que se quedaba y era objeto de la represión. Las otras víctimas, exiliadas, como en este caso, son vistas como de segundo orden. Esta condición, no obstante, no las coloca bajo la figura del traidor.

EL NEGATIVO DEL “MÁRTIR”, EL DEVOTUS SUPERVIVIENTE

La figura del traidor en los relatos de los militantes de organizaciones armadas se ha convertido en un lugar obligado para la comprensión de la *zona gris* que configuró la trama de la última dictadura militar argentina. Los diversos análisis han hecho hincapié especialmente en el modo en que la traición es invocada en los relatos de los militantes como forma de conjurar la derrota,

[Mugica], de morir violentamente” (Discurso del sacerdote José Meisegeier, 11 de mayo de 2006, homenaje aniversario asesinato Carlos Mugica. El énfasis es nuestro)

Aquí la muerte violenta es vista como un valor positivo que condensa la figura del mártir y, en consecuencia, va en desmedro del sobreviviente. La recurrencia del tópico de *la muerte como privilegio* demarca un horizonte utópico común a víctimas y sobrevivientes de aquella experiencia. A su vez, estos discursos tuvieron un correlato práctico: para algunos sobrevivientes el “deber de memoria” y el reclamo por la justicia era incompatible con lo que ellos llamaban “hacer turismo” durante el exilio en Europa.

“(…) todos los exiliados, todos los que fuimos o





dejando incólume el papel de las víctimas y condenando a la sospecha a los sobrevivientes de la represión (cfr. Calveiro, 1998; Longoni, 2007).

Desde este enfoque, el traidor se construye como el negativo del héroe, que es aquel capaz de encarnar el mandato sacrificial y llevar hasta las últimas consecuencias la pasión política.

Ahora bien, no todos los grupos que encarnaron la pasión política en aquellos años codificaron de igual manera a los sobrevivientes de la experiencia trágica. Como argumentamos más arriba la figura del mártir, a veces solapada con la del héroe, pero en sí misma lugar simbólico para otros significados y disputas por el sentido, no siempre -y casi nunca- tuvo como su reverso la traición. Entre los sacerdotes, religiosos/as, seminaristas -e incluso obispos- víctimas y sobrevivientes de la represión estatal, el negativo del mártir se ajusta más a otra figura romana antigua, la del *devotus superviviente*. Esta última condensa la condición ambigua de aquel que ha cumplido con el rito obligado previo a ir al campo de batalla, se ha consagrado a los dioses y no ha muerto en combate. Queda, por ello, preso de una doble exclusión: excluido del mundo profano, porque se ha consagrado; y, a la vez, impedido del mundo sagrado, porque no ha sellado el rito con su muerte (Agamben, 1998: 127).

La confluencia en torno a una misma matriz ascético-altruista -que hizo posible codificar la resignación de la vida como un privilegio- dio pie a una serie de construcciones negativas de la identidad definidas por aquellos que sobrevivieron a los acontecimientos represivos:

“Ofrezco mi vida, con mi gente, todo (...) Me di cuenta que con toda la masacre, siempre hay sobrevivientes ¿y por qué hay sobrevivientes? Y porque tal vez no se merecía dar la vida” (Declaración de Yvonne Perron, religiosa francesa detenida, liberada y, luego, exiliada durante la última dictadura, disponible en Especial de Clarín digital, *El ángel de la guarda*, 18/02/2008).

La desaparición de Alice Domon y Leoní Duquet en diciembre de 1977, en el marco de su trabajo de acompañamiento a los familiares en la iglesia Santa Cruz y en el MEDH, desencadenó el exilio de la religiosa Yvonne Pierron, perteneciente a la misma congregación. En este escenario, el exilio es vivido como un destino asumido a pesar suyo:

“Yo no me quería ir -dice- porque es más doloroso dejar a la gente que morir”. Al final aceptó la partida con el compromiso de colaborar con la denuncia internacional de los crímenes de la dictadura (Pierron, 2009)

Este modo de procesar la sobrevida se convierte en un lugar común para los sobrevivientes de este grupo. Se es un *testigo* antes que un *salvado*. Y, bajo esa condición, tiene lugar la reconversión de la propia trayectoria, regida de ahora en más por el “deber de memoria”. Desde el exilio, Pierron fue cofundadora





Carlos Di Pietro

del Comité de Apoyo para las Familias Argentinas -COSOFOM, en Francia. Más tarde, invitada por un viejo militante de las Ligas Agrarias de las cuales había sido protagonista activa, la religiosa se incorporó como colaboradora del Ministerio de Reforma Agraria en Nicaragua hasta 1984, cuando concretó su regreso a la Argentina. Instalada en el país, comenzó a trabajar en el Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ), dando conferencias centradas en su testimonio como religiosa durante la última dictadura militar. Desde 1989 trabaja en un proyecto de creación de un Instituto Secundario para asistir a los campesinos en el pueblo de Illia, provincia de Misiones. En 2005 concretó el proyecto con la inauguración del “Complejo Educativo Yvonne Pierron”. Finalmente, en 2009, Pierron publicó sus memorias en el libro *Yvonne Pierron. Misionera durante la dictadura*, (Planeta, Buenos Aires, 2009).

Esta misma ascesis-altruista es la que impulsaría, en el pasado, a Jorge Adur, sacerdote asuncionista que, tras eludir con éxito la represión estatal y exiliarse en Francia, decidió ser investido como capellán de Montoneros e integrarse a la campaña contraofensiva lanzada por la conducción de la organización armada desde el exilio en 1979. En ese marco, Adur fue secuestrado en Brasil, víctima de la coordinación supranacional de la represión que articuló el Plan Cóndor. Según testimonios orales, en gran medida Adur volvía para reparar el sentimiento de traición hacia sus colegas, los religiosos Carlos Di Pietro y Raúl Rodríguez, desaparecidos -a sus ojos, por la desgracia del azar- en el marco de un operativo represivo dirigido a su captura.

“el caso Jorge Adur, un cura muy amigo. Jorge tuvo que irse de la Argentina porque le secuestran dos seminaristas. Lo estaban buscando a él, él no estaba, entonces quedan desaparecidos. Jorge lo vive en Francia como una gran deuda personal, él se había ido...y los otros...Entonces, él a pesar de tener una visión muy crítica hacia Montoneros, después uno o dos años, se vuelve a Montoneros siendo capellán, se pone el uniforme del ejército de Montoneros (...) y así es secuestrado. Yo creo que...no quiero desmerecer, pero creo que influyó mucho en Jorge este convivir con lo que él sentía una culpabilidad mal entendida, de huir, estar afuera” (Entrevista a ex sacerdote de la congregación de los Hermanitos del Evangelio, 2008-2009)

Efectos de sentido semejantes se reproducen en el presente. En 2007, el sacerdote Arturo Paoli, responsable en la Argentina de la congregación Hermanitos del Evangelio durante los años sesenta y setenta, expresa refiriéndose a quien fuera su discípulo, el sacerdote desaparecido Mauricio Silva:

“Pienso mucho en él, particularmente porque durante mucho tiempo yo he sufrido el haberme salvado. Si no me hubieran hecho subir a un avión personas desconocidas, que después supe -fue-ron mandados por la Nunciatura Apostólica, casi como un secuestro de persona- habría llevado por el resto de mi vida el *remordimiento de no haberme*



Sacerdote José
Meisegeier.

quedado para sufrir la muerte de mis hermanos (...) Yo cultivo el recuerdo y lo hago presente en mi oración pidiendo que el sacrificio de todos ellos de frutos de paz para todo el pueblo argentino, con el cual estaré siempre unido en mi corazón” (Fragmento de “Semblanza de Mauricio Silva”, por el sacerdote Arturo Paoli, 22/06/2007 citado en Vázquez, 2007:19. El énfasis es nuestro)

A tal punto hay una construcción identitaria negativa que Paoli justifica su condición de sobreviviente, como una condición ganada casi a la fuerza. Sin embargo, en el mismo movimiento participa de esa ascesis altruista, que excede el círculo restringido a las víctimas. Lo que prima, tanto para el mártir como para el *devotus*, es “el mensaje”: se da la vida por su causa o bien se justifica la sobrevida para su propagación.

Ahora bien, ¿por qué no encuentra sentido la figura del traidor entre estos actores del catolicismo víctimas de la represión estatal?

Es difícil –y quizás inapropiado– arriesgar una respuesta que dé por clausurada la reflexión en torno a este interrogante. En virtud de las diferencias que hemos señalado entre el mártir y el héroe, es posible también diferenciar sus reversos. La figura del traidor queda presa de la lógica binaria del paradigma militar que impregnó la lucha armada: “vencer o morir”. En este esquema, una tercera alternativa, como “vivir sin vencer” se convierte en una opción ilegítima. No vencer, ni morir, dejaba como única alternativa la sospecha de traición. En cambio, para otras formas de militancia, como la que encarnaron nuestros actores, “dar la vida” formaba parte de un amplio abanico de metáforas, donde en el extremo, la propia muerte era solo una posibilidad más. Para el *devotus*, consagrar su vida a un deber de memoria es, también, darla. ■



BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Agamben, Giorgio (1998) *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Tomo I, Pre-Textos, Valencia.
- Asad, Talal (2003) *Formations of the Secular: Christianity, Islam, Modernity*. Stanford University Press, Stanford.
- Calveiro, Pilar (1998), *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*, Colihue, Buenos Aires.
- Campos, Esteban (2010) "Salidos del ghetto. Del diálogo entre cristianos y marxistas al Comando Camilo Torres (1965-1967)", *Política y Violencia. Anuario Lucha Armada en la Argentina*, Ejercitar la memoria, Buenos Aires.
- Carnevale, Vera (2005) "Jugarse al Cristo; mandatos y construcción identitaria en el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP)", *Entrepasados*, XIV (28).
- Catoggio, María Soledad (2010) *Contestatarios, Mártires y Herederos. Sociabilidades político-religiosas y ascesis altruista del catolicismo argentino en la dictadura y la pos-dictadura*, Tesis Doctoral de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires
- Donatello, Luis Miguel (2000), "El lugar de los curas en la constitución política de los montoneros, 1966-1973", X Jornadas de la *Asociación de Cientistas Sociales de la Religión del Mercosur*, Buenos Aires
- Donatello, Luis Miguel (2010) *Los católicos y la lucha armada. Montoneros, 1966-1976*, Manantial, Buenos Aires.
- Giddens, Anthony (1967) *Las nuevas reglas del método sociológico*, Amorrortu, Buenos Aires, 1993.
- Gillespie, Richard (1987) *Montoneros. Soldados de Perón*, Grijalbo, Buenos Aires.
- Longoni, A. (2007 a) "El mandato sacrificial", ponencia en *Actas de las III Jornada Académica. Partidos armados en la Argentina de los setenta*, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, 24 al 27 de abril.
- Longoni, A. (2007 b) *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, Norma, Buenos Aires.
- Morello, Gustavo (2003) 'Cristianismo y Revolución'. *Los orígenes intelectuales de la guerrilla en la Argentina*, Universidad Católica de Córdoba, Córdoba.
- Ollier, María Matilde (1998) *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria, 1966-1976*, Ariel, Buenos Aires.
- Pierron, Ivonne (2009) *Misionera bajo la dictadura*, Planeta, Buenos Aires.
- Ruiz, María Olga (2010) "Recordar la traición. Mandatos militantes, subjetividad revolucionaria y quiebres en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Chile", *Política y Violencia. Anuario Lucha Armada en la Argentina*, Ejercitar la memoria, Buenos Aires.
- Schmucler, Héctor (1996), "Los relatos de la traición", *La voz del interior*, Córdoba, 24 de octubre de 1996.
- Tarcus, Horacio (1998-1999) "La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad", *El Rodaballo*, 9.
- Vázquez, Alicia (2007) *Gritar el evangelio con la vida. Mauricio Silva: el barrendero*, Dirección de Cultos del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires.

La Piedra Habla

En *Memorias de la Piedra* – Ensayos en torno a lugares de detención y masacre, Béatrice Fleury y Jacques Walter logran reunir una serie de testimonios y reflexiones en torno a sitios emblemáticos (de Auschwitz a un monumento conmemorativo a las víctimas de genocidios en Montreal, de un museo en Vilna a una estela en Argel, entre otros), cruzados por enfoques multidisciplinares –sociológicos, comunicacionales, arquitectónicos, etc.– que obligan a revisar el concepto de memoria desde un ángulo completamente diferente a cómo se ha trabajado hasta el momento.

Tal como afirma Claudia Feld en el prólogo, “entre los múltiples canales que sirven para transmitir la memoria, los lugares y las marcas territoriales cumplen un rol fundamental. No sólo tienen la función de evocar pasados y anudar sentidos, sino también de representar historias y activar luchas memoriales y políticas. Entre lo inconstante y lo durable, entre lo cotidiano y lo sagrado, los lugares en donde han ocurrido hechos de violencia extrema nos interpelan desde una materialidad que parece desafiar la voluntad represiva de borrar las huellas y de hacer desaparecer los cuerpos de miles de personas.”

Cuando a la memoria se le adjudica el silencio (aún a fuerza de repetir su nombre hasta desdibujarle el sentido), la Piedra habla.



Ejercitar la memoria editores

ENTREVISTA

DANIEL PEREYRA

Daniel, “el Che” Pereyra, dirigente trotskista, atesora una vida que atraviesa la historia argentina. Obrero metalúrgico, combatiente en Perú junto a Hugo Blanco, preso durante más de cinco años, disidente del PRT de Santucho, fundador del Grupo Obrero Revolucionario, vive en Madrid y allí fue entrevistado por Sergio Bufano.



Comencemos por tu historia personal. Cuándo y dónde naciste, quiénes eran tus padres....

Nací en 1927, en el barrio porteño de Almagro. Mi padre, Daniel; mi madre, Concepción. Él era chofer de una empresa de Buenos Aires, hasta que lo echaron, en plena crisis, en los primeros años de la década del treinta. Mi madre era lavandera y se convirtió en el único ingreso familiar. Lavaba para afuera. Así murió...todavía muy joven.

No recuerdo porqué nos fuimos a El palomar y los primeros años de mi vida los pasé allí. De todos modos a los seis años ya habíamos vuelto a la casa donde había nacido y en ese barrio hice toda la escuela primaria. Cuando terminé séptimo grado mi madre ya estaba enferma, alcancé a hacer el primer año del secundario pero ella murió y tuve que dejar los estudios y me fui a trabajar a una imprenta. Allí

comencé de aprendiz, aprendía lo que veía, me enseñaban a doblar el papel, mover paquetes, entregar pedidos por el barrio. Esas cosas. No pude terminar el colegio secundario.

¿Cómo comienza tu acercamiento a la política?

Ni mis padres ni mis abuelos eran personas interesadas por la política. Mis abuelos eran dos gallegos que vivían en casa, y tampoco tenían que ver con ella. Pero en el barrio éramos un grupito de chicos de edades similares, doce, quince años, y nos acercamos e interesamos por la política a través de una maestra. Esta maestra había creado una especie de asociación barrial que funcionaba en su casa, donde se hablaba de una amplia gama de temas culturales que a nosotros, muchachos curiosos, nos interesaba. Al cabo de un tiempo



apareció Hugo Miguel Bressano, con otro nombre, claro, Nahuel Moreno. Ese fue nuestro primer contacto directo con la política y, aunque éramos muy chicos, desde el barrio nos contactamos con el movimiento de solidaridad con la revolución española y los comités por la victoria. Siempre cuento una anécdota, que hoy suena muy graciosa: salíamos por el barrio a juntar las marquillas usadas de los cigarrillos para extraer el papel de aluminio. Con ese material se hacían unas pelotas y se mandaban a España.

¿Cómo llega Bressano allí? ¿La maestra tenía alguna participación en la actividad política?

Bressano era conocido de esta maestra o conocido de alguien que la conocía a ella, en realidad no lo sé...La maestra, en realidad, era más

bien de derechas. Su interés era cultural y en esa línea creó esa asociación, que no recuerdo cómo se llamaba, pero que efectivamente era una asociación cultural de verdad. Todo esto estaba muy ligado al Teatro del Pueblo, a Leonidas Barletta. Sin embargo, vale recordar que en el Teatro del Pueblo había muchas personas que no eran del Partido Comunista, entre ellas esta maestra, y desde allí impulsaban actividades culturales interesantes y de mucha vinculación con lo comunitario.

Si la maestra tenía algún interés político nunca lo supe. Una vez llevó a un exiliado boliviano, y a pesar de que se le había prevenido que allí no había nada de política, cuando comenzó a hablar dijo ¡camaradas!, y ahí se armó una trifulca. Moreno estaba allí y casi se cae.





En ese entonces tenías catorce o quince años. ¿Desde esa época quedaste vinculado con Nahuel Moreno?

Sí, y Moreno ya estaba vinculado al PORS (Partido Obrero de la Revolución Socialista), que fue el primer intento de organización trotskista que hubo en la Argentina y que duró poco. Ahí estaba también Liborio Justo, que como se sabe era hijo del presidente de la República. Moreno llegó, estuvo unos pocos meses en el PORS, y creo que lo expulsaron como a todo el mundo. Desde ese momento Moreno comenzó a estar orgánicamente ligado al trotskismo tanto por el PORS como por la LOR (Liga Obrera Revolucionaria). Liborio Justo dijo que Moreno fue expulsado por una chiquilina aunque cuando le preguntaron cuál fue esa chiquilina dijo no recordarla. No obstante, Liborio siempre sostuvo que había seguido teniendo buenas relaciones con Moreno. Son esas historias que nunca se aclararon muy bien.

¿Mientras tanto seguías trabajando en la imprenta?

En la imprenta estuve unos meses. Después, la organización en donde estaba comenzó a plantear que teníamos que trabajar en empresas más importantes que permitieran la actividad sindical y política. Entonces me pasé a una papelería grande, que quedaba en Once. Era una empresa que ocupaba varios pisos, trabajaríamos doscientas personas.

Allí trabajé de operario en las máquinas. Se manufacturaba papel, bolsas de papel para guardar garbanzos, azúcar, papel higiénico. Allí trabajé dos o tres años.

¿Hiciste ahí algún trabajo político?

Sí. Un trabajo político muy curioso. Allí me encontré por primera vez con dos anarquistas. Anarquistas naturistas. Eran muy raros, comían nueces, higos... En el almuerzo todos sacaban sus sándwiches de mortadela y ellos sacaban bolsas con estas cosas. Se reunían con un grupo de anarquistas naturistas en un sitio cerca de la plaza de Vicente López, que creo que se llamaba "El caño". Y ahí se hablaba de todo, de política, de lo que fuera. No era un grupo político organiza-

do, era un grupo político anarquista. Y a ellos les pasábamos nuestras publicaciones, nuestros volantes. Era todo muy complicado, muy difícil. Con el resto del personal no había relación. Mi trabajo en esa fábrica duró hasta que tuve que ir al servicio militar en Campo de Mayo.

Ustedes repartían volantes y publicaciones. ¿Quién los firmaba?

No recuerdo que le pusieramos nombre. Creo que fue en 1943 cuando empezamos a firmar. Podríamos decir que éramos visitantes de la casa de Liborio. Fue ahí donde se comenzó a discutir si había que ponerse un nombre. Éramos un grupito sin nombre que estaba en asociación con Moreno, y él nos sugirió que hiciéramos cursos de formación política. Cosa que hicimos. Al poco tiempo nos transformamos en un grupo independiente de la asociación de la maestra. Y ocurrió que comenzamos a tener actividad política... Hay libros que cuentan todo esto, como *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*. Es una historia oficial, prácticamente, entre el morenismo y el posadismo. Empezamos a funcionar como grupo; todos, excepto Moreno, éramos de Villa Crespo y amigos entre sí. Produjimos algún documento político con Moreno, que era el que más sabía de trotskismo. Por esa época también conocimos a Mateo Fossa, un legendario anarquista, fundador del Partido Comunista Argentino, secretario general del gremio de la madera que finalmente se integró al trotskismo. Con ese grupito fuimos algunas veces a la casa de Liborio que nos impresionó terriblemente, por sus conocimientos.

Fossa había estado con Trotski en México. Le hizo una entrevista que se publicó en Argentina en un folleto. A partir de ese encuentro él se declaró trotskista. Después estuvo militando un tiempo con Liborio, igual que nosotros. Pero nosotros no éramos nadie, apenas unos chiquilines que nos sentíamos honrados de que nos diera la mano. Yo no me acuerdo de la edad que tendría Mateo Fossa en esa época, por lo menos unos cincuenta años.

¿Cuáles fueron tus primeras lecturas?

Fundamentalmente el *Manifiesto de la IV Interna-*





cional, y el otro *La guerra*, sobre la guerra imperialista del año cuarenta. Los dos fueron impresos en la imprenta de Liborio Justo, cosa que nos emocionaba mucho. La figura de Liborio tuvo mucho peso, enorme en realidad. Hizo mucho, pero a su manera, muy personalista.

En 1943 se pusieron un nombre. ¿Cuál fue?

Había un movimiento trotskista organizado, pero muy débil porque el trotskismo preexistente estaba casi destruido. Recién en 1943 comenzaron a surgir los nuevos grupos, mientras los viejos iban muriendo o se transfiguraban en otros. Son los tres grupos que han hecho historia: el Grupo Obrero Marxista (GOM); el Grupo de la IV Internacional, (GCI), po-sadista, y la Unión Obrera Revolucionaria (UOR). Nosotros conformamos justamente el Grupo Obrero Marxista. En ese año ya nos definíamos como un grupo trotskista. Sacamos un folleto famosísimo en aquella época, que se llamaba *El Partido*, queríamos crear el partido revolucionario

¿Cómo estaba estructurado el GOM, había una cabeza que era Nahuel Moreno...?

Aclaremos que estamos hablando de diez perso-

nas. Al primer grupo, que éramos cinco o seis, fuimos captando a alguna gente, muy poca. Y con todo eso, no llegaríamos a diez. ¿Cómo estaba estructurado?... la estructura era la reunión semanal, digamos.

Moreno también ejerció una influencia...

Moreno muchísimo más. Liborio al poco tiempo se dedicó más a la literatura. Las dos figuras que estaban en esa época y que continuaron hasta sus respectivas muertes son las de Moreno y Miguel Posse. Son los dos que trascienden. Lo que pasa es que la organización de Posse en los años cincuenta desapareció y sus miembros se fueron una parte al GCI y una parte al morenismo. Posse y su grupo tuvieron durante un buen tiempo muy buenas relaciones con nosotros, con el UOR, pero la mayoría de los jóvenes... hay que tener en cuenta que en esa época él tendría cincuenta años, y los jóvenes veinte.

¿Qué lecturas tenían?

Leíamos y empezamos a discutir la realidad nacional. Qué ocurría. Era el año 1943, el golpe de estado. Ahí empezamos a sentir la cachetada de la realidad. No era Trotski asesinado allá en México





o las tropas nazis retrocediendo en Stalingrado, sino que era la realidad palpable de nuestro país. Los militares habían dado un golpe de estado y no estábamos de acuerdo. Entonces había temas para hablar y discutir. Por esa época estaba claro que nosotros queríamos construir un partido revolucionario, pero aparte teníamos un análisis del resto de la izquierda. Por ejemplo del Partido Socialista, totalmente reformista, que había hecho algunas cosas terribles, había entregado la huelga de la carne.

¿Eso es antes o después del servicio militar?

Yo soy del veintisiete. Todavía no había entrado al servicio militar. Entré en 1947 o 1948. Fue antes de esa fecha que decidimos una tarea fundamental que era trabajar en lugares que nos conectaran con la clase obrera. Entré en el sindicato gráfico y otro compañero en el sindicato del papel. En esa época existían dos CGT, una socialista y la otra dirigida por los comunistas. Perón todavía no había aparecido porque recién en el cuarenta y cinco comenzó a surgir el peronismo. Nuestro objetivo era trabajar con el movimiento obrero, y nuestro esfuerzo se encaminó al gremio de los frigoríficos, de la carne. Fue nuestro gran trabajo inicial. La mayor parte de los frigoríficos estaba en Avellaneda. *La Blanca*, *La Negra*, *el Anglo* y *el Wilson*, estaban allí.

Cuando se desató una huelga en el frigorífico, el sindicato estaba dirigido por los comunistas y su secretario era José Peter, que en ese momento estaba en la cárcel de Neuquén. Nosotros tomamos contacto con gente que trabajaba en un frigorífico y le preguntamos a Mateo Fossa qué podíamos hacer. Y él nos respondió: “esta gente lo que necesita es ayuda. Díganles que han hecho una colecta y que los quieren ver para entregarle lo obtenido”. Entonces nosotros hicimos una colecta y lo fuimos a ver a Lucas Domínguez, que era el secretario general del Anglo-Ciabasa, donde había doce mil trabajadores. Yo creo que era la empresa más grande de la Argentina. Fuimos con mucha prevención. Tomamos contacto con él y nos ofrecimos para lo que hiciera falta. Ellos estaban bastante aislados y aceptaron. Para entonces ya habíamos comprado una im-

presora eléctrica donde se ponía el papel y se sacaba el impreso, algo así como la bomba atómica en relación a la lamparita de doce voltios. No sé cómo ni dónde encontramos esa máquina, una mezcla de Minerva y de máquina tradicional. Se componía letra por letra, como las imprentas. Tenía un portador, una especie de lápiz con una ranura, y se escribía letra por letra, a esa velocidad. Con esto se hacían volantes impresos, no era el mimeógrafo, eran impresos, un paso revolucionario. El asunto es que esa máquina fue a parar a mi casa. Ya que mis padres se habían muerto, y vivía solo ¿a dónde se iba a llevar? Y ahí fue la impresora. ¿Quién iba a componer? Yo, el poseedor de la máquina. De día trabajaba y a la noche componía volantes para la industria de la carne. Quinientos ejemplares. Me alcanzaban el original y yo lo imprimía, y de madrugada alguien iba al Dock Sud a llevarlos. Luego me iba a trabajar. Recuerdo haber estado tres días haciendo ese trabajito, prácticamente sin dormir. Eso nos granjeó mucha simpatía entre la directiva del sindicato del Anglo-Ciabasa. Y ahí surgió, mucho antes del servicio militar, nuestro trabajo en Avellaneda. Muchos de los trabajadores que contactamos eran habitantes de Villa Pobladora. Entonces, decidimos irnos a vivir a Villa Pobladora. ¿Qué mejor lugar para tomar contacto con el proletariado? Yo fui a vivir a un club que se llamaba *Riete*, *corazones unidos*, un clásico club de barrio. Después de eso vino la conscripción, pero antes, captamos a trabajadores de las curtiembres, trabajadores del frigorífico, trabajadores del metal, de empresas de la construcción, del cemento. Captamos una serie de gente muy interesante y no parábamos de hacer cursos. Y no sólo en el club. Buena parte de los cursos los dictaba Moreno. Aunque después de un tiempo también lo hacíamos alguno de nosotros, a medida que nos íbamos curtiendo.

En esa época, aparte de Trotski, ¿cuáles eran sus lecturas?

Los propios materiales que nosotros producíamos. Había una tesis agraria tratando de caracterizar al país. Yo no recuerdo, no digo que no lo hubiera, qué otros clásicos había, no lo recuerdo.



No recuerdo si incluíamos a Marx porque se me mezcla con periodos posteriores. Recuerdo haber hecho cursos sobre *Las tres fuentes y las tres partes integrantes del marxismo*, que es de Lenin. Pero eso es posterior. Hicimos muchísimos cursos a obreros, muchísimos.

¿Qué pasó después que terminaste el servicio militar?

Al salir del servicio militar entré a Siam Di Tella, que era la fábrica metalúrgica más grande del país con cinco mil trabajadores. Un feudo peronista. Hasta ese momento, en el sector de frigoríficos había una base política y social mucho más amplia de militantes de todo pelaje incluidos los peronistas.. Pero Siam era una fábrica peronista ciento por ciento. ¿Qué quiero decir? En el sindicato de Avellaneda eran todos burócratas peronistas y de él dependía Siam. Algunos habían ascendido a la comisión directiva de Avellaneda, y otros ya eran miembros de la comisión directiva nacional de la UOM. En el cuerpo de delegados de Siam debíamos ser alrededor de cien, el noventa y cinco por ciento era peronista. Pero no sólo peronista en el sentido ideológico, sino también en el sentido de aparato. El que no era amigo del Secretario General, era amigo del Secretario Adjunto. En la empresa había muchos trabajadores cualificados, que eran electricistas, torneros, que se habían formado ahí, gente ya con un oficio. Yo entré a una de las secciones atrasadas dentro de la empresa, donde el personal era muy atrasado, la gran mayoría peones y operarios. Había unos pocos más cualificados...

¿En qué consistía tu trabajo?

Trabajaba en las máquinas, fueran balancines o prensas. Los balancines son unas máquinas que estampan o cortan la chapa. Se hacen arandelas y te traen telas de chapa y uno pasas las telas de chapa por la máquina y van saliendo arandelas. Dependen del tamaño, en vez de ser un balancín es una prensa. La prensa tiene una fuerza de impacto de ciento cincuenta toneladas, entonces te traen una chapa de uno por dos y la prensa te saca la puerta de una heladera. Yo trabajaba indistintamente. Había máquinas que hacían otra labor,

por ejemplo la elaboración de la chapa. Enseguida entré a trabajar en esas máquinas aunque te cambiaban casi día por día, dependiendo de los pedidos. Esos cambios no eran insignificantes ya que dependiendo de en qué máquina te ponían tu sueldo era diferente porque se trabajaba a premio. Si te ponían en una máquina a hacer arandelas podías sacar más premio que sueldo. Pero si te ponían a prensar puertas de heladeras, te jodías, porque eso te hacía imposible trabajar rápido. Y de ahí salía también la cantidad de dedos y manos que se mutilaban. Probablemente esa haya sido mi lucha más importante. Y la otra era pelear contra los dictados de la comisión interna, que eran siempre muy burocráticos y en ese caso la lucha generalmente se daba en el cuerpo de delegados, donde enfrentaba las posturas que venían de arriba, e inevitablemente te pasaban por encima.

¿Tu actividad sindical?

Fui delegado casi desde el primer día, porque en mi sección, como era gente más atrasada, no había delegados, nadie quería serlo. Los más inteligentes no querían ser delegados para ganar más premios. En la sección en donde estaba yo ganaba el sueldo más bajo porque me ponían en los peores trabajos y en consecuencia allí se ganaban muchos menos premios. Y si por casualidad me ponían en un trabajo que se ganaba más premios, al día siguiente tenía que ir a otra máquina, donde se ganaba menos. Los capataces repartían el trabajo. Me acuerdo que había un compañero que solía trabajar en un balancín y que se había accidentado, se había cortado un dedo. Un buen día vuelve al trabajo. Yo estaba trabajando en el mismo balancín de él, me sacan de ahí y me mandan a una prensa, un sitio terrible, porque levantar una chapa de esas era como levantar diez kilos; levantarla del suelo a la altura donde estaba la matriz, darle y después sacar la puerta hecha... y yo fui a reclamar. Entonces me dicen: "Pereyra, él es un hombre viejo (tendría cincuenta años y yo veintiuno), ya poco puede trabajar, usted es un hombre joven, lleno de vida..."

¿En esa actividad pudiste convocar a algunos compañeros?

Algo se hacía, se repartían volantes, esas cosas,



Roberto Ramirez "el viejo Guillermo"

pero con bajo nivel de actividad política. Era sobre todo una labor sindical, de enfrentamiento con la burocracia, a nivel de asamblea de gremio, cuando había, porque se hacía una cada año. Pude acercar a algunos compañeros que simpatizaron con mis ideas, con mi actividad sindical. Logré que gente que no tenía ninguna conciencia sindical, participara, es decir apoyara la lucha contra los accidentes laborales, por ejemplo. En esa época era como hablar en chino porque era como renunciar a tu premio por el salario o por las condiciones laborales. Era una posición revolucionaria.

Tiempo mas tarde, en 1953, Perón le otorgó la legalidad al Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN). Esto perjudicó a Américo Ghioldi y benefició a los Dickman. Este movimiento, que defendía al movimiento peronista, tenía por otro lado un lenguaje izquierdista, socialista; nosotros vimos allí la posibilidad de un trabajo

legal desde la izquierda, y decidimos meternos en el PSRN, que tendría unos diez militantes en todo el país. Y nosotros ya éramos cerca de cien.

¿En esa época, seguían en el GOM?

No. En el año 1948 habíamos decidido cambiarnos de nombre y ponernos Partido Obrero Revolucionario (POR). Fue en ocasión de un congreso que hicimos, y en donde consideramos que por el crecimiento que habíamos tenido ya no deberíamos llamarnos grupo sino partido. Fue entonces que entramos en el PSRN. Con las elecciones en el año 1954 nos hicimos fuertes en varias federaciones regionales, particularmente en la provincia de Buenos Aires; Avellaneda, Lanús, San Martín... Y ahí ya sacamos el periódico *La verdad*, un periódico bastante trotskista. Yo fui candidato a intendente de Lanús, que fue el cargo más importante al cual aspiré en toda mi larga historia política, más allá de que fue la única vez que gozamos de legalidad. El local de Lanús era el más grande que teníamos en el Gran Buenos Aires. Ahí hacíamos de todo, ahí funcionaba el partido.

¿Cuántos votos sacaron?

Cuántos saqué yo, no lo sé. En el municipio vecino, Avellaneda, sacamos 1.514 votos. Y en San Martín, un dato interesante: sacamos 1.218 votos; mientras que el PC, con toda la raigambre obrera de San Martín, con los trabajadores textiles, los pequeños talleres textiles que eran todos del PC sacaron 2.050. Así que ahí hicimos una buena elección teniendo en cuenta toda la historia nacional y local del Partido Comunista.

¿Ya estaban estructurados como partido?

Sí. Por lo menos había un comité central y un ejecutivo. Yo era miembro de los dos.

¿Dónde estabas cuándo se produjo el golpe de 1955?

Ya no estaba en Siam. Estuve un largo período inhabilitado por una operación de columna, fruto de cargar las pesadas chapas en Siam. Me operó un cirujano del sindicato. Fue un largo tiempo, casi un año, que estuve convaleciente, sin poder



hacer ningún trabajo pesado. Después entré a trabajar en una pequeña fabriquita metalúrgica y más tarde en una metalúrgica mediana, de trescientos a cuatrocientos obreros llamada Pratti Vázquez Iglesias, que producía los acoplados de los grandes camiones que se usan para transportar carga.

¿En el sindicato te identificaban como trotskista?

Estábamos perfectamente caracterizados como trotskistas, sí. Cuando ibas a un congreso o un evento importante, o tomabas precauciones o te las jugabas. Por lo menos te arriesgabas a una paliza importante. Cuando levantabas la mano para pedir la palabra, no te la daban y toda la barra de adictos a la burocracia te empezaba a rodear. Nosotros, en esas oportunidades en que íbamos a una de esas asambleas o congresos, no lo hacíamos alegremente como quien iba a una fiesta. Nos reuníamos antes, discutíamos quién hablaba primero, qué íbamos a proponer, quién hablaba después, si nos daban la palabra, y generalmente algunos compañeros iban con armas de fuego. Porque lo otro era una locura, ir de otra manera era directamente una locura. No era precisamente un camino de rosas.

Hay una anécdota muy graciosa, pero posterior al golpe de estado de 1955. Cuando la dictadura militar intervino todos los sindicatos envió a cada uno un militar. En el grupo discutimos qué hacer frente a esa situación porque los dirigentes del gremio eran unos burócratas infernales. Pero en la organización decidimos que, a pesar de ser los burócratas que eran, nuestros principales enemigos no eran ellos sino los militares, y por lo tanto teníamos que ir a ofrecerles nuestra ayuda.

Fuimos tres compañeros, delegados de empresas grandes, al sindicato de Avellaneda. Salió uno de los burócratas y le dijimos: “Queremos hablar con el secretario general, Puricelli”. Pasamos y éste nos recibió en su escritorio. Allí le dijimos: “ya sabés quiénes somos. Siempre hemos estado en contra tuyo. Pero frente a los militares no hay discusión. Si defender el sindicato significa defenderte a vos, te defenderemos”. Y con una sonrisita típica de él, nos miró con esa carita y nos dijo: “miren muchachos, yo les agradezco mucho, pero yo no

puedo aceptar eso de ustedes, porque ustedes son nuestros enemigos”. Lo tenía muy claro. Era un peronista a muerte, del aparato. Secretario general de la seccional Avellaneda que tenía cuarenta y cinco mil afiliados. Dirigente sindical de los más grandes del país. Así que nos fuimos. Una semana después cayó la intervención a la seccional Avellaneda, y el secretario general llevado en barco a Ushuaia. Allí terminó preso con uno de los compañeros que habíamos ido a visitarlo, un dirigente metalúrgico que estaba en la lista de los militares.

¿Cómo siguió tu actividad gremial?

En 1955 es derrocado Perón y en 1958 se realizan las elecciones en las que gana Frondizi. Como parte de sus medidas “democratizadoras”, modifica la Ley de Asociaciones Profesionales en la que solamente podía presentarse una lista en las elecciones sindicales. Esto permite que haya fracciones, listas distintas y diversas. Y nosotros decidimos darle batalla a la burocracia que aspiraba a recuperar sus sillones y también darle batalla al gobierno, que de ninguna manera quería que hubiera listas rojas. Entonces nos presentamos, y en el único lugar donde obtuvimos un cacho de poder, fue en Avellaneda, con la lista verde y yo como uno de los candidatos. Allí había dos posibilidades: de la lista más votada entraban los seis primeros y los tres siguientes de la segunda más votada. Y si había otras listas, se jodían. Allí estaba la lista del PC, la nuestra y la de la burocracia. Nosotros salimos segundos, y como yo iba tercero en esa lista, fui junto con mis dos compañeros, que no era trotskistas ni mucho menos, eran militantes sindicales opositores a la burocracia, los dos trabajadores de Siam. Entonces pasé a integrar la Comisión Administrativa de la sección Avellaneda, uno de los nidos de la burocracia. Puricelli ya había salido de la cárcel de Ushuaia pero no tenía ningún cargo sindical porque estaba inhabilitado. En cambio yo, el trosko Pereyra, estaba en la Comisión Administrativa. Allí estuve cerca de dos años y por supuesto, la política de los burócratas fue no darme ni agua. Es decir, toda información privilegiada que pudiera haber nunca me llegaba. Las tareas importantes que hubiera que hacer, que implicaban tener un trozo de poder

nunca me llegaban. Me ubicaron en una mesita en el extremo del sindicato, no tenía ni despacho. Para atender a las comisiones internas estaba el Secretario General, que resolvía sus problemas. Y en cambio, a los trabajadores de alguna fábrica que no les habían pagado bien el salario, y a los opositores que estaban condenados a no tener ni agua, los derivaban a mi mesita. Ahí estaba yo para los casos perdidos, sin ninguna posibilidad de trabajo sindical.

Hasta que un día, una de las fábricas metalúrgicas más importantes de Avellaneda, no dominada por la burocracia, con una comisión interna rebelde, con gente de diverso pelaje, muy combativa, declara la huelga. Era una comisión interna muy peleadora a la que en muchas ocasiones se le iba la mano. Cuando había un problema, paraban la sección. Otro problema, paraban la planta. Otro problema, amenazaban con la huelga. Era un verdadero grano en la nariz. Y era una fábrica de mil trabajadores del grupo Siam. Esta gente, un buen día declaró la huelga con ocupación de planta. ¿La patronal qué hizo? Habló con la directiva. Pero la burocracia no podía hacer nada porque no tenía ni una persona de la fábrica a la cual acudir. Entonces encontraron la solución exacta: mandemos al trotsko Pereyra. Me llamaron al despacho del Secretario General y me dijeron que tenía que resolver el conflicto. Y allá fui. Fue mi mayor éxito sindical. ¿Por qué? Cuando llegué ya habían despedido a cien o más, toda la comisión interna más todo el cuerpo de activistas. La fábrica estaba ocupada y los despidos firmes. Fui y hablé con la comisión interna, con los delegados y con el personal y les hice ver que estaba de acuerdo con ellos, con sus objetivos, con su huelga y con todo, pero que esto había que manejarlo de alguna manera porque la lucha iba a ser perdida. Les pedí que de momento mantuvieran la ocupación, con barriles con gasolina. Tenían la fábrica bien acondicionada para aguantar. La gente estuvo de acuerdo, porque sabían que yo era del ala peleadora, que había entrado por una lista opositora, entonces aceptaron mi pedido. La ocupación duró en total un mes, de los cuales quince o veinte días estuvieron bajo mi mandato. Organicé entonces un pliego de recla-

mos: tal sección, tal máquina, el cronometrista, etcétera, un pliego de reclamos del carajo. Fuimos a hablar con la patronal y le planteamos: señores, ¿quieren cerrar la fábrica o que la fábrica vuelva a funcionar? El cierre de la fábrica es fácil, porque en esta situación, no dura más de dos meses... La otra solución es que ustedes negocien, nosotros ganamos algo y ustedes ganan algo. Conclusión: la negociación se hizo. Creo que fue una política inteligente, porque si hubiéramos elegido el todo o nada, los tipos habrían decidido cerrar. Fuimos resolviendo los problemas puntuales, la máquina tal, el cronometrista, etcétera. Decidimos levantar la ocupación de fábrica pero manteniendo la huelga. Y en definitiva lo conseguimos: la huelga se levantó, no hubo ningún despedido, cosa que es muy difícil de conseguir. Y la huelga se ganó. Y para mí fue... bueno, te imaginarás.

Luego vino la gran huelga metalúrgica, donde nosotros participamos. Esa era contra el gobierno directamente. Apoyamos con actos, volantes. El propio peronismo apoyaba porque era contra la Ley de Asociaciones Profesionales. En una reunión en el sindicato químico de Lavallol, estábamos todos en una pieza, y cayó la policía. Fuimos en cana y estuve dos meses, unos pocos días en Devoto y el resto en la cárcel de Caseros.

Estamos hablando de 1959...

Ya casi 1960.

¿En el buró político estaban Nahuel Moreno, el Vasco Bengochea, vos, y quién más?

Ernesto González y posiblemente Horacio Lagar. Alguno puede estar cambiado, pero Angel Bengochea, Moreno y yo seguro.

¿Seguiste militando en el partido?

Sí, señor, todo el tiempo, militando en la Argentina. En esa época pasé a ser un miembro rentado del partido y en 1960 me fui a Perú.

En ese año se reúnen en Chile los dirigentes del Secretariado Latinoamericano del Trotskismo Ortodoxo (SLATO), ¿vos tuviste alguna relación con eso?

Yo estuve en el SLATO para negociar con los chi-

lenos. Pero de esa reunión no me acuerdo nada. Toda América estaba dividida entre Posadistas y Morenistas.

Sin embargo, conviene recordar cómo impactó la revolución cubana, a la que nosotros en un primer momento consideramos una acción pequeño-burguesa. Posteriormente vimos que era un movimiento revolucionario radical y decidimos que, como parte de ese movimiento revolucionario radical, nosotros nos teníamos que preparar. Por lo tanto decidimos constituir un equipo militar pequeño, cuya tarea fundamental era entrenarse y sobre todo conocer en qué consistía la cuestión militar, porque no sabíamos nada. Además aprovisionarnos de armas, cosa que en ese tiempo era difícil porque no había tráfico de armas. El asunto es que ese grupo recibió instrucción militar, fundamentalmente teórica, de Abraham Guillén. El famoso Abraham Guillén que fue instructor de los Tupamaros. La instrucción que él nos daba era fundamentalmente teórica: qué era una columna, una brigada, ese tipo de cosas. Y entonces constituimos un grupo militar. Yo fui el primer responsable de ese primer grupo militar.

¿Cuántos eran?

Cuatro o cinco, no recuerdo exactamente, pero ahí estaba José Martorel, creo que Kreis, y el Vasco Bengochea también. Lo que se llama acciones no hicimos ninguna porque recién ingresábamos. Poseer un revólver ya era toda una tarea. Claro, cuando se decidió que había que mandar al equipo militar a Perú fuimos nosotros, aunque no teníamos casi nada. Pero era más de lo que tenían los peruanos. El primer adelantado fui yo, que marché a Perú a iniciar las tareas. ¿Qué tareas? Es una de las cosas que han quedado en medio de la oscuridad. En primer lugar, constituir un equipo militar para encarar las acciones que eran necesarias en el proceso revolucionario. Yo iba a aportar mi experiencia, que era casi igual a cero. El buró político que me estaba mandando, y yo mismo, sabíamos perfectamente que ahí había que improvisar. Improvisar en situaciones en donde presuntamente había miles de campesinos que estaban pidiendo armas para defenderse de los gamonales. Lo cuento así, porque esta es la chicha del asunto. Entonces yo fui a Perú.

El Partido Obrero Revolucionario (POR) peruano solicita ayuda técnica y económica y te mandan a Perú. ¿Vas solo?

Primero viaje solo. Más tarde fueron dos compañeros, Eduardo Kreis y José Martorel. Sin embargo, hay un tema clave que fue la venida de los compañeros peruanos a Buenos Aires. No puedo olvidar los detalles, porque los detalles son muy importantes. Esta reunión se hizo en mi casa, y allí estábamos varios miembros del buró político argentino.... Kreis no estaba, tal vez haya estado Horacio Lagar y Bengochea, aunque no estoy muy seguro y dos o tres compañeros peruanos, que efectivamente vinieron para pedir ayuda. Entonces, desplegamos un mapa del Perú grande como toda la mesa, donde estaba destacado el Cuzco, y dentro del Cuzco el Valle de la Convención, donde nuestro compañero de partido, Hugo Blanco, que había sido militante en la Argentina y después se había ido a Perú a trabajar, se había incorporado al movimiento campesino y ya era un líder campesino.

En esa reunión nos informaron que en Perú estaba en marcha una revolución campesina, que se materializaba en la ocupación de tierras, en marchas y manifestaciones en el campo y en las sierras peruanas y en la organización de sindicatos campesinos que hasta ese momento no existían. Decían que el POR peruano era una organización pequeña, que tenía militantes en las dos ciudades más importantes de Perú, Lima y Arequipa, además de un grupo libre e indefinido orgánicamente en el departamento del Cuzco, que se compone de distintos ayuntamientos. Uno de estos ayuntamientos era el Valle de la Convención. Planteaban que la situación para ellos era insostenible, que no podían contener al movimiento de masas que quería rebelarse e insurreccionarse contra la terrible explotación de los terratenientes, que allí se llaman gamonales, que utilizaban métodos feudales, colgaban a los campesinos de las manos, violaban a las mujeres y marcaban a algunos campesinos como a las vacas. La explotación económica propiamente dicha implicaba que el terrateniente era el dueño de la tierra, y le “facilitaba” al campesino una parcela de esa tierra. El campesino tenía que trabajar esa tierra y un porcentaje muy grande del producto era para el

terratiente y una parte ínfima para el campesino, independientemente de que el campesino tuviera que rendir una serie de otras prestaciones. Tenía que sacar partes de su ya pequeña porción del producto para distintos servicios para el gamonal. Por ejemplo, si había que reparar la casa del gamonal, se establecían tantos días al año de trabajo obligatorio gratuito. Lo que le quedaba era para mal comer. Entonces, los compañeros nos explicaron que esto se les iba de las manos, que iba a haber una revolución fallida y matarían a los trabajadores. Los campesinos pedían armas.

Esto fue muy importante. Para nosotros, que estábamos en la ciudad de Buenos Aires, escuchar ese relato fue indudablemente impactante. Inmediatamente decidimos que sí, que había que ayudar, no sólo porque eran compañeros del SLATO y compañeros trotskistas, sino porque era una obligación de solidaridad en un proceso revolucionario. Y además, un compañero nuestro estaba como dirigente visible. Hay que entender que no íbamos a ir porque sí, había varios compañeros que eran del grupo de Hugo Blanco. Además, en la ciudad de Cuzco había una cantidad importante de compañeros que se consideraban miembros del partido, que eran fundamentalmente de procedencia estudiantil, muchachos de dieciocho, veinte años.

El viaje a Perú fue en Junio de 1961

Lo hice con muy poco dinero, porque eso de la ayuda técnica... la ayuda técnica era yo. También me encomendaron ayudar a la reestructuración del partido peruano. Cuando llegué pedí una reunión con el comité central o con el buró político. Durante la reunión pedí informes y me enteré que el periódico hacía varios meses que no salía, la estructura organizativa del partido prácticamente no existía. Pregunté cuántos militantes había en Lima. ¿Y en Arequipa? Vagamente, se me informaba quién era o quién no era militante. Había compañeros en el movimiento obrero, pero todo muy difuso. Las reuniones se citaban a una hora y comenzaban tres horas después, a la peruana. Entonces me pregunté qué equipo militar voy a formar con estas hebras.

Les planteé el problema: miren compañeros, acá hay

que hacer reuniones, hay que cotizar, hay que organizar todo lo referente a lo que es la estructura de un partido. ¿Cómo vamos a formar un equipo militar si no tenemos siquiera un partido? Puse a trabajar a todo el mundo y empezó a funcionar. Claro, yo iba con toda la energía y la experiencia de un partido que funcionaba. Si eras miembro del buró político no eras cualquier cosa. Entonces empezó a funcionar. El responsable del periódico tuvo que sacar el periódico y las cosas comenzaron a caminar.

Comencé a formar un equipo militar. Entonces, ¿qué gente había con alguna experiencia, que tuviera armas, que supiera del manejo de armas? Empecé desde cero porque no había casi nada. Lo primero que se planteó, que en Argentina ya se había conversado, era la cuestión económica, que tenía que ser resuelta por los mismos peruanos. Argentina podía dar alguna ayuda mandando compañeros y algo de dinero, pero había que lograr que Perú se autoabasteciera. Entonces fuimos a buscar información. Y la información que obtuvimos fue la del Banco Popular de Lima, una sucursal pequeña. Nosotros no teníamos mucha idea de lo que era un banco en Perú. Y la opinión de los peruanos había que tomarlas con pinzas. Logramos armar un equipo, alrededor de seis o siete compañeros, de los cuales el único extranjero era yo, ya que los otros dos argentinos, Kreuz y Martorel, se sumaron más tarde. Y realizamos la expropiación.

Vos llegaste allí en junio de 1961, y el asalto al Banco Popular...

La expropiación, compañero.

Perdón. La expropiación al Banco Popular fue en diciembre de ese año. Un lapso breve, estaban apurados

Estábamos apurados por la presión desde abajo. Los compañeros peruanos, por más que fueran débiles en su militancia, eran militantes muy entusiastas, era gente que quería hacer las cosas. Lo que pasa que a la peruana. Si decías a las seis menos cinco, tenías que concentrarlos previamente porque llegaban tarde.

¿Y cómo fue el asalto, la expropiación?

Muy sencilla. No había custodia, no había nada.



Vos eras el jefe

El único que tenía una idea, una idea teórica de lo que era expropiar un banco. Nunca habíamos expropiado nada, en la Argentina tampoco. Entramos al banco por la puerta, sin grandes disfraces ni nada. Encañonamos a todo el mundo y la gente se entregó rápidamente. Primera sorpresa: había muy poco dinero. No recuerdo exactamente cuánto.

Las crónicas de la época dicen 105.000 soles. Muy poco dinero

Muy poco dinero. Concretamente, no nos resolvía nada. El principal problema era enviar dinero a Hugo Blanco, en el Cuzco, y además mantener el equipo que teníamos ahí. Yo, personalmente, no tenía ningún recurso, ni el partido me había dado una bolsa de dinero.

Nahuel Moreno, en la reunión del SLATO, ¿había prometido enviar dinero a Lima?

Claro. Pero eso no ocurrió. Porque íbamos a hacer nuestra propia expropiación que nos garantizaba éxito. Y la hicimos, éxito militar total, resultado

económico, un desastre. Entonces me dije: hay que hacer otra. Pero poco después me detuvieron; no por el banco, sino por actividades políticas siendo extranjero. Hubo algún chivatazo. El equipo había respondido bien, todo funcionó perfectamente y cuando empezamos a discutirlo, me pusieron preso. Estuve en extranjería dos días, me expulsaron del país y me pusieron en un avión de vuelta a Buenos Aires. Posiblemente nos hayamos cruzado en el aire con Kreuz y Martorel, enviados a Perú por el partido en cumplimiento de sus primeros compromisos. No llegaban con dinero, llegaban con su espíritu militante.

¿Qué pasó luego de tu expulsión de Perú?

Llego a Buenos Aires y el primer contacto que encuentro, casi antes de haber visto a mi familia, me dice prepárate que tenés que volverte a Perú. Así ¿eh? malamente, malamente. Por supuesto, encantado, porque yo estaba imbuido de toda esa lucha, y porque la simple expulsión de Perú... El capítulo siguiente funcionó bien, pero mal en el tiempo, porque tuve que ir a La Paz, en Bolivia, y esperar unos veinte días a que llegue un contacto



de Perú para pasar la frontera ilegalmente, porque no había documentos. Recuerdo que el 31 de diciembre la pasé como un zombi en las calles... sin dinero, en una pensión miserable, donde la comida era miserable, sin ninguna referencia porque estaba ilegal. A los veinte días llegó el contacto y me cruzaron por el puesto fronterizo más importante de Perú y Bolivia. Nada de aparato clandestino, nada de documento falso, nada de nada. Lo hice en un coche importante, lo que hoy se puede denominarse una 4x4. Sería un jeep de la época. Y el que me pasó fue Hernán Boggio, ingeniero, un tipo con mucha experiencia, con pinta, bien vestido, un tipo que le podía guiñar un ojo al policía, dar dinero. Nada de eso hizo falta y pasamos, él dio su documento, dijo no sé qué cosa y chau. De ahí por tierra a Arequipa, y luego a Lima. Y en Lima me reencontré con los compañeros del equipo, ahora reforzado por Kreis y Martorel.

¿Cómo estamos de dinero? nos dijimos. Al rojo vivo, ¿qué hacemos? Provisiones, armas, necesitábamos esas cosas. ¿Qué decidimos? Otra expropiación. Ya todo estaba más organizado porque la acción anterior había reforzado la moral de la gente. Éramos capaces de hacer cosas. Esa expropiación había sido beneficiosa y se habían sumado una cierta cantidad de simpatizantes que estaban ubicados en otra categoría social, gente que trabajaba en bancos, en empresas, en cosas normales de la vida, y que podían proporcionar información. Los compañeros estaban más o menos organizados. El grupo de Lima empezó a desarrollar tareas. Por un lado reforzar el equipo militar, con los compañeros recién llegados que contaban con más experiencia. Martorel tenía experiencia y Kreis no era ningún tonto. Ellos quedaron encargados de todo eso y yo partí al Cuzco a hablar con los compañeros de allá. Primero con Hugo Blanco, miembro de la dirección, a quien le expliqué la situación. Lo primero que planteó fue: necesitamos dinero y armas. Recuerdo muy bien la presión que él ejercía sobre mí, pero sobre todo sobre la dirección peruana, y, más todavía, sobre la dirección argentina. ¿Y lo que nos prometieron...? se quejaba...

Quién lo había prometido ¿Nahuel Moreno?

Sí. Claro, ¿y dónde estaba la promesa? En los re-

latos que ha hecho Hugo Blanco, a posteriori, esto no lo menciona y no lo pinta de la manera en que lo pinto yo. Lo comprendo, él estaba..., estaba en el monte, con un grupo de campesinos, con muy poquitas armas. El asunto es que voy a Cuzco y empiezo a hablar con él y sobre todo con los compañeros de la ciudad de Cuzco.

Y ahí viene otra madre del borrego, cosas que nunca se aclararon bien por parte de Moreno, pero quienes lo vivimos en vivo y en directo, lo sabemos. ¿Cuál era la situación? En Cuzco había una movilización campesina, todos los días surgía un sindicato nuevo que planteaba sus reclamos, hacía su marcha, pedía tierra, pedía la cabeza del gamonal. Y a nosotros, por la vía interna, nos pedían armas, entrenamiento, recursos. En Cuzco había un grupo que era prácticamente una célula del POR, compañeros que ya sabían lo que era el marxismo, el trotskismo, que estaban mínimamente formados políticamente y hacían un trabajo político muy importante. Ellos detectaron un fenómeno que nadie había detectado antes: ¿qué personas en Perú tenían conocimientos militares? En principio nadie, pero a los que habían hecho la conscripción en el ejército, se los denominaba sargentos. Seguramente porque salían con una graduación que en la Argentina se llamaba oficial de reserva. Si bien eran de origen campesino, los sargentos eran tipos cultivados, les enseñaban a leer y escribir, cosa que los diferenciaba del conjunto. Tenían conocimiento del manejo de un arma, aunque fuera de un máuser. De las armas que tenía el ejército. En todo el departamento de Cuzco, que era bastante grande, había un solo cuartel del ejército. Y adentro existían contactos con varios de los que estaban haciendo el curso de soldado, que venían de los pueblos, con todo el conocimiento de la cuestión campesina. Además, había contactos en los pueblos, donde teníamos trabajo sindical y político con los que habían salido del cuartel el año anterior. O sea que ahí existía la base para un grupo armado. Y hablando con esa gente que estaba en el cuartel, se planteó que era muy fácil tomarlo, porque ellos conocían los datos de los movimientos internos. De esta posibilidad nosotros nos enteramos cuando tomé contacto con los compañeros urbanos en Cuzco, y me contaron su experiencia.

¿Proponían tomar el cuartel?

Me quedé alucinado, ellos pensaban en la experiencia del Moncada, naturalmente. Lo veían como una cuestión factible. Esta gente estaba dispuesta a participar personalmente, y tenían contactos importantes dentro del cuartel. Sabían cuántas armas había, cómo se entraba a la armería, sabían todo. Tenían un estudio del Cuzco, de las comunicaciones, porque la única comunicación sería en Cuzco era por vía aérea con un aeropuerto diminuto que estaba prácticamente dentro de la ciudad. La comunicación por tierra era una locura. La carretera venía desde Nazca, es decir desde la costa peruana. Para ir a Lima por tierra había que pasar por Nazca, que está en el medio, llegar a la costa, y de ahí agarrar la carretera panamericana, que la estaban construyendo, hasta Lima. Todo ese tramo en medio de la cordillera. Éste era el cuadro que se nos presentaba.

La cuestión es que nosotros veníamos con la propuesta de encontrar un banco, y ellos nos venían a proponer tomar un cuartel..., por supuesto que pusimos toda clase de obstáculos posibles. Dijimos que era arriesgado, que no teníamos un equipo militar suficiente como para dirigir una cosa seria. Porque Cuzco, por más que fuera una pequeña ciudad, debía tener veinte mil habitantes. Y además del ejército tenía policía. Por pequeña que fuera, la ciudad tenía un aparato militar. Pero la gente estaba muy entusiasmada. Decían que la guardia era fácilmente accesible; que la carretera hacia la costa se cortaba en tal lado provocando un derrumbe, y nadie pasaría; que armas había en cantidad, porque en un cuartel donde hay quinientos hombres, hay más de quinientas armas. Planteaban todo eso, pero cómo implementar la propuesta, cuál iba a ser el plan concreto para la toma del cuartel... eso nunca se discutió. Estábamos en la letra gruesa. Eso se terminó porque al cabo de un tiempo yo me tuve que volver, porque me llamaron los compañeros de Lima.

Finalmente la acción no se realizó...

Claro. Pero todo esto sirvió para el ataque político posterior en el que nos acusaron de putchistas. Que nosotros queríamos dar un golpe de es-

tado militar, tomar la ciudad de Cuzco. Pero en realidad nunca pusimos sobre el papel un plan para concretar esa acción, nunca concretamos realmente esos planes. Nunca. Los escuchamos, lo discutimos en la dirección, se enteró todo aquel que tenía que enterarse, pero jamás se hizo una prospectiva real. Tomar el cuartel significaba tomar la ciudad de Cuzco, poner los obstáculos necesarios para que no llegaran refuerzos de las otras provincias cercanas, sabiendo que finalmente, aunque tardaran una semana, los tendríamos en la puerta de Cuzco. Nos negamos. No obstante, después se hicieron circular anécdotas miserables. Lo cierto es que esos planes estaban muy en el aire, no había nada concretado, ni se supo nunca cuántos sargentos teníamos, cuánta gente teníamos dentro del cuartel. No se planificó nada. Conclusión que me vuelvo a Lima donde había un objetivo gordo, el Banco de Crédito. Nos llevamos un montón de dinero.

De acuerdo con las crónicas periodísticas, de allí se llevaron casi tres millones de soles. Fue el 12 de abril de 1961. ¿Quién dirigió la operación?

Yo dirigía la operación y me acompañaban Kreuz y Martorell. Después de mí, el único que podía dirigir una operación de ese tipo era Martorell, seguramente. También participaron peruanos por supuesto, pero ellos no tenían experiencia de ningún tipo. Algunos habían participado en la operación anterior. Pero aquello había sido papita para el loro.

Esto era más importante. Primero porque el Banco de Crédito estaba edificado en una manzana pequeña, sobre una avenida importante, ancha, y después había una callecita por un lateral, y otra callecita por el otro lateral. Entonces, el edificio estaba flanqueado por cuatro calles, con ventanas que daban todas a las calles, y muy poco elevadas, desde afuera cualquier persona de pie podía ver adentro.

¿Fue una operación rápida?

Bastante rápida. Había que entrar y salir rápidamente. Lo hicimos camuflados de albañiles... porque había una obra en construcción cercana. Entonces entramos disfrazados de albañiles,



con bolsas de yeso. Teníamos una información privilegiada y sabíamos los puestos que ocupaba cada empleado, a quién había que dirigirse para obtener el dinero. Esa información interna nunca se destapó. Jamás supieron quiénes habían proporcionado los datos.

Entramos al banco, capturamos al responsable de la caja de seguridad, y sacamos todo el dinero en bolsas. Listo. Misión cumplida. Hubo un pequeño incidente cuando el portero empezó a los gritos. El que lo redujo fue Kreuz, que como en una película le dio algunos golpes en la cabeza con la pistola. Lista la retirada, los coches en la puerta, todo perfecto. Pero al salir tuvimos un problema muy serio, del que nos enteramos poco después. Uno de los compañeros que actuaba, que era un estudiante de ingeniería que medía un metro noventa y se podía distinguir en medio de una multitud, se cruzó con un compañero de la facultad que, asombrado, le dijo “¿qué hacés acá vestido de albañil?”

Habíamos hecho toda la investigación previa: ¿no hay ningún conocido dentro del banco, nadie que viva cerca, parientes, amigos...? Contemplamos todas las posibilidades, hicimos todas las averiguaciones posibles. Pero ese fue un imprevisto imposible de calcular. Cuando íbamos en el coche, durante la retirada, me enteré de lo que había ocurrido. Ordené entonces que todo el mundo se concentrara en una casa. A refugiarse todos, como prevención. Estábamos jodidos, porque tres de los integrantes eran de ingeniería. Uno era el deschavado, pero los otros dos... eran tres que habían faltado a clases, eran amigos entre ellos. Había que desaparecer. Ahí comenzó otro problema. ¿Quiénes debían hacerse cargo de la seguridad del grupo? La dirección, Nahuel Moreno, estaba afuera; el otro era aquel que me había cruzado clandestinamente desde Bolivia. Ellos eran los que se hacían cargo. La mayor parte del dinero se sabía que era para Cuzco. Y ahí se arma un plan que visto desde hoy considero que fue una locura.

¿En qué consistió el plan?

Un plan que parecía inteligente pero era muy loco: había un simpatizante que tenía un camión

y se lo alquilamos; en ese camión pusimos una carga de supuestas puertas para edificios, pero en realidad la puerta no estaba, sólo el marco. Pusimos todos los marcos, uno arriba del otro, y arriba de todo un marco con puerta que cubría el hueco. Parecía, entonces, un cargamento de puertas, con un remito de setenta y cinco puertas. Había un hueco entre los marcos. En ese sitio, más un hueco que se hizo en el piso del camión, viajamos todos los miembros del equipo.

¿Cuántos eran?

Más o menos diez. Hay que tener en cuenta que el chofer no era del equipo, era un compañero casi militante, y que el camión era de su tío, pero que no era tampoco del equipo militar. El plan consistía en viajar escondidos en ese cubículo hasta Cuzco. Era un escondite perfecto. En Cuzco nos esperaba el grupo urbano que tenía que alquilar una hacienda para lo cual le habíamos mandado dinero. Esto era una idea muy argentina, porque en Cuzco nadie alquila una hacienda de un día para el otro. Pero ese fue el plan. Y así fue como pocos días después de la expropiación del Banco de Crédito partimos para Cuzco en el camión.

Detengámonos un poco acá. ¿Ustedes le entregan parte del dinero a Nahuel Moreno... y según tengo entendido a Hernán Boggio...

Yo no sé a quién le entregamos el dinero, pero fue a alguien de la dirección. A Boggio seguro que no. Habrá sido a Nahuel Moreno o a algún otro de la dirección peruana. Y por medio de ellos el asunto llegó a Boggio, o en parte llegó a Boggio. Era lógico, porque él era un burgués bien plantado en la sociedad, con conocimiento de todo el mundo. Digamos que el dinero se le entregó al partido. Yo, lo que puedo dar fe es que el dinero se le entregó al partido.

Pero ese dinero no llegó finalmente a manos de Hugo Blanco

No. No. Una parte la llevaba yo, en el camión, y cuando me pillaron a mí, pillaron el maletín con el dinero, que eran quinientos mil soles. La policía, cuando vio los billetes, quedó bizca. No habían visto nunca tanto dinero junto.





¿Pero y la otra parte?

La otra parte... No me vengas con preguntas que me han hecho toda la vida. Empezando por los jueces. La otra parte la tenía el partido. ¿Qué querés saber en concreto? Yo no sé más. No sé el camino que siguió el dinero. Sé que yo lo entregué al partido. El dinero iba con nosotros en los coches cuando huíamos. Llegó a la casa adonde nos concentramos y allí dijimos, bueno, el partido tiene que hacerse cargo de esto. Y cuando estemos en el Cuzco, y nos veamos con Hugo Blanco, discutiremos si este dinero que le llevamos le alcanza, no le alcanza. ¡Qué preguntas que hacés, eh!

Es que después Boggio se entrega a la policía con parte de ese dinero. Y la otra parte desaparece...

Todo eso es muy discutible. Nosotros entregamos el dinero al Partido. Quien controlaba las finanzas del partido siempre fue Nahuel Moreno, eso sí, siempre.

Bien, sigamos con el viaje que dura, según mis datos, alrededor de tres días

Entre puna y cordillera. Nosotros sabíamos que

había por lo menos un control policial en medio de ese trayecto. Los papeles estaban en regla y lo pasamos. Pero la carga era muy rara, porque era imposible pensar que alguien en Cuzco comprara puertas. No había industria de la construcción. Y para una casa, cuatro puertas son suficiente, pero bueno, eso no saltó. De todas maneras, fue un riesgo muy grande meter a todos los compañeros en ese agujero. Hubiera sido mejor guardarlos en lugares seguros de Lima y cuando se calmara la situación ir a Cuzco, pero todos separados. Nosotros fuimos a ciegas. ¿Y qué pasó? Llegamos a la cita, en las afueras de la ciudad y el compañero que nos esperaba dijo que no habían podido alquilar nada, que no había hacienda que se pudiera alquilar. Yo, que era el jefe, estaba dentro del camión y solamente podía salir por el hueco del piso. Estábamos jodidos, por que no había hacienda. Cosa que desde Lima se debía haber garantizado. Entonces ¿qué hacemos? “Nosotros tenemos una casa acá cerquita”, dijo el compañero.

No había elección, ¿qué íbamos a hacer? Una ciudad desconocida, sin ningún recurso más que una casa. Había que aceptar lo que ofrecía el con-





tacto. Era un militante que estaba desesperado. Nos dijo que fuéramos con el camión hasta un lugar en la ciudad de Cuzco, y para allí partimos. Ya jugados totalmente.

Eran las dos o tres de la madrugada y hacía un frío espantoso. Y justo el único patrullero que había en la ciudad, que había estado hasta el día anterior en el taller mecánico, se lo entregaron esa noche a los guardias que salieron a hacer una recorrida. Claro, encontraron un camión, casi en el medio de la calle, con matrícula de Lima y se acercaron con las armas en la mano; pidieron los papeles, uno de los choferes se asustó y se fue a la mierda, y nosotros todavía adentro, en silencio. Cuando nos damos cuenta de que la cosa venía en serio, doy la orden de evacuar el camión y de que se dispersen. Pero ya no había plan de nada. ¿A dónde vas en una ciudad como Cuzco? Ni un alma en la calle. Ni un auto. Entonces salimos.

¿Y cómo salieron si estaban los policías presentes?

Salimos por debajo del camión, por el hueco que no se veía. Creo que salí primero, con una pistola 7.65 y gracias. Teníamos dos o tres, nada más. El resto no tenía armas. No recuerdo si fue la policía la que disparó primero o fui yo, no lo sé. Yo disparé, herí a un guardia. Los tipos comenzaron a tirar, y al ratito nomás se habían ido todos los compañeros. Cuando me quedé sin proyectiles los guardias se acercaron y me agarraron. En la mano tenía el maletín con los quinientos mil soles. No lo soltaba por nada del mundo.

Me dieron unos buenos golpes y me metieron en el patrullero. De los restantes, algunos lograron llegar a la casa, y otros agarraron para donde pudieron. Kreuz creo que estuvo un año fugitivo. Logró llegar a Lima, ponerse en contacto con gente de otro grupo, gente mala, mezcla de militantes y delincuentes. Otro, alcanzó a llegar a Chaupimayo, o sea al centro del valle de la Convención, como pudo.

Martorel cayó en la casa que nos había ofrecido el compañero. Cómo cae la casa no lo sabemos. Seguramente los vecinos del barrio vieron cosas raras. Toda la policía de Cuzco se movilizó, y como eran pocos deben de haber llamado hasta a los agentes que estaban de vacaciones. La mayoría cayó en

la casa de refugio. Dos o tres lograron huir, entre ellos el que fue a Chaupimayo y dos que se quedaron vagando por la ciudad de Cuzco sin saber qué hacer. Al final uno de esos se entregó.

Sigamos con tu historia...

Mi historia negra. Me llevaron al cuartel de la guardia civil de Cuzco. En el Perú, en provincias, la única autoridad policial que hay es la guardia civil. Ahí no hay policía municipal ni policía nacional. Tienen un cuartel con oficinas y calabozo. Me llevaron muy sorprendidos; primero por la resistencia armada, que en Perú no existía. Que alguien hiriera a un policía, era extraño. Y además, con un maletín lleno de dinero, una cantidad inconmensurable para Cuzco. Creo que ni descubrieron el escondrijo del camión. Los tipos cuidaban un camión lleno de puertas.

Fui a parar al cuartel. Lo primero que hicieron es la rutina: una paliza considerable. En una sala muy grande, con unas vigas de las que colgaba una soga, me colgaron a mí. No tenía mucho tiempo para pensar. Una buena pateadura. Luego el interrogatorio: para qué era ese dinero. Yo contaba el cuento que era para armas de una revolución dirigida en el Paraguay.

¿Pero no lo vincularon con el asalto al Banco de Crédito?

Hubo gente que empezó a hablar de entrada. No echo la culpa sobre nadie. Eran todos muy tiernitos. No sé cómo fue la conexión, porque papeles, documentos, no había. De todos modos no era tan difícil deducir de dónde sacaron tanto dinero estos desarrapados. Al día siguiente me sacaron a la calle y me llevaron a Sacsayhuamán, una de las ruinas más importantes que hay en el Perú, una antigua fortaleza inca. Me llevaron hasta el borde de un hueco, un agujero profundo, y me dijeron bueno, aquí termina tu historia. Hablá. Pero yo me mantuve en mi cuento. Para ellos ése fue casi el último recurso.

Ese mismo día, a la tarde, en una de esas sacadas que me hacen de la cárcel, me escapé corriendo. ¿A dónde? Yo qué sé. Vos conocés cómo es eso, cuando a uno se le ofrece una puerta, no pensás mucho, la agarrás. Si te sale bien, bien, y si no,





¿CUÁL ES LA HISTORIA DE KREUS Y DE MARTOREL?

Kreus era obrero de los frigoríficos, del sector más atrasado de los obreros argentinos. No atrasados ellos, sino por el trabajo que hacían. Venía de un hogar súper humilde de la ciudad de Bahía Blanca, donde el hambre rondaba por su casa. Muchas veces nos contó anécdotas en las que esperaba que el padre llegara del trabajo con dinero para comprar comida. Agarrado a la alambrada, en una de esas noches, se enganchó el párpado con la púa de la alambrada. Había sido incorporado en Bahía Blanca donde inicialmente comenzamos a trabajar con sectores de la pequeña burguesía. De ahí eran Lagar, Bengochea y otros. Poco a poco logramos formar un sector importante y desarrollamos un buen trabajo en un frigorífico que se llamaba *Cuaterros*, creo. Allí fue captado Krebs y otras gentes. Yo volví a verlo en la Argentina. Fui en 1994 a la Argentina y nos encontramos. Murió años después.

El padre de Martorel fue militante del partido Comunista en Cataluña. Martorel fue un refugiado español que salió con su familia desde España a Francia, donde inmediatamente los metieron en un campo de concentración. Ahí comenzó a hacer tareas de resistencia, Francia estaba ocupada por los alemanes, y él estaba en la zona francesa de Petain, que era aliado de los alemanes, pero independiente. Allí hizo tareas de sabotaje a los alemanes, trabajó en un taller como obrero y realizó algunas acciones. Lo descubrieron y lo metieron en una prisión alemana con un régimen disciplinario muy severo porque estaba regentada por alemanes aunque estaba ubicada en Francia. Cuando cayó preso en Perú, él “añoraba”, irónicamente, claro, aquellas épocas, porque las condiciones de las cárceles en Perú eran de gran desorganización, con privilegios de unos sobre otros, de guardias sobre presos, y dentro de los presos con categorías diferentes, todo dentro de una gran ambigüedad y desorden. Él decía que los alemanes, le dieran de comer lo que le dieran, ponían a veinte metros todos los platos de cada uno; en esos platos estaba la comida, tocaban el silbato, corrían a agarrar sus platos, volvían a su posición, rápidamente hasta que sonara el otro silbato, lavaban el plato... vale decir, un orden estricto. La diferencia con Perú era notable, allí no te daban plato, todo estaba sucio, en fin... Él nos decía: mira tú, aquéllos que al día siguiente te mataban, lo hacían dentro de un orden escrupuloso.

¿Qué edad tenía Martorel, aproximadamente?

Creo que debía de tener más o menos mi edad. Unos treinta años. Después del campo de concentración vino la liberación, previamente fue a una cárcel y se escapó, fueron días muy activos. Él estuvo entre los miles de militantes comunistas que marcharon a liberar España. Y estaba en los Pirineos cuando vino la orden del Comité Central avisando que se había suspendido la invasión por un acuerdo de los rusos con los aliados. Algo realmente siniestro. Se querían morir. Él y toda la familia emigraron a Venezuela y al cabo de un tiempo vino a Buenos Aires y se inscribió en la Facultad de Agronomía. Allí se conectó con nuestro partido a través de la agrupación estudiantil y después se enganchó en el grupo militar. Él tenía experiencia, por lo menos sabía lo que era una metralleta. Después vino toda la historia siguiente. Acción en Perú, cárcel en Perú...

no vas a estar peor de cómo estabas antes, a lo sumo otra golpiza. Me agarraron y como recompensa por haberme escapado, me quitaron los zapatos, para que no pudiera echar a correr. Ahí

estaba yo, en un calabozo siniestro. Pero hubo algo bueno: se acercó un guardia a la ventanita del calabozo y me dio unas naranjas. Esas cosas que a uno lo reconfortan. Al rato llegó un general





del ejército. Los tipos estaban muy preocupados porque Cuzco era, desde siempre, una zona insurreccional donde no era un dato menor la experiencia de ocupación de tierras. El tipo me quiso ver y me preguntó: “¿por qué no tiene zapatos?” “Me los quitaron,” respondí. “Entréguele los zapatos al prisionero”, ordenó. Un caballero. Entonces me empezó a preguntar. Y lo primero que me dijo fue: “usted es un oficial del ejército argentino, verdad?” Le dije que no, que era un civil. Él no sabía qué estaba pasando y dijo lo que primero se le ocurrió: oficial argentino.

Me sacaron de allí y me llevaron a la dirección de sanidad de la guardia civil, que era una especie de consultorio médico. Me echaron sobre una cama, con el general y varios guardias presentes, y dijeron: bueno, ahora va a hablar. “Usted es responsable de las cosas que diga, usted es responsable de lo que le ocurra. El responsable es usted por no colaborar.” Y ahí mismo apareció un tipo con bata blanca con una inyección y me la aplicó. Creo que era lo que llaman la droga de la verdad, pentotal sódico. Lo que sé es que ahí perdí el conocimiento. También sé que no dije nada que no hubiera dicho ya.

Luego me trasladaron. Temían que pudiera haber un golpe para liberarme. Tenían mucho miedo. Nos llevaron a todos justo al cuartel del ejército al que le teníamos ganas, al que habíamos pensado atacar y del que teníamos todos los datos. Y nos metieron en un polvorín que no estaba en uso, todos tirados en el suelo. Al día siguiente nos llevaron al aeropuerto. Y eso fue una cosa impresionante, porque todo el aeropuerto, que era un espacio de tierra, estaba rodeado de gente, de público. Todo el borde del aeropuerto, que a lo mejor sería de dos cuadras por seis, no era mucho más, rodeado de gente. No pasó nada, pero era una solidaridad impresionante. Mucha gente creía que éramos cubanos. Ahí estaban los soldados. Y nos llevaron a Lima, al cuartel de la PIP, Policía de Investigaciones de Perú. Por la noche nos sacaron a un lugar que estaba cerca del mar...

La llamada Casa de Drácula, en Lima, donde se torturaba

Puede ser. No recordaba ese nombre. El caso es

que nos llevaron cerca del mar, se oían las olas. Colgados, con las manos atadas a la espalda, nos subían y nos bajaban, y nos golpeaban. Cuando terminó el interrogatorio, nos trasladaron de vuelta a la policía de investigaciones, donde nos tuvieron un mes.

A esa altura ya habían capturado a casi todo el grupo, no sólo a los que estábamos en el camión, sino a gente que estaba en Lima, y que poco a poco fue cayendo. Por supuesto que ni Nahuel Moreno ni Boggio estaban ahí, no sé dónde estarían. Finalmente se terminó la incomunicación y nos llevaron, al cabo de un tiempo, todos esposados y encadenados, al puerto de El Callao, cerca de Lima, y de ahí en lancha a la colonia penal El Frontón, isla-prisión histórica, de toda la vida, albergue de presos comunes y políticos. Habían estado los apristas, sobre todo, comunistas, trotskos, toda clase de gente había estado ahí. El Frontón tenía un embarcadero, pero muy precario. Una de las impresiones fuertes fue ver a la población penal de El Frontón. Primero, porque la inmensa mayoría era campesina, con las ojotas de suela de neumático. Los que no eran campesinos eran pobres de la ciudad de Lima. Todos desarrapados a un nivel que es imposible de describir.

El Frontón era muy duro por el clima marítimo, estábamos en una isla, lejos de la costa. Custodiados por la guardia republicana, que es una especie de guardia civil para fronteras y edificios públicos. ¡Había un hambre! Allí no se cocinaba, sólo se hacían algunos caldos. La comida venía de afuera. Todos los días llegaba la lancha con alimentos, cocidos o crudos. Veíamos bajar a veces un cuarto de vaca, o media vaca. Dos mil presos para un cuarto de vaca es poco, pero algo te tiene que tocar. Pero no, nunca te tocaba.

¿Por qué?

Porque había un negocio. Muchos presos se dedicaban a la compra-venta de todo y le compraban al carnicero. Calculó el precio de cada trozo. Todo se vendía. Entonces, lo que llegaba al preso, finalmente, era nada. Muchos presos tiraban la sopa porque no tenía nada. Un plato donde la mitad era arroz hervido con un gusto terrible, porque





le ponían algún aceite de carro y en la otra mitad del plato había un guiso de lo que fuera. Lo que fuera podían ser pellejitos, en un plato a lo mejor te tocaban dos o tres pellejitos con un líquido sospechoso. Muy poco para comer.

Los parientes comenzaron a llegar con algunos víveres y nosotros nos organizamos. Por suerte teníamos una ventaja: tenían miedo de los presos políticos. Cuando ingresamos hubo temor porque los tres estudiantes tenían una pinta de "pibitos", es fácil de imaginar. Los presos podían violar a cualquiera. El director, que era comandante de la guardia republicana, me dijo: "mire, Pereyra, le quiero advertir; cuide a esos chicos, yo me desentiendo de cualquier cosa que les pueda pasar, después no me vengan con quejas." Entonces, entre los compañeros comenzamos a cuidarlos. Y les dijimos: "a ninguno de ustedes tres se les ocurran andar solos."

Estaba el mar y antes del mar había una franja que podía ser de cincuenta metros de ancho, y una longitud de quinientos o setecientos metros. En el espacio entre el mar y el más allá, donde empezaba el cerro, porque El Frontón es un cerro

todo de arena, en ese espacio había edificios, que era donde vivíamos los presos, pero no había otra cosa. Durante el día, desde las siete de la mañana cuando abrían las celdas de esos edificios, te soltaban y que Dios te ayude. Entonces ¿qué hicimos? En la lonja de tierra que había hasta los edificios, que era como una explanada, un espacio hasta el agua que estaba lleno de rocas, nos hicimos unas casuchas con cajones, chapas, con todo lo que encontrábamos nos refugiábamos en ese lugar. Y ahí comenzamos a cocinar. Los presos políticos teníamos el privilegio de tener una pequeña edificación que era la antigua biblioteca, que nadie usaba; también ahí cocinábamos, nos reuníamos, dormíamos si queríamos. Era un privilegio.

¿Qué comían?
 ¿Qué comida nos hacíamos? Una de las cosas que inventamos fue usar el arroz, la parte del guiso que nos daban, que era el noventa por ciento agua; el agua la tirábamos a la basura. Al resto lo aderezábamos con lo que le comprábamos a un preso que tenía un almacén. Vendía pimienta,



ají molido, sal, lo elemental para aderezar. Entonces, con los restos del guiso, con este aderezo y con el arroz armábamos un conglomerado que era nuestra comida. Claro, muy poca, y nos cagábamos de hambre. Había que cuidarse porque en El Frontón abundaba la tuberculosis.

¿Cuánto tiempo estuviste ahí?

En El Frontón estuve un año, y luego cuatro años y medio en El Sexto, en Lima, en una prisión que tenía la enorme ventaja de estar en la ciudad, facilitar las visitas, y el acceso a otras cosas. Aunque estábamos más encerrados que en El Frontón, que era al aire libre, donde podíamos meter las patas en el agua. En total fueron cinco años y medio. En El Sexto era más fácil ganarse la vida porque hacíamos cosas y las vendíamos. Después, durante un tiempo, Martorel y yo montamos un restaurante. Un tingladito con techo de cemento, al aire libre, el techito nos protegía, y ahí hacíamos comida y la vendíamos a los que tuvieran dinero. Primero comíamos nosotros, y

lo que nos sobraba lo vendíamos. Cada vez que iba mi familia a visitarme traía algunas cosas, pero no fueron muchas porque no le revalidaban el permiso de salida o de entrada al Perú, cada seis meses debían salir del país, y no teníamos dinero.

Pasaste cinco años y medio preso en Perú. En ese momento, el 29 de mayo de 1962, en el diario La Prensa, de Lima, Nahuel Moreno declaró que vos eras un aventurero y un loco...

Recién habíamos caído presos. ¿Eso dijo en el diario La Prensa?

Sí. Afirmó “Pereyra es un aventurero y un loco. Fue él quien coordinó el asalto y los planes revolucionarios”.

Es la primera vez que lo escucho.

Tengo en mi poder la carta que más tarde escribió Hugo Blanco defendiéndote, muy elogiosa hacia vos. ¿Por qué crees que Nahuel Moreno dijo eso de un compañero que estaba preso? (ver recuadro en página siguiente)

Supongo que para no ir preso él. Y eso que yo era militante de su línea política. Bueno, también para que el partido argentino no tuviera ninguna responsabilidad en esos hechos. Muy parecida a la política que tuvo el Partido Comunista, que realmente tuvo una política bien jodida en esa época.

Pero él, de hecho, había participado como dirigente en todas las decisiones...

Por supuesto, él me mandó a mí a Perú. Algo muy parecido ocurrió cuando la explosión del edificio de la calle Posadas, donde murió el Vasco Bengoechea y todos los compañeros. Nahuel Moreno mandó una carta al ministro del Interior, donde afirmó que el partido no tenía nada que ver. Se lavó las manos cuando nadie se lo pedía, lo hizo preventivamente. No era un caso de encarcelamiento, tortura y entonces el descargo. Eso se podría contemplar. Se podría contemplar como un descargo. Pero lo dijo desde la calle nomás, desde su casa. Eso pinta al personaje.

Y resulta que un buen día lo enjuician a Moreno,

que no había estado preso. Pero lo enjuician en Perú por los hechos nuestros y lo ponen como responsable principal junto a mí, Martorel y Kreuz. Ese juicio significaba, por lo menos, que él iba a ser detenido en cualquier país de América latina. La única solución frente a eso era que se hiciera el juicio. Porque, hecho el juicio, si uno está preso un tiempo mayor del que pide el fiscal, te tienen que poner en libertad. Nosotros siempre pedimos el juicio. Y desde Argentina no nos daban ni pelota. Pero cuando surgió el enjuiciamiento de Moreno, se arregló con un abogado, no uno de nuestros abogados, sino con un abogado de Lima dedicado a esas cosas. Se habló con el presidente de la Corte Suprema de Lima, y el tipo respondió que se podía sacar el juicio con una petición de pena de siete años para los cuatro. Pero eso costaba dinero. No sé cuánto, pero supongamos que hayan sido dos millones de soles. Y en la Argentina entonces apareció el dinero. Dinero que se destinó no para pagar la actividad del partido peruano, sino a pagar ese arreglo. Claro, a nosotros nos pareció bien, porque si no de ahí no salíamos más. Si el partido tenía dinero para ese arreglo, que lo hiciera. Después nos enteramos de todo. Hubo colectas que incluyeron alianzas de matrimonio, y otras cosas. Cuando llegué a Buenos Aires, después de mis cinco años y medio en cana, comencé a ir a reuniones con compañeros militantes del partido, que estaban emocionados de conocerme, ya que era un héroe en el partido. Una pareja me contó que ellos hicieron un gran esfuerzo económico, una colecta, y que todo el mundo puso lo que tenía y lo que no tenía para pagar nuestra libertad en el Perú. Pedían que se hiciera nuestro juicio y saliéramos en libertad. Ellos, por ejemplo, entregaron sus alianzas, que era lo único que tenían. Yo me quería morir de la emoción, porque nosotros, desde la cárcel, habíamos estado años pidiendo ayuda económica, años. Y nunca... ni contestaban a los pedidos. Y esta parejita joven estaba contenta, feliz de haber cumplido con un deber revolucionario, ¿será posible?

En diciembre del 1966 Hugo Blanco escribió

FRAGMENTOS DE LA CARTA ABIERTA QUE HUGO BLANCO ESCRIBIÓ A DANIEL PEREYRA Y QUE FUE PUBLICADA EN EL PERIÓDICO LA VERDAD NO. 69 EL 5 DE DICIEMBRE DE 1966.

Hermano Daniel:

No puedo dejar de dirigir estas líneas a mi maestro, camarada, mi amigo, en los momentos más duros de mi vida. Admiro a todos ustedes los expropiadores Daniel.

[...]

A mí me van a decir que ustedes son aventureros, camarada! A mí que he aprendido la abnegación, la constancia y el empuje revolucionario de Daniel Alberto Pereyra, valiente, sacrificado y honesto dirigente metalúrgico como hay pocos.

[...]

Camarada Daniel: cada calumnia, cada ofensa, cada desconfianza acerca de vuestra integridad revolucionaria los engrandece más. Esa integridad es un modelo a imitar para mí y para muchos otros revolucionarios, nos esforzaremos en lograrlo.

[...]

Daniel, ahora más que nunca me esforzaré en ser un buen discípulo tuyo. Saludos para todos los revolucionarios expropiadores. Inclusive para los que me abofetean desconfiando de vuestra integridad.

una carta abierta dirigida a vos, que dice: “hermano Daniel, no puedo dejar de dirigir estas líneas a mi maestro, mi camarada, mi amigo, en los momentos más duros de mi vida.”

Sí...La escribe desde la cárcel, donde estaba con pedido de pena de muerte. Allí también menciona a Kreuz como un valiente dirigente sindi-

cal... y es una linda defensa porque a nosotros nos acusaban de extranjeros.

¿Esa carta tiene algo que ver con la acusación de Nahuel Moreno hacia vos, cuatro años antes?

No estoy seguro. Porque Blanco nunca, nunca, ha dicho una palabra sobre Moreno...al menos que yo recuerde. Pero, evidentemente, alguna relación tiene que haber. Él hace poco me regaló su libro. Pasó por Madrid y me regaló su libro con una dedicatoria donde dice nuevamente mi maestro, mi amigo...

Durante esos cinco años y medio, mientras estaban presos ¿el partido no los ayudó con nada?

¡Por favor! Ni chocolate. Yo, que era loco por el chocolate. Pero iban los compañeros con menos dinero del que tenía yo en la cárcel. Una vez me fue a visitar un compañero que era médico, mi mujer Juanita estaba presente; era la hora del almuerzo y el tipo sacó un frasquito. Le pregunté si estaba enfermo. No, no, respondió. ¿Qué es eso? Yo soy médico y consigo vitaminas. Y es alimento. ¿Cómo nos iban a dar dinero a nosotros si el portador lo único que nos podía dar eran tres pastillas de vitaminas?

¿Podemos hablar del Vasco Bengochea?

No, porque lo viví desde muy lejos. Todo el episodio de Bengochea y la calle Posadas lo pasé estando en la cárcel.

Después de la experiencia peruana y el regreso a Argentina ¿Cuál fue el proceso dentro del PRT?

El período que va desde 1968, año de la ruptura con Moreno, hasta 1970, que es cuando se produce nuestra ruptura con Santucho, son dos años al rojo vivo. Se lo puede caracterizar así: es el período en el cual Santucho comienza a desarrollar teórica y prácticamente su política. Se hace con la dirección efectiva del partido, por más que nosotros teníamos los cargos políticos, él controlaba las principales regionales; controlaba el norte, Rosario, Córdoba, Tucumán, que lo seguían desde tiempo atrás. Él aprovecha ese período para tratar de ganar la mayor cantidad

de gente posible de nuestro sector y fortalecer la aplicación de su línea. Selecciona a la gente y cuando se hace el V Congreso aparece con sus tropas perfectamente encuadradas. La relación se fue deteriorando poco a poco. Yo comienzo mi ruptura con Santucho en una reunión del comité ejecutivo donde él presenta su plan militar que consistía en lo siguiente: crear el ejército, el ejército debía tener un comandante en jefe, y sólo uno, y ése era él, porque él era quien tenía más experiencia, más clara la línea, etcétera.

El plan operativo consistía en abrir zonas militares, guerrilleras, para lo cual había que conseguir el armamento para cinco destacamentos militares importantes, o compañías. Estaba por supuesto Córdoba, Tucumán, Rosario, y en Buenos Aires posiblemente hubiera dos regiones, no estoy seguro. Ah, había otra, El Chaco, que era una locura, porque ahí no teníamos proletarios ni campesinos, ni militantes ni nada. Para conseguir el armamento para esos combatientes proponía el asalto a cuarteles, que es el lugar donde hay armamento; porque en una comisaría se podían obtener cuatro pistolas y dos fusiles. Pero estaba hablando de armar compañías de cien hombres cada una, y para eso se necesitaban cien FAL. Ni siquiera metralletas. Estaba hablando de compañías capaces de enfrentar al ejército en un choque armado. Entonces yo me planté. Dije que eso no era lo que habíamos resuelto, que no era nuestra línea, que no estaba de acuerdo. Que lo del comandante en jefe era una locura, porque ni ejército había. ¿Y qué experiencia militar real tenía él? Bueno, una cosa muy dura de mi parte. Por supuesto él se puso verde y ahí se terminaron las buenas relaciones. Y punto. Eso debe de haber sido hacia finales de 1969.

Posteriormente se hace el V Congreso, que lo organizan sin avisarnos. Nos dejan al margen. Hacen el V Congreso y comienzan a operar, aunque yo creo que ya habían comenzado antes para financiar el Congreso, porque si bien no era demasiado dinero el que se necesitaba, de todas maneras había que trasladar treinta o cuarenta personas de todos los puntos del país a una de las islas en el Delta.

¿Por qué razón ustedes se oponen a ese proyecto?



Nosotros no creíamos que fuera el momento de declarar una guerra revolucionaria. Pensábamos que no estaban dadas las condiciones políticas, militares, sociales para crear un ejército revolucionario y declarar una guerra revolucionaria. Por más que hubiera una efervescencia de la lucha de clases, con el Cordobazo y el Rosariazo, eso no justificaba declarar una guerra revolucionaria con cinco o seis focos. Si el mismo día, a la misma hora, o en el mismo mes, vas y asaltas seis cuarteles, no hace falta que lo pongas por escrito, sólo un idiota no entendería que hay una fuerza que ha declarado la guerra al ejército. Si no al Estado, por lo menos al ejército. Nosotros no veíamos que existieran las condiciones necesarias. Además, no creíamos que nosotros fuéramos un partido lo suficientemente fuerte para hacer una cosa de esa envergadura. Era realmente el sueño de una noche de verano, una locura.

¿Quiénes te acompañaron en esa posición?

Todos los que en ese momento éramos la mayoría del Comité Central y del buró político. Es decir, nombro primero los que después se abrieron con una fracción: Lagar, Sergio Domec, Elio Prieto, el Vasco Urretavizcaya, Alejandro Dabat. Y gente más abajo de la escala, pero esos fueron los fundamentales. Y con Santucho se quedaron Luis Pujals, Pedro "El indio" Bonet, Gorriarán Merlo,

José Mena, y algunos otros. Pero más o menos esos eran los dos elencos fundamentales.

¿Ustedes se quedan con alguna infraestructura?

Sí. Pero tampoco había mucho. Entre otros problemas, no había dinero. Eso lo resolvió Santucho inmediatamente, por las vías que te podrás imaginar.

De todos modos, el sector de ustedes, que aún no tenía nombre, no renegaba de la lucha armada

No. Pero había muchos matices. En ese momento existían dos sectores opuestos a Santucho. Uno es el que un año después se llamó Grupo Obrero Revolucionario (GOR). El otro, donde estaba Lagar, no adoptó ningún nombre. Este último grupo era partidario de la línea de autodefensa, ayudar a los trabajadores en lucha cuando había problemas, ir preparándolos, punto.

Al sector de Lagar los santuchistas lo denominaban sindicalista. Y a nosotros creo que nos decían reformistas, centristas más bien, que no estábamos ni con Dios ni con el diablo. Eso duró poco, porque ahí el único que tenía política de verdad, era Santucho, buena o mala, pero él sabía lo que quería, iba para adelante sin mirar para el costado. Había tirado los espejos retrovisores del coche. Mientras que nosotros estábamos en un marasmo, porque con el sector de Lagar enseguida empezamos a tener diferencias gordas. Ellos, en





Tapa del libro publicado luego del secuestro de Hugo D'Aquila, jefe del servicio de psiquiatría de Villa Devoto.

el terreno armado o de la violencia, prácticamente no querían hacer nada. Decían que sí, pero bastaba que propusiéramos algo para... Eso duró muy poco. Y al poco tiempo ellos se separaron.

¿Tenían algún nombre ya?

Que yo sepa, en ningún momento se pusieron un nombre. Tampoco nosotros, hasta después de un año. Al cabo de un año todo eso se había ido diluyendo, una serie de gente se fue por distintas razones. Por ejemplo Elio Prieto, "Candela", que era uno de los más militaristas de nuestra fracción... Al poco tiempo, abandonó la militancia, se fue a Chile. Hubo gente que se fue porque nada estaba claro. Unos poquitos tuvimos claras las cosas, o creímos tenerlas por lo menos, y formamos el GOR. De los antiguos dirigentes, en ese grupo estaba sólo yo. Después había cuadros medios; dos que venían del movimiento estudiantil, de muy buen nivel, uno era Luis Antonio Barassi, "José", que es uno de nuestros desaparecidos, y su compañera Chela. En esa época era del buró político. Él desapareció. A Chela, su compañera, la tabicamos completamente, porque tenían una nena chiquitita.

¿Cuántos eran más o menos?

Al comienzo, seríamos diez, veinte. Enseguida empezamos a crecer, porque toda esa gente tenía

trabajo político. Yo creo que uno de los que estaba al comienzo era del sindicato de prensa. Él era de Télam, y después era de la directiva del sindicato de prensa. Y de la corriente clasista.

Era el grupo fundacional. Enseguida comenzamos a buscar a la gente que no se había ido con Santucho y que estaba en el aire. Hablamos con cada uno de ellos y sumamos compañeros. Rápidamente crecimos con un número apreciable.

¿Cuáles fueron los primeros trabajos de base?

Para nosotros era muy claro que el trabajo en el movimiento obrero y estudiantil era fundamental, y que había que desarrollarlo como trabajo de base. Los lugares donde teníamos trabajo eran en prensa, metalúrgicos, visitadores médicos, ferroviarios. Trabajo sindical atendido por el partido debíamos tener en ocho o diez ramas, pero eso no significa que tuviéramos allí militantes. Y después en dos o tres facultades había agrupaciones estudiantiles que controlábamos.

¿Frente al tema de la violencia, cómo se definían?

Nos definíamos como no militaristas pero estábamos de acuerdo en practicar la violencia: primero como autodefensa del movimiento de masas dónde y cuándo fuera necesario y posible. Segundo, como forma de abastecimiento del propio destacamento



revolucionario y como propaganda de masas. Pero a partir de reconocer que éramos una organización pequeña, sin experiencia militar. Empezamos haciendo una serie de acciones de propaganda de masas, cajas volanteadoras, ese tipo de cosas.

¿Y la relación con la IV Internacional?

Nosotros seguimos siendo adherentes, simpatizantes de la IV. Pero no te olvides que en la Argentina había otro grupo que era Fracción Roja, y ellos sí eran bastante militaristas y miembros de la IV. Es la historia de la Liga Comunista y de la Liga Comunista Revolucionaria. Ambos tenían mejor relación con la IV que nosotros. Eran más herederos de Santucho que nosotros.

Después la Fracción Roja se dividió en dos. El comité militar de la provincia de Buenos Aires era uno de los dos más importantes que tenía el ERP, y de los más fuertes que existían en todo el país. Luego se produjo otra escisión en el comité militar de Buenos Aires que dio origen al ERP 22. Surgido en medio de las elecciones de marzo de 1973 cuando se discutió si había que votar en blanco o al peronismo.

Nosotros, sobre todo, hacíamos trabajo político, publicábamos documentos, íbamos creciendo. En 1975 tendríamos cien militantes. Habíamos crecido en el movimiento obrero y en el estudiantil. En el movimiento obrero habíamos creado la Corriente Clasista, con gente que no era nuestra, y también con militantes nuestros, sindicalistas clasistas de verdad. Teníamos un trabajo muy importante.

El GOR estaba en Capital Federal y en Buenos Aires. No tenían mucho trabajo en el resto del país. Nada.

En un momento se vincularon con el grupo FAL-América en Armas.

Lo que vimos en ellos fueron ciertas similitudes políticas. Eran bastante cuidadosos y con más experiencia militar que nosotros. También tenían menos desarrollo político, y no demasiado entusiasmo por tener un gran desarrollo político. Pero era un grupo interesante. Sacamos volantes en común. Hicimos el operativo del psiquiatra y publicamos un libro sobre esa acción. (Se re-

fiere al secuestro e interrogatorio de Hugo Norberto D'Aquila, jefe del Servicio de Psiquiatría de la cárcel de Villa Devoto, realizado en 1973)

Y después otro secuestro, que es el del médico del frigorífico Tres Cruces.

Sí. Esa acción fue resultado de la experiencia sindical. Era un médico patronal que maltrataba a las obreras. Lo interrogamos y finalmente lo obligamos a renunciar y pedir perdón públicamente a todas las trabajadoras del frigorífico. También publicamos un libro con sus confesiones.

Hay una operación en la que van a cobrar el rescate de un ejecutivo que tenían detenido y en el que te hieren de bala. ¿Eras el principal dirigente del GOR y estabas en primera línea?

Sí, fue en Niceto Vega y Juan B. Justo. Íbamos un compañero de la FAL América en Armas y yo. Para nosotros no había primera línea. Cuando había que hacer una acción armada procurábamos hacer un reparto de tareas. Veíamos quién estaba capacitado y punto. Y también procurábamos no recargar en una persona demasiadas operaciones. Que se me haya elegido a mí para participar en eso no era una excepción.

El episodio fue malo. Supongo que estuvo mal planeado. El asunto es que había un equipo de dos personas, que éramos quienes teníamos que hacer el cobro, y otro equipo de contención, de apoyo, que serían cuatro, todo el mundo convenientemente armado. Tampoco era una operación tan importante como para dedicarle mucha más gente. El asunto es que algo funcionó mal y se cortó la conexión entre los dos cobradores y el grupo de apoyo. Por un problema de retraso en todo sentido. El momento en que el pagador tenía que tirar el paquete del dinero desde el puente de Juan B. Justo hacia abajo, se retrasó. Y nosotros nos quedamos solos. Ésa fue la falla fundamental. No teníamos apoyo. Nosotros estábamos en el coche debajo de ese puente, es una encrucijada rara. Y en un momento apareció la policía. No sé si estaban en coche o a pie, porque ahí había un taller mecánico que ocupaba la calle y muchos coches. Conclusión: que en ese momento empezaron los tiros. La policía nos em-

pezó a tirar. Y nosotros a responder. Y ellos empezaron a acercarse a donde estábamos nosotros. Estaríamos a treinta o cuarenta metros. En esa circunstancia fue que me hirieron. Los dos estábamos sentados dentro del coche. A mí me falló la pistola; nos bajamos pero yo estaba herido. Él salió primero y yo detrás de él, como a treinta metros. Con los policías atrás, disparando sus armas. Una situación bastante complicada. El compañero de América paró un taxi que milagrosamente pasaba por ahí. Con el chofer amenazado fuimos hasta un lugar cercano en donde estaba la posta sanitaria.

Y sobreviviste. Una vez más

Sí, una vez más. La primera fue en Cuzco. Aquí la herida fue en el vientre, una zona peligrosa. Me sacaron una radiografía en un hospital gracias a la intervención del PRT.

También tuvieron una estrecha relación con Orientación Socialista

Al Vasco Vizcaya, dirigente de Orientación Socialista, que había roto con Santucho, lo conocía de mucho tiempo antes. Luego se alejó y al cabo de un tiempo recuperamos la relación. Era un grupo pequeño, bastante clandestino. Con ellos hicimos algunas cosas juntos. Entre otras, la más grande que hemos hecho, la estafa al Banco Nación.

¿Durante la dictadura?

Sí, sí, ya en la dictadura. En junio-julio de 1978. Y poco después salimos varios del país. Fue una linda operación, de verdad, bordada. Fue una operación que tiene su historia. Estaba basada en la información que traía Orientación Socialista. Ellos la propusieron, la diseñaron, y nos preguntaron si nos interesaba, porque no tenían gente suficiente para realizarla. Era una acción muy compleja que consistía en lo siguiente: falsificar órdenes de giros de sucursales del Banco de la Nación del interior del país contra el Banco de la Nación de la Capital Federal. Eso implicaba muchas cosas. Intervenir la línea telegráfica por la cual iba y venía la confirmación de ese giro, lo cual implicaba ir a un sitio y subirse a un poste. Después la falsificación de los giros, que tenía

que ser técnica, y muy buena, porque era un giro bancario, no cualquiera lo hacía. Los giros eran personales, a nombre de personas, y eso implicaba falsificar documentos a nombre de esas personas, documentos con la cara del portador que coincidiera con la cara del documento. Y personas portadoras de esos documentos que fueran a los bancos respectivos a hacer el trámite, y esperar ahí a que le dieran el dinero. Era complicado técnicamente, y delicado, y requería un montón de gente. Porque el cobrador no iba solo, sino que había un compañero que debía vigilar, y porque se suponía que ocho o diez compañeros estarían haciendo el mismo trámite en otras sucursales.

Esto se hizo durante dos o tres días. Y salió perfecto. No saltó, no pasó nada. Un compañero cayó preso pocos días antes de realizarla. Era Roberto Ramírez, que ya murió, que venía de la Liga Socialista Revolucionaria. El compañero estaba detenido y conocía la operación, pero mantuvo silencio. Recaudamos una buena cantidad, no me acuerdo cuánto, pero una buena cantidad. Ellos pusieron el dinero de los gastos, y luego se lo restituimos. Todos muy contentos porque con eso nos salvamos. Pudimos pagar viajes de salida del país a alguna gente que corría peligro, ponerle casas a compañero que estaban muy mal, armar toda una infraestructura. Y no cayó nadie. Ni en ese momento ni después.

¿Cuándo comenzaron las primeras caídas?

Una caída muy importante se produjo antes del golpe; la de "José", Luis Antonio Barassi y un compañero de la dirección estudiantil de La Plata. Fue en noviembre, diciembre. Pero por ellos no cayó nadie. La gran caída fue junio, julio de 1976. Ya en pleno accionar de la represión. Había un intento de coordinación y de unificación de distintos grupos trotskistas, pequeños, que en algún momento la llegamos a llamar la multitroska. El asunto es que se reunieron en un sitio y ahí cayeron, entre ellos Roberto Ramírez, al que conocíamos como "El viejo Guillermo". Era arquitecto de La Plata, poeta, y concurrió a la reunión como miembro de nuestra dirección. Se portó como un señor porque él estaba a cargo de una casa con imprenta, con mucha maquinaria. Fuimos con un equipo y sa-



camos todo. Recién al tercer día de su detención cayó el ejército. El viejo había aguantado como un señor a pesar de que lo torturaron brutalmente. Nosotros lo vimos después, cuando salió. Estuvo en la Escuela de Mecánica. Tiempo después, desgraciadamente lo fuimos a ver morir; estaba enfermo viviendo en Suecia, y le quedaban muy pocos días. Muy probablemente como consecuencia de su estancia en la ESMA.

¿Qué pasó con los sitios más expuestos, los trabajos en los frentes de masas?

Ahí no tocamos nada, porque en los frentes de masas había una actuación bastante cuidadosa. El trabajo de superficie, que era la Corriente Clasista, la sumergimos un poco más. Se sacaba un volante y ya no se repartía en mano, se empleaban cajas volanteadoras u otros métodos. Ése era el frente principal que más había que proteger.

Cuando se produjo el golpe, Santucho dijo “argentinos a las armas”, ésa fue la consigna

Una vuelta de tuerca más a la declaración de guerra.

Después de este recorrido, ¿Cómo evaluas la existencia y el accionar político de La IV Internacional? ¿Ha dejado de existir?

Estás muy equivocado. La IV existe, con todas las debilidades, pero existe. Acá hay un partido, que lleva años, que es la sección de la IV en Portugal, hay una sección que es el bloque de izquierda, que tiene dieciséis diputados. Hay secciones en Inglaterra, en Bélgica, más pequeñas, en Italia, en Alemania. Hace poco se hizo un congreso de la IV.

En el caso argentino el morenismo se dividió entre diez y veinte trozos. Esa es una de las cosas que yo le reprocho a Moreno. ¿Cómo es posible que una organización que tenía a Nahuel Moreno, dirigente supremo, indiscutible, que supo estar en la ilegalidad, que llegó a tener cinco mil seguidores, que hacía actos de masas públicos importantes, cómo es posible que a la muerte de este hombre, y al cabo de uno o dos años, esa organización haya desaparecido? Quedando el grupo más grande, según se dice, de trescientas personas. Y después una miríada de grupitos. ¿Cómo es posible? Que toda esa vida de militancia, de cursos, de abnegación haya quedado reducida a





la nada. Que no hayan quedado herederos de ese dirigente. Para mí ese es su mayor crimen. En la Argentina, ¿qué es lo que queda? Son todos pedacitos. La propia internacional morenista que existió, se ha dividido como mínimo en dos. Una es la Liga Internacional de los Trabajadores, y la otra ni recuerdo como se llama. Cada una de esas tiene, en distintos países, secciones, grupos, que son pequeñísimos.

Pero la historia del trotskismo efectivamente registra muchas fracciones...

Lamentablemente ése es uno de los tantos prejuicios que existen frente al trotskismo. ¿Cuántas fracciones, por ejemplo, han surgido del maoísmo? Muchas críticas que se le hacen al trotskismo son justas, pero no son patrimonio exclusivo. Tienen que ver con todo el movimiento de izquierda y revolucionario del mundo. Esa crítica no es correcta. Sí, ha habido fraccionamientos, pero no es patrimonio exclusivo del trotskismo. En países como Francia hay partidos que tienen fracciones adentro, pero que funcionan con esas diferencias, legalizadas, además. Y no pasa nada. La principal enseñanza de Lenin, de los bolcheviques y de los mencheviques no ha sido aprehendida. Esa enseñanza era que no había un solo partido, que estaban los bolcheviques, los mencheviques, los socialistas. Y que muchas veces se unificaban antes de la revolución y también después. Eso no lo hemos aprendido. Acá, en España, sí se ha aprendido a convivir. Se ha apren-

dido una cosa: que el centralismo democrático es una mentira. ¿Qué significa? Que tienen que poder convivir ideas distintas. Aunque sean minoría. Y buscar la manera de que puedan convivir. Si no se consigue, no hay construcción del partido. Nosotros, que queríamos transformar el mundo, ¿cómo no fuimos capaces de hacer convivir esas distintas posiciones en un conglomerado para trabajar juntos, aun cuando no lleguemos a un acuerdo?

En los setenta, para nosotros la democracia era...

Una entelequia burguesa.

Algo ha cambiado ¿verdad?

Hay un trabajo famoso de Mandel, creo que se llama Democracia o Socialismo, donde él hace una defensa encarnizada de la democracia, y que fue criticado por el morenismo por reformista. Ahí defiende la democracia como sistema. No podemos renunciar a las banderas de la Revolución Francesa. Muchas de las cuales ni siquiera se han logrado imponer en el mundo. El derecho a la palabra, el derecho de reunión...

Hay experiencias, Uruguay por ejemplo, donde hoy gobiernan viejos militantes revolucionarios

No, yo estoy en contra. Plenamente. Pepe Mujica defiende medidas neoliberales. Yo no puedo estar de acuerdo. Ahora, que un revolucionario llegue a dirigir, por vía democrática, sí. Y que a lo mejor deba ir cediendo en cosas, sí, estoy de acuerdo. Pero depende ¿En qué cosas?

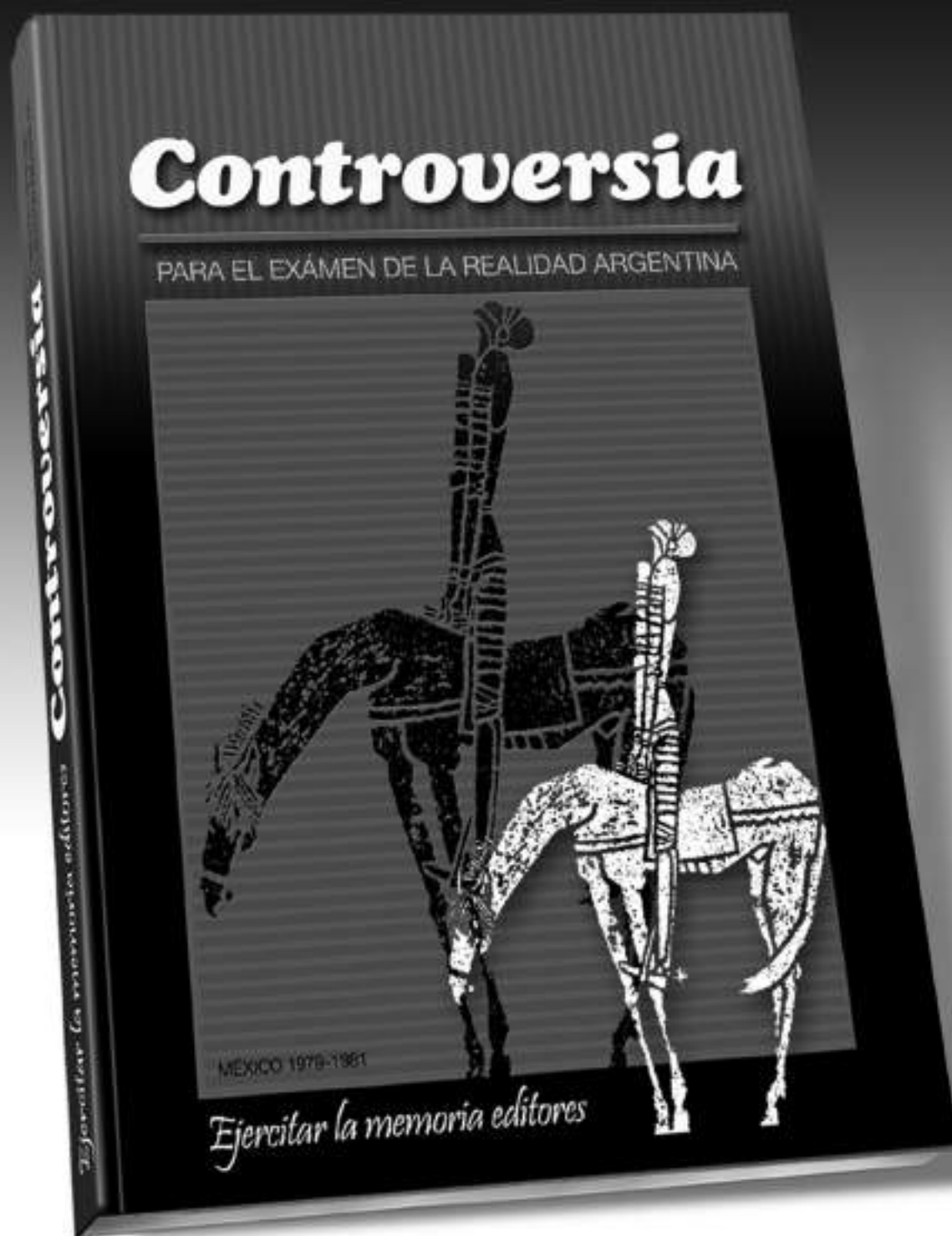
¿Sigue habiendo una expectativa revolucionaria, como la de entonces?

Sí, plenamente. Siempre en la medida de la relación de fuerzas, de las posibilidades. Nosotros tenemos un partido en Pakistán con siete mil militantes. Estuvieron en el último congreso. ¿Qué le vas a decir a esta gente? En Pakistán. Un país destruido por la guerra. Sí, hay que defender la democracia, pero qué democracia, no la de los yanquis.

Sergio Bufano - Madrid, Marzo de 2011



Un libro único...



La publicación cuenta con el auspicio de:

Ejercitar la memoria editores



Secretaría de
Cultura
Presidencia de la Nación



Universidad
Nacional
de Quilmes



Facultad de
Ciencias Sociales

Universidad Nacional
de General Sarmiento



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

prometeo
libros



DE LA TEORÍA A LOS HECHOS TRUNCOS: TACO RALO 1968

*¿Qué fundamentos explican la aparición de las FAP?
¿Cómo leer hoy esa experiencia y tratar de entender algunos de los detalles
que incidieron en ese proyecto?
La autora aborda el relato del fracaso de la operación en Taco Ralo,
así como algunos sucesos posteriores.*

PAULA SOMBRA

SOCIÓLOGA UBA Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales.
Asociada al Institut D' Histoire du temps Présent.

1. Enmarcado en una tesis de doctorado sobre la militancia política de los años 60 y 70 en el período actual de la Argentina, dirigida por los profesores Louis Quéré y Emilio De Ípola.

2. Citamos también el estudio de caso realizado por Cersósimo (2008), sobre Envar el Kadri. Cabe aclarar que las FAP suelen aparecer en varios estudios cuyo objeto remite a la izquierda peronista durante los años sesenta. Con más o menos énfasis, su aparición aparece siempre al margen.

Del intento foquista llevado a cabo por un grupo guerrillero peronista, en la localidad de Taco Ralo a finales de la década de los sesenta, se conoce bastante, pero poco se ha escrito.¹ Sin lugar a dudas, esta operación no ha llamado la atención suficiente del análisis crítico o de la mera reconstrucción histórica. De hecho, cabe aclarar que el tema de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP en adelante), dista mucho de ser frecuente en los estudios que aluden a los procesos guerrilleros en la Argentina. Si bien existen estudios sobre esta organización armada, y su grupo no armado —el Peronismo de Base—, lo cierto es que son exiguos. A su vez, y en casi todos los casos, se evidencia una reconstrucción parcial de los hechos, unas veces equívoca sobre ciertos aspectos relativos a su configuración ideológica, u otras, demasiado adheridas a la *experiencia acumulada* (Duhalde y Pérez, 2003 [2001]; Judez, 2010; Luvecce, 1993; Onrubia Rebuerta, 2007; Raimundo, 2004).² Omisión por un lado, distorsión por el otro. Todo esto parecería dejar constancia de una pretensión excesiva y, al mismo tiempo, simplificadora, por advertir como lectura sobre los acontecimientos revolucionarios el tópico del accionar de los años setenta. Y con particular interés, las experiencias militaristas de las organizaciones del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) y de Montoneros. Dentro de este marco de referentes, todo indicaría que la historia reciente se inscribe a partir del secuestro y el asesinato de Aramburu, la masacre de Trelew, para llegar enseguida a la masacre de Ezeiza, el asalto en Monte Chingolo y terminar con la represión ilegal y clandestina disimulada bajo el nombre de “Proceso de Reorganización Nacional”.





Néstor Verdineelli frente a la casa desde donde el Destacamento 17 de Octubre de las FAP partió para Taco Ralo. (Foto tomada en 2005).

La *teoría del foco guerrillero*, planteada después del triunfo de la Revolución Cubana por Ernesto Che Guevara (1960 y 1963), y desarrollada por Régis Debray –principal teórico del foquismo– (1964, 1967), condensaba los postulados sobre el comienzo de la vía armada. Según el Che, la victoria en Cuba, demostró que “las fuerzas populares podían ganar una guerra contra el ejército regular”; asimismo postuló que “no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución, puesto que un reducido foco insurreccional puede crearlas”; y para terminar, y considerando una estrategia continental postuló que “en la América subdesarrollada el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo” (Guevara, 1968 [1961]: 27).³ De ahí, que estas bases crearan expectativas, dentro de las primeras guerrillas argentinas, sobre la posibilidad de iniciar directamente la lucha armada, a través de una estrategia de fuerza insurreccional, y tomar el poder.

Nos proponemos explorar, de manera crítica, la reelaboración de aquella tentativa foquista, emprendida por las FAP en la localidad de Taco Ralo (al sur de la provincia de Tucumán), en septiembre de 1968.⁴ Para ello, nos interesa indagar la adhesión a la estrategia del foco y su reorientación en el contexto argentino, a partir de una hipótesis: las FAP dispuso de un universo argumentativo donde ciertas categorías fueron indisolubles de la experiencia histórica que les dio origen –el peronismo– así como del horizonte de la acción política futura a través del cual percibían hacer la revolución –la estrategia foquista–. Si la etapa que inicia la lucha armada estuvo subordinada a ciertas condiciones

3. Indudablemente a lo largo del texto, volveremos sobre la noción del foco armado.

4. En particular, agradezco a Néstor Verdineelli por haberme facilitado una vez más parte de sus recuerdos sobre este hecho que lo tuvo como protagonista.





políticas del momento, consideramos que fueron las narraciones de acontecimientos revolucionarios triunfantes, las responsables de la vulnerabilidad que muchas veces suponen las readaptaciones de las estrategias como viables para cualquier contexto.

Este estudio, que intenta enfatizar el operativo en Taco Ralo como un referente de las luchas de los años de 1960 y 1970 contra la dictadura, está enfocado a problematizar el tema de las omisiones de la memoria y de las escrituras de la historia. De ese modo, apuntamos a recobrar los hechos históricos relativos a ese pasado, pero también el significado de esa experiencia en el presente.

5. En este punto, doy las gracias a Eduardo L. Duhalde y a Roberto Baschetti por haberme facilitado una parte de sus archivos privados.

6. Este artículo toma algunos testimonios orales recogidos entre los años 2006 y 2008. Del total de 117 entrevistas semi-estructuradas, hemos utilizado sólo algunas, las más representativas, y en función al momento particular con el que elegimos trabajar.

7. Sin la menor intención de someter a juicio los relatos y/o refutar categóricamente los estudios citados. En todo caso, a lo largo del texto haremos referencia a estas fuentes, a veces para reforzar nuestras hipótesis, otras en cambio, para poner a prueba sus conjeturas a los efectos de corregir continuas confusiones que los trabajos hasta la fecha actual suelen exponer.

A lo largo del texto, hemos recurrido al uso de fuentes impresas (diarios, folletos, volantes, cuadernillos, revistas, así como los trabajos escritos hasta el momento),⁵ así como al uso de fragmentos de relatos.⁶ Salvo excepciones, no se trató aquí de cotejar las fuentes.⁷ Por ello, hemos conformado este trabajo a partir de un tiempo pasado –en el que volvemos a situar los hechos en su contexto–, y de un tiempo presente –el de la crítica– revisitado a través de los surcos de los recuerdos de algunos de sus actores, y de las representaciones simultáneas de sus anhelos y sus imposibles.

Cuatro interrogantes estructuran nuestra argumentación: ¿Qué fundamentos explican la aparición y desarrollo de las FAP? ¿Cómo leer hoy, esa experiencia en Taco Ralo, y tratar de entender algunos de los detalles que incidieron en la búsqueda por hacer la revolución? ¿Cómo pensar los años de 1970, y omitir por otra parte las primeras experiencias de lucha (cuyo nacimiento se remonta al inicio de los años de 1960) que anunciaban las prácticas políticas del decenio posterior? ¿Cómo se otorga o se oculta un interés por los pasados de improntas revolucionarias en el tratamiento y reflexión del tiempo presente? El texto se divide en tres secciones. Primero, examinaremos ciertas concepciones políticas de la época cuyos rasgos orientaron el desarrollo de las FAP. Al mismo tiempo, describiremos –en forma breve– las condiciones políticas en las que dichos conceptos tuvieron lugar. Segundo, daremos cuenta de la interpretación en la insurgencia argentina de uno de estos conceptos: la estrategia del foco, y la posibilidad de desarrollar la guerrilla en Argentina. Lo que nos interesa destacar aquí, es que las premisas metodológicas sobre las que se sustentaban –la lucha armada, a través del foco– y su sentido último –el retorno de Perón, y la Liberación Nacional para llegar a la “Patria Justa, Libre y Soberana”– funcionaron como gérmenes de este grupo en particular, y en gran medida como estrategia disparadora de la guerrilla urbana. Tercero, abordaremos el relato del fracaso de la operación en Taco Ralo, así como algunos sucesos posteriores.

FIGURAS Y ESQUEMAS DE ACCIÓN: ALGUNAS CONCEPCIONES PARA LA LUCHA ARMADA

El período abierto tras la dictadura del General Juan Carlos Onganía en el año 1966 funcionó como el desencadenante de un proceso de movilización





Amanda Peralta (foto tomada por la autora en Gotemburgo, 2008). Amanda falleció en enero de 2009.

de masas sin precedentes, del desarrollo de una izquierda peronista y marxista, y de la intensa actividad política, cuyos rasgos se venían perfilando desde la etapa de la Resistencia Peronista y que, hasta ese momento, había tenido escaso impacto sobre la sociedad de la época.⁸

Paralelamente, los años sesenta fueron tiempos en los que soplaban vientos de liberación nacional. Los acontecimientos en América latina como en otros países del Tercer Mundo –Argelia, China y Vietnam– se posicionaron como los epicentros arquetípicos de esas corrientes emancipadoras.⁹ En particular, el triunfo conducido por el Movimiento 26 de Julio y comandado por Fidel Castro, que culmina con la toma del poder el 1° de enero de 1959, ratificó que en América Latina se podía intentar cambiar radicalmente el orden social y político por la vía de las armas.

En buena medida, los hechos acaecidos en Cuba fueron contemplados como el modelo de una nación pobre y dependiente, pero susceptible de desafiar al imperialismo con el fin de instalar una política nacionalista revolucionaria y construir el socialismo (alejado de la izquierda tradicional, y sin la presencia de una clase obrera). En ese sentido, la guerra por la liberación en Cuba marcó la política de aquel momento, puesto que llevaba la voz cantante en lo que, al menos, atañe a las luchas contra la injusticia y la opresión. De modo que, si la Revolución Cubana había sido armada, la insurgencia argentina podía llegar a pensarse a través de métodos similares. Precisamente, este acontecimiento demostró la eficacia de una técnica para la toma del poder: *la guerra de guerrillas*.¹⁰

Los debates en torno a la necesidad de comenzar la lucha armada, empero, fueron desplazados rápidamente sobre la modalidad para inaugurar esas acciones. En aquellos años, *la concepción del foco guerrillero* tomó forma como estrategia para “detonar” la lucha guerrillera y llevar a cabo la revolución en Argentina. Sin

8. La exclusión violenta del peronismo y de las mayorías populares de la vida política, fomentó la creación de un movimiento: la Resistencia Peronista. Sus acciones de protesta se derivaron del tipo de gobiernos instaurado. Cualesquiera que hayan sido las prácticas (levantamientos militares, acciones de masa y operaciones de sabotaje) el objetivo estuvo puesto en “el retorno de Perón a la Patria”. La Resistencia Peronista fue un movimiento defensivo, sin una estrategia de poder única; y por lo tanto, la falta de una dirección común por parte de los diversos grupos. De ahí, que se infiera su impopularidad y su pérdida de legitimidad en la sociedad y la política de aquel entonces.

9. Para una caracterización completa sobre el contexto político internacional y nacional, ver Tortti (1999).

10. Luego de la revolución, Guevara escribió *Guerra de guerrillas* (1960). Tiempo después, su teorización continuó en “Guerra de guerrillas: un método” (1963). Este método fue considerado el eslabón inexcusable para lograr la estrategia de la guerra revolucionaria.





En esa vivienda se realizaron todos los preparativos, se juntó el material logístico y el armamento. Desde allí salió el camión que transportaba los equipos y también, de allí partieron los militantes hacia el monte. (La foto fue tomada en 2005).

perder de vista las condiciones políticas del momento, la implantación de un foco prescinde de la existencia de “una organización política de vanguardia”, así como de un trabajo político previo sobre la población antes del comienzo de las acciones armadas. Esta teoría revolucionaria consiste, según Guevara, en implantar en zonas rurales un primer grupo de combatientes, “el embrión” del futuro ejército popular (y del cual se desprenderían sucesivamente nuevos grupos de combate), a medida que se van movilizándolo hacia otras zonas. Al tiempo que se fortalecen las unidades armadas revolucionarias, se incorporan combatientes y se recuperan armas. Luego de haber lanzado las acciones armadas, ese grupo armado funciona asimismo como un “centro irradiador de conciencia” en las poblaciones. Esto permitiría obtener el apoyo de los sectores populares así como fomentar la necesidad general de hacer la

revolución. Desde luego, a través del desgaste de una acumulación de derrotas, la lucha armada va ganando terreno y, por tanto, comienza a invertirse gradualmente la relación de fuerzas y la mutación en un ejército regular. Recién en ese momento, se puede hablar de una guerra de posiciones, y se “estará listo para aplicar golpes definitivos” (Guevara: 1964: 32).

Por otra parte, destaca la importancia de las zonas rurales como lugares seguros para poder desarrollar la lucha guerrillera y asegurar la subsistencia del mando revolucionario. Esto no significa tampoco que haya que prescindir del apoyo de las fuerzas políticas de las ciudades. En todo caso, esos operativos deben ser un complemento. La confianza en la consolidación de una zona liberada brindaría, según Guevara, el sitio ideal para desplegar incluso las funciones del futuro aparato estatal. Mediante la derrota militar del enemigo, la tesis del foco se coloca, indudablemente y en definitiva, como el inicio de una estrategia mayor: la conquista del poder.

Lejos de querer encomiar esta estrategia revolucionaria, por las derrotas y aislamientos contraídos, queremos señalar que en la Argentina, la teoría del foco permitió estimular las iniciativas de la insurgencia, al tiempo que permitió poner de manifiesto “la concepción foquista no reflejó cabalmente la experiencia de la Revolución Cubana, sino la experiencia del Che Guevara en esa revolución”, como advierte Carlos Flaskamp citando la remarca de Néstor Scipioni (Flaskamp, 2002: 28). En efecto, en este camino de resignificaciones



y ajustamientos a realidades particulares, la reivindicación –o en todo caso, un reflejo, aunque siempre parcial– de la figura heroica de Ernesto Guevara “el Che” fue central. Esto no significa hablar, ni mucho menos, de guevarismo en las FAP: afirmar esto sería caer en un error.

Partimos del hecho de que tanto ellos como otros grupos políticos de izquierda fueron fuertemente influenciados por el énfasis del factor humano que el recorrido del Che condensó como modelo de combatiente.¹¹ No cabe duda de que su legitimación política no fue intelectual sino que se conformó desde lo sentimental y/o emocional. Como prueba y ejemplo de su heroicidad, Ernesto Guevara, en “El Socialismo y el hombre en Cuba” (reunidos en *Textos Políticos*, 1968), deja constancia de la visión que todo revolucionario debe poseer:

“grandes sentimientos de generosidad [...] debe unir a un temperamento apasionado una fría inteligencia. Nuestros revolucionarios de vanguardia deben idealizar este amor de los pueblos, las causas las más sagradas y hacerlo único, indivisible [...] En estas condiciones, hay que tener mucha humanidad, un gran sentido de la justicia y de la verdad [...] no aislarse de las masas [...] Todos los días hay que luchar para que este amor se manifieste en hechos concretos, que sirvan de ejemplo y que sean movilizados”. (Guevara, 1968: 294).

En este pasaje no puede dejar de verse una esencia, imaginaria si se quiere, de esa aptitud y espíritu humano a la acción, como motores de una condición necesaria que los conduciría hacia el éxito o fracaso de la lucha, y posteriormente hacia la garantía, o no, de la toma del poder. De modo que instigaba bajo la luz de lo humano y sobre cualquier otro apremio –prosaico, sin lugar a dudas– el núcleo de movilización de las luchas. Por otra parte, esta modalidad de enunciación se dirigía no solamente a instigar a los combatientes sobre la manera en la que deben concebirse para llevar adelante la lucha, sino y al mismo tiempo, los colocaba como los modelos para activar a las masas al combate. En ese sentido, el deber, el coraje y el sacrificio del revolucionario funcionaron como conceptos catalizadores, suscitando una conciencia revolucionaria y un entusiasmo combativo, que los lanzaba a pensarse como copartícipes de una empresa que pugnaba por el devenir de la humanidad. En la reverencia hacia aquella potencia subjetiva quedaba entonces forjada su figura misma, la del Guerrillero Heroico, y la del futuro hombre. Desde allí, entonces, un principio cobró fuerza: el *Hombre nuevo*. En palabras de Hugo Vezzetti, ese tópico “revelaba bien esa superposición de la lucha política con una ascesis subjetiva que debía alcanzar, idealmente al menos, una dimensión redencional” (Vezzetti, 2002: 96). Y lo hacía “en su doble existencia de ser único y miembro de la comunidad”, esto es: no sólo a través de sus tesis (que legitimaban la violencia desde lo humanamente respetado y éticamente correcto), sino también y sobre todo a través de su propia proyección, pretendiendo ejemplificar el compromiso, la renuncia, y la entrega incondicional hacia el camino de la construcción del socialismo y del individuo. Así, “cada día que pasa, [el hombre] debe tener una conciencia de la necesidad de su

11. Desde luego, esto incluyó otros sectores como la derecha peronista.

12. En lo que respecta al caso argentino, no existió un consenso en lo que refirió al supuesto -fallido- de haber querido extender el proceso revolucionario por el resto del continente.

Es cierto que para una gran parte de la izquierda latinoamericana se situó como la referencia “sobre la base de una fuerte reivindicación latinoamericanista”. (Rodríguez Elizondo, 1995: 134). En efecto, el poder concientizador de esta revolución llevó a que muchos militantes la pensaran en términos de unidad continental, y por lo tanto como una segunda independencia.

13. Recordar que los movimientos armados no fueron los únicos en relacionarse con Cuba. Habría que revisar las relaciones entre la “izquierda revolucionaria” y Cuba desde la perspectiva del desvío de la URSS sobre este país, así como las particularidades nacionales y la distribución de los financiamientos cubanos en el continente latinoamericano. Esto conduciría a pensar que la historia fue más compleja de lo que ciertos análisis, diríamos precipitados, dejan suponer. Ver Levesque (1976).

incorporación en la sociedad y al mismo tiempo de su importancia como motor de la misma”, advertía el Che (Guevara, op.cit: 285). En la construcción del socialismo, “el individuo es el actor” (*Ibid*: 282). Esta concepción casi mesiánica cobró relevancia y cuerpo, sobre todo después de su muerte, generando una identificación y un impulso al compromiso (quizás responsabilidad ética), en razón de su propio sacrificio. Y en aquella actitud de dejarse arrastrar por los hechos, quedaba plasmada la figura del revolucionario y de la revolución como anhelo. De ahí, el lugar incómodo en el que situaba al pasado, y la reivindicación por un futuro que les pertenecía, si ponían el énfasis en la lucha de aquel presente.

Sin duda, los alcances y repercusiones de aquellos ideales de luchas triunfantes, movilizaciones populares y combatientes ejemplares fueron especialmente significativos en el espacio político argentino. Resulta sin embargo difícil de valorarlo.¹² Es un hecho que el impacto de la Revolución Cubana así como las concepciones políticas y militares del Che Guevara no pueden explicar de forma exhaustiva la naturaleza de los movimientos armados en Argentina y en América latina. Y ello, como lo hemos dicho hasta ahora, más allá de haber sido innegable el vínculo entre dicho acontecimiento y los grupos guerrilleros en general.¹³ Pero lo cierto es que la fascinación por la Revolución Cubana, y la mística en torno a la lucha armada incidieron en la conformación de las organizaciones político-militares, inspirando a una reelaboración de aquel imaginario revolucionario en la Argentina. De una manera o de otra, pero en todo caso lejos de conferirle una pretensión universalista, este acontecimiento, junto con la figura emblemática del Che, se proyectaron como los referentes políticos ineludibles de una nueva izquierda, anti-institucional y revolucionariamente bélica.

Aunque fueron años de radicalización política, visiones revolucionarias y tópicos de *hombres nuevos*, el activismo político estaba sometido a ciertos compromisos, acuerdos, y tensiones propias. La militancia peronista conservaba bien sus raíces sobre ciertos recuerdos vividos, o tal vez narrados, acerca de un pasado construido desde la nostalgia. Pero también desde la memoria colectiva de una violencia política, que apuntaba a proscribir el peronismo de las esferas de la vida social y política.

En aquella época, la figura de John William Cooke fue clave como nexo entre las concepciones provenientes de Cuba, en particular las consideraciones del Che, y el activismo peronista.¹⁴ Según Cooke, ambas posiciones –con sus diferencias– compartían la evolución hacia el socialismo. En ese sentido, fue un promotor de la articulación entre el fenómeno de masas que significaba el peronismo, el marxismo y el nacionalismo. Así, y con la intención de alcanzar posiciones marxistas y revolucionarias –conforme pasaban los años– sus reflexiones estuvieron envueltas en contenidos pasados y futuros para evocar las necesidades actuales del movimiento y de su clase obrera –en tanto fuerza hegemónica– y desarrollar un programa revolucionario que condujera a la liberación nacional de los pueblos dominados. Retomando, en parte, el pensamiento de Evita (y tras de ella las figuras del “pueblo desposeído”) y transformándolo en aquel presente para definir el peronismo revolucionario (conforme también su postulado: “el peronismo será revolucionario o no será”), Cooke impulsó la transformación revolucionaria, la insurrección de las fuerzas populares



para tomar el poder, la lucha por una democracia y la independencia económica, y la implementación de una política anti-oligárquica y anti-imperialista. Desde luego, sus postulados se sustentaron en la necesidad de implementar la tesis del foco armado. En tanto emisario de los postulados guevaristas en Argentina, Cooke –junto con mujer Alicia Eguren– conformó una organización ARP (*Acción Revolucionaria Peronista*) para canalizar sus planteos teóricos, y cuyo objetivo consistió en “luchar contra la dependencia y la explotación por medio de la lucha revolucionaria” (Cooke, 1967). Al mismo tiempo, fue el coordinador de la formación política y militar de los militantes que llegaban a Cuba. No obstante, su contribución política e ideológica fue fundamentalmente teórica. En su entorno, existieron otras organizaciones que sí llevaron a cabo algunas acciones.



Nestor Verdinelli (2005).

Paralelamente, en las condiciones de intensa politización que se estaba viviendo, y la búsqueda inmediata de soluciones prácticas, comenzó a reafirmarse la necesidad de iniciar la lucha armada. A partir de algunos postulados y prácticas resultantes del ejemplo cubano –internalizado, pero sobre todo resignificado– un grupo de militantes peronistas decidió apartarse de ARP y empezar a dar inicio a la acción. Así lo recuerda uno de estos militantes:

“En aquel momento se hablaba de guerrilla, se decía de hacer la revolución, pero nadie concretaba [...] hacían equipos militares, recibían cursos, y ahí qué? Nosotros veíamos que se esperaba que todo llegara de Cuba y justamente era lo que pasaba en ARP. La gente esperaba que Cuba los abasteciera.” (V.C. Gotemburgo, 23/08/2008)

PARA UNA GUERRILLA PERONISTA: LAS FUERZAS ARMADAS PERONISTAS

¿Existe una teoría revolucionaria para llevar a cabo una acción insurreccional cualquiera que sea el contexto político?

Aunque este núcleo ya había desarrollado acciones políticas antes y durante la dictadura de Onganía, sin embargo sus intenciones eran diferentes. Antes de continuar, conviene aclarar la influencia de los intentos guerrilleros del

14. Fue Diputado Nacional durante el peronismo. Luego del exilio de Perón en 1955 se convirtió en su delegado personal en la Argentina y promotor de la Resistencia Peronista. Lejos nos encontramos de realizar un análisis pormenorizado sobre el peronismo revolucionario y el pensamiento de Cooke. Sobre ello, ver Gillespie (1989), o incluso los propios escritos de Cooke.





15. Tanto una experiencia como la otra, tuvieron el mérito de haber sido los primeros intentos por sintetizar la experiencia de la Revolución Cubana, y de haber tratado de llevar a cabo la guerrilla en la Argentina. Sobre los orígenes y el desarrollo de estos grupos, ver Salas (2006 [2003]) y Rot (2000).

16. Dirigido por Ángel Bengochea, y conocido posteriormente “el grupo de la calle Posadas” (1964). Esta denominación encuentra su razón en la explosión del departamento ubicado en la calle Posadas (Ciudad de Buenos Aires). Evidentemente, este hecho puso fin a la organización como estructura. No obstante, su proyecto intentó seguir curso.

17. Esto no significó hablar de guerrillas. Así, hacemos referencia a la toma de un puesto de la Aeronáutica en Ezeiza, provincia de Buenos Aires, en el año 1961. Así como el asalto al Policlínico Bancario, llevado a cabo por el M.N.L.- T., en el año 1963.



Comando “Uturunco” (1959-1960), y en particular, la del Ejército Guerrillero del Pueblo (E.G.P., 1963), para lanzar un foco rural en el Norte argentino.¹⁵ En esta dirección, se encontraba la segunda tentativa de llevar adelante un foco guerrillero –en Tucumán y Santiago del Estero– por parte de las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional (FARN).¹⁶ En menor medida, cabe nombrar algunas acciones urbanas.¹⁷ En esta dirección, queremos destacar la proximidad con las intenciones de este último grupo, puesto que una parte de los miembros de aquella bifurcación en ARP, habían sido anteriormente sobrevivientes de la explosión. Cabe añadir que una parte de ellos, recibió entrenamientos en Cuba. Por otra parte, dentro de la estructura de ARP, formaron parte del equipo militar.

Precisamente, ese pequeño grupo comienza a hacer operativos económicos o de obtención de armamentos, con el objetivo de continuar con la idea “apasionada” de lanzar un foco. Haciendo una reflexión –presente– sobre las exaltaciones que nacieron de esa influencia especular de la revolución cubana y de los preceptos y la figura de Ernesto Guevara, uno de los entrevistados reconoce:

“En aquella época, teníamos un planteo acerca del foco muy fanático. Nosotros decíamos que “si el foco funciona con 30, funciona también con 10”. Es decir, si el foco funciona es porque la idea del foco funciona. Entonces, no puede estar limitado por un número determinado de personas.” (G.A., Gotemburgo, 20/08/ 2008).

La pasión, o el fanatismo, por la acción armada, que conformaba la apuesta de la estrategia del foco, podía leerse como la manera de interpelar en ese momento un sentido que desafiara la búsqueda de un imaginario revolucionario.

Si bien al principio el número de adherentes fue reducido, no siendo éste un obstáculo para tomar decisiones precipitadas, lo cierto es que se asumió sin embargo la idea de aumentar el número de integrantes. Situados en la idea de persistir en los preceptos de –una variante– del foco rural, comenzaron a





Fotografía publicada por la revista Gente poco después de la detención de los guerrilleros.

buscar ese equipo. De aquellas primeras acciones de expropiación así como de relaciones precedentes, empezaron a surgir los contactos, no obstante, con miembros provenientes de diferentes campos de ideas. Evidentemente, la confluencia se dio “en base a ciertos acuerdos elementales [aunque y solamente] válidos por toda una etapa” (FAP, 1971, en Duhalde y Pérez, 2003 [2001]: 203). Por tanto, llegaron a tres resoluciones.

Primero, el reconocimiento del peronismo como el Movimiento de Liberación Nacional. Segundo, “la lucha armada como única forma de lucha” (Destacamento guerrillero 17 de octubre, 1969, en Duhalde y Pérez 2003 [2001]: 115). Tercero, si bien ellos se consideraban el principio de la lucha (el foco), su objetivo radicaba en librar –a largo plazo– la Guerra Total, es decir, una guerra popular y prolongada “por el retorno de Perón al poder y el establecimiento definitivo de una Nueva Argentina justa, libre y soberana” (Ibid: 111). Así, convergieron peronistas, nacionalistas provenientes de la derecha, grupos de la izquierda revolucionaria –marxistas– y sacerdotes con prácticas en villas y barrios obreros. Dentro de esta diversidad de corrientes, mencionamos: *Acción Revolucionaria Peronista* (A.R.P.), *Juventud Revolucionaria Peronista* (J.R.P.), *Movimiento Revolucionario Peronista* (M.R.P.), *Movimiento de la Juventud Peronista* (M.J.P.), *Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara* (M.N.R.T.), una parte del grupo que discernió con *Palabra Obrera* –conocido como el grupo de la calle Posadas– *Movimiento de los Curas del Tercer Mundo* –ligados a la revista político-religiosa *Cristianismo y Revolución* (CyR) –, y ex militantes pertenecientes al movimiento uruguayo de extrema izquierda, el *Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros* (M.L.N.-T.). Más tarde, obtuvieron el apoyo de la CGT de los Argentinos.

Finalmente, se conforman como organización en el año 1967 bajo el nombre de Fuerzas Armadas Peronistas. Sobre su creación, los únicos documentos que existen son los testimonios orales. Sin duda, a esta altura, convenimos que ese tipo de registro permite construir fuentes y hacer una historia. De todas maneras, cabe decir que si tomamos el tiempo pasado, adaptado al protocolo de los recuerdos, encontramos que, como todo momento inaugural, no escapa a su parte de mito.





“Sentados en la mesa de la cocina decidimos que le íbamos poner Fuerzas Armadas Peronistas. Poco después aparecen otros dos compañeros. Les planteamos el nombre y uno de ellos dice que no, porque es sectario, es excluyente. Porque si se decía que era “peronista”, la gente de izquierda que también quería subir al monte quedaba excluida [...] pero si nosotros no decíamos que éramos peronistas íbamos a ser acusados de comunistas. Por eso, para nosotros era importante que en el nombre estuviera, primero, para desmentirlo de entrada y segundo, para que todos los que fueran, fueran reconocidos por las bases de su lugar de origen, con experiencia en la Resistencia.” (G.A. Gotemburgo, 27/08/2008).

Sin embargo, su aparición pública no será hasta el año 1968. Lejos de haberse dado a conocer bajo los propósitos iniciales, la organización pretendía partir de la idea de implementar el foco rural como “factor desencadenante de un proceso acelerado de toma de conciencia revolucionaria de las masas, las cuales se plegarían al foco para crear el ejército del pueblo” (Ibid.: 115). Así, y como hemos visto más arriba en la propia concepción que proponía Ernesto Guevara, interpelaban a la subjetividad de las poblaciones desde su unidad de generador de conciencia hacia la guerra popular. Porque en ese sentido, a lo que apuntaban era a hacer la revolución.

“Había que desparramar conciencia para poder hacer la revolución. Era nuestro trabajo. La guerrilla se hacía para concientizar. El foco era eso, era un foco que a partir del ejemplo se expandía para desarrollar la guerra del pueblo. Y todo lo que se hacía en las iglesias, en el teatro, en el cine, en el arte, tenía la misma función. Es decir, todos estaban construyendo lo mismo. Nosotros éramos parte de una cosa, eso es muy importante entenderlo.” (B.V., Buenos Aires, 15/04/2008).

Sin embargo, la aplicación de esa estrategia se encontraba lejos de ser incorporada de manera mecánica. De ahí que no hayamos planteado la estrecha relación con el auge de los movimientos de liberación nacional a nivel mundial en términos de una ortodoxia universal, sino dentro de un amplio margen de maniobra que les permitió adaptar a su propia realidad política los principios más generales de la experiencia cubana, los escritos militares de Ernesto Che Guevara y, con especial interés, su gesta, acompañando la formación de visiones revolucionarias. Desde esta perspectiva, la ejecución del foco rural había sido recreada según las condiciones de la realidad del momento, y según los detalles menores implementados por la propia organización. Así, se desviaban en parte del rito propuesto por Guevara, constituyendo un paisaje propio.

Para decirlo en otros términos, la confluencia de representaciones y prácticas bélicas de pasados inmediatos y lejanos, nacionales e internacionales, encauzó, en gran parte, el proceso de formación de esta organización. Reuniendo





Hernán Ceferino
Laredo camina espo-
sado hacia la cárcel.
(Fotografía publicada
por la revista Gente).

símbolos que obraron en un pasado con referencias actuales de procesos revolucionarios de otros sitios, todo un impulso que los movió hacia la búsqueda de un cambio (más allá de los métodos), se incorporaron y se condensaron como un sostén y tal vez como un motor, a su propio sistema ideológico de luchas políticas. Si desglosamos y recogemos de todo esto la alusión a la ambigüedad y a lo contradictorio, podríamos decir que la circunstancia de aquel presente se situó como el punto bisagra entre dos tiempos que determinaron la constitución de una visión de índole contestataria y el surgimiento de este y otros grupos armados: es decir, en un tiempo pasado del peronismo, y un tiempo futuro de la revolución. No fue casual que en el seno de las FAP (así como de otras organizaciones peronistas), los objetivos por la vuelta a la democracia o el regreso de Perón y del Pueblo al poder, se combinaran con ideales fuertemente desafiantes, como la pretensión de tomar el poder y, por añadidura, las ansias por transformar el mundo.

Desde esa perspectiva, postularon organizar un grupo y llevar adelante su propia idea del foco. Para ello, plantearon que “el foco debe estar cimentado con bases de apoyo y formado por gente del lugar; la lucha urbana, y un trabajo de superficie” (Ibid.: 115). En efecto, a diferencia del accionar guevarista de subir solamente al monte, las FAP consideraron la importancia de llevar a cabo un foco urbano. Esto último fue sostenido por el grupo que venía de la organización Tupamaros, y reforzado por el fracaso en Bolivia de Ernesto Guevara en 1967. A esta propuesta la denominaron “la teoría de las dos patas”. Así, lo explica uno de sus protagonistas:

“Nosotros considerábamos que las dos formas de guerrilla eran necesarias en un país como la Argentina, que teníamos que coordinar las dos cosas. Entonces, la idea era abrir un frente en Tucumán con el “Destacamento Montonero 17 de octubre”, y otro en ciudad, llamado “Destacamento Descamisado”. Después de la primera operación, largar una proclama firmada. Y a partir de ahí, la operación en ciudad y la difusión de la proclama en la ciudad con los destacamentos de descamisados de la ciudad.” (D.C. Buenos Aires, 17/05/2008).





Arturo Ferré Gadea,
José Luis Rojas y
Nestor Raúl Verdinelli.
(Fotografía publicada
por la revista Gente).



Para ello, eligieron la localidad de Taco Ralo, al sur de la provincia de Tucumán, como base de ese colectivo, siendo “el monte” el lugar idóneo desde donde lanzar la operación. Más allá del supuesto de querer iniciar la guerrilla rural y urbana, queremos precisar que el interés fundamental estaba puesto sin embargo en el grupo rural. Puesto que era este el que iba a iniciar la lucha armada.

Al mismo tiempo, queremos señalar otra diferencia con respecto a la tesis del foco propuesta por Guevara. Mientras que este último consideraba preciso ocultar la identidad de los combatientes que llevarían a cabo el operativo militar, a fin de resaltar el método y la ideología, las FAP tenía previsto darse a conocer públicamente en su totalidad, luego de haber iniciado la primera acción desencadenante. En las peculiares formas que la política estaba tomando, consideraban que la visibilidad en el espacio público requería presentarse como organización pero también como individuos. Así, tenían previsto firmar con sus nombres y apellidos. Como advierte uno de ellos:

“esto marcaría la primera aparición pública de la resistencia contra esa dictadura” (G.A., Gotemburgo, 27/08/2008)

Ese grupo estuvo conformado por trece personas. En primer lugar, nombramos a Néstor Verdinelli, alias el “Comandante Sabino”. Fue el comandante del grupo, y al mismo tiempo el responsable militar. Inicialmente, provenía de FESS y luego de ARP. En segundo lugar, mencionamos a Envar El Kadri, conocido políticamente como Cacho. Fue el responsable político –junto con Néstor Verdinelli, y en parte con Amanda Peralta-. En tercer lugar, y siguiendo un orden alfabético citamos a Arturo Ferré Gadea, apodado “El Pelado”, quien procedía del grupo de cristianos de Villa Jardín; Hernán Laredo, apodado “El Nene”, el cual procedía del MJP; Juan Lucero, apodado “El Chanco Lucero”, procedente del MJP; Edgardo Olivera, alias “El Aguila” (MJP); Amanda Peralta, apodada “La Negra” (grupo de Bengochea y luego de ARP); Benicio Pérez, alias “El Orangután” (MJP); Hugo Petinatti, alias “Jaja” (MJP); David Ramos, alias “Fichas” (grupo de Bengochea y luego de ARP); José Luis Rojas, alias “Comandante Supay” o “Utu” (Uturuncos, y luego ARP); Samuel Slutsky, alias “El Tordo médico”, quien procedía de la izquierda; y finalmente Orlando Tomás, alias “El Chacho”, el cual venía de ARP.¹⁸

18. Sin subestimar el trabajo militante de Pérez (Duhalde y Pérez. *op. cit.*:54), queremos dejar constancia a través de este escrito que fueron 13 personas las que participaron, y no 14.





De manera breve, queremos aclarar por un lado que las jerarquías militares no existieron (al menos en este grupo). Por el otro, la composición social de este colectivo es predominantemente de clase trabajadora, y en varios casos de estratos muy pobres. De los trece casos, sólo cuatro procedieron de la clase media, e incluso realizaron estudios universitarios. No obstante, cabe mencionar que dentro del grupo de origen obrero, un solo caso realizó estudios superiores. El resto tuvo un nivel educativo muy bajo. Contrariamente al supuesto de Judez (2010), quien alega que los componentes predominantes de clase de este primer grupo son de origen pequeñoburgueses, es evidente que con estos datos básicos es imposible enmarcarlos dentro de esa clase social.¹⁹ Judez planteó como punto de partida “la importante mutación que a lo largo de sus desarrollos ha observado la composición social de su militancia, desde una predominancia pequeñoburguesa en sus orígenes, hacia una sustancialmente obrera para principios de los 70” (Judez, 2010: 1), para poder felizmente explorar aquella *experiencia acumulada*. Ello nos parece un comienzo incompatible, si releemos los preceptos propagados por el “grupo original” y el grupo perteneciente a las FAP “Comando Nacional”. En todo caso, habría que hablar de un cambio ideológico dentro de las FAP y, al mismo tiempo, revisar ciertos postulados reduccionistas. De todos modos, y más allá de provenir de experiencias sociales y vertientes ideológicas diferentes, lo que todos tenían en común fueron largos años de militancia política. Así, en el proceso de producción de una identidad colectiva y de los métodos a aplicar, apelaron a un universo de símbolos y de hechos, los cuales parecieron convivir simultáneamente con los propios. Tanto unos como otros remitían a la dimensión del proyecto de transformación social. De ahí su empuje a la propuesta que parecía prometerlo todo: el foco guerrillero.

¿EL FOCO FALLIDO, O EL LANZAMIENTO DE LA LUCHA ARMADA?

La instalación del segundo foco guerrillero tuvo lugar en La Cañada, localidad de Taco Ralo (Departamento Graneros, al sur de la provincia de Tucumán, cerca de la provincia de Catamarca y Santiago del Estero). Se establecieron en un terreno²⁰ comprado por ellos mismos el 12 de agosto de 1968, como base de “adaptación comprensión y capacitación de sus integrantes” (Destacamento guerrillero 17 de octubre, 1969, *op. cit.*: 110). Durante esa etapa de preparación, realizaban caminatas a marcha forzada por el monte, llegaban a un polígono de tiro (instalado con cuatro siluetas blancas de ribetes negros), se ejercitaban apoyados en la tierra, y luego regresaban al campamento antes de las primeras luces, para desayunar y comentar todas las alternativas de los ejercicios de la jornada. Después de este entrenamiento, la intención era trasladarse “luego a zonas más propicias para este tipo de lucha y recién allí, iniciar la guerra.” (Ibid: 110). En principio, pensaban subir a la sierra del Chacuna, depositar en el camino provisiones como medicamentos, alimentos y armamentos. Al mes siguiente, contemplaban iniciar la operación de lanzamiento, tomar un destacamento policial y darse a conocer públicamente (en los términos señalados en la sección anterior). Por otra parte, se encontraba otro grupo en la zona como

19. No es que con esto vayamos a refutar el trabajo de Judez, pues consideramos que posee interpretaciones valiosas.

20. Para ser más precisos, las medidas eran: 600 metros de frente, 450 de largo. A eso, había que sumarle la finca del cuidador.





respaldo. Era un miembro que participó en “el grupo de la calle Posadas”, y cuya función en el operativo con las FAP iba a ser la misma que en el grupo dirigido por Bengochea: comprar una vivienda, mostrar una vida fuera de la militancia, y esperar al lanzamiento del operativo.

No cabe la más mínima duda de que la compra de esas tierras ocultaba el verdadero propósito, como da cuenta de ello el testimonio del escribano que redactó el boleto de la compraventa. Así, si el mensaje de Néstor Verdinelli, el comprador, hubiese sido leído en entrelíneas, podía haberse percibido un sentido que sobrepasaba lo literal por ir a “hacer riego”:

“Buenos Aires puede cansar a cualquiera; tengo todo lo que necesito, pero esto es una experiencia que todo hombre debe pasar: enfrentarse seriamente con las cosas. Creo que aquí hay muchas cosas por hacer [...] Lograremos que estas tierras den mucho más de lo que pueden dar. Haremos riego y demostraremos que las plantaciones pueden dar grandes resultados. Somos un grupo de jóvenes con muchas ganas de trabajar y lo difícil nos apasiona.” (*Revista Gente y la Actualidad*, 26/09/1968: 5).

Luego de haberse efectuado la transacción, parece que Verdinelli expuso una serie de planos y de mapas de la zona, y agregó: “Espero que muchos de estos campos sean nuestros y Usted, va a ser testigo de todas estas compras” (*Revista Gente y la Actualidad*, 1968: 6). O entendido según los términos del grupo, de todas las bases que pensaban instalar en otros sitios, partiendo de allí mismo.

Por un lado, el paisaje en Taco Ralo parecía óptimo para las finalidades del grupo: la vegetación era cerrada, con un suelo arcilloso, poca visibilidad del lugar. Incluso tenían a su favor la escasa frecuencia de vehículos por la zona. Sin embargo, existía una población escasa pero cercana, lo que permitía ser vistos y/o escuchados.

21. *Gente y la actualidad*,
Primera plana, Con todo,
entre otras.

22. Aunque esas
caminatas con armas
largas es una de esas
verdades que quedaron
sin serlo. Pues si
hubiese sido el caso,
en el momento de ser
arrestados, habrían
comenzado con los
disparos. Publicado
como testimonio de un
vecino en *Revista Gente
y la Actualidad*. op. cit: 8.

Desde el mismo momento de la compra, comienza a llegar el resto del grupo. Conforman un campamento en el mismo terreno, cuyo nombre fue “El Plumerillo”. Ahora bien, según testimoniaron los habitantes aledaños en diferentes diarios, a partir de ese momento y al cabo de un mes “comienzan a darse una serie de prácticas anormales”²¹ que podemos sintetizar del modo siguiente: 1) las visitas asiduas del vendedor propio del terreno; 2) el pretexto de estar allí para realizar trabajos en agricultura, y sin embargo nunca haber sido vistos haciendo tareas en la tierra; 3) el traslado de numerosos cajones de madera de tamaño similar a los que se utilizan para despachar mercadería por barco; 4) largas caminatas del grupo con mochilas, y lo más llamativo armados con carabinas.²² Al mismo tiempo, las caminatas se iniciaban por la madrugada y terminaban a las ocho de la mañana. A partir de ese momento, y durante todo el día, no salían; 5) la instalación de una vivienda prefabricada con todos los cajones, mientras que ellos dormían en dos carpas situadas en la laguna Seca. Frente a la inquietud de esa –escasa– población, la Dirección de Investigaciones





Amanda Peralta,
Envar El Kadri,
Samuel Slutzky y
Benisio Pérez.
(Fotografía publicada
por la revista Gente).

de la Jefatura de Tucumán decidió intervenir. Las sospechas recaían en que se trataba de un grupo de contrabandistas. Al mismo tiempo, el Departamento de Inteligencia Militar recibió un informe señalando la posible presencia de guerrilleros en el Norte argentino (Orán, Tartagal, triple límite entre Tucumán, Catamarca y Santiago del Estero). De acuerdo a la constancia de algunas investigaciones realizadas previamente (testimonios de vecinos en la comisaria, pesquisas cerca del sitio), la policía decidió actuar.²³ Para ello, citó también al Jefe del Departamento de Inteligencia Militar.

En la madrugada del 19 de septiembre, al regresar de una caminata, parte del grupo fue sorprendida por un grupo de hombres al mando del Jefe de la Policía de Tucumán (el Comisario Inspector Tamagnini). Inmediatamente, fueron arrestados y secuestrados todos sus materiales: 65 cajones con armamento, alimentos para varios meses, planos, fotografías aéreas, literatura, un diario, y mochilas. Pese a la magnitud del operativo (60 hombres armados y con vehículos), no hubo ningún muerto. Aun hoy, uno de los entrevistados intenta revisar las hipótesis de ese hecho:

“La primera es que la policía creyó que iba a arrestar a un grupo de contrabandistas, con lo cual había organizado una cantidad de periodistas.²⁴ Cuando se descubre que era un grupo político, deciden fusilarnos. El tema es que había tres jefes policiales, y uno de ellos se opone. Finalmente lo sacan al que se oponía, y deciden prepararse para la fusilada. Esta discusión tomó su tiempo, con lo cual llega el camión de periodistas. La otra hipótesis es más una historia técnica. Yo estaba armado. Cuando veo a la policía, y decido disparar, el disparo no salió porque se me metió una ramita que impidió el disparo. La tercera hipótesis tiene que ver más con el hecho de donde habíamos sacado las armas [...] lo primero que dijimos es que lo habíamos recibido de los argelinos. En un principio, fue creíble. El tema es que no nos tomamos el trabajo de borrar los números que todas las armas tienen, sobre todo las armas de la policía y del ejército. Y caer presos no estaba

23. Esto contrapone un documento realizado por los mismos integrantes un mes después. Según ellos, “no hubo infiltrados ni delatores, ni “suspicious vecinos”, ni pacientes pesquisas o hábiles investigaciones sino la casualidad fortuita de un avión sospechoso en la zona, días antes”. (Destacamento guerrillero 17 de octubre, 1969, *op.cit.*: 110). Si bien existió un equívoco con respecto a la denuncia sobre contrabando, lo cierto es que bien o mal, se habían realizado investigaciones previas, y de las que la población había participado.

24. De ahí el título de la *Revista Gente* y la *Actualidad* “Cara a cara con los guerrilleros en Tucumán”. De acuerdo a nuestras fuentes escritas recolectadas, citamos *Clarín*, *Primera Plana*, *La Razón*, un comunicado de solidaridad de *Con Todo*.





en nuestros planes, sino luchar hasta morir. Tres días después llega el informe de que eran armas de Campo de Mayo y de policías que habían muerto. Para ellos, era humillante, y daba prueba de la peligrosidad de nosotros. Nos sacan a dos con el objetivo de que nos íbamos a escapar. El tema es que Taco Ralo se publicó desde el primer día en todos los diarios, y en ese momento, las detenciones eran oficiales.” (G.A. Gotemburgo, 27/08/2008).

Después de la detención en Tucumán fueron trasladados a Coordinación Federal y de allí anduvieron por diversas comisarías –donde fueron ferozmente torturados–, hasta determinar la pena de la condena. Por orden del juez Federal de San Martín, fueron acusados de:

“Delitos por conspiración a la rebelión, tenencias de armas de guerra, en concurso real, absolviéndoselos por el robo a mano armada en Campo de Mayo y asociación ilícita.” (*Clarín*, 19/11/1968).

Las condenas fueron de tres a cuatro años. Inmediatamente fueron trasladados a la Unidad 9 de La Plata, para pasar luego por la cárcel de Devoto, Chaco, Rawson, el Buque “Granaderos”, antes de terminar nuevamente en la Unidad 9 de La Plata (excepto Amanda Peralta que fue trasladada a una cárcel de mujeres en San Nicolás).

A poco más de un mes de la detención, elaboraron dos documentos publicados en *Cristianismo y Revolución* (CyR, 8 y). Bajo los títulos “Destacamento Guerrillero 17 de octubre” (noviembre de 1968), y “La guerra Revolucionaria del Pueblo: sus tareas fundamentales” (enero de 1969), señalaron las condiciones de la detención, pero lo más destacable fue la definición de su identidad política. Esto fue apoyado por un comunicado de “Solidaridad con todos los presos de Taco Ralo. Comunicado de diversas organizaciones peronistas 1968”: “Los compañeros apresados son peronistas y no comunistas o trotskistas como quiere





Benisio Pérez junto a un guardia, una de las carpas utilizadas y las armas secuestradas por Gendarmería. (Fotografía publicada por la revista Gente).

hacer creer el gobierno militar. Los únicos que tienen derechos a la violencia son los pueblos” (*Con Todo*, diciembre de 1968).

Si bien no se dieron a conocer en las condiciones previstas, incitaron el lanzamiento de la lucha armada. Como reflexiona uno de los entrevistados 40 años después: “Fue un fracaso militar escandaloso. Pero por la situación política, se convirtió en una victoria política.” (G.A. Gotemburgo, 27/08/2008).

Precisamente, el comunicado citado anteriormente fue apoyado por: *Juventud Peronista, Comando Peronistas de Liberación, Acción Revolucionaria Peronista, Juventud Revolucionaria Peronista, Frente Peronista de Liberación, Organización de Acción Peronista, Movimiento Revolucionario Peronista, Juventud Peronista de San Fernando y Comando Revolucionario Peronista*. En dicha revista, se publicó también el primer documento elaborado por los presos de Taco Ralo.

A partir del año 1969, se empezaron a realizar las primeras operaciones por parte del grupo urbano, y a elaborar los primeros documentos. El primero de ellos fue: “Por qué somos peronistas”. A partir de esa experiencia, las FAP no intentaron más llevar a cabo una guerrilla rural.

Ahora bien, en el marco de construcción de las FAP, sus integrantes recuperaron y volvieron a dar significado a algunas ideas, figuras y esquemas de acción revolucionaria, de modo que decidieron lanzarse a la lucha armada. Sobre este aspecto, estamos de acuerdo con la reflexión de Michael Löwy (1998) quien, citando a Lucien Goldmann, transpola su pensamiento a los enfoques que aluden a la influencia extranjera como determinantes de las revoluciones en América latina: Para ello, cabe recordar la cita de Goldmann:

“Es bueno de decir aquí, de una vez por todas que las influencias de toda naturaleza explican pocas cosas [...] a causa de dos realidades evidentes: la elección y las deformaciones. Precisemos: en cualquier momento de la historia, todo escritor





Reproducción
parcial de la fotografía
tomada por los envia-
dos especiales de la
revista Gente.



y pensador y, de igual manera, todo grupo social, encuentra en torno de sí un número considerable de ideas, de posiciones religiosas, morales, políticas, etc., que constituyen tantas influencias posibles y dentro de las cuales, él escoge una sola o un pequeño número de sistemas de los que experimenta realmente la influencia [...]. Por otra parte, la actividad del sujeto individual y social se ejerce, no solamente en la elección de un pensamiento en el cual se encuentra, sino también en las transformaciones que le hace experimentar.” (Löwy, 1998: 203)

Sin embargo, a pesar de haber tomado en consideración las diferencias del contexto argentino con el cubano, éstas no fueron atendidas lo suficiente como para haber advertido que no es tan sencillo pasar de la teoría a los hechos. Como recuerda una de sus integrantes:

“Lo que pasa es que nosotros teníamos esa visión que hoy se puede llamar infantil, subdesarrollada, tonta. Creíamos que la única forma de transformar la realidad era a partir de lo que llamábamos “la toma del poder”. Pero ahí aparecen dos problemas: Por un lado, la visión simplista que teníamos del poder por un lado –que no es la de Foucault, por supuesto–, y por el otro lado, la creencia en la no posibilidad de transformar nada si no se tiene poder político. El poder político en sí no es tan determinante como nosotros creíamos. De alguna manera, después del cansancio de la resistencia, nosotros poníamos todo en lo



que venía “después de”. Eso era una visión casi religiosa, creo yo. Estábamos muy influenciados por la cuestión cristiana. (P.A., Gotemburgo, 28/08/ 2008).²⁵

Como vemos en esta cita, en el universo creyente de este grupo, el foco auguraba el camino hacia la revolución. La búsqueda, y el posible encuentro, de aquel anhelo compartido, daría como resultado la construcción de esa idea ético-moral que los movió a lanzarse: convertirse en Hombres Nuevos.

CONCLUSIÓN

El interés que porta la lucha armada, parece mover muchas veces la balanza hacia la espectacularización de los operativos o la militarización de ciertas organizaciones políticas de la época hasta el punto de idealizarlos en sí, incluso una parte de ese período. Y los relatos de proyectos revolucionarios caídos son frecuentemente relegados. Como fue el intento por instalar un foco guerrillero rural en Taco Ralo.

Posiblemente, este silencio se ha debido a la fuerte crítica que ha recibido el foquismo al interior de las organizaciones, pero sobre todo al interior de las FAP mismo. En efecto, “a trasladar mecánicamente planteos políticos y esquemas formados en otros contextos político-sociales –en franca alusión al modelo inspirado en Sierra Maestra” (Duhalde y Pérez, op cit: 70). Asimismo, agregamos, el rechazo que provocaba la estructura piramidal y la fuerte jerarquización de la organización.

Sin embargo, en el surgimiento de los métodos de insurgencia en la Argentina, el acento no estuvo puesto en el concepto de guerra de guerrillas. Como afirma Vezzetti, “lo que hubo fue *guerrilla urbana*” (Vezzetti, op.cit.: 97) y fue una expresión de la estrategia foquista. Por un lado, en el seno del grupo primario de las FAP, el compromiso revolucionario ya existía de antemano. Por otro lado, si bien la “influencia extranjera” no explica el nacimiento y el recorrido de esta organización, lo cierto es que la Revolución Cubana y la teoría militar de Ernesto “Che” Guevara alentaron una condición que ya operaba efectivamente en la consciencia de aquel grupo y que también volveríamos a encontrar en otros grupos armados del decenio posterior.

No es que el intento en Taco Ralo, o la historia de las FAP, establezca el eje esencial para cotejar la protohistoria de las acciones armadas desarrolladas durante los años de mayor intensidad de violencia en la Argentina. Sin embargo, consideramos que esta y otras experiencias revolucionarias –derrotadas o no– de aquellos años sesenta conforman y potencian la elaboración de la memoria colectiva de un grupo y, también, de la memoria social. Por ello, merecen ser rescatadas del pasado e incorporadas en la reflexión sobre el tiempo presente argentino. ■

25. Como se ha visto a lo largo del trabajo, la decisión de no colocar los nombres de las personas entrevistadas, corresponde a una decisión de los entrevistados de haber aceptado realizar este trabajo bajo la condición del anonimato absoluto. Esto significa que las iniciales son falsas; no así los lugares y las fechas. En todo caso, nos permitimos confirmar que se encuentra dentro de los límites lógicos de una ética por preservar la vida privada de las personas. Sin embargo, este extracto de entrevista fue publicado por nosotros mismos. Sombra, 2010: 196).

BIBLIOGRAFÍA

- Cersósimo, Facundo, *Envar El Kadri. Historias del peronismo revolucionario*, Buenos Aires: Colihue, 2008.
- Debray, Régis, “El Castrismo: La gran marcha de América Latina”, *Pasado y Presente* II (7-8), 1964.
- , *¿Revolución en la Revolución?*, La Habana: Casa, 1967.
- Duhalde, Eduardo y Eduardo M. Pérez, *De Taco Ralo a la alternativa Independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base (Tomo I: Las FAP)*, La Plata: De la Campana 2003 [2001].
- Flaskamp, Carlos, *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*, Buenos Aires: Ediciones Nuevos Tiempos, 2002.
- Guevara, Ernesto, *Textes politiques*, Paris: Maspero, 1968 [1965].
- , *Textes militaires*, Paris: Maspero, 1968.
- Judez, Facundo, “Peronismo de Base y Fuerzas Armadas Peronistas: itinerarios de un aprendizaje alternativo”, *Red de Estudios sobre el peronismo*, consultado en Internet el 15/04/2011, <http://redesperonismo.com.ar/archivos/CD2/Judez.pdf>
- Levesque, Jacques, *L'URSS et la Révolution cubaine*, Paris : Presses de la Fondation nationale des Sciences Politiques, 1976.
- Löwy, M. *La guerre des Dieux. Religion et politique en Amérique Latine*, Paris : Félin, 1998.
- Lucece, Cecilia, *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1993.
- Onrubia Rebuelta, Javier, *Raimundo Villaflor. El peronismo alternativo*, Madrid: Arcos, 2007.
- Pozzi, Pablo, “Por las sendas argentinas”. *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires: Eudeba, 2001.
- Raimundo, Marcelo, “Izquierda peronista, clase obrera y violencia armada: una experiencia alternativa” *Sociohistórica*, n° 15/16, primer y segundo semestre, 2004.
- Rodríguez Elizondo, José. *Crisis y renovación de las Izquierdas. De la revolución cubana a Chiapas, pasando por el “caso chileno”*, Santiago de Chile: Andrés Bello, 1995.
- Sombra, Paula “Entrevista a Amanda Peralta: Desarmando mitos: una mirada en presente”, *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, 2010.
- Torres Molina, Ramón *La lucha Armada en América Latina*, Buenos Aires: Mimeo, 1968.
- Vezzetti, Hugo, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en Argentina*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno editores, 2002

FUENTES IMPRESAS

- Revista Gente y la actualidad*, 26/09/1968
- Con Todo*, Año 1, N° 1, diciembre de 1968
- Clarín*, 20/09/1968; 19/11/1968
- Primera plana*, 26/09/1968; 25/03/1969; 20/07/1971
- La Razón*, 24/09/1968
- Todo es historia*, N° 273, marzo 1990
- Los 70*, Año 1, N° 1, 1997

UN DOCUMENTO IMPRESINDIBLE

Ejercitar la memoria editores presenta en un solo tomo la serie de fascículos que el inolvidable periodista Julio Nudler realizó en 2004.



Se reproducen artículos de historiadores, periodistas e investigadores, de distintas posiciones políticas, que analizaron el peronismo desde 1946 a 1955.

Se incluye un DVD que contiene las interpretaciones de *La Marcha*, desde la primera versión cantada por Hugo del Carril, hasta la murga de Barracas que le habría dado origen. También versiones de *Evita Capitana*, *Marcha de la CGT*, *La Descamisada*, *Caballero Juan Perón* y *La Nueva Argentina*, además de tangos pro y antiperonistas. Además, marchas olvidadas por el paso del tiempo: *Viva Boca* (cantada por el arquero Mussimesi) *Deben ser los gorilas* y *la Marcha de la Libertad*, grabada en 1955.

Las voces de Eva Perón, Juan Domingo Perón, José Espejo, Jaime Font Saravia, Américo Barrios, *Mordisquito* de Enrique Santos Discépolo, entre muchos otros.

La propaganda oficial peronista así como discursos de Arturo Frondizi, Alfredo Palacios y del general Eduardo Lonardi.

**Más de 100 registros y grabaciones originales
de 1946 a 1955.**

Ejercitar la memoria editores



REPRESENTACIÓN HISTÓRICA, VIOLENCIA Y LENGUAJE CINEMATOGRAFICO EN LA HORA DE LOS HORNOS.

Dos historiadores abordan el film de Solanas y Getino inmerso en una época en donde parte de un sector de la vanguardia artística intentaba responder a preocupaciones por el arte, la política y la revolución.

Analizan las posibilidades y limitaciones en la construcción de un relato histórico de la Argentina en los años sesenta.

1. Al respecto ver Mariano Mestman "Consideraciones sobre la confluencia de núcleos intelectuales y sectores del movimiento obrero, 1968-1969", en *Cultura y política en los años '60*, IIGG, Oficinas de Publicaciones del CBC, 1997.

MARTÍN RIBADERO Y MARTÍN ALBORNOZ

(UBA-IDAES-CONICET)

Hacia fines de la década del sesenta la vanguardia artística se encontraba en un proceso rápido y firme de articulación con ciertos valores, ideas y representaciones que provenían de la vanguardia política.¹ Aquellos vinculados con un cuestionamiento al lugar del artista y del intelectual y la especificidad del arte en los países del tercer mundo, comenzaban a transformarse en tópicos con una fuerte pregnancia en distintos círculos intelectuales y artísticos. Unos años después, a principios de los setenta, la idea vinculada con la total pérdida



de eficacia y autonomía del saber ante la lógica de la política o, en otras palabras, del triunfo de la crítica de las armas por sobre las armas de la crítica sería hegemónica dentro de estos ambientes.²

Sin embargo en 1966 y 1967 el lugar del arte y la búsqueda estética tenían una vía propia, un camino que era posible recorrer para muchos artistas e intelectuales que aún poseían un público joven ávido de consumir bienes culturales. Como afirma Beatriz Sarlo, el caso de la vanguardia porteña era un típico ejemplo de estos movimientos en donde el afán por la propia especificidad estética convivía con un profundo interés por la política desde una preocupación que radicaba en diferenciar el lugar que cada uno ocupaba en esa relación.³ Otro caso, menos conocido, fue el del cineasta Hugo Santiago que, como agudamente señala Gonzalo Aguilar, a través de su película *Invasión* circundaba las preocupaciones comunes dentro de las formaciones artísticas e intelectuales argentinas por la política y el tema de la violencia pero siempre subordinada a una pretendida delectación estética.⁴



Sin bien es cierto que en este clima cultural el saber artístico-intelectual y la política todavía tenían cada uno su función específica, en el interior de lo que puede denominarse la cultura de izquierda surgieron ciertas micro sociedades o emprendimientos artístico-culturales que tendieron a repensar el sentido y lugar del arte y del intelectual en relación a la política.

En particular el campo artístico e intelectual desde hacía tiempo estaba preocupado por definir su propia ubicación ante los avatares de la vida política y social argentina.⁵ Todo ello, cabe recordar una vez más, en un contexto nacional que se debatía entre la participación del proscrito partido peronista, la influencia de la revolución cubana y el *shock* autoritario-modernizador encabezado por Onganía.

La película *La Hora de los hornos* de Solanas-Getino puede ser apreciada, en este marco, como una expresión por parte de un sector de la vanguardia artística que intentó elucidar y responder a estas preocupaciones comunes por la política, el arte y la revolución. Desde una perspectiva que combinaba una búsqueda por un lenguaje estético innovador –y como producto de la modernización iniciada en los sesenta– con un lenguaje político-intelectual que hallaba su filiación en lo que se ha dado en llamar el revisionismo histórico. “La Hora...” puede ser entendida, en una de sus variantes, como una visión artístico-intelectual sobre el país que, desde los años de 1930, venía ganando terreno en el interior de la izquierda argentina. El intento de confluencia de ambos objetivos –la narración de la historia como discurso cerrado y la apelación a nuevas formas expresivas– constituye de manera inseparable y tensionada las posibilidades y limitaciones del film. Dicha confluencia solamente es posible a partir de una

2. La reconstrucción del contexto intelectual y artístico está basada en textos de Oscar Terán *Nuestros años sesenta.*

La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966, Ediciones El Cielo por Asalto, Bs. As., 1993, y el más reciente *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Siglo XXI Editores, Bs. As., 2008; Silvia Sigal *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Siglo XXI Editores, Bs. As., 2002;

para un plano que contempla a América Latina, Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Siglo XXI Editores, Bs. As., 2003; Mariano Mestman y Ana Longoni *Del Di Tella a “Tucumán Arde”. Vanguardia artística y política en el ‘68 argentino*, Eudeba, Bs. As., 2008.

3. Beatriz Sarlo *La maquina cultural. Maestros, traductores y vanguardistas*, Ariel, Bs. As., 1998.

4. Gonzalo Aguilar “La salvación por la violencia: *Invasión* y *La Hora de los hornos*”, en *Episodios cosmopolitas en la cultura argentina*, Santiago Arcos Editor, Bs. As., 2009.

5. Silvia Sigal *Intelectuales y poder en Argentina...* p. 14-17.



concepción de la violencia que se revela como liberadora y creadora con respecto a las imposiciones y restricciones del pasado.

En el presente trabajo analizaremos la compleja relación entre historia y forma estética. En un primer apartado se trabajara la filiación del discurso histórico de *La Hora...* y su deuda con el revisionismo histórico de izquierda que desplegó sus argumentaciones sobre la historia argentina a partir de la década del cincuenta. En una segunda parte, trataremos de fijar las coordenadas de intervención estética de la película poniendo en un primer plano la necesidad de buscar nuevas armas expresivas en función de una lucha cultural cuyo objetivo era necesariamente político.

HISTORIA, COLONIZACIÓN Y VIOLENCIA O LA HISTORIA DE LA VIOLENCIA NEOCOLONIAL EN LA HORA DE LOS HORNOS

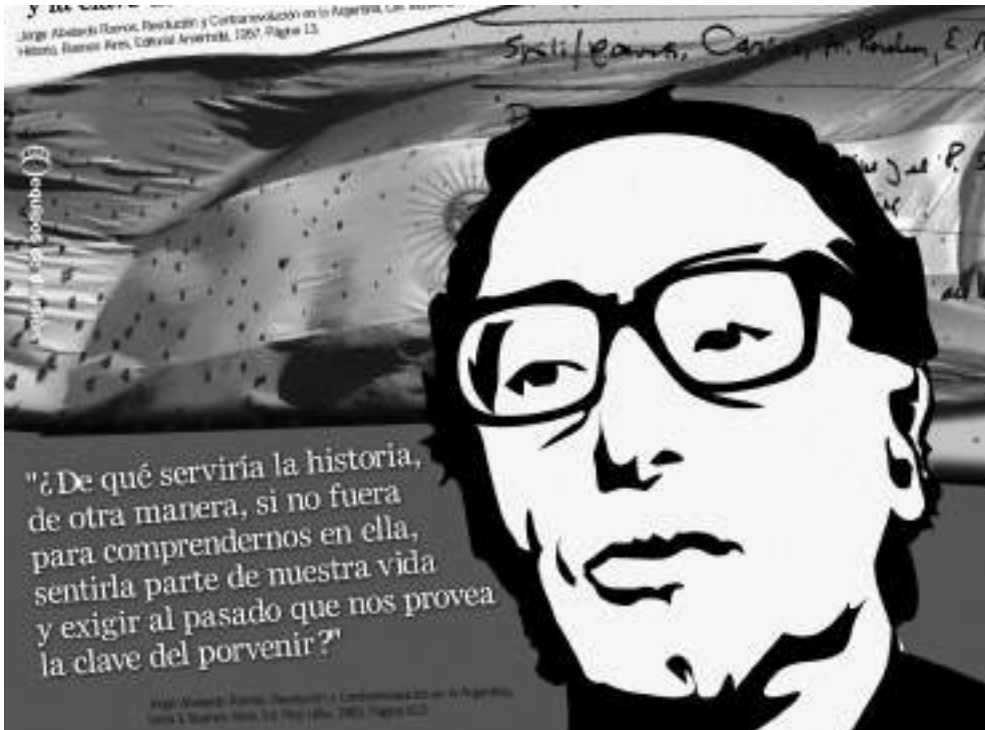
Para Solanas-Getino la situación histórica argentina y latinoamericana se define por su dependencia. El objetivo de los autores, motivo central del film, es la liberación del hombre colonizado. Comprender cómo poner fin a esa condición implicó recurrir a una forma de argumentación y, en términos de Marc Angenot, a una gnosología: un “conjunto de reglas que determinan la función cognitiva de los discursos, que modelan los discursos como operaciones cognitivas”.⁶ El discurso histórico que se exhibe puede ser interpretado así como el modo en que una representación espacio-temporal determinada puede ser esquematizada sobre un soporte de lenguaje que forma parte de una precondition de juicios de valor y elección. En el caso del film, la liberación del hombre latinoamericano, su descolonización pedagógica, tenía como precondition la posesión de un saber del pasado.

Ante la *falsa historia que nos enseñaron*, esgrime la voz en *off*, la propuesta enunciativa advierte la necesidad de una verdadera historia. Y esa historia es la de una dominación que primero fue española, luego británica y después estadounidense. La penetración del imperialismo a lo largo de la historia trajo aparejada la dependencia económica y la destrucción de toda forma autónoma de creación cultural. De esta manera, la historia del país estaba básicamente asociada a la existencia del imperialismo, una dominación que, un poco más un poco menos, no se habría modificado desde el siglo XVI. Sin embargo lo interesante en el film, como veremos más adelante, es observar cómo se conecta esta visión escasamente novedosa del país ya enunciada por los historiadores revisionistas de los años treinta con un lenguaje propio, cinematográfico, de la vanguardia modernizada de los sesenta.

6. Marc Angenot “El discurso social: problemática de conjunto”, en *El discurso social: los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Siglo Veintiuno Editores, Bs. As., 2010, p. 41.

Como bien ha señalado Halperín Donghi, en el revisionismo argentino la exploración de la historia por parte de autores como Rodolfo y Julio Irazusta o José María Rosa tenía como objetivo “ofrecer el aval de la historia para la crítica de la Argentina del presente, y esa crítica se organiza en torno a dos motivos cen-





Abelardo Ramos

7. Tulio Halperín Donghi "El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional", en *Ensayos de historiografía*, El Cielo por Asalto, Bs. As., 1996, p. 109.

8. Fernando Devoto señala, tomando distancia del planteo de Halperín Donghi, la existencia de importantes diferencias en el interior de revisionismo que, en un extremo, imposibilitarían hablar de una "familia revisionista" y sobre todo en la década del sesenta. Ver Fernando Devoto "Reflexiones en torno a la izquierda nacional y la historiografía argentina", en Fernando Devoto y Nora Pagano (Ed.) *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Editorial Biblos, Bs. As., 2004.

9. Cabe aclarar que existen evidentes diferencias entre unos y otros, pero aquí para lograr mayor claridad expositivas fueron reducidas a una visión de conjunto. Para una cabal nitidez de las diferencias entre Hernández Arregui y Jorge Abelardo Ramos, es recomendable remitirse al libro ya citado de Fernando Devoto.

trales: el repudio a la democratización [...] y la denuncia del modo de inserción en el mundo en la Argentina post independiente".⁷ Así, la crítica tanto a la vida democrática como al imperialismo se fueron convirtiendo en dos tópicos que atravesaron un espacio intelectual que contemplaba, en sus extremos, tanto al nacionalismo popular como a la izquierda nacional por lo menos desde principios de la década de 1950.

Pero, cabe advertir, solo hasta allí es posible trazar una analogía entre la historia propuesta por el revisionismo de los años treinta con la que el film enuncia. A partir de autores como José Hernández Arregui o Jorge Abelardo Ramos, el llamado revisionismo comenzó a diferenciarse entre sí y a delinear una interpretación particular de la historia del país.⁸ En parte como producto de una indudable vigencia del peronismo y de una mayor difusión del marxismo en ambientes intelectuales, hacia mediados de la década de 1960 el análisis histórico logró no sólo una fuerte visibilidad sino ante todo una legitimidad como forma de intervención intelectual, dando lugar a las propuestas historiográficas del nacionalismo popular y la izquierda nacional. Ambas líneas, además de retomar la idea de una "falsedad de la historia" desplegada por la elite liberal y de recuperar el gesto crítico del revisionismo hacia el imperialismo, abonaban a una común visión del pasado nacional que se distanciaba de esa particular lectura propuesta por los hermanos Irazusta.⁹

Por un lado, entonces, la influencia del marxismo en la narrativa histórica de estos autores permitía interpretar las vicisitudes del país como el de un lento despliegue de una total dominación imperialista, sobre todo a partir del proceso de independencia en adelante. El imperialismo y la oligarquía formaban parte del entramado de sujeción que sufrían los oprimidos en un país que, como sostienen el guión y las imágenes, constantemente tiende a ser construido como parte de una representación





común con el resto de América latina. El resultado de este triunfo del imperialismo –por sobre otros proyectos nacionales, unificadores y “mercado internistas” como el de Bolívar– fue la balcanización de la región y la pérdida de una identidad común y propia.¹⁰ De allí que para el film la condición histórica del hombre latinoamericano está completamente sometida al impulso colonizador que emana de un bando al que también se homogeniza: la oligarquía, el liberalismo, la élite política, las ciudades puertos, etc. La cultura y la historia del hombre colonizado, como se evidencia en las imágenes de los pobladores del noroeste y noreste argentino, con sus fiestas religiosas, su pobreza ma-

terial y sus rituales precolombinos, son señaladas como el producto más dramático y miserable de esa opresión. En este sentido, merecería algo más que un comentario analizar esta mirada de la “cultura popular” que el film enuncia y que en términos de Claude Grignon y Jean-Claude Passeron se asocia con el miserabilismo: esto es, sintéticamente, la mirada que de “lo popular” tiene el intelectual, el artista o el científico desde la posición y posesión de una cultura legítima y que es interpretado en términos de una carencia o falta: “cuando el miserabilista cree haber dado bastante a los pobres al dar cuenta –contador escrupuloso de las desigualdades y censor severo de los privilegios– de todas las diferencias como carencias o exclusiones, el paternalismo asoma la nariz. Después de la letanía de los no-haberes, les toca el turno a los haberes susceptibles de entrar en un balance de contabilidad simbólica, nada menos que el balance del orden legítimo. En resumen, el etnocentrismo de clase está siempre al alcance de la mano”.¹¹

10. Jorge Abelardo Ramos, retomando un concepto caro a la tradición del marxismo y especialmente la trotskista, ya había comenzado a enunciar este problema de la fragmentación de América latina a fines de la década de 1940 en su libro *América Latina: un país*, Ediciones Octubre, Bs. As., 1949.

11. Claude Grignon y Jean-Claude Passeron “Alternancia y Ambivalencia”, en *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Nueva Visión, Bs. As., 1991, p. 59.

Por otro lado, la influencia de la tradición del revisionismo de los años treinta en la construcción del relato histórico, la formación de un esquema binario, resulta fundamental y funcional en el objetivo de descolonización pedagógica que el film pretende asumir. La historia entre opresores y oprimidos, entre la ciudad y el interior, entre la vida urbana y rural, entre la reivindicación de próceres como Bolívar y San Martín frente a Mitre y Roca, forman parte de un sentido dicotomizador del proceso histórico. La conexión entre descolonización intelectual y la búsqueda de una traducción en el campo de la acción política que se intenta articular a partir de esta interpretación de la historia, señala el sentido de la misma para los autores: la validez del relato histórico como saber, parte de su utilidad tanto en términos de una anhelada descolonización pedagógica, como de una movilización y politización de aquellos que sufren la alienación y la falta de una real comprensión de su propia condición histórico-cultural.

Es entonces que el oprimido, ese ser histórico “marginado, desposeído, condenado”, se encuentra en un presente que, al estar unido linealmente a ese





pasado, debe ser pensado en esos mismos términos existenciales. Si tanto la historia del país como de América latina se explica por esta visión binaria, esquemática y totalizadora, el elemento que completa el cuadro en el film es la imposibilidad de lo que en términos de Hernández Arregui era el “desarrollo histórico de una conciencia nacional”. El neocolonialismo al producir expresiones propias de “una dependencia global, generadora de modelos y valores nacidos de las necesidades de la expansión imperialista”, condiciona y traza el terreno en donde la lucha cultural e ideológica debiera desplegarse. Al afirmar en un texto de 1969 que “conocer la realidad nacional supone adentrarse en la maraña de mentiras y confusiones originadas en la dependencia”¹² al mismo tiempo también define una tarea y una función para el intelectual, el artista y el cine. Así, la historia de una conciencia nacional era pensada a partir de ese devenir de imposibilidades que tuvo su punto ruptura y potencialidad más creativa en el peronismo. De allí el sentido de la segunda parte del film de proponer a éste como un movimiento de masas capaz por su propia dinámica, valores y lenguajes constitutivamente rebeldes, de restituir esa identidad nacional extraviada por los caminos de la historia.



A partir de todos estos elementos expuestos, es posible observar la relación que existe entre dos aspectos centrales en la estructuración argumentativa y retórica del film. Por un lado el relato histórico y por el otro, el sentido de la violencia como forma de dominación y liberación. La historia del país es la historia de una colonización del imaginario cuyos efectos se coagulan con una destrucción permanente y completa del ser nacional. La violencia cultural, política, económica que en el film se aborda desde un presente encuentra en la historia otro argumento y manifestación que le antecede. La Historia es una historia de violencia, de dominación, de explotación, de una colonización pedagógica que unos -“un ellos”- aplican sobre “un nosotros”. He aquí, en este escenario así estructurado, lo que permite pensar y abordar el lugar de la violencia en el film y que ha sido destacado como un componente esencial del mismo. Porque es allí donde también la Historia logra consumir su propio significado. Y no solo porque los autores optaron por comenzar *La Hora...* por un relato histórico sino porque el mismo les permite señalar desde esta visión que, ayer como hoy, la historia del país y de América latina sigue siendo un presente permanente de dominación y violencia.

El film de Solanas y Getino, entonces, vincula a la historia con un sentido: el de la colonización, la dependencia y la violencia, en sus distintas manifestaciones. La historia como una forma de conocimiento funciona en su interior también como una manera de argumentar y persuadir sobre una realidad que se cree factible de ser transformada. De esta manera, quizás uno de los aspectos más interesantes de *La Hora...* radique no tanto en el diagnóstico que desde una mirada histórica trazaban sobre el país o América latina, sino en haber utilizado al

12. Fernando Solanas y Octavio Getino “Hacia un Tercer Cine”, en *Cine, cultura y descolonización*, Siglo Veintiuno Editores, Bs. As., 1973, p. 61.





cine –este “tercer cine”– como una plataforma que a través de un lenguaje nuevo posibilitara la difusión de viejas ideas.

LA VIOLENCIA COMO LIBERACIÓN DE LA FORMA

Tomada aisladamente, la apelación al discurso histórico como elemento argumental central en *La Hora...*, que además dota de sentido a la totalidad del film, puede llevar a ocluir otros aspectos que se conjugan con aquella y que no resultan necesariamente análogos a la operación simplificadora del revisionismo de izquierda. Allí donde el recurso a la reflexión histórica divide en pares de opuestos toda la historia argentina y de América latina, homogeneizando el devenir histórico, se puede comprobar, cuando se consideran los recursos visuales empleados, una fuerte tensión entre las claridades del pasado considerado como totalidad clausurada y el presente considerado como contingente y permeable a las indeterminaciones de la lucha. Es por esto que consideramos que una verdadera reflexión sobre *La Hora...* como forma, no puede reducirse a los postulados políticos, que aún siendo fundamentales, la sustentan. De hecho en sus cuatro horas de duración, la película no se limita a una sola economía visual sino que conviven en ella retazos e instantes claramente diferenciados. Si por momentos, sobre todo en su segunda y tercera parte, la película parece decantar hacia el documental político clásico, sostenido en el testimonio y en la preponderancia de la información, también es cierto que en su primera parte –*Neocolonialismo y violencia*– el film logra desplegar un vasto arsenal audiovisual que en su propia fragmentación y libertad formal, se aproxima mucho más a los intentos puros de la vanguardia estética que a los requerimientos de claridad y simplificación de una enunciación militante.

En este sentido, si el relato histórico alisa las complejidades del pasado en función de las necesidades de la construcción política, la apelación a la violencia, como elemento refundador de la vida social y cultural de los países colonizados,





implica desde el punto de vista estético la necesidad de apelar a recursos tan novedosos e inciertos en sus resultados como el proceso político en el cual la película pretendía engarzarse. Es importante destacar además que el carácter autoproclamado de film-ensayo de *La Hora...* explicita el carácter abierto e incierto de los resultados formales de la película.

La centralidad que la película otorga a la violencia como momento fundante y creador de una nueva subjetividad, impide además la prescripción de prácticas concretas para dirimir la intrincada relación entre prácticas políticas y estéticas. A contrapelo de la función básica que la izquierda otorgó, desde el anarquismo al socialismo clásico, pasando por el comunismo, al arte como mero transmisor de mensaje, *La Hora...*, tensiona fuertemente el discurso evidente de la voz en *off* a través del lenguaje cinematográfico. En el centro de lo que Robert Stam destacó como característico del film de Solanas y Getino, se encuentra entonces una intrincada y no siempre lineal vinculación entre los dos impulsos de la vanguardia: la innovación artística y la militancia política.¹³ A su vez en ese centro, a modo de inmanencia, late la presencia explicitada de la teoría de la violencia de Frantz Fanon tal como aparece evidenciada en el sistema de citas al cual *La Hora...* apela. Como sostienen los propios autores, en la coyuntura en la cual sitúan la confección de la película, se trata sobre todo de contribuir con un lenguaje específico a la *posibilidad* de la revolución y no a su certeza e inevitabilidad.

De este modo, el llamado Tercer Cine –desmarcado tanto de la industria del cine norteamericano, como del cine de autor– se inscribe en un debate que los autores no clausuran, entre, por un lado, la supeditación del trabajo intelectual a una función específicamente política o político-militar que negaría las perspectivas de la realización artística por considerarlas absorbibles por el sistema, y por el otro, a la escisión de la posibilidad de convergencia entre “la obra de arte” y el compromiso político. Según los autores del film: “estos dos polos se apoyan a nuestro entender en dos omisiones: la primera, concebir, la cultura, la ciencia, el arte, el cine, como términos unívocos y universales, y la segunda, no tener suficientemente claro que la revolución

13. Robert Stam “The Hour of the Furnaces and the Two Avant-Gardes”, en Burton, Julianne, *The Social documentary in Latin America*, University of Pittsburgh, 1990, p. 251-266.





Hernández Arregui.

no arranca sólo con la conquista del poder político al imperialismo y a la burguesía [...]”¹⁴ Por lo demás, en la medida en que la lucha es concebida como un proceso abierto, la búsqueda de un nuevo lenguaje sitúa a la película en una suerte de *mientras tanto* que suspende momentáneamente la visión histórica cerrada que como hemos visto es central en la argumentación de *La Hora...* Como sostienen Solanas y Getino, ese *mientras tanto* descansa en el enfrentamiento y la violencia ya que “*mientras tanto* existe una cultura, la nuestra, y una cultura de ellos, un cine nuestro y un cine de ellos. Nuestra cultura, en tanto impulsa hacia la emancipación seguirá siendo, hasta que esto se concrete,

una cultura de subversión y por ende llevará consigo un arte, una ciencia y un cine de subversión”¹⁵ Los sentidos que entraña esta declaración implican entonces la posibilidad de una experimentación formal que aún con el claro propósito de vincularse con un proyecto político, no limita las posibilidades creativas sino que las proclama como su condición. Solanas y Getino coinciden plenamente con Franz Fanon acerca de lo indeterminado y novedoso del lenguaje de los colonizados en el proceso, en el *mientras tanto*, de su emancipación. Según Fanon ese *mientras tanto* se calibra por el peso de una violencia que lejos de reconducirse meramente como herramienta neutral, se piensa como condición y posibilidad de una refundación subjetiva y que debe forjarse novedosas formas de expresión, ya que el colonizado cuando comienza a expresarse aún no ha fijado ni la sintaxis ni la gramática de su lengua. Es en el seno de la “violencia atmosférica”, según la pregnante imagen de Fanon, donde se libra la lucha política, pero también y en modo alguno subordinada, la lucha estética sobre la cual *La Hora...* forja su propia y heterogénea poética cinematográfica.

Gran parte de los trabajos más recientes dedicados a la película simplifican, de algún modo, esta tensión dramática que ella despliega al momento de componer su lenguaje singular. En los trabajos de Beatriz Sarlo y Gonzalo Aguilar, aún con sus matices, la película es presentada como el triunfo de la política, de su pragmática, de su relato histórico y su economía discursiva por sobre las especificidades del lenguaje cinematográfico. *La Hora...* se tornaría ejemplo de cómo el discurso político e histórico se devora sin piedad y miramientos al elemento que en realidad le es propio: su carácter cinematográfico. Como contrapartida tanto Sarlo como Aguilar proponen pensar a la película en relación a otros proyectos fílmicos como ejemplos contrastantes de la tensión que desde nuestra perspectiva se encuentran en realidad inscriptas en la propia *La Hora...* De esta manera, el

14. Fernando Solanas y Octavio Getino “Hacia un Tercer Cine”, en *Cine, cultura y descolonización*, Siglo Veintiuno Editores, Bs. As., 1973, op. Cit. p. 57.

15. *Ibidem*, p.58.





film es pensado como exterior a la vanguardia estética y a los requerimientos específicos del lenguaje cinematográfico que sí se encontraría representada en la realización colectiva y efímera de *La noche de las cámaras despiertas* del grupo Alberto Fischerman-Rafael Filippelli y de *Invasión* de Hugo Santiago.

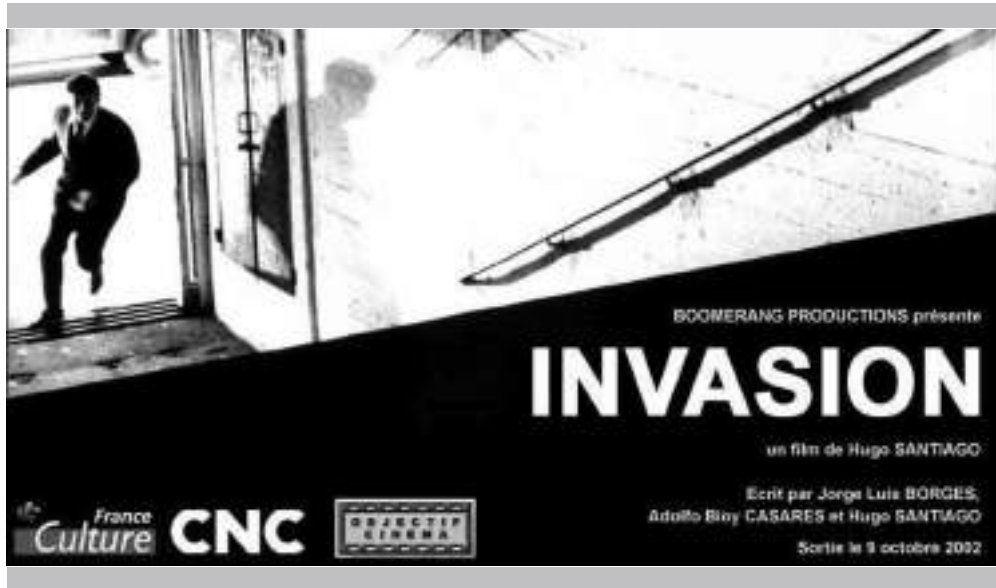
En el caso de Sarlo, la tentativa analítica es más binaria y excluyente en la medida en que los contornos propios de *La Hora...* se diluyen, en su argumentación, en el más general universo del documental de denuncia, mientras que el conjunto de películas que componen *La noche...* representarían en su pureza todos aquellos recursos de la vanguardia estética. En una especie de dialéctica sin síntesis posible, todo aquello que *La noche...* proclama en términos de autonomía creativa, es aquello que *La Hora...* negaría en función del finalismo revolucionario. Como sostiene Sarlo “todo terminó en una batalla campal por un malentendido gigantesco”.¹⁶ Sin embargo, el malentendido que se hace manifiesto en términos políticos y de la funcionalidad del arte, podría no ser tal ya que muchos de los rasgos que ella atribuye como exclusivos del grupo porteño pueden ser rastreados al menos en la primera parte de *La Hora...* Si *La noche de las máquinas despiertas* se compone a partir de la apropiación del lenguaje publicitario, si las condiciones de producción y circulación de los films se piensan por fuera de los canales habituales del cine comercial, lo cierto es que en parte también son esas las condiciones de posibilidad de la realización de *La Hora...*

El film-acto de Solanas y Getino no se piensa a partir del intento de traducir la realidad tal cual es al cine, sino que por el contrario, apuesta explícitamente a la ficcionalización de esa realidad como parte de la propia necesidad de la eficacia del arte en la lucha por la emancipación del tercer mundo. Es por eso que no nos resultan extraños entre sí, independientemente de sus resultados disímiles, los recursos desplegados por ambos grupos -montaje de imágenes y sonido, imbricación entre textos e imágenes, secuencias cortas, etc.- si se considera quizás con exclusividad a *La Hora...* como representativa del Grupo Cine Liberación. El problema del análisis de Sarlo es que no contrapone estéticas concretas, es decir, la especificidad del lenguaje cinematográfico de ambos grupos, sino las proclamas del tándem Solanas-Getino con la estética específica del grupo de Fischerman-Filippelli. El malentendido que Sarlo destaca, podría ser en realidad resultado de analizar como separados los órdenes del discurso que *La Hora...* intenta explotar creativamente.



16. Beatriz Sarlo *La máquina cultural. Maestros, traductores y vanguardistas*, Ariel, Bs. As., 1998, op. Cit., p. 209.





Suponer que *La Hora...* desmerece el tratamiento formal en aras de la acción revolucionaria, es lo que lleva a afirmar a Gonzalo Aguilar que “las críticas que se le hacen al film de Solanas de usar procedimientos rudimentarios, pasan por alto el hecho de que la ruptura del film no radica en su tratamiento de la forma. El impacto que causó en su momento la película se explica por la radicalidad de su propuesta: no se trata de hacer cine político, sino de transformar el cine –y eventualmente abolirlo– para hacer política”.¹⁷ Cabría preguntarse entonces por qué los recursos que en el film *Invasión* y en *La noche...* son juzgados, digamos, positivamente, catalogados de rudimentarios en la película de Getino y Solanas.

CONSIDERACIONES FINALES

17. Gonzalo Aguilar
“La salvación por la
violencia: *Invasión* y *La
Hora de los hornos*”, en
*Episodios cosmopolitas
en la cultura argentina*,
Santiago Arcos Editor,
Bs. As., 2009, op. Cit.,
p. 109.

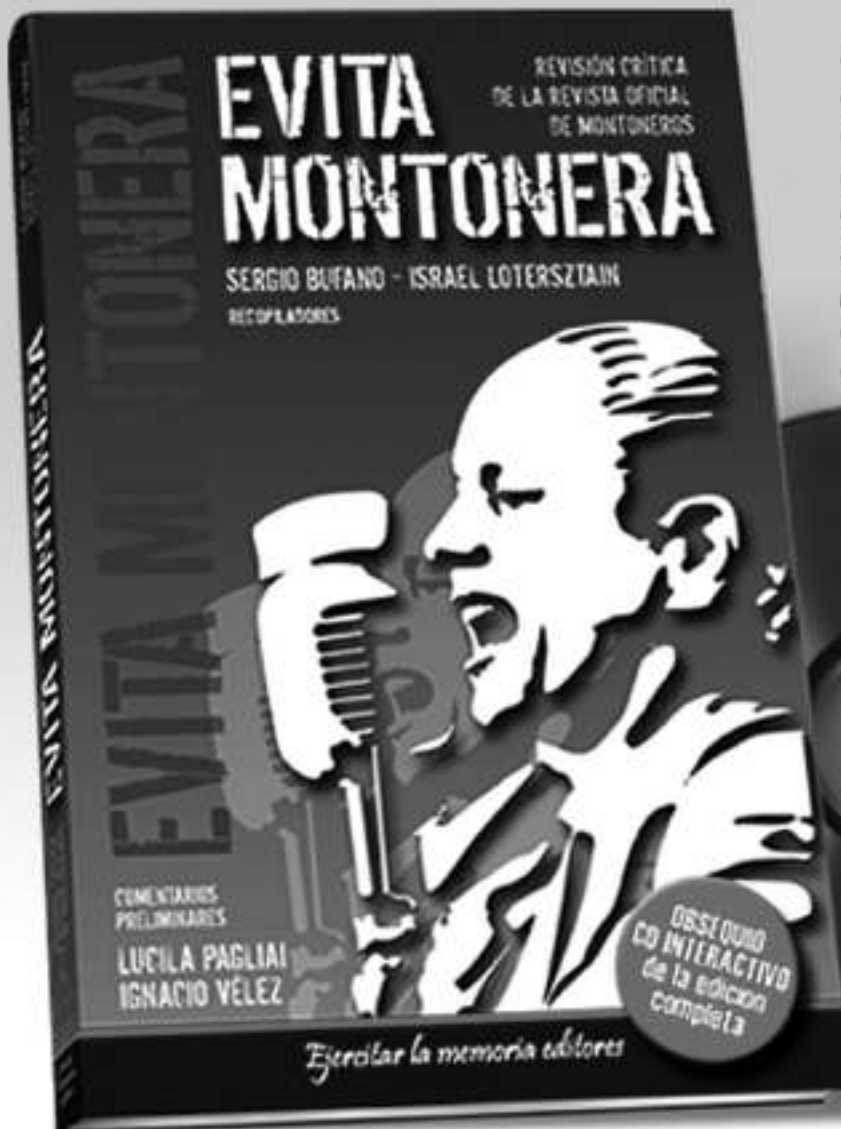
18. Mariano Mestman
“La hora de los hornos”,
en Elena, Alberto y Díaz
López, Marina (ed.), *The
Cinema of Latin Ame-
rica*, Wallflower Press,
London–New York, 2003,
p. 120.

19. *Ibidem*, p.121.

Si, como hemos visto, la construcción del relato histórico de *La Hora...* queda encorsetado en el lenguaje estandarizado del revisionismo histórico de izquierda, desdeñando incluso, como bien sostiene Aguilar, muchos elementos fundantes de la modernidad, el lenguaje audiovisual de la película no traduce necesariamente esas limitaciones. Como sostiene Mariano Mestman “desde un comienzo diversos críticos destacaron el modo en que el film lograba articular un lenguaje experimental original con su proyecto revolucionario”¹⁸, ya que en la construcción de ese discurso visual “incorpora y trabaja con una gran cantidad de recursos y técnicas cinematográficas” como lo son las entrevistas, reportajes, secuencias de noticiarios, imágenes publicitarias, etc. Pero también, en contra del espectáculo cinematográfico, *La Hora...* compatibiliza sobre todo en su primer parte con “diversas estrategias de ataque a la pasividad del espectador, donde la contra información y la agitación (el agit-prop) se combinan sin conflicto”.¹⁹ Es así que el film puede ser entendido desde esta perspectiva como una dialéctica apropiación de imágenes, textos y sonidos que le otorgan un carácter sinuoso, ambivalente pero productivamente provocador al intento de Solanas y Getino por llevar al máximo la tensión entre vanguardia estética y política en aquellos años sesentas. ■



UN DOCUMENTO CLAVE PARA ENTENDER ESTA PARTE DE LA HISTORIA



Ejercitar la memoria editores presenta la edición completa de *Evita Montonera* (1974-1979), órgano oficial de Montoneros. Historiadores, politólogos, investigadores, encontrarán aquí un trozo de una historia signada por la violencia y por propuestas políticas que empujaron al destino final de esa organización, con trágicas consecuencias para miles de sus militantes.

**CD interactivo con la versión
facsimilar de la revista**

Los juicios sobre la política ordenada por la conducción quedan a cargo del lector. Nuestra intención es que todos conozcan qué pensaba esa conducción.

Comentarios preliminares de **Lucila Pagliai - Ignacio Vélez**

Ejercitar la memoria editores



HOMENAJE

SOY TESTIGO

El Rabino Marshall Meyer fue un hombre comprometido con la lucha por los derechos humanos durante la dictadura militar. El autor manifiesta su admiración, le rinde homenaje y relata el encuentro que ambos mantuvieron en Israel y posteriormente la participación de ambos en las rondas realizadas junto a las Madres de Plaza de Mayo.

RABINO BARUJ PLAVNIK

Graduado en Derecho en la UBA; Master en Filosofía y Educación de la Universidad Hebrea. Asistente del rabino Marshall Meyer en la defensa de los Derechos Humanos. Asistencia espiritual a presos y detenidos en cárceles.

En la Tradición rabínica uno de los preceptos más valorados es el rescate de los secuestrados (Pidion shbuim). Tanto es así que Maimonides dice que se encuentra por encima de la Tzedaka (la asistencia a los pobres) y el código más popular de la ley rabínica el Shuljan Aruj declara que la demora en rescatar a un secuestrado equivale a derramar su sangre

El 24 de Marzo de 1976 hacía un mes que había cumplido 24 años, acababa de rendir mi última materia de Abogacía y estaba al mismo tiempo preparándome para casarme y viajar a Israel para completar los estudios rabínicos que había iniciado en 1972 cuando conocí al Rabino Marshall T. Meyer.

No voy a decir nada nuevo cuando digo que el Golpe de Estado no sorprendió a nadie. Yo como tantos miles de jóvenes y adultos lo tomamos con indiferencia ética e inclusive un poco de alivio: no había remedio, iba a ocurrir y mejor que ya había ocurrido.

Como decenas de miles de jóvenes argentinos, en los comienzos de los años setenta estuve participando de los Centros de Estudiantes universitarios,





El Rabino Marshall T. Meyer fue un firme defensor de los derechos humanos durante la dictadura militar. En 1984 fue miembro activo de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP). Fue un infaltable participante de las rondas llevadas a cabo por las Madres de Plaza de Mayo.

concurría entusiasta a las asambleas, a las peñas y participaba de las protestas, repartía los diarios y panfletos del Centro de Estudiantes de Abogacía.

En Marzo de 1976 el Golpe de Estado era esperado como algo inexorable y venía acompañado por el creciente descrédito del gobierno y también por la creciente decepción de las organizaciones contestatarias. La protesta social y las organizaciones juveniles estaban sumidas en un pantano de discusiones estériles llenas de doctrinas y slogans que confundían y desmotivaban. Las organizaciones revolucionarias habían caído en un grado de violencia cuya condición ética ya no era claramente defendible para el común de los jóvenes, y además esa violencia se sentía hacia adentro de los militantes: dudar, cuestionar, discutir ya no eran actos de libertad y democracia sino sospechas de claudicación y traición.

Algunos meses antes del Golpe y con la excusa de rendir los exámenes finales de la carrera me alejé casi totalmente del activismo universitario. Yo estaba en las agendas de muchos de los desaparecidos; si no fui uno de ellos probablemente es porque en Octubre de 1976 estaba en Israel.





En Enero de 1977 con casi 25 años, estaba tratando de adaptarme a la vida de casado y de estudiante en Israel. El Rabino Marshall Meyer me escribió una carta avisándome que estaría de visita en Israel y quería verme. En los años previos de estudio en el Seminario Rabínico habíamos establecido una relación muy personal, el Rabino Meyer se había convertido para mí en un mentor y consejero personal y yo fui un asistente y colaborador muy cercano.

Nos reunimos en el hotel de la universidad Hebrea donde él se alojaba y después de que me interrogó sobre el avance de mis estudios me preguntó si sabía qué era lo que estaba pasando en Argentina. Me contó de la desaparición de personas y de torturas. YO NO LE CREÍ.

Marshall era conocido entre todos sus estudiantes como alguien que por vehemencia era capaz de exagerar las expresiones. En esa ocasión -enero de 1977- quise usar la confianza que me había ganado con mi Maestro y le dije directamente que no podía creer que en la Argentina ocurriera eso. Fue la primera vez que se enojó conmigo y me gritó: “Si quieres ser rabino de verdad, tenes que salir del Jardín de infantes y enterarte de lo que pasa en tu país. Si vos pensaste que ser Rabino es un trabajo tranquilo mejor cambiá de profesión y volvé a la abogacía. Un rabino de verdad no hace lo que le gusta, hace lo que moralmente debe”.

Regresé a la Argentina en Agosto del 1979 ya graduado como rabino y Marshall me convocó como asistente en el Seminario Rabínico. Así fue que



participé de un infinito número de reuniones con padres de desaparecidos, encuentros interconfesionales y dirigentes comunitarios. La acción pública del Rabino Marshall Meyer es ampliamente conocida y todos respetan su valor y coraje, pero creo que debe decirse que Marshall también tenía miedo. Frecuentemente hablábamos de qué haríamos si lo secuestraban, temía que lo mataran e hicieran pasar como un secuestro de la guerrilla o un acto meramente criminal, hablaba por teléfono cuidando lo que decía porque estaba seguro que lo espiaban, tenía su pasaporte estadounidense guardado fuera de su casa y fuera de su oficina por las dudas, salíamos a las rondas de los jueves y me decía que yo mirara a la terrazas de los edificios alrededor para ver si había francotiradores.



Una de las vivencias más terribles que tengo en mi memoria es cuando lo acompañe a la cárcel de Devoto, debe de haber sido a mediados de 1980, nos hicieron esperar de pie en un hall más de una hora, no había donde sentarse, después para permitirle pasar a los pabellones, tenía que “según el reglamento” pasar una revisión para lo cual debía desvestirse totalmente, yo presencié como dos oficiales del Servicio penitenciario lo miraban con sorna mientras “dejaban desnudo al rabino en invierno”. Él soportó la humillación con una entereza que me sigue inspirando hoy en día.

En las reuniones con dirigentes comunitarios más de una vez intentaron cuestionarle a Marshall su intervención en “cuestiones políticas”, él decía: “la defensa de los Derechos Humanos no es una cuestión política, es una cuestión religiosa, Dios, el Dios de la Biblia, el Dios de Abraham y de Israel, el Dios de los profetas nos exige que no callemos ante la injusticia y el atropello”.

Alguna vez, alguien intentó argumentar que tal vez no todos los desaparecidos eran inocentes, Marshall furioso prohibía esas especulaciones, nos decía que un Rabino no tiene derecho a juzgar a los que sufren y el lugar de un religioso es junto al más débil

El Rab. Abraham Joshua Heschel decía: “La esencia del Hombre no RADICA en lo que es, sino en lo que es capaz de ser”. En la creación, todo fue sujeto al orden natural de la evolución, excepto el Hombre al que también se le ofreció la posibilidad de elegir. Lo humano no se alcanza, sino se elige. ■



LOS “INTELECTUALES” EN LA GUERRA

LAS “PURGAS” EN EL EJÉRCITO DE LIBERACIÓN

El ingreso de jóvenes universitarios en la guerrilla rural del Ejército de Liberación Nacional, en Colombia, dirigido por Fabio Vásquez, produjo conflictos que fueron resueltos mediante la lógica del autoritarismo de su principal líder y de las armas que finalmente apuntaron a sus propios compañeros.

ALEJANDRO JARAMILLO HENNESSY

(SOCIÓLOGO UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA COMUNICADOR SOCIAL PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA. DOCENTE UNIVERSIDAD DISTRITAL FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS)

“No traicioné la causa por la cual he luchado, no he abandonado las ideas; sigo creyendo en la necesidad de un cambio; sigo creyendo que este sistema es injusto; sigo creyendo todavía en lo que he pregonado”

Jaime Arenas

“Cortés le entregó a Fabio Vásquez una carta para la madre, que creo que nunca llegó a su poder. Yo la leí. Era una carta muy bella, muy bien escrita, en la que le decía que iba a morir fusilado por sus compañeros.

Le pedía que no fuera nunca a tener odio contra los guerrilleros, y que si su muerte contribuía a la revolución él no tenía nada que lamentar”

Jaime Arenas

1. Pizarro Leongomez Eduardo. Las FARC (1949-1966) de la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha. Tercer mundo editores. Bogotá 1991. Pág. 20

Las guerrillas de orientación socialista y comunista surgidas en Colombia a mediados de la década del sesenta, sortearon las acciones militares represivas del Estado y se consolidaron –a diferencia de otras experiencias en la región– gracias a una tradición de lucha y resistencia armada presente en el campo; como afirma el sociólogo Eduardo Pizarro: *regiones y núcleos sociales habituados a esta tradición de lucha acogieron fácilmente en su seno el proyecto de constitución de focos insurreccionales.*¹ La guerra





De izquierda a derecha: Manuel Vázquez, Víctor Medina y Camilo Torres leen los diarios. (Gentileza de Broderick Walter)

insurreccional surgió de la violencia partidista entre liberales y conservadores que vivió el país desde finales de la década del cuarenta. Se unieron antiguas reivindicaciones y frustraciones con nuevas palabras. Ya existía entre los campesinos una fuerza revolucionaria impulsada por la no resolución de los conflictos agrarios durante la República liberal, la frustrada reforma agraria ley 200 de Tierras de 1936 y la contra-reforma contenida en la ley 100 de 1944.

Los núcleos fundadores del Ejército Popular de Liberación (EPL) y del ELN iniciaron sus operaciones en regiones agrícolas atrasadas y aisladas, aunque con una fuerte tradición violenta vinculada a las autodefensas campesinas. El EPL lo hizo en la parte alta del valle del río Sinú en los límites entre los departamentos de Antioquia y Córdoba cuyos conflictos agrarios son base de la violencia armada, pues vienen del siglo pasado. En los años cincuenta del presente siglo el oficialismo conservador utilizó la policía para evitar la presencia de colonos liberales y los expulsó violentamente.² Mientras el ELN en zonas de colonización del Magdalena medio, Chucurí y en menor medida el Cararé-Opón, sobre la cordillera de los Yariguíes. Además de una base campesina frustrada por el fracaso de las reformas existen en estos territorios, al menos desde la década del cuarenta del siglo XX, hombres formados en la guerra, conocedores del entorno en el que luchan, antiguos guerrilleros liberales y bandoleros que se sumaron a las guerrillas de nuevo corte. Para investigadores como Gonzalo Sánchez o Daniel Pecault, este es otro factor para entender por qué en Colombia el proyecto insurreccional logró mantenerse: *Los sectores estudiantiles y profesionales que animan estas organizaciones políti-*

2. Villarraga Álvaro, Plazas Nelson. *Para reconstruir los sueños. Una historia del EPL*. Editorial para la Paz. Pág. 55





cas emergentes buscarán articular a antiguos dirigentes guerrilleros liberales o a grupos actuantes en ese momento, al proyecto político que están gestando.³ Así por ejemplo los primeros núcleos ELN se ubicaron en la región en la que tuvo influencia Rafael Rangel, el guerrillero de los años cincuenta, y todavía la masa campesina lo recordaba con fervor y guardaba ese sabor insurreccional que los había caracterizado. Tanto es así, que a los pocos días del establecimiento del ELN allí, viejos dirigentes guerrilleros que no se habían acogido a la amnistía anterior, como Pedrito Solano “Tirapavas” y que habían accionado con Rangel, se incorporaron a la naciente organización.⁴ En tanto, en la región del EPL había operado la guerrilla liberal de Julio Guerra, que se vinculó primero al Movimiento Revolucionario Liberal y luego al EPL en 1968. Esta alianza permitió a este grupo consolidar su dominio de la zona y desplazar a los líderes del partido comunista oficial.⁵ La tradición de luchas armadas y la incorporación de “viejos” guerrilleros al proyecto insurreccional no es cuestión de menor cuantía cuando se trata de aproximarse a la experiencia de los jóvenes universitarios que llegaron a las organizaciones guerrilleras a mediados de la década del sesenta.

3. Sánchez Gonzalo. *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Fondo editorial CEREC. 1986 Bogotá Pág. 397

4. Entrevista a Alonso Ojeda Awad. En: Behar Olga. *Las guerras de la paz*. Editorial Planeta 1985. Bogotá. Pág. 55

5. González Fernán. *¿una historia violenta? Continuidades y rupturas de la violencia política en las guerras civiles del siglo XIX y la violencia del siglo XX*. En: *Historia de las ideas políticas en Colombia*. Editorial Taurus. Bogotá 2008. Pág. 335

6. Leal Buitrago Francisco. La participación política de la juventud universitaria como expresión de clase. En: *Juventud y política en Colombia*. Fundación Friedrich Ebert de Colombia FESCOL. Instituto SER de Investigación. Bogotá. 1984. Pág. 160.

7. Ibid.

Algunos como Jaime Arenas fueron parte de nuevas y amplias clases medias y pertenecen a esa generación que, en el escenario extenso de Occidente, Hobsbawm describe como “políticamente radicales y explosivos” atraídos por el radicalismo político de la izquierda, con facilidades para articular sus experiencias e inquietudes a las de otros en distintas latitudes. Jóvenes con capacidad para decidir sobre sus destinos, dispuestos a cuestionar las condiciones políticas, económicas y sociales que configuraban sus entornos, se convirtieron en un factor capaz de incidir en la cultura y en la política colombiana. La socióloga marxista Martha Harnecker analizó el tránsito de la lucha académica a la política en las experiencias revolucionarias nicaragüense y cubana, y señaló que los jóvenes universitarios provenientes en su mayoría de clases medias urbanas con inquietudes intelectuales y ambiciones de progreso son una *pequeña burguesía intelectual* cuya actividad produce un “microclima ideológico” en el que fluyen las ideas más avanzadas. Mientras el campus universitario facilita concentrarse, intercambiar, articular y movilizarse. Entre los que estudian al movimiento estudiantil en América latina a partir de los conflictos y descontentos de las nacientes clases medias, el investigador Francisco Leal Buitrago, que trabajó sobre la participación política de la juventud universitaria, ubica la formación del movimiento estudiantil colombiano dentro del *proceso de configuración de una amplia gama de sectores de clase media, como resultado de la transformación profunda que operó en Colombia en las dos décadas que rodearon el medio siglo*.⁶ Ello fue consecuencia de la consolidación del capitalismo expresada en la expansión de las ciudades y un acelerado crecimiento demográfico de 8.7 millones en 1938 a 11.5 en 1951 y a 17.5 millones en 1964; así como el aumento de las exportaciones de 91 millones de dólares en 1938 a 548 millones en 1964.

El estudiantado se hizo vanguardia y vocero de los problemas y conflictos de la clase media *politizándose y buscando una organización que indujera situaciones de hecho para construir los espacios políticos requeridos*.⁷ Pero éstos eran limitados debido al monopolio bipartidista que cerraba las posibilidades para las transformaciones. En un ambiente de estrechez política la Universidad hizo posible el accionar político y la discusión ideológica y *dentro de ella, se generaron todas las potencialidades de acción política que no pudieron surgir sino dispersa y tímidamente*





Fabio Vásquez Castaño (a la izquierda) junto con dos compañeros. (Gentileza de Broderick Walter)

en el resto de la sociedad, lo que creó una concepción idealizada de la realidad política dentro del estudiantado.⁸ En este escenario de limitaciones e idealizaciones el espectro ideológico del movimiento estudiantil se diversificó. Tuvo acceso a la literatura extranjera, a los clásicos del marxismo-leninismo, a textos contemporáneos como *Revolución en la revolución*, del filósofo francés Régis Debray, a periódicos, revistas y relatos de otras experiencias revolucionarias. Los estudiantes discutían en torno a la II Declaración de la Habana (1962) y el proyecto revolucionario para América latina que en 1967, en la Conferencia de Solidaridad de América Latina, (OLAS), reafirmó la vía armada ya que existían, a su parecer, las condiciones socioeconómicas y políticas para la guerra popular. Estar “comprometido”, ser “auténtico” revolucionario significaba apoyar los movimientos armados. Estar desligado de las luchas era sinónimo de “apático” o “reaccionario”. Es elocuente el discurso de Armando Correa, estudiante de Arquitectura elegido en 1965 presidente del Consejo Estudiantil Superior en la Universidad Nacional: *Yo creo en la politización del estudiante. El estudiante colombiano como tal tiene obligaciones para con su patria y más hoy cuando ella atraviesa por uno de los momentos históricos más críticos en lo económico, en lo social y en lo político. Yo creo que la única forma para que un estudiante universitario asuma una posición honesta, aunque algunas veces equivocada ante los problemas que aquejan a Colombia y ante las crisis nacionales que tienen significación política, es politizándose. Yo no puedo aceptar que estudiantes universitarios, y ser tales supone un grado más o menos alto de cultura, que en su mayoría ya son ciudadanos, no estén definidos políticamente... yo en realidad no creo en el estudiante sin criterio político porque necesariamente debe adoptar una de las dos posiciones: o está de acuerdo con el estado actual del país, o reacciona contra esta situación aspirando al cambio fundamental de las estructuras.*⁹

8. Ibid. Pág. 193

9. El Tiempo. Mayo 12 de 1965.

El cruce entre estudiantes y guerrilleros campesinos fue una alianza inestable que en el ELN desencadenó relaciones abiertamente conflictivas. El personaje que condensó el poder del guerrillero campesino fue Fabio Vásquez Castaño,





Jaime Arenas y Camilo Torres salen de las oficinas del Frente Unido, en 1965. (Gentileza de Broderick Walter)

nacido en una familia caficultora en el municipio de Calarcá, sobre la cordillera central. Siendo niño presencié el asesinato de su padre cometido por los Pájaros, grupos armados de civiles conservadores encargados de “limpiar” zonas de militancia liberal durante la violencia partidista. Vásquez fue uno de los varios colombianos que en 1962 recibió una beca del gobierno cubano para estudiar en la isla; de ellos, siete formaron más tarde la brigada pro liberación José Antonio Galán, preámbulo del ELN. Antes de su regreso a Colombia el grupo de jóvenes lo nombró comandante, dado que *era un campesino fornido, alto, de gran vocación militar y como habían decidido que en principio darían la batalla desde las montañas*.¹⁰ Esa decisión se ajustaba a la concepción foquista y su tesis sobre la revolución que llegaría del campo a la ciudad. Jaime Arenas lo describe así: *aunque poseía una débil formación cultural (había cursado el cuarto año de primaria), tenía una inteligencia despierta... Hijo de una familia humilde y laboriosa, de raíces campesinas, poseía un carácter férreo y una personalidad definida y atrayente... su fortaleza física, su malicia innata, el hecho de que el medio rural no le fuera extraño, su sencillez y espíritu de sacrificio y la voluntad de lucha mostrada en aquellos primeros tiempos, le ganaron la*

10. Castaño Oscar. *Ricardo Lara Parada. El guerrillero y el político*. Editorial Oveja Negra. Bogotá. Primera edición 1984. Pág. 65.

11. Arenas Jaime. *La guerrilla por dentro*. Ediciones Tercer mundo. Primera edición febrero 1971. Segunda edición abril 1971. Bogotá. Pág. 22-23

12. Entrevista a Alonso Ojeda Awad. En: Behar Olga. *Las guerras de la paz*. Editorial Planeta 1985. Bogotá. Pág. 63

13. Sánchez Gonzalo. *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Fondo editorial CEREC. 1986 Bogotá.

confianza, el respeto y el afecto, no solamente de los campesinos sino de todos cuantos le conocimos en esa época.¹¹

Vásquez creía en el fortalecimiento de las estructuras militares; se trataba de dar golpes *que demostraran a las masas que había una nueva opción política sobre el contexto histórico de la patria, planteando la posibilidad de la toma del poder por las armas*.¹² A esta tendencia Jaime Arenas la describe como limitada al menospreciar el trabajo urbano o valorarlo sólo en su ‘aspecto logístico’. Estudiantes como Víctor Medina, Heliodoro Ochoa y Julio Cesar Cortés, privilegiaban en cambio el trabajo político para consolidar, por ejemplo, zonas para desarrollar movimientos populares que sirvieran de base a la insurrección. En el enfrentamiento entre ambas posturas los valores asociados a las armas se impusieron sobre las relaciones políticas hasta sustituirlas. Gonzalo Sánchez describió esta situación como *prisioneros de una lógica con pocos o casi nulos espacios para la rectificación, en sus filas el esfuerzo intelectual es ignorado o degradado en aras de valores marciales y la crítica interna es asimilada a la traición*.¹³ En el ELN los jóvenes nombrados anteriormente fueron juzgados por un consejo de guerra, acusados de “traición” y condenados a muerte.

Quienes como Jaime Arenas salieron de la universidad para sumarse a la lucha armada eran considerados “intelectuales” por el hecho de haber cursado estudios superiores. Como señala Jorge Castañeda: *en América latina, donde las sociedades están polarizadas y el saber y el reconocimiento social son poco frecuentes, casi cualquiera que escribe, pinta, actúa, enseña y se expresa, o incluso canta, se convierte en un “intelectual”. El alcance del término es muy amplio, porque las actividades de*

las personas a las que se lo asocia son igualmente diversas.¹⁴ Estos jóvenes sintieron que el tiempo que vivían era definitivo y defintorio y se sintieron destinados a salvar al pueblo de sus miserias y desgracias. Son elocuentes las palabras del cura Camilo Torres Restrepo en una carta enviada a Fabio Vásquez meses antes de su incorporación al ELN: *dile a todos los compañeros que tienen a todo el pueblo colombiano y latinoamericano y a los pobres del mundo entero detrás de ellos y esperando en ellos;*¹⁵ allí se reafirma la lucha insurreccional como el “único” e “inevitable” camino, además de la crítica al ‘revisiónismo’ y en especial al Partido Comunista. En su proclama al pueblo colombiano escrita ya desde las montañas afirma que *todo revolucionario sincero tiene que reconocer la vía armada como la única que queda. Sin embargo, el pueblo espera que los jefes con su ejemplo y con su presencia den la voz de combate. Yo quiero decirle al pueblo colombiano que este es el momento. Que no lo he traicionado.*¹⁶ Camilo asume que ingresar a la guerrilla es un acto de coherencia, y que su actitud representa la convicción de ser poseedor de la verdad y ser parte de la línea de acción política “más justa” a cuya orientación y acción práctica debían sumarse los “auténticos” revolucionarios. Este rasgo mesiánico que está presente en los movimientos insurreccionales de América latina es parte esencial de la historia política de Colombia. Como señala el historiador Cesar Ayala en su trabajo sobre la derecha colombiana de la década del treinta del siglo XX *la Iglesia y su decisivo papel en la formación de las almas prepararon a los colombianos para concebir la resolución de grandes problemas sociales y nacionales desde el mesianismo... por ejemplo, en el interior de los partidos tradicionales, conformados, por lo regular, por fervientes católicos, el mesianismo es uno de los componentes principales para su identificación, su fundamentación, su legitimación, y sobre todo, para su cooptación política e ideológica.*¹⁷

Los jóvenes que llegaron a la guerrilla motivados en parte por ese espíritu mesiánico encontraron escenarios agrarios en los que convergían luchas partidistas, conflictos sociales y bandolerismo, alrededor de una multiplicidad de protagonistas, actores políticos y económicos con los que interactuaron a partir de micro estrategias para garantizar la “supervivencia” propia y la del proyecto insurreccional, dando lugar a consecuencias inesperadas distanciadas de la idea romántica de la revolución.

La muerte de Camilo Torres en combate, el 15 de febrero de 1966, fue un momento de crisis para la organización y para los jóvenes universitarios que se habían enrolado siguiendo su ejemplo. Si era una figura política nacional, un “traidor de su clase” como lo llamaron algunos, que había fusionado el ideal cristiano con el de la revolución ¿por qué se lo llevó al combate? ¿Cuál era el lugar que debía dársele? Estas fueron algunas de las preguntas que surgieron entre quienes defendían lo político sobre lo militar. Desde la mirada de militantes como Arenas fue un sacrificio irresponsable que no valoró su verdadera magnitud como líder político. *Camilo no fue a la guerrilla en busca de honores y prebendas. Pero una elemental evaluación de todo cuanto significaba ha debido hacerse por parte del jefe del ELN... no es ninguna calumnia afirmar que el jefe del ELN no fue capaz de comprender la importancia política y estratégica de Camilo.* Su muerte puede ser vista como el comienzo del final de los jóvenes “ciudadinos” que no ocultaron su inconformidad con la dirigencia. Aquellos que como Hermías Ruíz, propusieron un “análisis autocrítico” cayeron en desgracia con Vásquez.

14. Castañeda Jorge G. *La utopía desarrollada*. Tercer mundo editores. 1993. Bogotá.

15. Arenas Jaime. *La guerrilla por dentro*. Ediciones Tercer mundo. Primera edición febrero 1971. Bogotá.

16. *Ibid.*

17. Ayala Cesar Augusto. *El porvenir del pasado*. Gilberto Alzate Avendaño. *Sensibilidad leoparda y democracia. La derecha colombiana de los años treinta*. Editor Fundación Gilberto Alzate Avendaño.

150.000, PESOS

de recompensa
COLABORANDO CON LAS AUTORIDADES
PARA LA CAPTURA DE:



**FABIO VAZQUEZ
CASTAÑO**

Se garantiza absoluta reserva

LOS FUSILAMIENTOS

Quisiera rescatar la versión de Jaime Arenas,¹⁸ sobre algunos de los acontecimientos que llevaron al fusilamiento de Víctor Medina, Heliodoro Ochoa y Julio Cesar Cortés. En la designación de José Ayala como mando de una comisión se presentaron *problemas debido a la inconformidad de los guerrilleros por el trato recibido del jefe y por su conducta personal. Ayala empezó a rodearse de privilegios y a descuidar medidas de seguridad.* La agudización de estas divergencias llevó a que los mismos guerrilleros asesinaran a Ayala y nombraran como jefes a Ovidio Camacho y a Juan de Dios Aguilera, quienes se separaron del ELN y formaron el Frente Guerrillero Simón Bolívar. Una publicación del ELN citada por Arenas describió así a Aguilera y al Frente disidente: *Con Aguilera queda un grupo de traidores y asesinos, que inician una etapa de crímenes y asaltos bandoleros a nombre de la revolución.*¹⁹ Aguilera envió un mensaje a Medina invitándolo a sumarse a la disidencia; sin embargo el mensaje

fue interceptado por guerrilleros de Vásquez, quien dio la orden de detener a Medina acusándolo de ser el autor intelectual de la muerte de Ayala. A Heliodoro Ochoa se le acusó de ser “amigo inseparable de Medina” y a Julio Cesar Cortés se le apresó por iguales circunstancias. *Había estado en la subcomisión con Medina, dialogaba frecuentemente con él y expresó su acuerdo con los planteamientos que Medina hacía. Jamás había aceptado rendir pleitesía a Fabio Vásquez y ello lo signaba como hombre de poca confianza. Además Cortés no había logrado adaptarse a la vida en el monte, con lo cual provocaba burlas y desprecios por parte de los campesinos, que eran fomentados por el jefe. Ninguna otra acusación se presentó contra él.* Las diferencias sobre la conducción de la organización bajo Fabio Vásquez son, para Arenas, el eje de los fusilamientos, y resalta la actitud asumida por Vásquez *al creer que por el solo hecho de encontrarse en la montaña se tiene razón, despreciar las opiniones y las críticas de los otros, hacer alarde de autosuficiencia, tales han sido las posiciones asiduas por el supremo responsable del ELN.*²⁰ La diferenciación entre un “ellos” ligado a la “montaña” y un “otros” referencia a los compañeros de la ciudad, tiene a la “montaña” como el espacio compartido por unos y otros.

18. Arenas Jaime. *La guerrilla por dentro*. Ediciones Tercer mundo. Primera edición febrero 1971. Segunda edición abril 1971. Bogotá. Pág. 128-132

19. Simacota julio 4 1969. Pág. 5. Ibid.

20. Ibid.

El monte que unos conocían y dominaban, a los otros les enseñó realidades concretas de la guerra que hasta su incorporación eran anécdotas de cafetería. No solo las dificultades inherentes al clima, al terreno, la alimentación, las enfermedades, los animales, sino también a su condición de clase. Desde su llegada debían pagar con mayor esfuerzo la desconfianza que producía el origen urbano; es posible imaginar que cuando comenzaban a conocerse, cuando la confrontación con las fuerzas militares se limitaba a esporádicos combates, la dificultad para adaptarse no pasaba de ser un comentario, a veces una burla entre compañeros. En una entrevista concedida al periodista Germán Castro Caicedo, Arenas resaltaba que la adaptación es *lenta, difícil, penosa, se hace necesario comenzar por saberse defender en la selva. Acostumbrarse a caminar en ella es una de las cosas más demoradas, porque se trata de aprender a descargar el*

pie al caminar, saberlo afirmar... En una palabra, la lucha inicial es por conseguir una buena agilidad del cuerpo, lo que para el hombre de ciudad no es fácil. La dificultad para adaptarse y la distinción entre guerrilleros de ciudad y de campo aparece en relatos de ex guerrilleros como Gustavo Zuluaga, militante del EPL: *tocaba caminar mucho, me tocó inicialmente estar cerca de Ramiro, muy conocido, famoso... Ramiro tenía el concepto de que el hombre que llegaba de la ciudad había que tratarlo con cuidado y cierta desconfianza, porque luego se iba del Noroeste y, si lo cogía el ejército, se volvía sapo (delator). Llegamos a un ambiente donde nos ocultaban cosas, había un ambiente cerrado, el que había logrado sobrevivir los cercos veía a los que luego llegamos como de afuera, y tenía mucha fuerza el peso de la vida campesina en la misma vida del guerrillero....*²¹

La versión que ofrece el relato de Arenas ilustra sobre el conflicto entre “intelectuales” y mandos campesinos, sobre los celos y las relaciones de poder, sobre las distintas concepciones frente a la población civil, las bases urbanas o la importancia de cierta ética revolucionaria. Ilustra sobre la confrontación entre el “ilustrado de la ciudad” y el “bárbaro del campo”, entre el político moderno y el caudillo. Caudillo es una expresión con la que Arenas se refiere a Vásquez: *en el seno de la guerrilla las divergencias entre campesinos y estudiantes es notoria... hay servilismo hacia Fabio. Me da la impresión de que en ellos prevalecen ciertos remanentes feudales, porque le rinden culto a quien tiene la fuerza; eso no sucede con los estudiantes de mentalidad diferente.*²² Los estudiantes llegaban con el sueño de ser educadores, ‘vanguardia’ civilizadora encargada de elevar el nivel político de los campesinos: *no me había sido permitido en ese año y medio realizar lo que había soñado hacer en el movimiento en la medida de mis capacidades. Esto era: tratar de motivar seriamente a los campesinos, darles una organización, aumentar su peso específico ideológico-político. Buscaba escoger un grupo de guerrilleros con mayores capacidades que el resto para formarlos como dirigentes político-militares.*²³

Pero la respuesta de los campesinos, según Arenas, fue de desprecio y desinterés: *el campesino guerrillero es de insignificante cultura y no manifiesta un especial interés por aprender. Cuando yo insistía en la necesidad del estudio, generalmente me contestaban con burla. Me decían, por ejemplo, que para hacer una emboscada no se necesita conocer a Marx*²⁴. Arenas pedía a los compañeros campesinos que seguirían principios abstractos con los que estaba familiarizado y en los que creía, por ejemplo, que la revolución era una cuestión política y no de fuerza, que pierde su sentido cuando privilegia lo militar sobre lo político, cuando prima el dogmatismo sobre los argumentos y los juicios analíticos.

Tales ideas se enfrentaban con sujetos formados en una cultura que no contaba con la suficiente madurez. Cuando Arenas contrasta su revolución idealizada con las condiciones concretas –hombres incultos que se resisten a ser educados–, aparece un dilema cuyo rasgo general está presente, por ejemplo, en los criollos ilustrados que desean implementar el modelo de democracia anglosajona tras la independencia de España y encuentran que “los pueblos latinoamericanos no estaban educados para ejercer la soberanía. En Iberoamérica lo único que se conocía y se acataba era la tiranía”. Para los intelectuales criollos la ‘soberanía popular’ se lograría a través de un proceso de educación política: “ahora bien,



Favio Vásquez de civil.



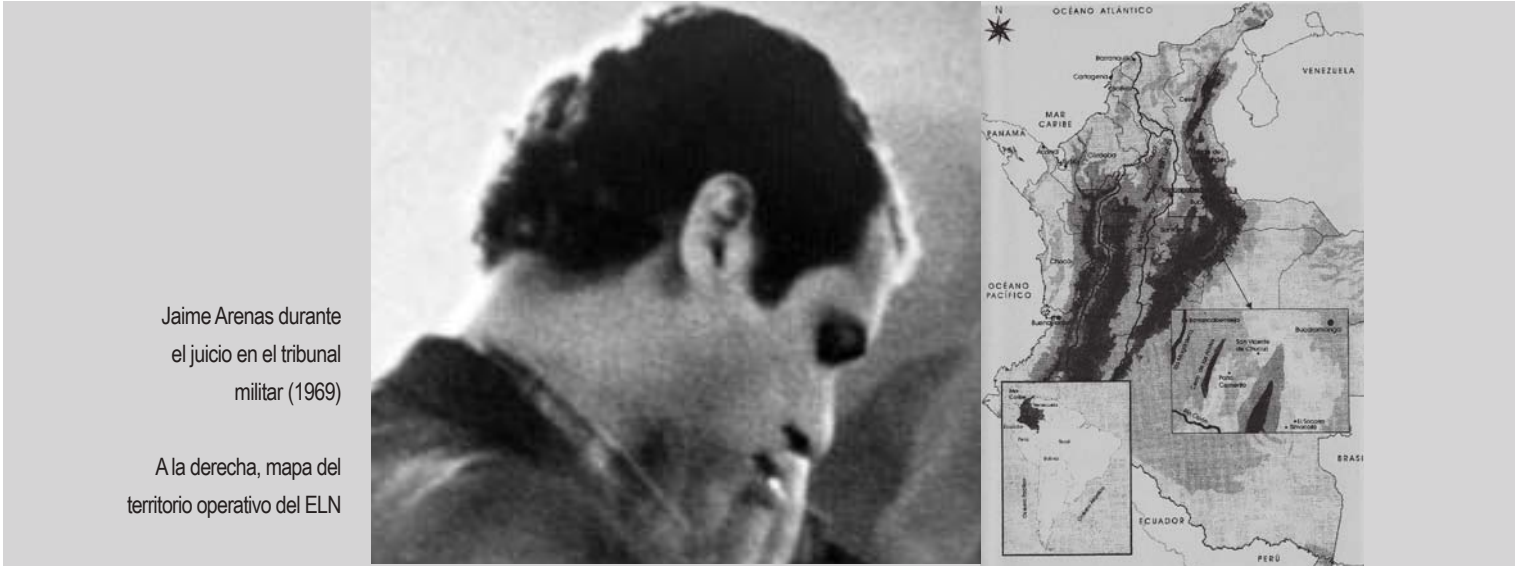
Favio Vásquez en el monte.

21. Entrevista a Gustavo Zuluaga. En: Villaraga Álvaro, Plazas Nelson. *Para reconstruir los sueños. Una historia del EPL*. Editorial para la Paz. Pág. 94

22. Castro Caicedo. *Del ELN al M-19. Once años de lucha guerrillera*. Carlos Valencia editores. Primera edición 1980. Bogotá Pág. 44

23. *Ibid.* pp. 47-48

24. *Ibid.* Pág. 41



Jaime Arenas durante el juicio en el tribunal militar (1969)

A la derecha, mapa del territorio operativo del ELN

esta tesis ilustrada era también, fundamentalmente, una tesis ciudadina... Eran los intelectuales, los profesionistas, los clérigos, los empleados, los soldados de alta graduación ciudadanos, los que querían arrogarse la tutoría del pueblo”.²⁵

En el universo simbólico de campesinos como los que siguieron a Vásquez y obedecieron sus órdenes sin juzgarlas “analíticamente”, el “enemigo” estaba en la ciudad donde residía el gobierno central que reprimía con sus fuerzas militares, en los partidos tradicionales que dieron la espalda a sus aliados durante la violencia partidista y los convirtieron en “bandoleros”, nombre con el que se conoció a los que prolongaron las luchas partidistas tras el pacto del Frente Nacional.²⁶ En la visión de hombres como el “comandante Richard” dirigente de la “resistencia” de Marquetalia *los bandoleros somos los dirigentes campesinos, que le entregamos toda nuestra juventud, a la lucha por defender a los hombres y mujeres del campo por la violencia desatada y aprovechada por los mismos que hoy pretenden desencadenarla nuevamente. Oiga, yo le cuento una cosa: en el año 1953, y luego 1957, cuando los oligarcas querían que cesáramos la lucha armada y nos entregáramos, en sus cartas, muy melosas por cierto –yo las conservo todas– no se hablaba de bandoleros sino de ‘héroes del pueblo’ ‘valientes luchadores por la libertad’ y otras lindezas. ¡Pura hipocresía nada más!*²⁷

De la ciudad provenían políticos como Alfonso López Michelsen, máximo dirigente del Movimiento Revolucionario Liberal –disidencia del partido liberal– que enarbó el antiimperialismo y prometió la resolución pacífica de los conflictos agrarios. Al verse desbordado por las expectativas del campesinado volvió al oficialismo, lo que supuso un acto de “traición” que llevó a la desarticulación del movimiento y al abandono a su suerte de los militantes radicalizados, algunos de los cuales, como Francisco Caraballo, se incorporaron a las organizaciones guerrilleras. Esto para citar personajes ligados al presente de los campesinos en armas. En la memoria profunda, la ciudad ha sido referente de los que “siempre han mandado”, la “oligarquía”, esa clase hegemónica y aristocrática que, como afirma Diana Ceballos, a lo largo de la historia colombiana ha reducido los “armisticios” a pactos o acuerdos políticos que sólo sirven a los

25. Villegas Abelardo. *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano. Siglo XXI editores. Primera edición 1977. Quinta edición 1980. Pág. 27*

26. Sánchez Gonzalo. *Bandoleros. Gamonales y campesinos. El caso de la Violencia en Colombia. Editorial Áncora. Primera edición 1983. Cuarta reimpresión 1994. Bogotá. Pág. 42.*

27. Entrevista a Richard Castañeda ‘Richard’. Publicada en el periódico *Voz proletaria*. 7 de Mayo de 1964.





De izquierda a derecha,
Camilo Torres, Víctor
Medina Morón y Favio
Vásquez Castaño, en
Santander, 1965.
(Gentileza de Broderick
Walter)

intereses de ese grupo. El último de estos pactos fue el Frente Nacional para poner fin a la violencia entre los partidos liberal y conservador. De la ciudad, desde arriba, llegó la resolución de los conflictos sociales como una tradición de expectativas frustradas que podría remontarse a la lucha independentista en cabeza de los criollos ilustrados.

Ahí estaban estos jóvenes que no habían sufrido la exclusión, la pobreza, el destierro; que no habían sido tocados por la barbarie ni el fanatismo de la muerte, por ese espiral de violencia que en veinte años de terror entre liberales y conservadores dejó aproximadamente 200.000 víctimas. Estos jóvenes de cuerpos débiles, “hablantinos” –con sus enérgicas consignas, con sus libros sobre cómo hacer la revolución– reclamaban para sí el derecho a la conducción, derecho que los campesinos bien podían sentir como propio porque fueron víctimas y victimarios, porque encarnaron en el guerrillero liberal o en el ‘bandolero’, una lucha cuya conducción ideológica estuvo en las élites ciudadinas.

Los guerrilleros universitarios defienden principios que consideran justos, y mientras lo hacen no ignoran la tensión que sus posturas producen en el interior de la organización; conscientes de la situación son responsables de su destino y no víctimas inocentes, tomando el sentido que le da Hannah Arendt, al referirse a ciertas lecturas del holocausto judío, no se trata “de la víctima propiciatoria; objetiva y absolutamente inocente, porque no ha hecho ni dejado de hacer nada que tenga relación alguna con su destino”;²⁸ tienen una responsabilidad específica, sus propios dogmatismos y prejuicios, su idealización o tergiversación de la revolución. Junto con sus historias de heroísmo y resistencia existe su incapacidad para comprender la complejidad del universo campesino. En el mismo momento en que decidieron no someterse a la dirección de Vásquez, es decir, no renunciar a la pretensión “intelectual”, se inició el declive de los ciudadanos como Arenas. Su eliminación física fue el derrumbe de la fachada de las ideas y valores –el “deber ser” de los medios y los fines– que consideraban esencia de la revolución.

Lo que se advierte a través de la descripción de Arenas, es que frente al pelotón de fusilamiento, surge un ritual de profundo significado romántico

28. Arendt Hannah. *Los orígenes del totalitarismo. El antisemitismo*. Alianza editorial. 1987 Pág. 30





que se nutre del “deber supremo” de la lucha revolucionaria; Medina, Ochoa y Cortés esperaron ser coherentes, se sintieron dignos de su destino, no el destino del traidor sino de aquel que defiende unos ideales con su propia vida. Como último gesto Ochoa pidió dirigir al pelotón que lo fusiló, y Cortés gritó ¡viva la revolución! Un final insensato si se considera el sistema de valores y comportamientos que se espera del revolucionario. El impacto de este acto final del que Arenas fue testigo y partícipe pasivo terminó por agrietar la atmósfera romántica en la que él estaba inmerso –pero de la que ya desconfiaba–. Allí se produjo el desencantamiento definitivo, que puede ser entendido como otro nivel de conciencia. Esas muertes incrustadas en su memoria confirmaron su decisión de no permanecer en la insurgencia. Las consideraciones realistas y prácticas desplazaron a los ideales inalcanzables

y lo decidieron simular para no generar sospechas y luego, en el momento indicado, desertar. El fusilamiento de sus compañeros fue una evidencia con la que Arenas identificó la distancia entre ideales y realidades. Como señala Estanislao Zuleta existe en la razón *un cierto y curioso elogio de la traición, concebido como gran valor ético: ser consecuente con aquello a lo que uno ha llegado por un pensamiento necesario.*²⁹ Este puede ser el trasfondo del planteamiento con el que Arenas justifica su desertión: *no traicioné la causa por la cual he luchado; no he abandonado ideas; sigo creyendo en la necesidad de un cambio; sigo creyendo que este sistema es injusto; sigo creyendo todavía en lo que he pregonado...* La razón lo lleva a pensar en medios distintos a la lucha armada.

Del lado del pensamiento esencialista está Fabio Vásquez, ya no el “entusiasta” joven que integró la Brigada José Antonio Galán, sino el guerrillero que Arenas describe como *caudillo ególatra*, que disfrutaba ser comparado con el Che Guevara y cuya personalidad se imponía sobre la organización, imprimiéndole rasgos particulares. Como señala Medardo Correa *si la revolución era superior, él también era superior; si infalible, él así mismo infalible; si era pura, él intachable. Lo ideal de la revolución lo tomó para sí como cosa cierta y en contraprestación le transmitió, como cosa revolucionaria, todas sus virtudes y defectos.*

29. Zuleta Estanislao. *Colombia, violencia y democracia*. Editorial Altamira. Colombia. 1991. Pág. 64

La revolución terminó siendo inflexible, puesto que él era inflexible; acabó siendo autoritaria y militarista porque él era autoritario y militarista; devino excluyente porque él era excluyente; devino campesina porque Fabio era campesino; como la revolución



era grande, él no podía ser pequeño, y como Fabio llegó a ser paranoico, la revolución se volvió paranoica.³⁰ Vásquez se comportó como el padre que exige obediencia y acatamiento, que reparte privilegios entre los que le resultan dignos de confianza y que no duda en castigar a los que se presentan como un peligro para el sostenimiento de esas relaciones existentes. Lo interesante es que no elige a los “traidores” al azar, sus decisiones obedecen al criterio de conservar y unificar el mando previsible en una organización revolucionaria, pero también, los privilegios que este detenta.

Su triunfo sobre los “ciudadinos” se debió en parte a que la base guerrillera confiaba en las armas más que en las palabras, envueltas por la manigua de la guerra, devoradas por el sentido que advertía que son los fusiles los que garantizan ser escuchados, argumento válido si se piensa cómo se han resuelto en Colombia los conflictos políticos, pero también si se recrea la cotidianidad de la guerra, los desgastes físicos y psicológicos, la deshumanización y la responsabilidad de decidir sobre la supervivencia de militantes y de proyecto. Vásquez estableció un cierto tipo de orden con su autoridad despótica fundada en el miedo, el sentimiento de lealtad y la capacidad de generar compromisos personales, dinámicas clientelares propias de una sociedad agraria y tradicional.

Ahora bien, sociedades agrarias y tradicionales eran común denominador en América latina en la década del sesenta. En la experiencia insurreccional, es frecuente la desconfianza del campesino hacia el “ciudadino” o la dificultad de este para adaptarse a la montaña. Héctor Bejar, en su ensayo “Experiencias guerrilleras”, lo describe con claridad meridiana cuando analiza la derrota de las organizaciones guerrilleras peruanas a finales de 1965. En el caso del Frente Ayacucho, que operó en la provincia de La Mar, señala: *las raíces del fracaso deben buscarse en la guerrilla misma y su dirección. En éste, como en otros casos, un grupo de hombres procedentes en su mayoría de la ciudad, trataba de operar militarmente en un medio desconocido... otra barrera son las costumbres. Se precisa mucha disciplina para que un conjunto de hombres pueda aprender a respetar, a imitar y a amar las antiquísimas costumbres de los campesinos, para que no hieran su susceptibilidad con actitudes torpes. Disciplina y cariño hacia el campesino y modestia. Y no siempre son éstas las características de jóvenes universitarios, o políticos llenos de cierta autosuficiencia intelectual que choca a los hombres sencillos.*³¹

La dificultad del guerrillero llegado de la ciudad para compenetrarse en el universo campesino fue, para el caso peruano desde la perspectiva de Bejar, una de las razones de la derrota militar: *la mayoría de sus integrantes carecía de la capacidad necesaria para adaptarse rápidamente, no sólo al terreno, sino a la vida diaria de los campesinos, a su idioma, a sus costumbres... Antes de que se hubiese logrado una fusión estrecha entre estudiantes y campesinos, la guerrilla había sido derrotada.*³²

Mientras en el Perú la tensión campo-ciudad se resolvió en el campo de batalla, en el ELN se dio a través de los “juicios revolucionarios” como solución final. La incapacidad de adaptarse y la desconfianza del campesino hacia el hombre de ciudad fueron argumentos que, entendidos como “traición”, cubrieron las

30. Medardo Correa Arboleda, *Sueño inconcluso. Mi vivencia en el ELN*, Fundación para la Investigación y el Desarrollo de la Economía Social (FINDESAR-ROLLO), Bogotá, 1997, pp. 161-162.

31. Bejar Héctor. *Experiencias guerrilleras*. Editora Feriva. Cali Colombia. 1970. Pág. 100

32. Ibid. Pág. 106-107



33. Véase Arboleda Carlos. el pluralismo religioso en Colombia. En: Ortiz Mesa, Luis Javier. Guerras civiles e iglesia en Colombia en la segunda mitad del siglo XIX. Grupo de investigación Religión, cultura y sociedad. UNC. Primera edición 2005.

34. Ibid.

35. Sánchez Gonzalo. *Guerra y política en la sociedad colombiana*. El áncora editores. Bogotá. 1991. Pág. 34

36. Walter J. Broderick, *El guerrillero invisible*, Intermedio Editores, Bogotá, 2000. Pág. 325

37. Aguilera Mario. La memoria y los héroes guerrilleros. En: *Análisis Político*. Mayo – agosto 2003 No. 49. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). UNC.

raíces de aquel pensamiento conservador que no tolera la diferencia cuando esta supone el mínimo riesgo de alterar el orden. Esta postura es acorde con el espíritu nacional, al menos desde el proyecto regenerador a finales del siglo XIX y gran parte del siglo XX, donde cuestionar a la Iglesia o a su fe era tanto como ponerse a sí mismo en tela de juicio. Carlos Arboleda en su trabajo sobre el pluralismo religioso en Colombia afirma: *No es posible, en resumen, transigir con el error, ni abrir el camino a la convivencia de creencias*,³³ y donde la libertad de conciencia, el disenter y la opinión llevaban al desorden y al caos *la mayor parte de las desolaciones proviene de la licencia de opinar, pues lleva hasta el ateísmo*.³⁴

Esta intolerancia teológica definió una mentalidad, un ethos del estado

nación que se manifestó en las guerras civiles en Colombia desde mediados del siglo XIX hasta la de los mil días a comienzos del XX. Y está presente en la violencia partidista (liberales vs. conservadores) donde, como dice Gonzalo Sánchez, *los contendores políticos y sociales no pueden ser pensados en términos de rivalidad sino de desviación de una verdad o creencia originaria –de ortodoxia, de herejía, como en las guerras de religión*.³⁵ Eso pudieron ser para Vásquez hombres como Medina, Ochoa y Cortés, contendores, críticos de sus privilegios y de su poder fundado en los favores y el miedo, desviaciones frente a una verdad, que era necesario defender sin contemplaciones. No en vano cuando se revisa la historia del ELN, a los fusilamientos de los jóvenes se le conoce como ‘depuración’ o ‘purgas’.

Paradójicamente, el final de Fabio Vásquez Castaño tiene aires de “traición”, si se mide con el mismo juicio que en el ELN cobró la vida de hombres como Jaime Arenas o Ricardo Lara Parada: la desertión. En 1974 viajó a Cuba con el pretexto de realizarse un tratamiento médico, decisión que comunicó a un grupo pequeño. *El proyectado viaje a Cuba podría interpretarse como una huida, una traición. Entonces debía escoger con cuidado a quiénes revelar el secreto*.³⁶ Lo hizo con la promesa de regresar una vez recuperado de sus dolencias, y dejó como comandante a Nicolás Rodríguez Bautista. Pero la promesa no se cumplió y en 1976 Rodríguez asumió plenamente la comandancia. Curiosamente, el abandono de Vásquez de su lugar como comandante, no es considerado un acto de traición; *Vásquez sigue siendo un héroe mítico, y con él esa primera etapa fundadora del ELN. Más aún, la fuerza de ese mito sigue permitiendo que en la “historia oficial” de la organización no haya ningún tipo de justificación para los que atentaron contra su autoridad, quienes, como en ese entonces, continuaban siendo tratados como “desertores” y “traidores”*.³⁷ ■



EJERCITAR LA MEMORIA Editores

— PRESENTA



LOS JUDIOS BAJO EL TERROR, ARGENTINA 1976-1983 de Gabriela Lotersztain, el primer libro de una colección dedicada a investigaciones y documentos sobre la historia de los años sesenta y setenta.



LORA Y EL CHE EN BOLIVIA ¿ENTRONCANDO CON LAS MASAS?

El dirigente obrero Guillermo Lora fue un severo crítico de las acciones desarrolladas en el monte boliviano por el Che Guevara, con el apoyo cubano. Su disidencia con la propuesta del foco armado, al que acusó de ignorar la combatividad de los trabajadores de las minas y de aislarse de sus luchas, produjo una interesante polémica que reproduce el autor de este artículo.

1. Crítica anterior de Nahuel Moreno (1962) en *La revolución Latinoamericana*. Lora tal vez haya podido tener conocimiento de este texto.

2. *Entroncar* está usado en el sentido de que hay una relación que tiene una direccionalidad particular, una causalidad. Otros textos son más ambiguos respecto al tipo de relación, hablan de "ligarse".

DIEGO CANO
(UBA/USAL)

A Humberto Vázquez Viaña, a quien su experiencia de lucha lo puso frente de la crítica, por tanto, de la superación de su propia acción

I

Es bien conocida la crítica a la guerrilla como forma de lucha que se aleja de las masas. Sin embargo poco se sabe sobre cuáles fueron concretamente estas críticas en los años sesenta cuando se expandió este accionar en nuestro continente. Poco se han explorado, además, cuáles fueron las formas concretas de esa relación en Bolivia en 1967.



Este texto presenta uno de los primeros argumentos opuestos a la guerrilla después de la Revolución cubana,¹ realizado por Guillermo Lora (reconocido dirigente del trotskismo boliviano). Lora marcó la falta de “entroncamiento² con las masas” de la guerrilla de Ernesto Guevara con el proletariado minero boliviano y su vanguardia política.

Las diferentes acciones que el movimiento organizado de los mineros llevaba adelante cumplía un papel central en la dinámica política de ese país. Como la mayoría de la bibliografía destaca,³ los mineros componían la parte más numerosa del proletariado boliviano y, aunque parcialmente en retroceso,⁴ habían desempeñado un rol central en la llamada Revolución boliviana de 1952. Por tanto, parecía evidente que cualquier estrategia de acción política de transformación tendría que considerar qué política se daría de cara a los mineros. El trotskismo en Bolivia era un elemento clave de esa organización, y quizás Lora uno de sus dirigentes más destacados. La opinión más difundida es que no existió tal relación y, aún más, que la guerrilla ni siquiera tenía una política hacia el proletariado minero. Consideremos esta contraposición en detalle.



II

El texto más importante de Guillermo Lora en torno a la discusión que aquí se plantea es del año 1963, año en el que hay dos intentos de inicio de guerrillas con formas diferentes. El primero, en Perú, liderado por Hugo Blanco, militante trotskista, caracterizado como formas armadas de *autodefensa*, y el otro, el intento del EGP en la Argentina, en línea con lo que se denomina *foco insurreccional*. Este último, con clara dirección estratégica desde Cuba.⁵ En Bolivia esta estrategia⁶ se veía reflejada en los principales grupos trotskistas. El Partido Obrero Revolucionario cuyo órgano difusor era *Lucha Obrera* (POR-LO) dirigido por Hugo González Moscoso, y el Partido Obrero Revolucionario cuyo diario era *Masas* (POR-Masas) dirigido por Lora. El POR-LO con clara simpatía y apoyo hacia la posición de realizar una guerrilla,⁷ y el POR-Masas crítico de ella pero en diálogo permanente. En marzo de 1966 conformaron un partido único, intento que tuvo poca vida por las diferencias acerca del papel de las acciones armadas en la acción política (Sándor John, 2009, 189; y Alexander, 1973, 144 y 145). Estos postulados políticos diferentes se expresaron en los escritos aquí considerados.

Lora desplegaba sus argumentos frente a la realidad política que enfrentaba. El gobierno del general Barrientos había realizado una de las más fuertes represiones contra los trabajadores mineros desde 1952. En 1965 había impuesto una reduc-

3. Lora en la tesis Pulacayo dice: “El proletariado, aún en Bolivia, constituye la clase social revolucionaria por excelencia.”. Tesis de Pulacayo, 1946 (Hernández, Salcito, 2007, 49).

4. “La FSTMB [Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia] había sido [1965] cruelmente desbaratada, pero no completamente aniquilada, [...] frente a un repliegue total del movimiento obrero, éste fue un logro parcial. (Dunkerley, 2003, 161).

5. “La Guerra de guerrillas” del Che Guevara es una edición de 1960 (aunque hay indicios de que se trató de un material escrito para discusión interna antes de la revolución), y “Guerra de Guerrillas: Un método”, es de septiembre de 1963, posterior al texto de Guillermo Lora, que es de junio de ese año.

6. Se entiende acá *estrategia* en el sentido clásico planteado por Clausewitz de fijar un objetivo que “enlaza (...) la serie de acciones que deben conducir al mismo” (Clausewitz, 2005, 139).

7. El Secretariado Unificado (SU) de la IV Internacional, creado en 1963, venía afirmándose de forma mayoritaria a favor de la lucha armada y la posición cubana.



ción nominal de salarios de alrededor del 27% (Iriarte, 1983, 96). La resistencia del combativo proletariado fue barrida por la intervención directa militar en las minas, la persecución y detención de sus dirigentes. Los sindicatos pasaron a organizarse clandestinamente. Cesar Lora, dirigente minero perseguido por el Gobierno, fue asesinado. Frente a este retroceso es que comienza a surgir una necesidad de “nuevos métodos de lucha”, y así empieza a desplegarse la línea favorable a la guerrilla. Según Hugo González Moscoso dirigente de esa línea: “empieza una tendencia pro guerrillera, más o menos alrededor de 1960 después del aplastamiento de las huelgas, la derrota de los trabajadores mineros y la inutilidad de luchar contra el régimen que nos aplastaba con el ejército, los mineros comenzaron a declarar en sus asambleas, necesitamos nuevos métodos de lucha. Eso se generalizó, todas las asambleas eran con un discurso sobre *los nuevos métodos de lucha*, sin indicar cuáles”.⁸ Y aunque las acciones armadas en Bolivia no tuvieran manifestaciones todavía concretas, la situación potencial estaba presente.⁹ Avancemos sobre los argumentos de la crítica.

Lora plantea que “las guerrillas” deben estar subordinadas a una dirección política y que ésta no debe brotar del propio movimiento guerrillero. En palabras de Lora, es el efectivo “entroncamiento de las guerrillas con el pueblo” lo que pone las bases de las posibilidades de éxito de esta forma de acción.

Según Lora: “Es la dirección política la que permite el efectivo entroncamiento de las guerrillas con el pueblo, es el partido el que empuja a las masas a sumarse a la actividad guerrillera, a secundarle y a prestarle auxilio en todo momento” (Lora, 1963, 130).

Está claro que el planteo de Lora no niega la acción guerrillera, sino que ésta esté entroncada con el pueblo bajo la dirección partidaria. Más adelante señala:

“Una autentica guerrilla no es más que el equipo de combate o la fracción armada del pueblo que lucha contra sus opresores. Se tiene que subrayar que en ningún caso la guerrilla debe ser extraña a la población ni aparecer como tal, sino que debe confundirse con ella y debe llegar a representar en los hechos sus intereses.”

“Cuando se dice que las guerrillas están virtualmente unidas al pueblo al extremo de que no es más que una de sus fracciones armadas, se da a entender que hay algo común entre ambos factores y ese algo común son los objetivos políticos” (Lora, 1963, 108 y 109).

Permanentemente, Lora deja abierta la posibilidad de que la guerrilla surja de manera aislada por fuera de esta dirección política. Sin embargo, esto cabe en su desarrollo como posibilidad; el surgimiento por fuera del Partido de la guerrilla que debe relacionarse con él para su supervivencia.

Al respecto destaca:

“Las guerrillas pueden surgir en forma aislada y espontánea pero, el desarrollo posterior de la guerra civil plantea la necesidad

8. Entrevista a Hugo González Moscoso, 22 de noviembre de 2009 Cochabamba, Bolivia.

9. En enero de 1965 Regis Debray escribe una afirmación que plantea el eje de discusión respecto a estas formas políticas en Bolivia contrario de lo que efectivamente será la estrategia de desarrollo de la guerrilla: “[Bolivia] Es acaso el único país en el que la revolución puede revestir la forma bolchevique clásica, a base de soviets que hagan saltar el aparato del Estado mediante una lucha armada corta y decisiva. Testimonio de ello es la insurrección proletaria de 1952.” (Debray, 1967, 7).





Aunque de baja calidad, ésta es la única foto de Monje con el Che Guevara en el monte.

de la coordinación de las operaciones y, por tanto, la creación de un comando supremo único. Ésta es la respuesta de los guerrilleros a un ejército regular, que obedece a un comando único. El aislamiento y dispersión de las guerrillas por tiempo indefinido pueden concluir haciendo olvidar los objetivos nacionales. Las guerrillas aisladas, sin coordinación con otras e ignorando lo que hacen en el resto del territorio, son terreno abonado para la desmoralización y están condenadas a languidecer y extinguirse, a pesar de su admirable tenacidad.” (Lora, 1963, 128 y 129).

Se puede apreciar con claridad la preocupación de que sea el Partido quien esté al frente de ese mando único. Sin embargo poco se dice sobre el cómo de esa relación. Parece evidente que el partido constituya ese “Comité Central” que conduzca las diferentes acciones, pero ese argumento no invalida la constitución de la guerrilla y su desarrollo propio bajo los lineamientos militares necesarios para poder desarrollarse. No resuelve, por tanto, el problema central: cómo debe ser la relación entre la acción de las masas, o en particular de la clase trabajadora, y la acción militar. De esta forma se confunde el momento estrictamente militar y el momento general de la política, y le quita esencialidad propia al primero con las consecuencias directas sobre las acciones por encarar bajo esos parámetros.¹⁰ Lo que para Lora primero aparecía como producto de la necesidad de las masas en un momento histórico concreto, ha pasado ahora a ser mediación directa del Partido. Es esto lo que garantizaría ese entroncamiento. Esta posición reemplaza la crítica a la vinculación de la guerrilla con el movimiento minero, por el entroncamiento con el Partido, pero no explica cuáles serían las mediaciones que harían de la acción armada una potencia de la acción real de las masas. Paradójicamente a lo que define la tradición trotskista, en los

10. Para una posición en este sentido ver *La Insurrección Armada*, A. Neuberg. Ed. La Rosa Blindada. 1972. Quien sugirió la publicación de este libro a la Rosa Blindada fue Emilio Jauregui (la colección lleva su nombre). Su importante entrenamiento militar realizado en Cuba en 1967 le hacía considerar la centralidad de este problema. Lora lo cita en su libro como “un acertado análisis” (Lora, 1963, 94).





dos textos de referencia utilizados acá, existen menciones generales a la *insurrección* más allá de que “las guerrillas son parte” (Lora, 1963, 98) de ella, y a las formas concretas que toma dicha insurrección garantizando —o articulando— la política militar del partido político de vanguardia.

El segundo argumento presentado por Lora afirma que la lucha guerrillera se concibe a sí misma como único método de lucha y que, por tanto, deshecha las otras formas. Y afirma que en el mejor de los casos, subordina otras formas de lucha al desarrollo de la guerrilla misma.

La crítica de Lora a “las guerrillas” no es la negación de esta forma de lucha, sino a la declaración de ella como único método. Para él, su existencia está subordinada a las formas concretas que la lucha toma en diferentes momentos históricos.

Al respecto, señala:

“La teoría y la experiencia nos enseñan que las masas recurran o no a la guerra de guerrillas depende del tiempo y condiciones dentro de los que se ven obligados a ir a la lucha emancipadora. No toda insurrección está obligada a tener como preludeo las guerrillas y éstas pueden aparecer en su mismo desarrollo inclusive después de que ha sido derrotada. Tampoco pueden sentarse a priori reglas acerca de las modalidades que pueden adoptar las guerrillas; al contrario estas modalidades están determinadas por factores históricos concretos. Lo único que puede hacer el teórico es señalar los principios básicos de las guerrillas vale decir las leyes de esta forma de guerra. El guerrillero no deberá conformarse con aprender de memoria estos principios, sino que en su misión consiste en encontrar los medios de aplicarlos a cada situación concreta” (Lora, 1963, 83).

En varias oportunidades señala las infinitas formas de lucha que las masas toman en su enfrentamiento permanente. Antes había señalado que las guerrillas eran una de las formas que toma la insurrección y que era inapropiado plantear que su aparición aislada resolvería las condiciones de la toma del poder. Pero, una vez más, deja abierta la posibilidad de su surgimiento de forma espontánea sustentada en un “estado de cosas insostenible” (Lora, 1963, 84 y 85).

En el tercer argumento afirma que son las condiciones objetivas las que determinaban la viabilidad de la revolución. Incluso plantea que las condiciones objetivas son independientes de los buenos o malos deseos de los hombres. Sin embargo ahí queda planteado, de nuevo, el problema sobre de dónde surge



la potencia del Partido para desarrollar la revolución. Las condiciones objetivas mencionadas se encuentran —en esta explicación— totalmente separadas de las condiciones subjetivas que las impulsan. Por tanto, ¿dónde quedaron esas condiciones objetivas que viabilizan la revolución? ¿Cuáles son esas condiciones objetivas en la Bolivia de 1963? ¿Qué significaría este viabilizar? El texto no responde estos interrogantes, sólo los menciona.

Finalmente, como se señaló arriba, el planteo de Lora está en diálogo permanente con el texto de Guevara “La guerra de guerrillas”, con quien parece enfrentarse, según él mismo señala:

“...tiene importancia como documento que resume la experiencia cubana en la guerra de guerrillas y en este sentido puede contribuir al fortalecimiento del movimiento revolucionario internacional, pero está llena de errores y su extremado esquematismo ha concluido convirtiendo dicho análisis en un conjunto de recetas que su autor pretende deben aplicarse indefectiblemente en todos los países” (Lora, 1963, 89).

“El error de Guevara obedece a la necesidad de subrayar el tremendo poder modificador de la realidad nacional que tiene, según él, un foco guerrillero, tan poderoso que puede inclusive crear las condiciones objetivas para una determinada revolución, que sin ese foco guerrillero, indudablemente, no podrían precipitarse” (Lora, 1963, 90).

Por tanto, para Lora:

“.. el nacimiento y porvenir de las guerrillas están subordinados a la situación política, al grado de madurez de la condición subjetiva de la revolución y a la capacidad alcanzada por el partido revolucionario del proletariado. La guerra de guerrilla no es el único método de la lucha de las masas y puede entroncarse con otros, según determinen las condiciones particulares de cada país y momento histórico” (Lora, 1963, 94 y 95).

En ambos textos, el de 1963, y el siguiente de 1967 sobre “las guerrillas”, se refuerza la idea de que la clandestinidad y las acciones fuera de la ley deben ser contempladas por el partido de la clase obrera. Este argumento está en constante discusión con la llamada “coexistencia pacífica” de los partidos comunistas latinoamericanos que —según Lora— seguirían la línea de la no realización de actividades clandestinas; parece, así, dejar implícito que tampoco el PCB tenía una política militar. Aunque válido como argumento de discusión política, esto no fue realmente así. Tanto el PCB como el Partido Comunista Argentino (PCA)¹¹ tenían una política de entrenamiento militar de una parte de sus militantes. Es más, el grupo principal y originario de la guerrilla en Bolivia lo conformaron militantes del PCB que después terminaron rompiendo con el Partido.

El texto de Guillermo Lora de 1967 menciona directamente a las personas objeto de su crítica, Fidel Castro y Ernesto Guevara, y además avanza con mayor énfasis:



11. Gabriel Rot recoge elementos de un campamento en Icho Cruz Córdoba donde un grupo de militantes del Partido Comunista Argentino realizaba entrenamiento militar (Rot, 2006). Como parte de una investigación de más amplio alcance, el PCA permitió el envío a Cuba en 1966 de un contingente importante de militantes para realizar entrenamiento militar. Algunos, entre ellos, Alfredo Helman y Alejo Levenson, más tarde fueron expulsados por fraccionistas. (*Nuestra Palabra*, 6 de diciembre de 1966).





Mario Monje, Secretario General del PCB.

“La pretensión de imponer por decreto ciertas formas de lucha, además de absurda, puede resultar nefasta. De manera general y por suerte, las masas pasan autoritariamente por encima de todos los esquemas y siguen el canal más adecuado al momento político. Pero si en las etapas de iniciación de la movilización masiva aparece algún teórico pequeño-burgués y, aprovechando los aparatos partidistas se da modos para imponer ciertas formas de lucha puede esta actitud resultar contraproducente a impedir que las capas más vastas se incorporen a la lucha o por lo menos retardar el proceso” (Lora, 1967, 139)

Lora no tendría cómo eludir los conflictos efectivos presentados, ya que, en enero de 1966, había viajado a Cuba para participar en la Conferencia Tricontinental, pero no pudo ingresar. La no participación se debió en parte a las presiones ejercidas por el PCB de Mario Monje.¹² Fidel Castro atacó en esa conferencia de principios de 1966 al trotskismo en su totalidad debido a un conflicto en

la guerrilla en Guatemala con un sector del trotskismo liderado por J. Posadas.¹³ Eso tensionó las relaciones con los diferentes grupos trotskistas. Lora señala que esta acusación “hacia el juego” a la línea más soviética¹⁴ y que, por ello, cercenaba la potencialidad revolucionaria que los movimientos guerrilleros podrían tener en el futuro.

12. “Todavía recordamos con alguna amargura lo sucedido durante la Conferencia Tricontinental el hecho que fuimos excluidos y mantenidos casi prisioneros” (Lora, 1996, 396, tomo 17; y Soria, 2005, 26, Tomo 4).

13. Ver el discurso de Fidel Castro en: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1966/esp/f150166e.html>

14. Ver Lora, *Obras Completas*, tomos XI, XII y XIII.

Lora dice:

“En la decisión burocrática de los acuerdos de la Tricontinental y en su excesivo sectarismo se encuentra uno de los antecedentes más lejanos del fracaso de las guerrillas del sudeste boliviano.” (Lora, 1967, 152)

Posteriormente señala el por qué su Partido había sido marginado de la organización guerrillera:

“Este anti-trotskismo enfermizo y absurdo caracterizó la preparación de las guerrillas y los intentos que se hicieron por justificarlas teóricamente. La consecuencia fue marginar a los poristas obedeciendo órdenes venidas desde lejos y se cerraron las puertas para evitar su futura participación.” (Lora, 1967, 159)

El POR-Masas de Lora criticaba la estrategia de la guerrilla posicionándola fuera de cualquier acción concreta que pudiera realizarse en ese sentido. Aunque no fuera el eje de la discusión, podría mencionarse también que desde Cuba el diálogo era abierto con todos los sectores que podrían pensarse afines a su proyecto,



sumando así elementos para la exclusión de Lora. Entre ellos el dirigente sindical y ex vicepresidente Lechín (como veremos en el próximo punto) y el grupo de POR-LO liderado por Hugo González Moscoso más afín a la lucha armada.¹⁵

Más allá de estas acusaciones, siempre aparecen en estos textos los aspectos negativos de lo que denomina el “sustituisimo” del Partido por la guerrilla:

“La izquierda de ahora, particularmente sus capas que viven angustiadas por la desesperación, ha actualizado el método de las guerrillas y se empeña por utilizarlas como sustituto del partido.”

“Los hechos vienen a confirmar desgraciadamente, que los grupos guerrilleros particularmente cuando actúan al margen de la vanguardia obrera, sólo contribuyen en mínima forma a la formación de la conciencia clasista.”

“...Esta reacción preñada de ultra-izquierdismo puede tornarse de saludable en peligrosa si no se opera una reacción oportuna que coloque en su lugar al ciertamente valiosísimo método de la lucha guerrillera. Así se evitara que la rectificación izquierdista del revisionismo stalinista concluya en la aventura (Lora, 1967, 148, 149 y 150).

A pesar de las críticas y en contradicción con la línea señalada hasta ese momento¹⁶, militantes del POR-Masas se solidarizaron para facilitar contactos y difundir proclamas de la guerrilla en su diario, de circulación clandestina.¹⁷ Entrevistado Humberto Vázquez Viaña, integrante de la red urbana del Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Bolivia, mencionó que junto a Loyola Guzmán, ante la falta de vinculación con los mineros y con la intención de difundir lo que ellos denominaban “la biblia de la lucha armada guerrillera”, el texto de Debray “¿Revolución en la revolución?”, se pusieron en contacto con el grupo trotskista de Guillermo Lora y obtuvieron esta respuesta:

“...se me había acercado y me dijo: “vengo de parte de Guillermo... a ponerme a las órdenes... a ayudarlos en lo que ustedes quieran...”—que ya él sabía quién estaba metido [por el che Guevara] —... “en lo que ustedes quieran”, “aunque no es nuestra línea”; “nosotros no estamos de acuerdo con el foco pero, en lo que sea, nosotros vamos a ayudar, en lo que pidan!”. “Okey” dije yo, le pasé la información a Loyola: “estos tipos van a ayudar en lo que necesitamos”. Entonces, le digo: “Víctor ¹⁸ tú puedes ayudarnos a llevar esto a la mina...”, y él dijo que sí, le entregamos las cajas con los Regis Debray, para que él envíe a la mina, porque él tenía más contactos que nosotros. Los trotskistas tenían posibilidad de llegar a la mina con eso y no nosotros.” (Entrevista Vázquez Viaña 2002)

III

A partir de la necesidad de “entroncamiento” de la guerrilla con las masas, deberíamos preguntarnos si, efectivamente, la guerrilla en el sudeste bo-

15. El penúltimo comunicado número 38, firmado por A., hacia la guerrilla, destaca lo avanzado de las conversaciones para entrar en la guerrilla del POR representado por González Moscoso. Dice: “El Partido informa frontera chilena está muy controlada. Existe completo entendimiento con Partido mediante Jorge. También conversaciones positivas con sector Gonzales del POR” (Soria, 2005, 241).

16. “Del resto de la izquierda, que en su totalidad ofreció abiertamente su respaldo, sólo el POR dejó clara suposición crítica en esos momentos al método foquista” (Dunkerley, 2003, 182).

17. Lora señala en una entrevista: “La guerrilla sin la clase trabajadora no es nada. El POR apoya sin condiciones a la guerrilla, porque es una consecuencia lógica de la actual situación de Bolivia, pero nosotros no creemos que es la única forma de combatir al régimen actual” (Vázquez Díaz, 1978, 162).

18. Víctor Sosa, militante del POR dirigido por Lora.





liviano en 1967 comandada por Ernesto Guevara tuvo o no alguna relación con los mineros, y si la tuvo, de qué tipo. La respuesta que Lora nos da es la de un aislamiento casi absoluto y hasta de cierta indiferencia frente a lo que ocurría en las minas. Esta postura aparece como una opinión bastante generalizada. Por ejemplo, uno de los libros de mayor consulta general de la historia de Bolivia, de Herbert Klein, señala:

“Aunque estaba en contacto [Ernesto Guevara] con el Partido Comunista Boliviano (PCB) no hizo ningún contacto con los mineros, lo que puede explicarse porque entonces los campamentos mineros estaban ocupados por el ejército, siendo escenarios de violencia y conflictos casi diarios” (Klein, 2001, 252)

Estas opiniones, a la luz de la documentación hoy existente, parecen infundadas. De hecho, la guerrilla tuvo una política hacia los mineros. Por un lado, la red urbana del ELN compuesta —entre otros— por Loyola Guzmán, Humberto Vázquez Viaña y Rodolfo Saldaña, establecieron, dentro de sus posibilidades —por cierto escasas—, relaciones con grupos en las minas. Por otro lado, existen documentos con mensajes cifrados (en su mayoría enviados desde Cuba) al Che Guevara ya instalado en Bolivia que dan cuenta, en fecha tan temprana como febrero, que los cubanos comenzaron una serie de acercamientos con el líder minero dirigente del PRIN, Juan Lechín Oquendo,¹⁹ reciente vicepresidente de Bolivia (1960-1964) y perseguido por el gobierno de Barrientos. Este acercamiento consistía en apoyar a la guerrilla en declaraciones y en el entrenamiento de un grupo.

19. También se hacía difusión de los comunicados de la guerrilla en el diario en ese momento clandestino *Masas del 15* de junio de 1967.

20. Lechín fue el líder minero de mayor relevancia de la llamada revolución de 1952 y uno de los principales apoyos del Gobierno que surgió de ella. “Lechín fue un instrumento de eficacia imprevista para la clase obrera en su necesidad de dialogar con la pequeña burguesía; pero no hay dudas de que fue a la vez la clase obrera un instrumento de Lechín para existir frente a la pequeña burguesía, que privilegiaba otro estilo: el paradigma de los pequeño burgueses era Paz Estenssoro” (Zavaleta Mercado, 1977, 102).

Por otro lado, es importante señalar que al menos seis de los guerrilleros habían trabajado en las minas y realizado alguna actividad sindical. Sin embargo, en este caso, el argumento de Humberto Vázquez Viaña de que la participación de algunos no implicaba el apoyo de los mineros, tiene sustento:

“Sí, pero el hecho de que el grupo de los pro chinos sean mineros, no quiere decir que los mineros están incluidos en la guerrilla armada, es decir, el hecho de que haya estudiantes no quiere decir que los estudiantes están en la lucha armada, porque, si bien Moisés Guevara era un minero y se había incorporado al grupo del Che no arrastraba consigo su masa ni hacía contacto con su gente. Quizás Moisés Guevara era más importante en la mina de Colquiri dirigiendo el movimiento...” (Entrevistas Vázquez Viaña, 2002)

Además, Moisés Guevara, por quien llegaron la mayoría de los trabajadores mineros incorporados a la guerrilla, no era un dirigente que tuviera peso político significativo en las minas.²⁰ Él era un disidente a favor de la lucha armada del Partido Comunista marxista-leninista (PCM-l) pro chino de Oscar Zamora. Su peso político en las minas no parecería ser la clave de su reclutamiento en la guerrilla del Che.

Hay, además, un hecho relevante para el futuro de la situación política y, de alguna manera, para la guerrilla: la “Masacre de San Juan” del 24 de junio de





1967. El Ejército, en esta acción, asesinó por lo menos a 26 personas.

Según L. Guzmán:

“Viajé dos veces a Oruro. En esos días el Ejército masacraba mineros en Siglo XX, fue la famosa “noche de San Juan”. [...] “Iniciamos contactos con un sector del POR cuyos dirigentes se hallaban dispuestos y de acuerdo con la posición guerrillera, se organizaron pequeños grupos para darles alguna instrucción y comenzar algunas acciones en la ciudad” (Soria, 2005, 165 y 167).²¹

En el propio relato de Loyola, la “noche de San Juan” aparece como repentina; no hay ningún elemento que sustente que ellos, ni los contactos realizados por ellos, hubiesen estado trabajando políticamente para potenciar la organización de los mineros en ese particular momento.

Esto está en consonancia con lo sustentado por Vázquez Viaña:

“Yo le decía Loyola, que estaba trabajando en la Siglo XX, dame los contactos que nosotros tenemos para hacer, “no tenemos a nadie” me dice, no hay nadie, no sabemos qué hacer. No teníamos contactos... yo no los tenía, ok, no tenía por qué tenerlos, pero Loyola tampoco los tenía. Ya lo cuenta Loyola, días antes de la masacre de San Juan ella estaba yendo a la mina a ver si podía lograr algunos contactos, quería lograr otro nivel de contactos, quería sus contactos del partido, a quien reclutar. Para eso llegaba ahí, no pudo porque le llegó la masacre y pa’ tras” (Entrevistas Vazquez Viaña 2002).

Ambos coinciden en que sus contactos fueron con un grupo de trotskistas,²²

21. Según señala Jean Baptiste Thomas, Domitilia Barrios dice que era un dirigente bastante conocido: “...incluye a un dirigente del temple de Moisés Guevara, que se exilia en lo más remoto del maquis pensando que está allí como pez en el agua, en vez de estar luchando paso a paso en las minas donde él y sus compañeros eran bastante conocidos” (Thomas, 2003, pág. 2). El texto/entrevista de Domitilia sólo menciona “posteriormente apareció un comunicado del grupo guerrillero y estaba firmado por Moisés Guevara, Simón Cuba, Julio Velasco, Raúl Quispaya, y no sé quienes más, pero todos muy conocidos en la mina” (Viezzler, 1980, pág. 124).

22. Ver “Recuerdos de Loyola” (Soria, 2005, 153 a 167); y en Entrevistas Vázquez Viaña 2002.





El dirigente
Simón Reyes Rivera.

aunque se mencionen dos grupos diferentes, POR Lora y POR González.

Rodolfo Saldaña, también integrante de la red urbana, destaca que él había tenido contactos con un dirigente minero de Siglo XX llamado Rosendo García Maisman, que era miembro del Comité Central del Partido Comunista (García Cárdenas, 2008, 172), uno de los pocos dirigentes mineros muertos²³ defendiendo la estación de radio en las minas durante la masacre. Su participación en el Comité Central del PCB y todos los relatos sobre lo sucedido con su muerte en la noche de San Juan son elementos que confirman que García Maisman no tendría que ver con la intención de organizar a mineros para incorporarlos a “las guerrilleras”. Sin embargo, Saldaña señala:

“Después del primer combate nos reunimos varias veces, él ya era uno de los nuestros y comenzó a formar dos grupos, uno para entrar a la guerrilla y el otro de apoyo” (Saldaña, 2001, 54).

Simón Reyes dirigente minero y miembro del comité central del PCB, también estuvo en conversaciones para incorporarse a las guerrillas después de acordar en Cuba con Fidel. Aunque las conversaciones fueron en febrero, la incorporación nunca se realizó.

Más allá de si había contactos, estos habían sido realizados solo recientemente y no consistían en el núcleo del movimiento obrero en las minas, excepto por el caso —de ser cierto— de García Maisman y de su supuesto grupo futuro de inclusión a la guerrilla. De igual forma, este posible contacto de Saldaña no explicita que hubiera una “coordinación” entre las acciones de la guerrilla y las acciones que se estaban celebrando en ese momento en las minas. Sólo hacían mención a posibles incorporaciones desde las minas de pequeños grupos, que nunca llegaron a realizarse.

Aunque el caso de Lechín podría llegar a mostrar cierto intento, leve y tardío, todas sus declaraciones y los mensajes cifrados indican que lo acordado giraba más en torno a la incorporación que a la coordinación de la actividad sindical minera y de las guerrillas. Pero, este intento, ni siquiera estaría subordinado a la dirección de la guerrilla en Bolivia ni de su pequeña red urbana, sino mediado por la distancia y la clandestinidad, directamente desde Cuba.

23. La referencia de Loyola es, claramente, al sector de González, proclive a la guerrilla y no al de Lora, como señalé arriba.





En febrero de 1967 desde Cuba, fue enviado un mensaje cifrado a Ramón (Che Guevara), que señala un primer acercamiento que se realizaría— en el término de un mes— con cierta coincidencia de objetivos:

“Lechín llega en 15 días quiere ayuda económica y entrenamiento de hombres...”²⁴ (CZO 30, Soria, 2005, 238, Tomo 2).

Más adelante, el 13 de mayo de 1967 (pero anterior a la masacre de San Juan del 24 de Junio), aparentemente desde Cuba se envía otro mensaje a Ramón, que demuestra aprobación de Lechín del liderazgo del Che Guevara del movimiento guerrillero. Dice así:

“Lechín en ésta; se le explicó estrategia guerrillera y tu dirección de la misma le entusiasmó esto. Apoyará con gente para la loma y hará declaraciones apoyando. Entrará clandestino dentro de 20 días, un mes al país”²⁵ (Nº 35, Soria, 2005, 239, Tomo 2).

Según la biografía de Lechín, de Lupe Cajías, el contacto de éste en Bolivia, Jorge “Pipi” Selum, se le había encargado “escoger militantes benianos y mineros jóvenes para mandarlos a La Habana a entrenarse” (Cajías, 1994, 274). Por lo que no era solo Lechín desde La Habana ni desde Chile, sino que éste transmitía estas acciones a su propio grupo en Bolivia. Ya en mayo, el PRIN, partido afín a Lechín, saca un comunicado:

“Ya el gobierno impopular no puede impedir la insurgencia popular armada contra la tiranía que ha impuesto. Es así que la presencia de guerrilleros en Bolivia hace temblar al imperialismo y sus lacayos nacionales en el continente” (Cajías, 1994, 274).

Inmediatamente después de la masacre, el dirigente minero declara en Chile:

“El ex vicepresidente de Bolivia Juan Lechín declaró que la lucha armada es el único camino que quedaba en su país” (26 de junio, Garcés, 1999, 136, obtenido de Granma Nº 159 del 27 de junio de 1967).

Nuevamente vemos, por las expresiones de Juan Lechín, que tiene como objetivo sumarse a la lucha armada, y a eso convoca. No hay detrás de estos llamados una atención a la coordinación de las acciones con el grupo guerrillero. De todas maneras, esta coordinación hubiera sido difícil realizarla directamente



Guillermo Lora junto a militantes del POR.

24. Hay que recordar que ambos provenían de la filas de la juventud del PCB.

25. Casi todos los otros muertos no fueron trabajadores de las minas sino familiares, ya que el ataque habría sido producido de madrugada y se habría un ataque a mansalva. (Entrevista a Gregorio Iriarte religioso de Pio XII de Catavi, en Ustariz, 2002, 318). Según el diario *Unidad* 323 de Junio de 1967 del PCB, rinden homenaje a los comunistas caídos en la acción nombrando a las siguientes personas: Rosendo García Maisman, Sabino Véliz, Víctor Candía, Eloy Quiroga, y Cupertino Caballero. Las investigaciones de José Pimentel Castillo han podido avanzar en el conocimiento de los hechos mineros gracias a las grabaciones magnetofónicas de las asambleas en los archivos de la radio católica Pio XII en la mina Siglo XX.





con el Che Guevara, ya que este, desde el comienzo de las acciones militares, el 23 de marzo, se encontraba totalmente aislado y sin comunicaciones con el exterior.

Pero ¿qué es lo que pasaba en las minas? Los textos recientes de Carlos Soria Galvarro, José Pimentel Castillo y Eduardo García Cárdenas aportan luz sobre estos hechos. El nivel conflictivo venía en aumento desde la derrota sufrida bajo Barrientos cuando éste, en mayo de 1965, impuso una inaudita rebaja salarial nominal de —en promedio— 26,4% (Pimentel, 2008, 50). Desde ese momento, las constantes asambleas, mítines y acciones de los mineros aspiraban a recuperar esa pérdida nominal escandalosa. Pimentel desarrolla con detalles estas luchas en un escenario de dictadura militar con persecución, con varios de sus dirigentes encarcelados y con varios en el exilio —entre otros Lechín—, al tiempo que destaca que el eje de la acción de los mineros era la recuperación salarial.²⁶ Recién cerca de la fecha en la que el Gobierno ejecutó la masacre, los mineros incorporaron llamados de solidaridad a las guerrillas. Más allá de cierta “espontaneidad” en la simpatía que los mineros

podieran tener con la guerrilla, es evidente que las órdenes que podría haber llegado a transmitir Lechín, jugaron un papel en estas declamaciones.

El 25 de mayo de 1967, el órgano de prensa de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) publicó una nota donde expresó la solidaridad:

“El hambre, la miseria, la explotación, la desocupación, la violencia y el matonaje, como la persecución que ha impuesto este Gobierno gorila de Barrientos, es la consecuencia de la aparición de las GUERRILLAS. Los generales dicen que se trata de bandoleros, enemigos de los pobres pero esto nadie cree. Podemos afirmar que la inmensa mayoría de los trabajadores ven con simpatía la acción guerrillera. Esto es verdad. No puede ser de otra manera, cuando se vive en la injusticia, sin trabajo y mal alimentado. Se sabe que yanquis operan de antiguerrilleros y esto indigna a los obreros” (Pimentel, 2008, pág. 100).

26. Carlos Soria Galvarro asegura que es un mensaje enviado por Fidel Castro al Che Guevara.





El 6 de junio, se realizó una asamblea general de trabajadores mineros de Huanuni, con presencia de dirigentes de Siglo XX y Catavi (Pimentel, 2008, 103). De trece puntos reclamados por los mineros, ninguno menciona las guerrillas, pero según Pimentel el dirigente René Chacón de Siglo XX pidió un minuto de silencio en memoria del guerrillero Julio Velasco²⁷ y manifestó que la guerrilla estaba compuesta por guerrilleros desclasados²⁸ y que a los mineros sólo les quedaba alzarse en armas, y les indicó a los trabajadores aportar drogas y víveres para ayudarlos²⁹ (Pimentel, 2008, 105). Estas declaraciones fueron utilizadas por el ministro del interior Arguedas para justificar “instrucciones” (García Cárdenas, 2008, 175). El Gobierno dictó el estado de sitio y al día siguiente el dirigente minero trotskista Isaac Camacho³⁰ del POR Lora, reforzó el llamado de apoyo a los guerrilleros: “compañeros, los guerrilleros son patriotas, ésta es una justa razón altamente obligados a apoyarlos moral y materialmente en cualquier momento y cuando sea necesario.” (Fuente original grabación de Radio Pío XII en Pimentel, 2008, 107). El 11 de junio, la Oficina de Investigaciones Criminales de Oruro fue atacada por los mineros y, entre los vivas que se oyeron, se gritó el “viva las guerrillas” (Garcés, 2007, 134).

Aumentando la tensión con el gobierno, el 16 de junio se declaró a las minas de Huanuni territorio libre de militares (Garcés, 2007, 137). Según el testimonio de Néstor, minero de Huanuni, “uno de los temas que se discutirían era, pues, sobre el compañero Che Guevara. Éste ampliado para los mineros y para el país era muy importante; por eso los milicos han venido a matarnos”. (Garcés, 2007, 149). Sin embargo, este testimonio podría ser cuestionado³¹ ya que públicamente no se sabía a ciencia cierta de la presencia de Ernesto Guevara en Bolivia. Sólo recién el 30 de junio, el vicepresidente Ovando declaró tener pruebas y lo hizo público. Quizás los mineros tuvieran informaciones llegadas por el grupo afín a Lechín. El 21 de junio el Gobierno, en voz de su canciller, declaró: “... se ha considerado que las radios mineras están propalando excesiva propaganda subversiva y en ese sentido se ha instruido a los Ministro de Gobierno y Obras Públicas para que cese esa propaganda” (Pimentel, 2008, 113). El 22 de junio el clima se iba enfebreciendo y se realizó una reunión en el interior de la mina, donde, durante los discursos, se proclamaban vivas a la Federación de Mineros, mueras a los gorilas del gobierno, y vivas a la guerrilla (Pimentel, 2008, 115). Finalmente, el Gobierno, frente a la inminencia del Ampliado General que se iba a realizar el 25 y 26 de junio, decide reprimir el 24 de junio de 1967, durante la fiesta de San Juan, cuando se encienden las fogatas en una de las noches más frías del año. El ataque fue realizado de manera sorpresiva en plena madrugada. Las víctimas pertenecían en su mayoría a la población civil (Ustariz, 2002, 318). No se pudo tomar casi ningún prisionero de la Federación de Mineros que, aparentemente, era otro de los objetivos.

García Cárdenas señala:

“El Ejército tenía por primer objetivo la radio emisora de los mineros; Rosendo Maisman, encargado del cuidado del local sindical donde se encontraba la radio logró ingresar al edificio, cuando las tropas se estaban escabullendo por las inmediaciones...”.

27. Sin firma que confirme quien envió el mensaje.

28. Gregorio Iriarte señala: “Con la salida del Ejército, los mineros fueron levantando cabeza. Todos los objetivos de su lucha se concretaban ahora en dos palabras: reposición salarial” (Iriarte, 1983, pág. 152).

29. “Julio Velasco Montaña (Pepe), natural de Oruro, ex trabajador de la mina San José. Se incorporó a la guerrilla con Moisés Guevara. Desertó del grupo de la retaguardia al que estaba asignado, formando parte de la “resaca” [tal como la catalogaba el Che]. Capturado por el Ejército fue torturado y luego fusilado, el 23 de mayo de 1967” (Soria, 2005, 219, Tomo 1).

30. Iriarte dice: “Se sabe que algunos mineros habían ido al sudeste dispuestos a engrosar las filas de los guerrilleros. Se recuerda la visita a Siglo XX de Debray...” (Iriarte, 1983, 155).

31. Existe la idea de la donación de una mita (jornada diaria de trabajo) de una de las minas para la guerrilla. No he encontrado elementos que comprueben su efectiva recaudación de la misma.





“Así Rosendo García Maisman es el único combatiente real y también el único dirigente que lograron tomar las fuerzas atacantes” (García Cárdenas; 2008; 137)

La masacre no sólo fue una medida preventiva que evitó toda posible articulación entre mineros y guerrilleros (Soria, 2008, 15) como el propio Gobierno sostenía, sino que las declamaciones a favor de las guerrillas fueron utilizadas por Barrientos como argumento³² para relanzar la represión contra la movilización minera, que parecía retomar nuevas fuerzas.³³ Todo indica que lo que más preocupaba al Gobierno era que la parcial inmovili-

zación de las minas significaba cortar la principal fuente de recursos del Estado, ya que la minería era —de las regiones afectadas— la principal fuente económica del país. Una vez más, García Cárdenas declara:

“La recuperación orgánica del movimiento minero sindicalizado representaba un peligro para el gobierno de Barrientos, por un lado le abría un frente inesperado de sectores contrarios a su política y, por otro, mostraba su incapacidad de controlar el país, tanto en el sudeste como en el occidente”. (García Cárdenas; 2008; 199)

Aunque no sólo como frente político, la agitación en las minas había producido una baja de 15 toneladas de estaño en Huanuni y de 250 en toda la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL). “Las pérdidas por este concepto fueron valoradas en 750 mil dólares” (Pimentel, 2008, 113).

La represión cumplió su objetivo principal de ponerle tope a la movilización minera, volver a la producción normal y, de paso, cortar toda posibilidad de coordinación con la guerrilla, no tan inminente como el Gobierno divulgaba.

La tensión en el interior del Gobierno es señalada por varios autores (Soria, 2008, 29; Vázquez Díaz, 1978, 9; Reyes, 1968, 185; y entrevistas Vázquez Viaña, 2002), aunque no necesariamente como producto de la recuperación del movimiento minero sindicalizado. Estos autores resaltan la oposición de intereses entre el Presidente Barrientos y el vicepresidente Ovando. Barrientos acusó a Ovando de impulsar la movilización minera, mientras que Ovando acusó a Barrientos de ejecutar la orden de la masacre, así se desligó en parte de la responsabilidad (Ovan-

32. Según Lora: “Camacho fue el cerebro detrás de las huelgas de los mineros en 1967 que fueron seguidas por la noche de San Juan, discutida arriba. Inmediatamente, fue elegido secretario de relaciones de la FSTMB” (Lora, 1977, 355).

33. Según Domitilia Barrios: “Hasta el momento en que se murió el Che, nosotros en la mina no sabíamos que él estaba en Bolivia. Había sí comentarios. Pero solamente cuando en la prensa salió la fotografía de su cadáver, recién supimos de que el Che había estado en las guerrillas” (Viezza, 1980, 126).



do a Barrientos: “la orden del avance a las minas se produjo de la presidencia de la República”. Garcés, 2007, 144; y “el General Ovando tratando de zafar de las responsabilidades, dio a entender que él no había ordenado nada dejando la responsabilidad al Presidente de la República.” Reyes, 1968, 183).

La derrota del movimiento minero influyó negativamente en la guerrilla al cortar todo tipo de posible relación futura. Esto confirmó su aislamiento e incomunicación existentes desde fines de marzo. Está claro que la escalada del conflicto minero corría por un andarivel diferente al de la lucha guerrillera tal y como se estaba desarrollando en ese momento. No podía ser de otro modo. La lucha en el monte tiene su lógica propia militar separada de las necesidades inmediatas de los mineros. Es claro que la presencia de la guerrilla potenciaba el accionar minero en su reclamo salarial, que venía largamente relegado, pero esa simple potencia resultó estéril ante la decisión —ya usual de ese Gobierno— de represión contra los mineros, ahora en un grado mayor bajo la excusa de articulación con la guerrilla.³⁴ Es importante señalar que la masacre fue realizada a mansalva y que sólo murió un dirigente minero.³⁵ Ellos podrían haberse reorganizado y, tal vez, haber potenciado aún más su acción. Sin embargo, venían de una permanente debilidad en sus reclamos y exigencias, con capacidad organizativa mermada por encarcelamientos, exilios, y ocupación militar parcial, en el marco de una dictadura que se sabía con la fuerza para imponer y sostener una rebaja salarial. A pesar de todo eso, la fuerza de los trabajadores sólo había sido momentáneamente disminuida y les llevaría pocos años su rearticulación para poder concretar sus reclamos.



IV

Volviendo al argumento central del artículo respecto de la crítica de Guillermo Lora sobre la falta de “entroncamiento” de la guerrilla, podemos decir ahora que había relación entre “las guerrillas” y el movimiento de los mineros. La guerrilla había iniciado contactos, y los mineros gritaban loas a los guerrilleros, por lo que no se le podría achacar el no tener relación con dicho movimiento. No era una relación orgánica. Pero ¿se le podía exigir —como Lora lo hacía— esa relación? Los elementos hasta ahora mostrados parecen indicar que el movimiento guerrillero, más allá de apoyos en víveres, esperaba e incentivaba el sumarse a las propias filas guerrilleras y en nada mencionaba las

34. Baptista Gumucio llega a conclusiones análogas por caminos diferentes: “Se había encontrado el pretexto ideal para intervenir: la conspiración comunista” (Baptista Gumucio, 1968, 32).

35. Lora señala: “El establecimiento de una zona militar permitió al Gobierno purgar los sindicatos, arrestar todos los sospechosos e imponer un cordón militar alrededor de la mayor mina del país” (Lora, 1977, 349).



formas de lucha propias de los mineros y, ni siquiera, la coordinación de acciones, independientes en sus formas pero unidas en su contenido estratégico. Esta oposición de argumentos entre las críticas de Lora y lo que hemos podido desarrollar de la práctica efectiva de la guerrilla señalan un problema central al que toda organización se enfrenta en su acción política. Toda acción política que base la propia explicación de su acción en el antagonismo de clases lleva en su propio desarrollo el enfrentamiento armado potencial que dirime ese antagonismo. Por tanto, toda organización basada en ese antagonismo tendría que plantearse una estrategia de fuerza para poder afrontar ese enfrentamiento. El *cómo* se estructura esa fuerza para que no debilite el movimiento general de la clase en este choque permanente esta mencionado pero no desarrollado en el planteamiento de Guillermo Lora.

Por lo que acabamos ver, la guerrilla organizó sus acciones poniendo énfasis en este método de lucha y relegando otros. Veamos lo que decía a este respecto el ELN en un comunicado con seguridad escrito por el propio Che Guevara, inmediatamente después de la masacre:

“En materia de revolución social no hay soluciones a medias; o se toma todo el poder o se pierden todos los avances logrados con tanto sacrificio y con tanta sangre. No se debe insistir en tácticas falsas; heroicas, sí, pero estériles, que sumen en un baño de sangre al proletariado y ralean sus filas, privándonos de sus más combativos elementos.

“Compañero minero: no prestes nuevamente oídos a los falsos apóstoles de la lucha de masas, que interpretan ésta como un avance compacto y frontal del pueblo contra las armas opresoras. ¡Aprendamos de la realidad! Contra las ametralladoras no valen los pechos heroicos.”

“La lucha de masas de los países subdesarrollados, con gran base campesina y extensos territorios, debe desarrollarla una pequeña vanguardia móvil, la guerrilla, asentada en el seno del pueblo; que irá adquiriendo fuerza a costillas del ejército enemigo y catalizará el fervor revolucionario de las masas hasta crear la situación revolucionaria en la que el poder estatal se derrumbará de un solo golpe, bien asestado y en el momento oportuno.”

“Compañero minero: las guerrillas del ELN te esperan con los brazos abiertos y te invitan a unirte a los trabajadores del subsuelo que están luchando a nuestro lado. Aquí reconstruiremos la alianza obrero campesina que fue rota por la demagogia antipopular, aquí convertiremos la derrota en triunfo y el llanto de las viudas proletarias en un himno de victoria. Te esperamos. Ejército de Liberación Nacional”³⁶ (Soria, 2005, 200 y 201)

Este comunicado refuerza los elementos antes señalados. La relación que la guerrilla se planteó frente al movimiento minero fue sumarse a sus filas; ese es el “entroncamiento” buscado. Dejar sus puestos de trabajo y sumarse a los que ya estaban luchando en el monte no parece una política de coordinación orgánica. “Los falsos apóstoles de la lucha de masas”³⁷ parecería una interpretación modi-

36. Según García Cárdenas: “la recuperación de los sindicatos mineros, a los que Barrientos consideraba su enemigo principal” (García Cárdenas; 2008; 173).

37. “Ya no es un secreto en La Paz que las diferencias entre los dos generales, Barrientos, de la Fuerza Aérea y Ovando del Ejército, se están volviendo cada vez más serias” (Vázquez Díaz, 1978, 24).





ficada de lo que en realidad sucedió en San Juan, ya que muy poca información podían obtener desde el monte, excepto por la radio oficial. Sin embargo, parece haber ahí alguna referencia a las movilizaciones de 1965, donde la persecución posterior terminó matando a Cesar Lora.

El diario del Che, en su análisis de junio, señala los problemas de la falta total de contactos, la falta de incorporación campesina y la pérdida gradual de hombres. Y, con respecto a la masacre, sólo menciona: “La masacre en las minas aclara mucho el panorama para nosotros y, si la proclama puede difundirse, será un gran factor de esclarecimiento.” (Guevara, 2000, 268 y 269). No se menciona nada acerca de las consecuencias para el movimiento minero, ni de los contactos posibles con éste, sólo el esclarecimiento de la importancia de la guerrilla como vanguardia móvil y el sumarse a la guerrilla, lo cual, por cierto, era una necesidad imperativa para su futuro en ese momento. Hay que recordar, también, que los principales contactos realizados con cuadros políticos de la dirigencia minera fueron realizados desde Cuba. Así parecen demostrarlo los cifrados conocidos hasta hoy para los casos de Lechín, González Moscoso y Reyes.

El hecho de que el movimiento minero en Bolivia convocara a un ampliado con declamaciones de apoyo a la guerrilla, que distaban de ser apoyos efectivos, y sin contacto con ellas, en plena dictadura militar que ya había dado muestras en mayo de 1965 de sus capacidades represivas sin miramientos, que ahora sólo iría a aumentar de grado, con sus principales dirigentes en el exilio o encarcelados, sin capacidad de estructurar mínimas medidas defensivas contra posibles ataques, muestra la baja potencialidad de éxito.

Lora criticaba a “las guerrillas” por su falta de entroncamiento al pueblo, a las masas. En su postura este entroncamiento lo garantizaba el Partido de la clase obrera,



aunque “las guerrillas” podían surgir por fuera de éste. A la luz de los elementos presentados, se podría asegurar que Lora acertaba al afirmar la necesidad de entroncamiento de la guerrilla con las masas. Sin embargo, la guerrilla postulaba un entroncamiento: la subordinación del proletariado minero a su propio movimiento y necesidades.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, Robert, *Trotskyism in Latin America*. Hoover Institution Publication, 1973.
- Baptista Gumucio, Mariano, *Introducción al tema de Bolivia*. En *Guerrilleros y generales en Bolivia*. Baptista Gumucio, Ted Córdova-Claure, Sergio Almaraz, y Simón Reyes. Editorial Jorge Álvarez. 1968.
- Caletti, Rubén Sergio, *Focos y vanguardias. La revolución del voluntarismo*. Revista Controversias, para el examen de la realidad argentina. Año 1 número 2 y 3. México, páginas 7 a 9, diciembre de 1979. Edición Facsimilar Ejercitar la memoria editores. Argentina. 2009.
- Cano, Diego, *Critica a ¡Che Guerrilla!* 2009. En <http://www.chebolivia.org/>
- Coggiola, Osvaldo, *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*, Ediciones RyR, Buenos Aires Argentina, 2006.
- Cupull, Adys; González, Froilán, *De Ñacahuasú a la higuera*, Ed. Política. La Habana, 1989.
- Debray, Regis, *El castrismo: La Gran Marcha de América Latina*. Suplemento. Revista Punto Final. Chile junio de 1967.
- Debray, Regis, *¿Revolución en la revolución?*, ediciones Baluarte, octubre de 1967. También en Revista Punto final, Chile.
- Domich, Marcos, *Entrevista* noviembre de 2009. La Paz Bolivia.
- Clausewitz, *De la Guerra*, Editorial de La Esfera de los libros, España, 2005.
- Dunkerley, James, *Rebelión en las venas. La lucha política en Bolivia 1952-1982*. Plural Editores. La Paz Bolivia 2003.
- Escobar, Filemón, *De la Revolución al Pachakuti*, Ediciones Garzazul. La Paz Bolivia, 2008.
- Garcés, María del Carmen, *La guerrilla de Ernesto Che Guevara en Bolivia, antecedentes, preparativos, acciones, discursos, declaraciones, proclamas, testimonios, entrevistas, diarios*. Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 2007.
- García Cárdenas, Eduardo, *A sangre y fuego*. En Soria Galvarro, Carlos, Pimentel Castillo, José, y García Cárdenas, Eduardo; *1967: San Juan a sangre y fuego*. Editorial de Encuentro, La Paz, febrero de 2008.
- Gálvez Rodríguez, William, *El Guerrillero Heroico, Che en Bolivia*, Ediciones Status, Vizcaya España, 2003.
- González Moscoso, Hugo, *Entrevista* noviembre 2009, Cochabamba, Bolivia.
- Hernández, Juan Luis; Salcito, Ariel, *La revolución Boliviana, documentos fundamentales*. Editorial Newen Mapu, Buenos Aires, Argentina, 2007.
- Guevara, Ernesto, *El diario del Che en Bolivia, Ilustrado*. Ed. Política, Edición a cargo de Adys Cupull, y Froilán González, La Habana, 2000.
- Iriarte, Gregorio, *Los mineros, sus luchas, frustraciones y esperanzas*. Colección Luces y sombras. Edición Puerta de Sol. La Paz Bolivia. 1983.
- Justo, Liborio, *La revolución derrotada*, Ediciones RyR, Buenos Aires Argentina, 2007.
- Klein, Herbert, *Historia de Bolivia*. Librería Juventud, La Paz Bolivia, 2001.
- Labreux, Philippe, *Bolivia bajo el Che*. Colección Replanteo, Buenos Aires, Argentina. 1968.
- Lora, Guillermo, *Las Guerrillas. La concepción marxista contra el golpismo aventurero*. La Paz



- Junio de 1963. En *Revolución y foquismo, crítica marxista al ultra izquierdismo aventurero*. 2ª edición. Buenos Aires, Argentina. 1978.
- Lora, Guillermo, *Revalorización del método de las guerrillas: La guerrilla del Che*. La Paz 1967. En *Revolución y foquismo, crítica marxista al ultra izquierdismo aventurero*. 2ª edición. Buenos Aires, Argentina. 1978.
- Lora, Guillermo, *A History of the Bolivian Labour Movement 1848-1971*, Cambridge University Press, UK, 1977.
- Lora, Guillermo, *Obras Completas*, Ediciones Masas. La Paz. Bolivia. 1996.
- Löwy, Michael, *El marxismo en América Latina*. LOM Ediciones. Santiago de Chile. 2007.
- Moreno, Nahuel, *Dos métodos frente la revolución latinoamericana*. Revista Estrategia, año 1, n° 2 tercera época, pág. 33 a 84, septiembre de 1964
- Neuberg A. *La Insurrección Armada*, Ed. La Rosa Blindada. 1972
- Pericás, Luiz Bernardo, *Che Guevara, e a luta revolucionária na Bolivia*, Xamall, Sallo Pablo, Brasil, septiembre, 1997.
- Pimentel Castillo, José, *Vanguardia minera en la resistencia (mayo 1965-junio 1967)* En Soria Galvarro, Carlos, Pimentel Castillo, José, y García Cárdenas, Eduardo; *1967: San Juan a sangra y fuego*. Editorial de Encuentro, La Paz, febrero de 2008.
- Thomas, Jean Baptiste, *¿Guerrilla o revolución obrera y campesina?* En <http://www.ceip.org.ar/>.
- Reyes, Simón, *La masacre de San Juan*, en *Guerrilleros y generales en Bolivia*. Mariano Baptista Gumucio, Ted Córdova-Claure, Sergio Almaraz, y Simón Reyes. Editorial Jorge Álvarez. 1968.
- Rodríguez Ostría, Gustavo, *Teoponte. Sin tiempo para las palabras. La otra guerrilla guevarista en Bolivia*, Grupo Editorial Okipus. Cochabamba. Bolivia 2006.
- Rot, Gabriel, *El Partido Comunista y la lucha armada*, páginas 14 a 25 en Revista Lucha Armada año 2, número 7, Buenos Aires Argentina, 2006.
- Sandór John, S, *Bolivia´s Radical tradition. Permanent revolution in the Andes*. The University Arizona Press, 2009.
- Sanjinés, Jorge, *El Coraje del pueblo*, Película, Bolivia. 1971.
- Saldaña, Rodolfo, *Terreno fértil. Che Guevara y Bolivia, Relato testimonial*, Editora Política, La Habana, Cuba, 2001.
- Soria Galvarro, Carlos, *El Che en Bolivia, documentos y testimonios*, Ed. La Razón, La Paz, Cinco Tomos. Septiembre de 2005.
- Soria Galvarro, Carlos, *Mineros y guerrilleros*. En Soria Galvarro, Carlos, Pimentel Castillo, José, y García Cárdenas, Eduardo; *1967: San Juan a sangra y fuego*. Editorial de Encuentro, La Paz febrero 2008
- Soria Galvarro, Carlos, Pimentel Castillo, José, y García Cárdenas, Eduardo; *1967: San Juan a sangra y fuego*. Editorial de Encuentro, La Paz febrero de 2008.
- Ustariz Arze, Reginaldo, *Vida, muerte y resurrección del Che*, Ed. Brasbol, Bolivia, 2002.
- Vázquez Díaz, Rubén, *Bolivia a la hora del Che*, Siglo XXI 4ª Edición, México, 1978.
- Vázquez Viaña, Humberto, *Una guerrilla para el Che, Historia de la guerrilla del Che en Bolivia, antecedentes*, Ed. R. B., Santa Cruz de la Sierra, 2000 (Hay nueva edición Ed. El País, Santa Cruz de la Sierra, 2008).
- Vázquez Viaña, Humberto, *Entrevistas*, agosto y septiembre, 2002.
- Viezer, Moema, "Si me permiten hablar...". *Testimonio de Domitilia, una mujer de las minas de Bolivia*. Edición Siglo XXI, México, quinta edición, 1980.
- Zavaleta Mercado, René *Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia (1932-1971)*. En González Casanova, Pablo (coordinador). *América latina: historia de medio siglo. América del Siglo XX*. Siglo XXI Editores. México, 1a. ed., 1977.





LUIS FAUSTINO STAMPONI

UNA VIDA EN LA LUCHA ARMADA, 1962-1976

Si algo caracterizó la vertiginosa vida de Luis Stamponi, un argentino nacido en Bahía Blanca, fue la temeridad. Comprometido con el Partido Obrero de Nahuel Moreno, fue miembro de ELN boliviano, del PRT-B, colaboró con el MIR chileno y recibió instrucción militar en Cuba. El autor relata su existencia impetuosa y su trágico final.



GUSTAVO RODRÍGUEZ OSTRIA
HISTORIADOR BOLIVIANO

El 21 de marzo de 1967, Ernesto Guevara asentó en su Diario de Combate en Bolivia un balance de la reunión con su compatriota y operador Ciro Bustos. Le propuso ser una especie de coordinador tocado por ahora solo a los grupos Jozamy, Gelman y Stamponi.¹

1. El Febrero de 1966 Eduardo Jozami viajó a Camiri, Bolivia, guiado por Tamara Bunke, Tania para encontrarse con el Che, lo que no logró pues Guevara no se hallaba en el campamento (Rodríguez Ostría, 2011). Alfredo Helman, y no Gelman como apunta el Che, fue militante de la Federación Juvenil Comunista (FJC). Entre noviembre y diciembre de 1966, contactado por Ciro Bustos, viajó a Cuba junto con un grupo de nueve personas. Comunicación con Alfredo Helman, 12 de octubre de 2007.

Los dos primeros eran comunistas disidentes; la historia de Luis Faustino Stamponi, a quien el Che conoció en Cuba en 1962, se entroncaba en cambio con aquel trotskismo argentino que entre 1963 y 1964 viró, merced al influjo del comandante Guevara y la Revolución Cubana, hacia posiciones guerrilleras.² Desde entonces, y durante casi dos décadas y media (1962-1976), Stamponi pasó por varias encrucijadas y discusiones sobre el poder, el partido y la lucha armada en Bolivia y Argentina. Asumió como doctrina política y actitud personal el internacionalismo y la estrategia continental de lucha, contraparte necesaria al carácter universal del poder imperial. Abjurar del pasado y del nacionalismo, fue parte del imaginario guerrillero de la época y del tránsito hacia el hombre nuevo, capaz de luchar en distintos escenarios y latitudes con la misma intensidad que en su tierra de nacimiento. Dimensión que varios estudios sobre la lucha armada, limitándose a espacios nacionales, han segmentado o no siempre resaltado suficientemente.

Nació el 14 de febrero de 1935 en Punta Alta, ciudad cercana a Bahía Blanca y aledaña a la Base Naval de Puerto Belgrano. Hijo único de Domingo Faustino de nivel escolar primario, y que trabajaba como chofer en la citada base, y de Mafalda Corinaldesi, modista y pantalonera que cosía para ayudar a sostener su hogar.





Inti Peredo y Agustín en Callejón del Maipo, Chile, 1968.

2. Este trabajo es un avance de dos investigaciones en curso: *El Retorno del Che: La (re) organización del Ejército de Liberación Nacional, 1968-1969* y de *Guerrilla al Partido Armado: el PRTB en Bolivia*. El autor, historiador boliviano, agradecerá al lector o lectora que desee compartir recuerdos sobre Luis Faustino Stamponi a su email: rodriostria@yahoo.es

Vivían en un barrio céntrico de la ciudad, en una casa alquilada y con un mínimo de comodidades. Situación típica de una familia de muy escasos recursos que lo llevó a trabajar desde muy joven. Hasta la secundaria hizo sus estudios en el colegio Nacional de Punta Alta (1948-1953) (primero pasó un año en la escuela de Mecánica) participando activamente en la vida estudiantil. Inició sus estudios universitarios en la ciudad de La Plata (Eva Perón en aquel entonces). Fue alumno de la Facultad de Ciencias Fisicomatemáticas en la carrera de Ingeniería aeronáutica entre los años 1954-1955 y posteriormente, al crearse la Universidad Nacional del Sur de Bahía Blanca se trasladó a sus aulas. Simultáneamente empezó a trabajar como auxiliar en la Base Naval de Puerto Belgrano. Se hizo diestro en metalurgia y fresador de armas.

3. En septiembre de 1958, el presidente Arturo Frondizi autorizó a las universidades privadas, en su mayoría de filiación católica, a otorgar títulos profesionales. La protesta estudiantil ganó las calles.

Entre 1959 y 1960, tras participar en la lucha por la Libre o Laica,³ se incorporó al Partido Obrero (PO), de orientación trotskista a cuya cabeza se hallaba Nahuel Moreno. Cuando cursaba la secundaria sintió preferencia por el socialismo, sobre todo en la época de Alfredo Palacios. *Lo subyugaban sus planteamientos y también su personalidad, al punto de usar el poncho sobre el hombro como él*, rememora su esposa Alicia Borgato, con quien se casó en Punta Alta en enero de 1959. Se habían conocido muy jóvenes en el Nacional de Punta Alta donde compartían el mismo curso.⁴

4. Testimonio de Alicia Borgato al autor, La Habana, 28 de septiembre de 2003 y comunicación electrónica del 27 de febrero de 2008. Borgato era un año menor que Stamponi, pero él había perdido un curso al ingresar en la escuela de Mecánica.

Su afiliación al PO coincidió en el viraje de la pequeña organización⁵ respecto a la Revolución Cubana y el declive de la política del *entrismo* en el movimiento peronista. En marzo de 1962, sin la presencia de Moreno, un ampliado del PO, planteó como única salida política para la Argentina la insurrección y decidió recurrir a Cuba

5. No contaba más que con un par de centenas de militantes.





para que sus militantes *adquieran un intensivo entrenamiento en lucha armada*. En medio de fuertes tensiones internas, entre Ángel Bengochea, *Vasco o Maen* y Moreno, un grupo de cinco militantes del PO viajó a Cuba. Partieron en junio de 1962 y arribaron a La Habana a fin de mes. Stamponi de 27 años, integró la delegación. El 26 de octubre nació Silvina, su única hija.

La misión declarada del quinteto trotskista consistía en prepararse militarmente para ayudar al trotskista peruano Hugo Blanco, quien, durante su estancia en Argentina entre 1957 y 1958, había militado en PO y que ahora combatía en La Convención y Lares (Perú). Existe escaso registro fidedigno sobre la presencia del grupo trotskista en Cuba; Mientras aguardaba en La Habana el *Che* llegó a visitarlos. Se armó una larga e intensa polémica, que duró horas, entre el *Vasco*, que defendía que en Argentina la lucha armada debía realizarse principalmente en las ciudades y Guevara en el campo. El 1 de agosto una variopinta columna de 45 hombres, entre ellos Stamponi, recibió entrenamiento militar en la zona de Escambray. Actuó como instructor el cubano José María Martínez Tamayo, *Papi*.⁶ En febrero de 1963, luego de quedarse mucho más de los tres meses inicialmente previstos, los cinco trotskistas iniciaron retorno de La Habana.⁷ Estaban políticamente cambiados e integrados en los planes guerrilleros del *Che*.⁸ A inicios de los años sesenta, la dirección cubana decidió promover la lucha armada en América del Sur, como un mecanismo de autodefensa y con la seguridad de que aislada y sin el concurso de regímenes similares, tendría menos posibilidades de sobrevivir.

La maquinaria empezó a funcionar con dos expediciones armadas enviadas hacia Perú y Argentina, usando a Bolivia como zona de tránsito. El 9 de enero de 1963, un grupo de peruanos del Ejército de Liberación Nacional (ELN) se instaló en Bolivia en pos de ingresar a su país y montar una guerrilla. Apenas sumaban algo más de dos decenas. Tras permanecer escondidos, viajaron durante dos meses por el centro y el norte boliviano intentando entrar a Perú. El 15 de mayo su avanzada fue descubierta frente a Puerto Maldonado. Más tarde una docena fueron apresados; el resto se desbandó buscando refugio en Bolivia. (Vrijer, Peter, 2007)

Casi simultáneamente Jorge Masetti, periodista y amigo del *Che*, se instaló en la frontera boliviana con Argentina (Emborozú) con un puñado de combatientes; entre ellos dos cubanos; luego se sumaría un tercero. El 21 de septiembre el esmirriado grupo del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) cruzó definitivamente hacia Argentina, donde operaron en la zona de San Ramón de la Nueva Orán (Salta) hasta abril de 1964. Se esperaba que, una vez asentada la guerrilla, se contaría con la presencia en sus filas de Guevara. No pudo. Prácticamente sin combatir, acosada por el hambre y un medio ambiente hostil, el EGP quedó diezmado (Rot, 2010).

Mientras el proyecto cubano y guevarista de extender la lucha armada en Argentina se resquebrajaba, a fines de marzo 1964, militantes de PO al mando del *Vasco* Bengochea, renunciaron a dar una pelea interna y se escindieron de la organización opuesta a la lucha armada de moldes guevaristas (González, Ernesto (coord.), 1999, 315-380). Crearon las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional (FARN). Los nexos entre las FARN y el EGP aún no están suficientemente claros; sin embargo las FARN se aprestaban a instalar un foco en Tucumán.

6. Manuel Justo Gaggero. www.argenpress.info/2011/06/un-viaje-hacia-las-utopias.htm

7. Blanco, cayó preso el 15 de mayo de 1963.

8. Diego Cano(2010) trata del debate sobre la pertinencia de guerrilla en el ambiente de la izquierda argentina.





Reunión realizada en julio de 1970. La mujer es Loyola Guzmán, de rodillas a la derecha, Luis Stamponi. (gentileza de Silvia Stamponi)

El 13 de abril, Stamponi fue detenido por la Gendarmería Nacional cuando se disponía a recoger un cargamento de armas. Sorprendido en el Hotel Internacional de La Quiaca, no tuvo tiempo de usar su pistola ametralladora SSW, estratégicamente oculta debajo la cama. Además de miles de proyectiles, el operativo incautó en un depósito 19 fusiles, 4 pistolas ametralladoras automáticas, y centenas de proyectiles que se introdujeron desde Bolivia —proverbial mercado de armas— entre enero y marzo de ese año (Nicanoff, Sergio; Castellano, Alex, 2006, 114-115). Portaba un pasaporte con su foto pero a nombre de Osvaldo Troiano, su compañero en las FARN. Intentó camuflarse como un contrabandista, pero igual lo enviaron a prisión como detenido político.⁹ Lo defendió Andrés Fidalgo, abogado izquierdista que se presume fue contactado por intermedio de una hermana del *Che* que vivía en Jujuy, lo que revelaría el interés que Guevara tenía por su compañero en apuros.

La tarde del 21 de julio de 1964 una explosión sacudió un edificio de la calle Posadas 1168, barrio de Retiro. Al detonar un arsenal, el edificio se derrumbó. Murió el *Vasco*, cuatro de sus compañeros y varios habitantes del inmueble. Entre los escombros, la policía halló el verdadero pasaporte de Stamponi, número 6.402.150; lo que complicó su situación legal. Golpeado por las noticias se prometió huir y así lo hizo en marzo de 1965. Muy hábil e inteligente, se ganó la confianza de sus captores. Según la versión familiar, hacía juguetes para la progenie de los presos, de manera que en justa recompensa, de vez en cuando, le daban permiso para transponer el penal acompañado de un guardia. Volvía siempre simulando estar bebido. Hasta que un día, muy confiados, los gendarmes lo dejaron salir solo. Ya no retornó. Tal como había supuesto, no sonó de inmediato la alarma en la Cárcel de Villa Gorriti, pues asumieron que dormía *la mona* tendido en alguna oscura callejuela de Jujuy.¹⁰ En verdad huía en auto rumbo a Córdoba acompañado por su inseparable compañero, ex militante de PO e integrante de las FARN, Oscar Pérez Betancour, *Gordo Carlos*.¹¹

9. Estuvo en Coordinación Federal en Buenos Aires junto a otros presos, como Amanda Peralta. Testimonio de Amanda Peralta, vía internet, 4 de enero de 2008.

10. Fidalgo afirmaba sin embargo que Stamponi huyó cuando lo llevaban a declarar al Juzgado Federal. Entrevista realizada hace varios años por Reynaldo Castro, periodista e historiador jujeño, que me la hizo conocer y a quien agradezco. Comunicación por correo electrónico, 17 de febrero de 2006.

11. Moriría en Bolivia en 1972 asesinado por la dictadura de Hugo Banzer.





12. Otro enlace cubano fue Marcelo Verd, dentista oriundo de San Juan y ligado al EGP.

13. Justo cuando las fuerzas del Che iniciaban acciones bélicas en Bolivia.

14. Por las mismas fechas, con contactos realizados por Marcelo Verd, se enrumbo a Cuba otro grupo compuesto, entre otros, por Ramón Torres Molina y Samuel Slutsky, vinculados a Bustos. Torres había militado en el MIRA.

15. También sectores peronistas.

16. Marcos Osatinsky, Jorge Gadano, Alejo Levenson, Marcelo Kurlat, Alfredo Moles, retornaron en abril de 1967. Testimonio de Alfredo Moles.

17. Fernando Abal Medina, Gustavo Ramus y Emilio Maza. También viajó Norma Arrostito que recibió entrenamiento para operar en zona urbana.

18. Escisión del MIR. Praxis, e integrado por Arturo Lewinger, su hermano Jorge y un pequeño grupo.

19. Hubo un pequeño grupo de mujeres, preparadas para acciones urbanas; Norma Arrostito entre ellas.



Inti Peredo

de otros sectores sociales, que ya se había vislumbrado desde la Revolución Cubana (Ollier, 2005; Ponza, 2010; Tortti, 2010). Muchos y muchas adhirieron a lucha armada como la única opción política.

Stamponi se reconectó con sectores estudiantiles y sociales que conocía de años atrás durante la fase de organización de la guerrilla en Tucumán. Incorporó a varios.¹² El 19 de marzo de 1967, acompañado de Alicia Borgato, enrumbo a Cuba, ya comprometido con la perspectiva foquista. Arribó el 23 de marzo.¹³ En el mes siguiente partieron separados y de a dos, futuros combatientes de su grupo.¹⁴ El periplo de enmascaramiento incluyó escalas en París, Praga, Moscú y Gander. En Cuba ya se hallaban otros grupos de argentinos de distinta militancia y orígenes políticos, procedentes del Partido Socialista de Vanguardia (PSV) y de la Brigada Massetti.¹⁵ Otros como Carlos Olmedo ya habían retornado a Argentina, mientras que ex militantes de la Federación Juvenil Comunista (FJC) estaban próximos a regresar.¹⁶ En septiembre de 1966, cuando Stamponi y su grupo se hallaban en entrenamiento se plegaron pequeños grupos procedentes de filas cristianas filo peronistas¹⁷ y del Tercer Movimiento Histórico.¹⁸ En total, entre 1966 y 1967, el grupo argentino sumó aproximadamente un centenar; la gran mayoría varones, como era típico en esos años.¹⁹

Stamponi participó de varias reuniones entre distintas fracciones de argentinos, que no siempre lograron un denominador común; algunas terminaron de manera ríspida. En el adiestramiento tuvo un rol descollante. Lo apodaron *Capitán Piluso* —un personaje de televisión— o *Pibe Mochila*, por su espalda levemente deformada por la escoliosis; no le gustaba pero aguantaba las bromas. En su grupo Emilio Jáuregui ocupaba la responsabilidad de jefe de la vanguardia;



Stamponi del centro; Ricardo Rodrigo, Antonio; de la retaguardia. Recibieron formación militar –marchas, tiro, emboscadas– en Pinar del Río y Escambray, donde se realizó la prueba final que aglutinó a varios grupos. Un equipo militar cubano los persiguió mientras ellos simulaban ser *bandidos* o contrarrevolucionarios. Tras graduarse, y por razones no explicadas, no fueron enviados a integrarse a las fuerzas del Che en Bolivia. Como justificativo Manuel Piñeiro, *Barbarroja*, responsable de las operaciones cubanas en el extranjero, señalaría años más tarde que al ser capturado Ciro Bustos y frente a la posibilidad que hablara, decidieron “congelar” las acciones en Argentina.



Emilio Jáuregui

Mientras aguardaba, Stamponi vivía en el barrio habanero de Miramar, en una casa de seguridad. Lo visitaba Manuel Negrín, *Mamey*,²⁰ Emilio Jáuregui,²¹ Marcelo Verd y su esposa Sara Eugenia Palacios. Verd y Agustín F. Canello, el *Gringo*,²² formaron parte del EGP y cumplieron labores de adiestramiento con los argentinos llegados a Cuba entre 1966 y 1967.

En mayo de 1968 una parte de los argentinos regresó a su país en el crucero “Anna C” de bandera italiana. Partió de Génova hasta San Pablo; de allí tomaron otra embarcación a Buenos Aires. Otros usaron caminos y fechas diferentes. Stamponi se quedó con su familia en Cuba donde trabajó en una fábrica de vidrio. Los fines de semana hacía trabajo voluntario en las plantaciones de café. Leía mucho y observaba el entorno revolucionario.²³ Según algunos testigos se halla inquieto, preguntándose qué ocurriría y deseoso de retomar a la acción.²⁴

La oportunidad se abriría cuando los altos mandos cubanos decidieron reponer la guerrilla en Bolivia y reconstituir el Ejército de Liberación Nacional (ELN) fundado por el Che el 25 de marzo de 1967 en plena campaña militar. A mediados de 1968 convergieron hacia La Habana, Álvaro Peredo, *Inti*, boliviano, sobreviviente de la guerrilla del Che y el chileno Elmo Catalán, *Ricardo*.²⁵ De Argentina viajó Ricardo Rodrigo, *Antonio* también conocido como el *Cubano* de 22 años.²⁶ El plan consistía en montar una nueva guerrilla en Bolivia, con apoyo logístico y de combatientes desde países vecinos. En Chile se ensamblaría la red de paso y la zona de refugio (santuario); en Argentina se reforzaría el reclutamiento, se realizaría propaganda armada y más adelante se organizarían *focos* en Tucumán y Salta. Según testimonio de Antonio, se vio con Stamponi, quien colaboró en la selección de los argentinos que habían pasado por el entrenamiento en Cuba y que podrían incorporarse al nuevo proyecto. A fines de 1968 o principios de 1969, retornó a Argentina. Se conformó el ELN que re-

20. Integrante de PO y dirigente del ERP. Muerto en 1975, cuando participaba en la Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez, en Tucumán. Negrín viajó a Cuba con Stamponi en 1962.

21. El viernes 27 de junio de 1969 en un confuso incidente Jáuregui moriría en manos de la Policía Federal. Integraba Vanguardia Comunista (VC).

22. Ambos desaparecieron en 1971, tras ser detenidos en San Juan por los servicios de Inteligencia.

23. Borgato, Alicia. Testimonios citados.

24. Testimonio de *Cristóbal*, integrante de la Brigada Massetti. Participó del entrenamiento con Stamponi. Buenos Aires, 25 de marzo de 2011.

25. *Inti* Peredo pasó previamente por Chile. Catalán era periodista y militante socialista, nacido en Arica en 1932. A la par que los argentinos, un grupo de chilenos de militancia socialista, se entrenó aguardando instrucciones.

26. Testimonios por correo electrónico al autor de Ricardo Rodrigo, incluyendo varias entrevistas el 2008 en Barcelona.

27. Existen varios documentos que prueban la existencia del ELN en Argentina, bajo la conducción de *Inti* Peredo. Por ejemplo, la entrevista a Carlos Olmedo, "Reportaje a las Fuerzas Armadas Revolucionarias: Los de Garín, Cristianismo y Revolución", (No 28, abril 1971) y el libro de Tito Drago (2007).

28. Se dice que Stamponi lloró al ver su nombre consignado en el Diario de Che, publicado en Cuba en julio de 1967.

29. Estaban organizados en varias columnas compartimentadas. Procedían de distintos orígenes políticos comunistas, socialistas, trotskistas e independientes. Según algunas fuentes contaban con al menos un centenar de combatientes. Entre sus principales integrantes —la lista no es completa— se hallaban Ricardo Rodrigo, Antonio; Tito Drago, Eduardo Streger, *Finito* y su compañera Liliana; *Lito*, Emilio Jáuregui; Carlos Olmedo, José, Roberto Quieto, Bernardo y Alejo Levenson, Marcelo Kurlat y su compañera Mercedes Carazo. Marcos Osatinsky y su compañera Sara Solart, Alberto Camps y su compañera Raquel Liliana Jelin, Marcelo Verd y su compañera, Sara Palacios;



Luis Stamponi

ELN y, a sus 34 años, contribuir a la nueva fase guerrillera. Ejecutó tareas de organización, producción de artefactos de guerra y entrenamiento militar de cuadros jóvenes. Se escondía bajo el *manto* de Gerardo, pero lo conocían más por el alias de *Miseria* que alguien le otorgó al atribuirle un parecido con el actor argentino Alfonso Pícaro, protagonista de un programa cómico en la TV de Buenos Aires donde representaba al conserje apodado *Miseria Espantosa*.

El propósito de reponer la guerrilla en Bolivia se vio entorpecido cuando en julio los servicios de inteligencia capturaron en Cochabamba y La Paz a varios de sus importantes cuadros y allanaron casas de seguridad donde se apoderaron de armamento y vituallas. Además, los cubanos, por razones no esclarecidas, decidieron retirar su colaboración al ELN. En Argentina, entre tanto, sus compañeros de preparación en Cuba ponían en práctica lo aprendido (Drago, 2007).²⁹ Entrenaron nuevos cuadros —hombre y mujeres— en las afueras de Buenos Aires, Salta y San Juan. Trasladaron armas y vituallas hacia Bolivia y Chile y ejecutaron a mediados de 1969 varias operaciones de propaganda armada, como el fallido ataque con cohetes a la Brigada Quemés,³⁰ a cuya tropa acusaban de una sañuda represión en el *Cordobazo*. La madrugada del 26 de junio incendiaron los supermercados —más conocidos como *Minimax*—³¹ pertenecientes a la Distribuidora Argentina de Comestibles (DACSA), cuyo principal accionista era Nelson Rockefeller, y el domingo 10 de agosto asaltaron al Banco de Quilmes.³² Nunca las "firmaron" como ELN, por un acuerdo con *Inti*

conoció el mando de *Inti*²⁷ y mantuvo contacto y coordinación con Bolivia; en Chile, en tanto, se ajustaba la red operativa; en ella Beatriz Allende, *Tati* —hija de Salvador— participaba en primera línea (Rodríguez Ostría, 2006).

Al calor del proyecto internacionalista, Stamponi se entrenó desde agosto a diciembre de 1968, —por tercera vez en su vida— con un grupo de aproximadamente 60 varones en las húmedas y cálidas montañas de Baracoa, en el Oriente de Cuba. La mayor parte eran bolivianos, además de un puñado de chilenos, argentinos y otras nacionalidades. Una anécdota refleja su ánimo. Conversando con uno de sus compatriotas le comentó que habría podido ir con el Che. *Seguramente habrías caído*, replicó el interlocutor. —*Sí, pero sabés lo que habría significado morir con el Che*— (Rodríguez Ostría, op.cit.).²⁸ Concluido el adiestramiento, llegó por vías clandestinas a La Paz entre mayo y junio de 1969, para ocupar puestos destacados en el

Peredo de mantener silencio entre tanto la guerrilla no se asentara en Bolivia.

El 9 de septiembre *Inti* fue asesinado en La Paz. Dos semanas y media después el panorama político en Bolivia dio un vuelco sustantivo cuando el general Alfredo Ovando y un grupo de civiles nacionalistas y de izquierda, tomaron el control del gobierno y el 17 de octubre nacionalizaron la petrolera norteamericana Gulf Oil. La política se corrió hacia la izquierda. Pese al panorama adverso, el ELN decidió continuar alzado en armas. Se designó a Osvaldo, médico y hermano menor de *Inti*, conocido como *Chato*, como jefe del Estado Mayor. El sector argentino desconfió de su liderazgo y de su enfoque estratégico político-militar;³³ situación que sumada al asenso de masas en Argentina expresado en el *Cordobazo* de mayo de 1969, hizo que el ELN se disolviera en Argentina y sus integrantes decidieran no continuar la operación en Bolivia y concentrar acciones en su país.³⁴

Chato Peredo empujado por la imperiosa búsqueda de fondos para alzarse en el monte, realizó el 30 de diciembre el asalto en La Paz a los pagadores de la Cervecería Boliviana Nacional (CBN), desatando una intensa búsqueda policial. A día siguiente el rastillaje obtuvo resultados. La casa número 12 del callejón José M. Cardón del residencial barrio de Sopocachi (La Paz), fue cercada por agentes de la Dirección de Investigación Criminal (DIC). La vivienda servía de refugio a los partícipes del asalto a la CBN y para guardar el dinero sustraído. Al caer la tarde *Chato* Peredo y un compañero bajaban del refugio hacia la avenida Ecuador. Enrumbaban hacia otra casa de seguridad, donde *Chato* tenía previsto extraer la bala a un herido en el brazo en la refriega del asalto. La policía los descubrió y atacó. Mientras el fiel acompañante le daba cobertura con una ametralladora ligera, *Chato* logró subirse a un bus. Llegó sano y salvo hasta el resguardo de sus compañeros. Su custodio no tuvo la misma fortuna. Corrió por su vida, pero por desorientación o desconocimiento, se metió en un callejón sin salida (Peredo, 2003, 108-109). La represión que venía pisándole los talones lo hirió en una pierna y pudo apresarlos.³⁵

EL VIEJO MISERIA

Dijo llamarse *Gerardo Bermudez* o *Gerardo Santos*, aunque le encontraron un carné a nombre de *Miguel Alberto Castellanos Trigo*. Bajo esa maraña de nombres y apellidos pudo ocultar los verdaderos. Lo recluyeron en el Panóptico de La Paz, junto a otros integrantes del ELN. La madrugada del 19 de julio su organización tomó las instalaciones de una compañía minera norteamericana (SAPI) en Teoponte e inició sus operaciones guerrilleras. Tomaron a dos técnicos alemanes como rehenes demandando la liberación de una decena de sus compañeros presos. El 22 de julio diez militantes (nueve hombres —entre ellos Stamponi— y una mujer, Loyola Guzmán) fueron liberados por el gobierno de Ovando. Deportados a Arica, permanecieron en Chile cerca de un mes. El 18 de agosto, desde el puerto de Antofagasta, se embarcaron en el mercante cubano El Jigue. Diez días más tarde, el viernes 28, cuando sus compañeros montaraces estaban a punto de

Floreál Canalis, *Petiso*;
Ricardo Puente, *Victor* y su
compañera.

30. Dependencia policial
de la Provincia de Buenos
Aires, ubicada en Cruce
de Camino de Cintura y
Autopista Ricchieri.

31. Se colocaron
explosivos incendiarios
en 14 establecimientos de
Buenos Aires.

32. Durante la operación
Alberto Miguel Camps fue
herido en una pierna y
detenido Tito Drago, quien
originalmente procedía del
grupo troskista Baluarte.

33. Ricardo Rodrigo,
señala que se reunió con
Chato en La Paz, y que
sus principales diferencias
se centraban en el carácter
militarista que tomaba el
ELN bajo la conducción del
menor de los Peredo, que
lo llevó al rompimiento.

34. En los meses
sucesivos una fracción
importante dio lugar a las
Fuerzas Armadas Revolu-
cionarias (FAR); mientras
que otros y otras se incor-
poraron al PRT-ERP.

35. Me baso en una
conversación con Nila
Heredia, conocida en
el ELN como *Ivana*,
compañera en Bolivia de
Stamponi La Paz, 10 de
abril de 2001.



ingresar en su fase de combate contra el Ejército, llegaron al puerto de Cienfuegos, en el codo sur de Cuba.³⁶ Lo primero que les pidieron los cubanos fue que escribieran un relato de su filiación y participación política.³⁷ Una vez en La Habana, los ubicaron en una regia casa de Miramar. Stamponi, en cambio, se fue a vivir su familia: Alicia, su esposa, maestra jardinera en el centro de la Habana, su pequeña hija Silvina y su madre Mafalda, de visita en Cuba.³⁸

Entre tanto, la guerrilla al mando de *Chato* resultó un desastre; inexpertos y mal organizados enfrentaron a un Ejército bien preparado. Murieron 58 de sus 67 integrantes en apenas un centenar de días de operación. En abril de 1971, luego de evaluaciones con la seguridad cubana, Stamponi retornó a Bolivia, vía Praga, París y Roma. Venía acompañado de Loyola Guzmán. De Europa volaron a Santiago de Chile; la red del ELN los trasladó en *jeep* hasta la frontera con Bolivia. Allí, junto a otros dos militantes procedentes de Cuba, los recogieron y condujeron a La Paz por vía terrestre. Una práctica clandestina frecuente.³⁹ Ya en La Paz el grupo censuró acremente la conducción militar en Teoponte. Se abrió por primera vez un debate horizontal y descompartimentado en la organización armada. La fractura del ELN no se produjo. Stamponi reculó en sus posiciones y se avino a un compromiso con *Chato*. Fue designado miembro del Estado Mayor y asumió tareas de supervisión en la formación de cuadros y condujo operaciones logísticas.

36. Presencia, La Paz, 30 de agosto de 1970.

37. La Entrevista con *Adalid*, Cochabamba, 9 de mayo de 2006. Fue uno de los canjeados.

38. *Vivía a un costado y al fondo del cabaret Tropicana. Allí hay una especie de plaza o patio, llamada Salón Mambí, que empezaba a funcionar cuando cerraba el cabaret, alrededor de las 12 o doce y media de la noche y terminaba bien tarde.* Testimonio de Lourdes López, cubana y entonces compañera de Jorge Ruiz Paz, *Omar*, segundo hombre en la guerrilla de Teoponte. Tarija, 11 de enero de 2011.

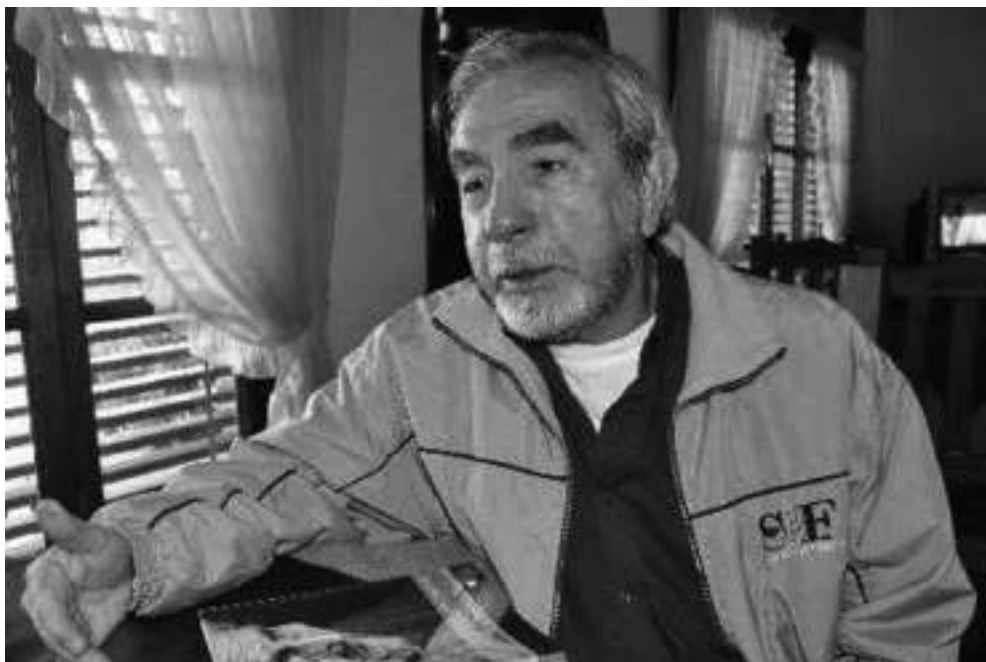
39. Testimonio de Loyola Guzmán, Cochabamba, 20 de junio de 2011. Ex militante comunista. Se entrevistó con el *Che* en Ñankaguasú en febrero de 1967

La organización se metió de lleno en la coyuntura boliviana, tratando de superar los errores cometidos y recuperar presencia. El 19 de agosto de 1971 se inició en Santa Cruz —Oriente de Bolivia— un pronunciamiento militar de derecha contra el general izquierdista Juan José Torres, que gobernaba desde octubre de 1970. El 21 de agosto, en la Paz, medio centenar de miembros del ELN, armados y con brazaletes rojos como distintivo, combatió organizados en dos columnas; una al mando de Stamponi. Derrotada la resistencia contra fuerzas castrenses, ampliamente superiores, el ELN se refugió en casas de seguridad y se disfrazó para eludir la vigilancia. Stamponi para disimular la curvatura en su espalda llevaba un molesto chaleco con parches. Lucía más erguido y se desplazaba en un pequeño escarabajo Volkswagen.

Le encargaron dirigir una de las cinco columnas que conformó el ELN en la clandestinidad. Atendía también talleres de mecánica, su especialidad, donde se reparaban armas o confeccionaban silenciadores. Preparaba escondites (*berretines*) para disimular vituallas y armamento; incluso un posible hospital de campaña. Se resguardaba con una pistola calibre 38 y dos granadas. En las casas que habitó disponía de *armas largas*, fusiles y ametralladoras, escondidas en lugares estratégicos para responder un ataque.

La organización, pese a la represión, mantuvo su dirección y sus principales cuadros clandestinos en Bolivia. Ni el asilo ni la huida fueron una consigna ni una práctica. Situación que se modificó a principios de 1972, cuando la dictadura boliviana de Hugo Banzer reforzó sus estructuras represivas. El 25 de enero creó la Dirección de Orden Político (DOP), dependiente de la Dirección de Investigación Nacional (DIN). La “Operación Limpieza” dirigida por el ministro





Osvaldo "Chato" Peredo comandó la columna guerrillera de Teoponte que culminó sus acciones en 1969.

de gobierno, coronel Mario Adett Zamora, sumó éxitos gracias a delaciones y errores del ELN. Entre febrero y abril al menos un medio centenar de sus cuadros murió o fue detenido. El Estado Mayor, entre ellos Stamponi, se refugió en el convento de las monjas Lauritas en La Paz.⁴⁰ Sabiéndose perseguidos decidieron preservarse y replegarse a Chile. La retirada fue costosa⁴¹ y dejó prácticamente abandonada a la militancia en Bolivia. *Chato*, *Miseria* y sus respectivas compañeras políticas y sentimentales, cubiertos con disfraz de campesinos lograron pasar incólumes y llegar a Santiago.⁴² En los meses sucesivos las detenciones continuaron en Bolivia. La organización quedó prácticamente desmantelada.

En el Chile de Salvador Allende, el ELN montó una base operativa y reinició contactos con otras fuerzas políticas bolivianas de izquierda en el exilio que habían conformado, en noviembre de 1971, el Frente Revolucionario Antimperialista (FRA). El conglomerado de diversas tendencias, no logró grandes consensos políticos ni montar una capacidad operativa y de respuesta a la dictadura. El ELN criticaba acremente su decisión de no instalarse en Bolivia y reclamaba una posición más decidida respecto a la lucha armada. A fines de año, incapaz de superar su confrontación ideológica interna y con organizaciones partidarias paralizadas, el FRA se extinguió.

Stamponi se dedicó en Santiago a dar entrenamiento militar y principalmente a organizar un taller de mecánica para confeccionar una metralleta 9 milímetros, denominada *Elenita*. Uno de los mayores problemas fue resolver la confección de las estrías del caño y el resorte de recuperación. Lograron hacer disparos de prueba en las afueras cordilleranas de Santiago, pero nunca se la fabricó en serie.⁴³ En una fecha no determinada del segundo semestre de 1972, *Chato* Peredo y Stamponi viajaron desde Santiago a Cuba para restablecer relaciones prácticamente congeladas desde un par de años atrás. *Chato* se entrevistó con Fidel Castro. El programa exacto de la reunión y sus conclusiones permanecen secretos, pero se sabe que hubo un balance del desastre de Teoponte y la situación boliviana. Castro se comprometió a proporcionar

40. Testimonio de R. Romero, *Dardo*. Cochabamba, 6 de noviembre de 2010. *Dardo* se acogió al mismo refugio.

41. El 16 de mayo en un convento en Achacachi, zona altiplánica, dos guerrilleros fueron abatidos y una mujer argentina *Laura*, fue capturada. Ese mismo día mataron en la frontera con Chile a Lisímaco Gutiérrez, *El Viejo*, integrante de la dirección guerrillera

42. Stamponi conoció en Bolivia a Nila Heredia, *Ivana*, estudiante de medicina.

43. Testimonio de Jorge Bayro Ramiro, Cochabamba, 25 de mayo de 2011 y Lucho, Santiago de Chile, 19 de mayo de 2011.





entrenamiento militar a ELN, en la perspectiva de relanzar la guerrilla en Bolivia.

Regresaron, vía Europa, a Chile. Los primeros cuadros salieron rumbo a La Habana en diciembre de 1972. A principios de 1973, llegó el resto. Reuniendo todas sus fuerzas de hombres y mujeres, el ELN concentró cerca de 60 militantes en Cuba. Una parte, entre 30 y 40, todos varones, recibieron entrenamiento rural en la cordillera de los Órganos bajo la supervisión de Daríel Alarcón, *Benigno*; la otra, una veintena, la mayoría mujeres para acciones urbanas, en La Habana y Punto Cero. Stamponi no participó del entrenamiento, pero permaneció un tiempo en Cuba. El golpe militar de Augusto Pinochet del 11 de septiembre, frustró el retorno. Un numeroso grupo quedó varado en Cuba. Solo una parte se hallaba en Santiago; Stamponi estaba en Argentina. La mayoría de la militancia alcanzó refugios en embajadas europeas o se esfumó subrepticamente a Argentina o Perú.

LA JCR Y EL ELN

Hasta 1973 el ELN mantuvo contactos esporádicos y bilaterales con otras organizaciones armadas del Cono Sur como el MIR de Chile, el PRT de Argentina y los Tupamaros de Uruguay. En junio de ese año, su dirección participó de la segunda reunión de la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), celebrada en Rosario, Argentina. Fueron bien recibidos en la “Escuela Internacional de Cuadros” y se consideró la posibilidad de incorporar al ELN (Marchesi, 2009).⁴⁴

44. La primera se realizó en Chile a fines de 1972, (Marchesi, 2009).

45. Del secuestro de gerente de Swissair, Kurt Schmidt, el 22 de octubre de 1973, se obtuvo un rescate de cinco millones de dólares. De ellos medio millón fueron para el ELN.

46. Testimonio de E. Espinoza, Filipo, 15 de noviembre de 2010. Fue integrante del ELN y luego del PRTB. Fue uno de los principales encargados de la logística del Ampliado.

47. Archivo CONADEP, Buenos Aires, Caso 3378.

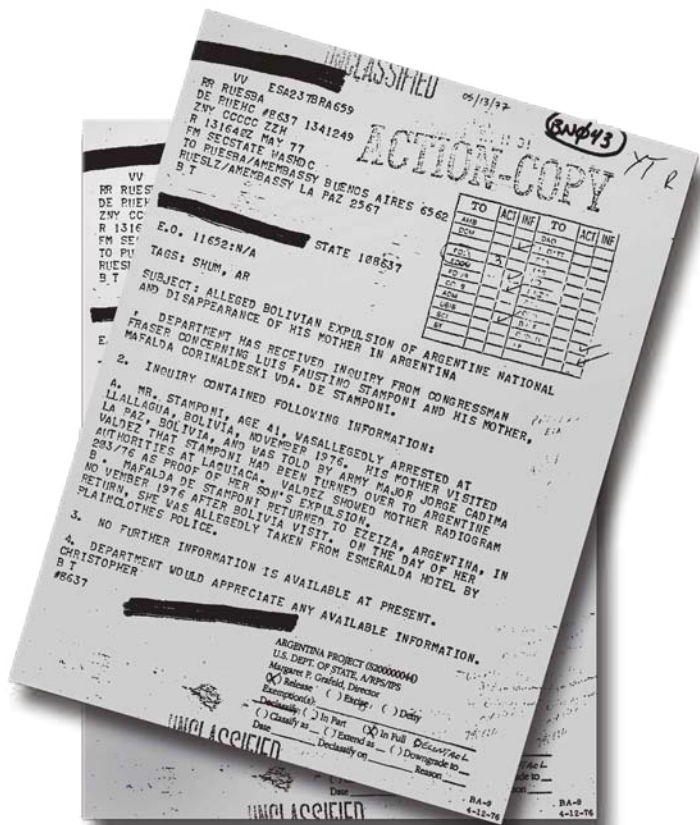
Stamponi, no fue parte de la reunión ni más tarde se encargó de las relaciones políticas con la JCR. Sin embargo, en consonancia con los acuerdos tomados, el ELN empezó a desplazar cuadros hacia Argentina para participar en las actividades de la JCR. Una de las primeras acciones fue el secuestro del ejecutivo de la petrolera ESSO, Víctor Samuelson el 3 de diciembre de 1973. Al ELN le correspondió armar y salvaguardar la “Cárcel de Pueblo”. Stamponi condujo la excavación del refugio y le dio un acceso eléctrico que lo abría a distancia. Una novedad técnica en la época. El 29 de abril de 1974 Samuelson fue liberado tras el pago de un rescate de 14,2 millones de dólares, considerado el mayor monto hasta entonces jamás pagado en la historia de los secuestros. La participación dejó en las arcas del ELN, un monto que no se ha establecido con precisión, pero que superó al millón de dólares. Es probable que el acopio se expandiera con la contribución recibida de otras dos operaciones similares.⁴⁵

Con estos recursos y para reemplazar el ya imposible asentamiento en Chile, se montaron dos centros operativos. Uno en Argentina y otro en Perú. El movimiento entre ambos polos fue constante. Concluido exitosamente el secuestro de Samuelson, Stamponi se trasladó a Perú. No había cambiando mucho su fisonomía de años atrás. *Era más bien bajo de estatura, 1.65 metros, un poco encorvado, de bigotes gruesos, barba tupida, (afeitada), mentón partido y muy ágil físicamente.*⁴⁶ Le faltaba la falangeta del anular derecho, fruto de un accidente de trabajo.⁴⁷

Una de sus principales tareas fue promover el debate en el ELN; aquel postergado por la represión desde 1971, y además supervisar la logística de envíos



a Bolivia, en vehículos con doble fondo. Simultáneamente los nexos con el PRT argentino se estrecharon e integrantes del ELN se incorporaron a sus columnas en Buenos Aires y otras zonas. Testimonios cercanos a Roberto Santucho dejan claro que su máximo dirigente tomó a su cargo “hacer avanzar” al ELN “hacia la concepción de partido” (Mattini, 2003,378). Las conexiones con la entidad dotada de concepciones político-militares distintas al foquismo guevarista del ELN y de mayor autoridad, dejaron huellas en los bolivianos, que ya arrastraban una crisis y un debate postergado desde 1971. Un documento interno denominado “Estrategia de Lucha del ELN”,⁴⁸ fechado el 9 de septiembre de 1974, presenta la transición entre las posiciones sostenidas entre 1971, al finalizar la guerrilla de Teoponte y 1974, tras la frustrada operación de retorno a Bolivia. Se advierten nuevos planes y juicios, producto por una parte de su propia experiencia y por otra de aquellos aportes provenientes del contacto con el PRT y la JCR.



Documento oficial que da cuenta de la desaparición de Mafalda Corinaldesi.

La organización boliviana asumió una mirada y una proyección distintas a aquellas que sostuvo en su fundación. La lucha en perspectiva se caracterizó como *ARMADA, PROLONGADA Y CONTINENTAL*. Comenzaría con la guerra de guerrillas, un detonante *para despertar en el pueblo todas sus potencialidades, y mostrarle el camino que debe transitar para la liberación nacional y el socialismo*. Luego vendría la insurrección, *etapa superior a la guerra de guerrillas*. Una vez conquistado el poder en *zonas liberadas*, se produciría una intervención en gran escala de las fuerzas militares de países vecinos y de Estados Unidos. Los sectores progresistas y revolucionarios se unirían para derrotar y expulsar al invasor e instaurar luego el gobierno revolucionario. El documento advierte que las tres etapas no deben considerarse como secuenciales ni químicamente puras, pero deberán supeditarse *al método principal, que es el que caracteriza cada etapa de la guerra prolongada*. En el pasado, el ELN condenaba por *desviación burguesa* ocupar y disputar espacios legales y abiertos. Esta vez ya no excluyó acudir a estas fórmulas, como el sindicalismo, la propaganda y *la lucha legal por la democracia en forma amplia*.

DE LA GUERRILLA AL PARTIDO ARMADO

En Marzo de 1975 para saldar cuentas se convocó al “Ampliado Ñankaguazú”, que se realizó en Lima, coincidente con un nuevo aniversario de la fundación del

48. Copia mecanografiada en el archivo del autor.



ELN. Stamponi organizó “Escuelas de Cuadros”, para preparar la reunión. Asistieron delegaciones procedentes de Argentina, Cuba, Europa, Perú y Bolivia. Las conclusiones fueron transmitidas a Santucho (prueba de su influencia):

Hemos decidido después de un análisis que nos parece bien profundo, que nuestro pueblo, que tiene una experiencia revolucionaria excepcional, requiere inmediatamente, para la concreción de sus ideales revolucionarios, de una vanguardia y que esta vanguardia sólo puede ser el Partido del Proletariado.(...)

Para tomar esta decisión mucho nos ha ayudado el haber participado de la JCR repito, JCR- Organización que sintetiza y coordina las experiencias revolucionarias de las organizaciones que hoy son la avanzada del proceso en esta parte del continente. Es justo, también, reconocer en gran medida, la inmensa ayuda que ha significado conocer la experiencia revolucionaria de ustedes que también ha transmitido el compañero N.⁴⁹

N era Nicolás, Domingo Menna, también conocido como Gringo, tercero en la jerarquía del PRT y responsable de las relaciones con otras organizaciones de la JCR. Su influencia fue notable en la reunión, argumentó y debatió hasta el cansancio. Llegó los últimos días del Ampliado cuando el debate se hacía ríspido y no se hallaba un punto de salida, en medio de mutuas acusaciones y recriminaciones internas. La amenaza de una autodisolución estaba pendiente.

49. Carta a Santucho del PRTB, Lima, 1º de abril de 1975. www.cedema.org/ver.php?id=132

Un participante recuerda:

Su aporte fue importante, porque en el desarrollo de las discusiones se planteó de todo, pero nos faltaba la forma de estructurarlo, y el





Gringo nos transmitió su experiencia del PRT, de ahí que incluso sale el nombre.⁵⁰

La verdad es que Nicolás trabajó en un terreno abonado. La militancia se hallaba atravesando un conflicto y estaba disponible para escuchar otras propuestas distintas. Además existía un interlocutor interno que, con autoridad, hacía tiempo demandaba la transformación: Luis Faustino Stamponi. Su revisionismo a la línea estrictamente foquista que adoptó una década atrás lo aproximaba a su anterior experiencia y su militancia histórica en PO y las FARN.

Para subrayar su identidad con su homólogo argentino, trocaron el nombre de ELN por Partido Revolucionario de los Trabajadores de Bolivia (PRT-B). El gran derrotado fue Chato Peredo. Cuestionado y acorralado, cargando con el peso de los errores, se defendió esgrimiendo una postura antipartido, que resultó minoritaria. Fue defenestrado y enviado a las “bases” en Bolivia; una suerte de castigo.⁵¹ En su reemplazo se eligió un Comité Ejecutivo Nacional (CEN), máxima autoridad del PRT-B. En los Estatutos se estableció la vigencia del “Centralismo Democrático”, para vacunarse del verticalismo del que se acusó al ELN. Entre sus integrantes se hallaba Stamponi, que inauguraba una nueva fase de la lucha armada en su vida.

RETORNO Y DESASTRE

Concluido el Ampliado, la nueva entidad comenzó a desplazar sus cuadros hacia Bolivia. En julio de 1975, un “Activo”, una suerte de asamblea de la Dirección, resolvió hacer pública su existencia. El 1º de septiembre se

50. Testimonio de E. Espinoza, Filippo al autor, vía electrónica, 14 de noviembre de 2010.

51. La posición de Chato, puede leerse en Peredo, (2003, 131-140).





52. "El Proletario. Órgano del Partido Revolucionario de los Trabajadores de Bolivia". Año 1, Nº 1. Septiembre de 1975, p.2.

53. Ibid. "Inti 6º aniversario de su muerte". p. 10.

54. "El PRT debe insertarse en las masas", El Proletario, Año 2 Nº 5, 1 de enero de 1976. P. 2.

55. Por ejemplo, en la guerrilla de Teoponte participaron los máximos dirigentes de los universitarios bolivianos, y en la del Che, sindicalistas mineros.

publicó el primer número de *El Proletario*, órgano del PRT-B. Su nombre (el) marcaba el rumbo que pretendía darse la nueva entidad. La famosa foto del Che producida por Korda, adornaba la portada. Al pasar revista de su pasado organizacional separó aguas con las acciones posteriores a la muerte de comandante argentino, acusando a la dirección del ELN, particularmente a Chato Peredo, de no realizar un balance crítico de la guerrilla de Ñankaguazú y las causas de su derrota en Teoponte⁵² para corregir este error y darle al pueblo los instrumentos indispensables para su triunfo: *El PARTIDO y EL EJÉRCITO*.⁵³ A fin de no quedar aislados, mal que se atribuía al foquismo, el propósito del PRT-B fue insertarse en los diversos sectores sociales,⁵⁴ que empezaban a tomar mayor fuerza en su rechazo a la dictadura militar. Tarea que la mayoría de sus cuadros, sino la totalidad, nunca había acometido. En el ELN la práctica era la inversa; se retiraba a los militantes dirigentes sociales para llevarlos al monte.⁵⁵

Stamponi ingresó a Bolivia en los últimos meses de 1975. Para entonces si bien el gobierno militar de Hugo Banzer empezaba a mostrar fracturas y agotamiento, su capacidad de información y represión se había incrementado. Bajo la Operación Cóndor, la información fluía desde Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay y quizá también Perú (Dinges, 2004; McSherry, 2009). Establecida formalmente en Santiago de Chile el 26 de noviembre de 1975, aunque es posible que ya operara antes, la coalición represiva tuvo el propósito de coordinar acciones y enfrentar en el mismo terreno a la JCR: el internacional.



MUERTE Y DESAPARICIÓN EN ORLETTI

Desde inicios de 1976, Stamponi cumplía el rol de “responsable en los centros mineros” el neurálgico centro de la resistencia política a la dictadura militar y fungía en los hechos como el jefe del PRT-B. Se aposentó entre esa zona de trabajadores. Vivía clandestino en una pequeña y pobre habitación, en la casa de un militante obrero, en la calle principal del campamento minero de Llallagua a 95 kilómetros de la ciudad de Oruro. Salía muy poco pero a veces se trasladaba hasta Cochabamba (250 kilómetros), donde daba entrenamiento militar a jóvenes integrados recientemente a la organización.⁵⁶ Se lo recuerda activo en funciones operativas, organizando y supervisando.

El panorama, empero, no era prometedor. La JCR se había debilitado y el régimen militar de Hugo Banzer, como había ocurrido en 1972 con el ELN, los tomó como sus principales adversarios y no escatimó esfuerzos ni torturas por desbaratarlos. Fuese como resultado del vuelo del Cóndor o por su propia sagacidad, los servicios de inteligencia bolivianos propinaron duros golpes al PRT-B.

Las caídas de militancia comenzaron al concluir 1975 y continuaron imparable durante 1976. La seguridad estatal incautó material de trabajo, armas, vehículos, una moderna imprenta y documentos internos. La organización intentó resistir y mostrar presencia. Su prensa proclamaba una guerra revolucionaria que estaba lejos de lograr materializar.

El 2 de abril de 1976 detuvieron en Cochabamba a Nila Heredia, compañera de Stamponi, lo que lo afectó visiblemente. La noticia de la muerte de Roberto Santucho, 19 de julio, fue otro duro golpe. Tras la celebración del XVI Congreso minero de Corocoro (1 al 7 de mayo) y la huelga minera de junio, la resistencia a la dictadura se había acrecentado; como respuesta Hugo Banzer instruyó acentuar la represión. A mediados de septiembre Stamponi viajó Cochabamba, donde participó de una reunión (“activo”) de evaluación de la dirección del PRT-B.⁵⁷ El 17 dos importantes integrantes del ELN fueron muertos en una redada en esa ciudad.⁵⁸ Stamponi eludió el cerco a duras penas. Durante el desplazamiento de retorno en tren hasta Oruro, creyó advertir que lo seguían. Se bajó antes de la estación por precaución, pero a la postre no logró eludir la vigilancia policial.

En aquellos días evaluaba la posibilidad de tomar rehenes y exigir la liberación de sus compañeros y compañeras detenidos. Delataron su ubicación dos militantes tomados presos. El 28 de septiembre, entre las tres y cuatro de la madrugada, civiles y militares ingresaron a su morada en Llallagua por ventanas, puertas e incluso el techo, protegidos por sendos disparos. Tuvieron antes la precaución de matar a los perros guardianes y acordonar toda la manzana. El M-16 de Stamponi se trabó y no pudo responder. Recibió la primera tunda en la policía de Huanuni. Luego lo trasladaron, junto a María Victoria Fernández, *Carmen*, engrillado y tapado con una frazada, a las celdas de Achocalla, prisión política ubicada en la periferia de La Paz donde lo interrogaron y torturaron por varios días.⁵⁹

56. Testimonio de O. Zegada, Negro, Cochabamba, 6 de mayo de 2011. El entrenamiento se hizo en La Taquiña, en las estribaciones de la cordillera que circunda la ciudad

57. Testimonio de Rubén Sánchez, Jesús, máximo dirigente del PRT-B, Cochabamba, 18 de enero de 2010.

58. Pedro Silvetti y el uruguayo Enrique Joaquín López, ex militante tupamaro.

59. Testimonio de María Victoria Fernández, militante del PRT-B, La Paz, 12 de febrero de 2011.



Automotores Orletti.



60. Efraín Villa Isola, Graciela Rutila (ambos desaparecidos) y su pequeña hija Carla, fueron "cedidos" a las autoridades argentinas el 29 de agosto de 1976 en La Quiaca. La niña, apropiada por Eduardo Ruffo de la SIDE, fue la primera nieta recuperada por Abuelas de Plaza de Mayo en 1985.

61. automotore-sorletti.blogspot.com/2010_12_01_archive.html

62. Rodríguez, Roger. "Automotores Orletti". Allí funcionó uno de los centros clandestinos de detención". www.lafogata.org/02latino/

No obtuvieron información. Enrollado en una frazada lo transportaron a las oficinas del DOP en La Paz. A su lado estaba a Carmen. No pudieron verse, pero intercambiaron breves palabras. Lo retuvieron pocos días en La Paz. Varias presas del PRT-B lo vieron salir de su celda, con un destino para ellas desconocido. Vestía sobriamente con una chaqueta. Lo treparon a un jeep. Junto al boliviano-argentino, Oscar González de la Vega, arrestado el 30 de junio, fue conducido a la frontera por los servicios bolivianos. El 15 de Octubre los entregaron a la gendarmería argentina en el puente internacional entre Villazón (Bolivia) y la Quiaca (Argentina).

Se tiene constancia que otros prisioneros argentinos⁶⁰ trasladados desde Bolivia fueron derivados a la prisión clandestina de Automotores "Orletti", barrio de Floresta, Calle Venancio Flores número 3519-3521. Descrito por un sobreviviente como *parecido al infierno de Dante, era presión permanente, amenazas continuas*⁶¹, funcionó desde mediados de mayo de 1976 hasta principios de noviembre de ese año.

El tercer día de ese mes, la pareja de prisioneros José Ramón Morales y Graciela Vidaillac lograron fugar, obligando al cierre de la prisión. Considerando la fecha en la que Stamponi pudo llegar a Buenos Aires, 16 o 17 de octubre, cabe preguntarse si no lo trasladaron a otro campo de prisioneros o lo eliminaron rápidamente, antes de dismantelar Orletti. Existe incluso la posibilidad que fuera enviado a último momento a Uruguay, junto con presos de esa nacionalidad.⁶² Su cuerpo nunca se ha encontrado. Tenía 41 años. El 13 de noviembre su madre, Mafalda Corinaldesi, de 64 años, arribó a La Paz a indagar por su hijo. No obtuvo noticias fidedignas del ministro de Gobierno, coronel Juan Pereda Asbún. El 19 regresó a Buenos Aires. Se alojó en el hotel





Hotel Esmeralda, de donde fue secuestrada Mafalda Corinaldesi. (Foto 2011).

Esmeralda, en el número 500 de calle del mismo nombre. En la noche actuó El Cóndor. La arrestaron tres integrantes de la Policía Federal vestidos de civil. Permanece como Detenida Desaparecida.

Al concluir el año, el PRT-B, que Stamponi contribuyó a diseñar y organizar, quedó prácticamente desmantelado. Cerca de 60 militantes se hallaban en cárceles, un par al menos había muerto bajo fuego de los servicios de inteligencia y una docena fue entregada a los gobiernos militares en Chile y Argentina con destino desconocido.

Se disolvió en 1978, cuando la dictadura de Hugo Banzer agonizaba, sin lograr establecer una relación dialéctica entre lucha armada, presencia en las masas y sectores populares, que lo distanciara del *foquismo* en el que muchos habían confiado. Stamponi, lo había demostrado desde 1962: no era un teórico sino un hombre de acción; pero había contribuido a llevar a sus compañeros y compañeras a la convicción de que para triunfar en la lucha armada era necesario contar con una estructura partidaria; aunque ésta debiera forjarse al calor de la propia lucha armada. Una interpretación particular del legado de Ernesto Guevara.

El PRT-B reivindicaba la política sobre el aparato militar y la inserción en las masas, pero asumían que las acción debían ejercerse sin mediaciones y ni retrocesos, donde la militancia se jugara al todo o nada, como en una guerra que solo terminaría cuando el enemigo fuese aniquilado. El PRT-B se identificaba con el *Che*, recurría a la protección de su imagen y pregonaba forjar el *hombre nuevo*, con un sentido crístico de sacrificio, entendido como una redención. *Victoria o muerte*, fue la última frase —y sentencia a la vez— que Stamponi susurró a *Carmen*, su compañera de militancia, cuando en octubre de 1976 bajaban en La Paz, Bolivia, enmanillados del vehículo policial con un destino incierto. ■





José Ramón Morales

BIBLIOGRAFIA

- Cano, Diego. "Revolución ¿un acto de voluntad?" en *Anuario Lucha armada en la Argentina*, Buenos Aires, 2010.
- Dinges, John. Operación Cóndor. *Una década de terrorismo internacional en el Cono Sur*, Ediciones B, Santiago de Chile, 2004;
- Drago, Tito, *Cava y Cruz. El Che y Fidel*, SEPHA Edición y diseño SL, Málaga, 2007.
- González, Ernesto (coord.) *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana*. Tomo 3. Vol. 1 (1959-1963). Ed. Antídoto. Buenos Aires, 1999.
- González Canosa, Mora. "Hacia la conformación de los grupos fundadores de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias). Itinerarios político-ideológicos recorrido por su militantes en la década del '60". Ponencia presentada a LASA, Río de Janeiro, junio de 2009. [//www.elortiba.org/pdf/Gonzalez_Canosa-FAR.pdf](http://www.elortiba.org/pdf/Gonzalez_Canosa-FAR.pdf)
- Gorriarán Merlo, Enrique, *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De la Década del Setenta a La Tablada*, Planeta, Buenos Aires, 2003.
- McSherry, Patrice J. *Los Estados depredadores: la operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina*, LOM-Banda Oriental Santiago de Chile, 2009.
- Marchesi, Aldo. "Geografías de la protesta armada, guerra fría, nueva izquierda y activismo transnacional en el cono sur, el ejemplo de la Junta de Coordinación Revolucionaria (1972-1977)", en, *Sociohistórica*, Cuadernos de CISH, N° 25, Universidad de La Plata, Primer semestre 2009.
- Nicanoff, Sergio; Castellano, Alex. *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina. La historia del "Vasco Bengoechea" y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional*, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, 2006
- Mattini, Luis. *Hombres y mujeres del PRTERP, de Tucumán a la Tablada*, De la Campana, Buenos Aires, 2003,
- Ollier, María Matilde, *Golpe o Revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966 /1973*. Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, Buenos Aires, 2005.
- Peredo, Osvaldo. *Volvimos a las montañas*. Fernando Valdivia editor, La Paz, 2003.
- Ponza, Pablo, *Intelectuales y violencia política (1955-1973)*. *Historia intelectual, discursos políticos y concepciones de lucha armada en la Argentina de los sesenta-setenta*, Córdoba, Babel editorial, Córdoba, 2010.
- Rot, Gabriel. *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*. Waldhueter Editores, Buenos Aires, 2010.
- Rodríguez Ostría, Gustavo. *Sin tiempo para las palabras. Teoponte la otra guerrilla guevarista en Bolivia*, Kipus, Cochabamba, 2006.
- Rodríguez Ostría, Gustavo. *Tamara, Laura, Tania. Un misterio en la guerrilla del Che*, Nuevo Extremo, Buenos Aires, 2011.
- Torti, María Cristina *El "Viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda*, Prometeo, Buenos Aires, 2009.
- Vignollés, Alejandra. *Doble condena. La verdadera historia de Roberto Quieto*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 2011.
- Vrijer, Peter. "La lucha guerrillera en el Perú: los vibrantes años sesenta" www.nodo50.org/mariategui/laluchaguerrilleraenelperu.htm